

La invención de las masas

Ciudad, corporalidades y culturas

Rosario, 1910-1945

Diego P. Roldán



FaHCE

La invención de las masas

Ciudad, corporalidades y culturas

Rosario, 1910-1945

La invención de las masas

Ciudad, corporalidades y culturas

Rosario, 1910-1945

Diego P. Roldán

La invención de las masas
Ciudad, cuerpos y culturas
Rosario, 1910-1945

Esta publicación ha sido sometida a evaluación interna y externa organizada por la Secretaría de Investigación de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la Universidad Nacional de La Plata.

Diseño de tapa y maquetación

Prohistoria Ediciones

Queda hecho el depósito que marca la ley 11.723

Impreso en Argentina

© 2015 Universidad Nacional de La Plata

ISBN 978-950-34-1221-3

Colección Biblioteca Humanidades 34

Cita sugerida:

Roldán, Diego Pablo (2012). La invención de las masas : Ciudad, corporalidades y culturas. Rosario, 1910-1945. La Plata : Universidad Nacional de La Plata. Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación. (Biblioteca Humanidades ; 34) <http://www.libros.fahce.unlp.edu.ar/index.php/libros/catalog/book/10>

Resumen

El libro reconstruye una multiplicidad de experiencias y prácticas urbanas. Sus páginas exploran tiempo-espacios, cuerpos, narraciones y esquemas culturales quebrados en una ciudad que se configura en el umbral de lo masivo. Protagonizada por Rosario y sus agentes, la narración transcurre entre el centenario de la Revolución de Mayo y las vísperas del peronismo. Las fiestas del centenario, la formación de dispositivos disciplinarios y biopolíticos para el cultivo de los cuerpos, la producción y diseminación de espacios verdes, la segregación urbana, la cuestión de la vivienda, las asociaciones y movimientos vecinales, las bibliotecas populares, las prácticas futbolísticas, las exhibiciones cinematográficas, los choques de la incultura y la organización de los carnavales dibujan un mapa y un recorrido curvo y complejo. Roldán ensaya la reunión de procesos, fuerzas y vectores dispersos que se chocan, se rompen y transforman. Es la escritura de una confluencia y sus desperfectos. Universos desconectados se ensamblan por yuxtaposición y contraste en una composición que pretende dar vida y movimiento a una multiplicidad social, corporal, cultural, histórica y urbana.



Licencia Creative Commons 2.5 a menos que se indique lo contrario

Universidad Nacional de La Plata

Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación

Decano

Dr. Aníbal Viguera

Vicedecano

Dr. Mauricio Chama

Secretario de Asuntos Académicos

Prof. Hernán Sargentini

Secretario de Posgrado

Dr. Fabio Espósito

Secretaria de Investigación

Dra. Susana Ortale

Secretario de Extensión Universitaria

Mg. Jerónimo Pinedo

Como siempre, para Cecilia

La invención es una cooperación, una asociación entre flujos de creencias y de deseos que ella agencia de modo novedoso. La invención es también una fuerza constitutiva, porque al combinar, al agenciar, permite que se encuentren fuerzas que quieren expresar una nueva potencia, una nueva composición, haciendo emerger y convertir en actuales las fuerzas que eran solamente virtuales. [...] La invención es siempre una cocreación que compromete a una multiplicidad...

Maurizio Lazzarato

Índice

Introducción	13
<i>Primera parte</i>	
Nación, cuerpos-poblaciones y saberes	
CAPÍTULO I: Fiesta, ciudad y nación: 1910	23
CAPÍTULO II: Cultura física, trabajo y biopolíticas	45
CAPÍTULO III: Disciplinas, espacios y prácticas	61
<i>Segunda parte</i>	
Ciudad, centralidades y segregaciones	
CAPÍTULO IV: Un parque central	81
CAPÍTULO V: El verde en plural.....	101
CAPÍTULO VI: Construcción, segregación y habitación.....	125
<i>Tercera parte</i>	
Atracciones, espectáculos y multitudes	
CAPÍTULO VII: El deporte, el espectáculo y las masas	149
CAPÍTULO VIII: Bibliotecas populares: dilemas iluministas	173
CAPÍTULO IX: El cine, los censores y el público	191
<i>Cuarta parte</i>	
Interacciones, resistencias y rituales	
CAPÍTULO X: (In)cultura y (sin)sentido.....	209
CAPÍTULO XI: Carnaval: inversiones afirmativas.....	223
Conclusiones	239

INTRODUCCIÓN

La historia es histórica: sólo se constituye si se la mira, y para mirarla es necesario estar excluido de ella.

Roland Barthes

Quizá dos años y medio o tres, no lo recuerdo con precisión, los pasé acudiendo regularmente a distintos archivos y bibliotecas. Allí busqué sin saber exactamente qué encontraría, pero al cabo de cada jornada tenía la certeza de haberme topado con más y más preguntas. Por algún tiempo las cosas siguieron así, hasta que un día decidí dejar de prestar tanta atención a los interrogantes y avanzar, bien o mal me pareció la única forma de terminar. Como en una cadena de producción, automáticamente identificaba los documentos de interés. Dependiendo de las herramientas que tuviera a la mano, los copiaba o los fotografiaba, pero siempre codificaba su descripción y orden en un cuaderno. Esos procedimientos me permitieron llevar la cualidad de los objetos que examinaba a su mínima expresión y aplazar la curiosidad por los detalles. A lo largo de la pesquisa modifiqué las técnicas de recopilación de la información por lo menos tres veces. Primero fue el tiempo de los cuadernos, después de una rudimentaria palm y más tarde de una no más sofisticada cámara digital. Debido a las características del tema y a su poco recorrido en la historiografía nacional de entonces (2003-2009), decidí trabajar con las series de fuentes más conocidas, continuas y accesibles. Sabía que llevar adelante esa elección, por muy honesta y frontal que pudiera ser, afectaría a los resultados; en una disciplina como la historia, obrar de esa forma equivale a limitar el alcance del producto.

La mayor parte de los documentos sobre los que se basa este libro provienen del fondo de Expedientes Terminados del Concejo Deliberante de la ciudad de Rosario, los Diarios de Sesiones de ese organismo, los Digestos y Ordenanzas del municipio, las Memorias de Intendente, los Censos Municipales, los Anuarios Estadísticos y el periódico *La Capital*. A simple vista puede parecer un universo reducido, limitado y probablemente insuficiente, sin embargo, recorrido minuciosamente en series completas de entre treinta y cinco y cincuenta años y tan sólo por dos manos y un par de ojos, resulta abrumadoramente extenso.

En el curso de la investigación, me obligué a fabricar una visión más o menos general de algo sobre lo que se conocía muy poco, para ello necesité construir conocimientos amplios de manera rápida. En ese tiempo inicial, el destinado al “trabajo de base”, a unas actividades curiosamente llamadas por los historiadores “hacer archivo”, contabilicé los tomos que revisaría y los folios que contenían, obtuve constantes sobre

la recurrencia de la información relevante, las relacioné con la velocidad de mi trabajo y coloqué en una línea imaginaria de tiempo la culminación de la denominada “recolección de datos”. Todos esos cálculos confirmaron mi sospecha: el final estaba lejos. Fueron acumulándose los días de trabajo y adopté la resolución algo maniaca de vivir alternativamente en mi casa y en los repositorios. Intenté acostumbrarme a ese trajín. Después de un tiempo, la incertidumbre de la información resultó menos intratable, la rutina del trabajo me ayudó a normalizarla, pero esa quietud apenas si fue momentánea. Luego de recopilar los datos hubo que homogeneizar su almacenamiento y, entonces, el vértigo regresó. Cinco cuadernos, ochocientos noventa páginas en documentos de procesador de texto y veintitrés mil y tantas imágenes con una definición variablemente defectuosa, no fueron muy operables. Transformé casi todo en archivos de texto que frecuentemente se quebraron o quedaron dañados debido a su inmoderada extensión y mi consumada impericia. Más tarde, en gran parte gracias a la intervención de Lucio y Héctor Piccoli, aprendí a traspasarlos a formatos menos inestables y más sensibles a los operadores lógicos y a la creación de árboles de datos vinculables.

Algunos de los comentarios críticos respecto a la tesis doctoral sobre la que se basa la mayor parte del texto, apuntaron tanto a problemas de enfoque como de falta de prueba.¹ Se recalcó la ausencia de una historia de género y la omisión de un trabajo sistemático con los archivos judiciales. Ambos requerimientos son válidos, relevantes y continúan vigentes como “defectos” en esta versión, pero mi intención nunca fue conseguir una mirada total, siempre supe que era incapaz de lograrla. Renato Ortiz tiene razón cuando afirma que “...las ciencias sociales se apartan de las técnicas fotográficas que nos ilusionan con la idea de realismo...”² Por lo tanto, los esfuerzos que se proponen estas páginas son conscientemente parciales, materialmente limitados, un poco experimentales y por completo superables. A tientas, entre ruinas y pliegues de una realidad ausente, se ensamblan fragmentos mínimos, muchas veces esquivos y opacos. Pero ese montaje ignora intencionalmente las urgencias de una mimesis realista. Prefiere, en cambio, no borrar el trabajo incesante que produce la mirada, las luces y las sombras que arroja el ángulo de observación que participa de manera inevitable en la construcción de los datos. Quizá en ese campo, definido ante todo por una práctica que hibrida la exhumación, la interpretación y la explicación, puedan hallarse las posibles virtudes de este texto.

1 *¿Qué hacer con el tiempo? Intentos reguladores y estrategias de resistencia sobre los usos del tiempo libre: un campo conflictivo. Los sectores populares de Rosario 1910-1945*, Tesis Doctoral en Humanidades y Artes, 2 vols., Universidad Nacional de Rosario, 2009, 681 pp. Realizada bajo la dirección de la Dra. Marta Bonaudo y el Dr. Darío Barrera. Defendida frente al tribunal integrado por los la Dra. Sandra Gayol, el Dr. Oscar Videla y la Dra. Andrea Reguera, el 28 de marzo de 2009.

2 ORTIZ, Renato *Lo próximo y lo distante. Japón y la modernidad-mundo*, Interzona, Buenos Aires, 2003, p.11.

Hubo algunos momentos de la investigación que escaparon a la dirección fijada por el proyecto, y quizá fueran la mayoría. Uno de ellos ocurrió una mañana fría, en la que trabajé durante horas con materiales sucios y difíciles de conservar al tacto. A mi alrededor, la biblioteca se mantenía vacía, excepto por los anaqueles, los diarios ajados, libros y enciclopedias viejas. La falta de ventanas y el tragaluz cubierto de tierra completaban una atmósfera poco estimulante. Mientras las agujas del reloj de la entrada avanzaban, las mesas seguían sin ganar el favor de otros lectores. Creí que mi única opción era continuar prisionero de esas líneas de tinta borrosa, seguir aplicado a la lectura y reproducción de papeles viejos.

La manipulación directa de los periódicos antiguos provoca su ruina, un deterioro que tal como se los conserva y utiliza en varios repositorios de Rosario es inevitable. Por más cuidados y guantes que tomara, los grandes diarios perdían fragmentos. Trozos amarillentos se esparcían caprichosos sobre el parquet de la biblioteca, eran la evidencia que delataba el crimen del relevamiento, del inventario y el catálogo. En medio de mi resignación a las ingratas labores de desplumar diarios viejos llegó una mujer, habló rápido con la bibliotecaria, se sentó en una mesa cercana y comenzó a inspeccionar unas enciclopedias. No le presté más atención y volví sobre mi trabajo con la cámara. De pronto se levantó y sigilosamente se acercó para susurrarme unas palabras.

–Le parecerá una estupidez lo que voy a decirle.

Alcé los ojos y en vano rogué que se contuviera. No era la primera persona extravagante que encontraba entre esas mesas. Otras veces había dado con conversadores incansables, uno llegó a decir que tenía perfecta conciencia de que hablaba demasiado y tratando de disculparse me confesó que en su casa ya nadie lo escuchaba. Temí que ese fuera el caso, pero eran preocupaciones infundadas. La mujer tomó aire, levantó la cabeza y con solemnidad soltó una frase tan breve como enigmática:

–Eso que cae sobre el piso es el tiempo. Hay que ver lo que usted hace del pasado.

Sin esperar respuesta me dio la espalda y volvió al mostrador. Permanecí callado y confuso. Por un tiempo sus motivos me parecieron un misterio. ¿Había pronunciado una reflexión o tan sólo una admonición? Presentí que la segunda opción era la correcta, para ella hubiera sido mejor preservar esas reliquias de la mano del hombre. Mi interlocutora creía que no había información relevante para el hombre contemporáneo en un diario viejo. En consecuencia, tampoco existían motivos para destruirlo ni para revisarlo. Dos operaciones que la precariedad de la preservación asemejaba peligrosamente. A su criterio, lo mejor era conservarlo tal cual estaba, como si fuera una antigüedad de colección.

Seguí preguntándome acerca del significado de sus palabras, en la quietud de la biblioteca se me ocurrió iniciar un obsesivo juego de sobreinterpretación. ¿Y si en lugar de coincidir con los guardianes del patrimonio documental, esa mujer ensayó una reflexión sobre el tiempo? Entonces, sus palabras tendrían un sentido menos cir-

cunstancial y acotado. En ese nivel de exégesis, su discurso podría considerarse como una de las metáforas con las que frecuentemente hablamos sobre el tiempo, una de las formas con las que nuestro lenguaje lo nombra y lo habita.

Sin proponérselo, mi ocasional amiga señaló dos ideas relevantes para este libro. La primera delimitaba la tendencia del pensamiento esencialista a darle un carácter objetivo a la temporalidad, una propensión a simbolizarlo con objetos, cosas palpables y aparentemente homogéneas. La segunda definía la voracidad de la historiografía con respecto al pasado, una inclinación a consumir esos despojos como si fueran una mercancía, un fetiche o un instrumento.

En otras oportunidades volví a toparme con ella y su enunciado adquirió la inflexión del reproche. No cesaba de repetirme esa idea, me pareció que pronunciar la frase le gustaba mucho, acaso demasiado. Con el tiempo esas insistentes lecciones perdieron el brillo y la seducción de la original. Nunca conocí el nombre de mi compañera de lecturas, quedaron sus enciclopedias y pasos en mi memoria imprecisa y móvil. Esos recuerdos eran tan distintos a los andrajos de papel herrumbrado que ella quería equiparar con el tiempo. Un día no volvió y con esa desaparición supe que la historia tampoco podía identificarse con las piezas informes de los diarios, que imaginar solo a partir de ellas un rompecabezas o un laberinto era una ilusión, un acto de jactancia y un consuelo quizá un poco romántico. Cerré el gigantesco tomo de *La Capital* de septiembre de 1945 y caminé hasta la salida. La biblioteca quedó vacía y el parquet protestó sin motivos. Algo más tarde, antes que se extinguieran las luces, la escoba reunió los diminutos trozos de diario con los restos del día.

A lo largo del texto, el lector es invitado a uno, o quizá a varios viajes a través de la ciudad de Rosario entre 1910 y 1945, entre los festejos del centenario y el advenimiento del peronismo. El período representa una pequeña variación respecto al historiográficamente consagrado como entreguerras. Esa elección descansa en el núcleo condensado de la apertura y el clímax de culminación del proceso de nacimiento y formación de una “sociedad de masiva” en la llamada “Argentina moderna”. Con el centenario comienza la producción de esa masividad, un acontecimiento decisivo para la nacionalización de las poblaciones y para la forja de un sentido patriótico de alcances ambiciosos. Durante las jornadas dedicadas a ese festejo, pueden observarse las grietas y los resquebrajamientos del *orden conservador* y del *progreso argentino* que en pocos años condujeron a la sanción de la ley de sufragio universal y la crisis de la Primera Guerra Mundial. Todavía con timidez, pero expresando una tendencia destinada a crecer, las preferencias populares por ciertas atracciones y espectáculos marcaron una porción importante del programa de actividades del centenario. Fueron esas prácticas, saberes, valoraciones y formas de hacer las que delimitaron un territorio de encuentro, negociación, asimilación y conflicto que marcó las relaciones y construyó el campo de fuerzas y posiciones a lo largo del período estudiado. El fruto más perdurable de esa confluencia no planificada e implanificable, hecha de fractales, multipli-

ciudades y heterotopías, fue *la invención de las masas* que termina y se amplifica en un nuevo nivel de complejidad y correlación con el acceso del peronismo a las posiciones hegemónicas del ámbito político. En vísperas de octubre de 1945, esa sociedad masiva se hallaba bastante consolidada y se preparaba para enfrentar un segundo proceso de nacionalización que no se limitó a la esfera simbólica, sino que también avanzó sobre la infraestructura territorial e impulsó una fabricación de identidades y símbolos en una escala históricamente desconocida.³

Una diversidad de caminos, una multiplicidad de trayectorias trucas, de búsquedas imperfectas y de callejones silenciosos dispuestos entre el centenario y el primer peronismo forman el *plot* del libro. Las terminales de partida (el centenario) y de llegada (el peronismo) son bien conocidas, sin embargo, cada uno de los capítulos presenta un problema diferente, dibuja un itinerario particular e inventa un recorrido posible.

El volumen se divide en cuatro partes, formadas todas ellas por tres capítulos a excepción de la última que sólo posee dos. El primer tríptico está agrupado bajo el título *Saberes, cuerpos-poblaciones y nación* y se ocupa de los procesos de producción de la nacionalización y el fortalecimiento de las poblaciones. Esta composición se aboca al estudio de las fiestas del centenario, la elaboración de imaginarios urbanos producidos en torno a la ciudad de Rosario, la confección de dispositivos higiénico-disciplinarios para el cultivo de los cuerpos y la construcción de saberes biopolíticos y de equipamientos arquitectónicos-territoriales para disciplinar y asegurar a las poblaciones, pero también para reformar algunos componentes del liberalismo y del gobierno local.

La segunda parte, *Ciudad, centralidades y segregaciones*, aborda la configuración del espacio urbano, sus usos y dotaciones de sentido a partir de la oposición entre el centro y la periferia. El proceso de difusión social de los espacios libres en la ciudad de Rosario es el eje de los primeros dos capítulos. Allí, se analiza la construcción de un parque central, conocido con el nombre de Parque de la Independencia y su extensión a partir de módulos urbanos funcionalmente similares, pero de menor rango: las pequeñas plazas barriales. Operada mediante la construcción de formaciones espaciales más complejas, la posterior *democratización* de los parques tuvo como protagonistas a los balnearios emplazados en la zona norte. Los proyectos, los acondicionamientos, la ocupación y los usos de estos lugares son algunos de los indicadores seleccionados para visualizar el proceso de pluralización de los espacios verdes de la ciudad. Asimismo, se explora todavía preliminarmente la configuración del centro y la periferia residencial de Rosario, a partir de observar un proyecto municipal de viviendas públicas. En este marco, se presta especial atención a la división de la ciudad entre un centro

3 ROLDÁN, Diego y PASCUAL, Cecilia "Municipio y Nación. Servicios públicos, símbolos y rituales durante el peronismo (Rosario 1943-1955)", en *Revista Complutense de Historia de América*, núm. 37, 2011.

de una heterogeneidad tendencialmente moderada y un polimorfo conjunto de barrios, a la organización de movimientos políticos urbanos congregados alrededor de las asociaciones vecinales y a las problemáticas afrontadas por el poder político local a la hora de encarar la cuestión de la habitación popular.

Atracciones, espectáculos y multitudes es el título de la tercera parte. Los rituales deportivos vinculados con el fútbol, las diversas funciones y el complejo contexto cultural de las bibliotecas populares y la deslumbrante irrupción de los salones dedicados a las exhibiciones cinematográficas componen su núcleo. En los tres capítulos, se estudian las interacciones sociales, económicas y culturales que configuran el proceso de difusión de las atracciones futbolísticas y cinematográficas, en el contexto de formación de un mercado tendencialmente masivo de los entretenimientos en la Argentina de la primera mitad del siglo XX. Analizar el proceso de transformación de una práctica elitista y restringida en una atracción masiva, capaz de vincularse con los sentidos de la cultura popular y nacional, es el propósito de las páginas dedicadas al fútbol. La difusión de las *imágenes movimiento* se observa a partir de las huellas dejadas por la formulación de normativas que apuntaban a la restricción de un medio que, en la época, parecía tan ingobernable como amenazante. En cambio, las bibliotecas populares son estudiadas rastreando las tensiones y el contrapunto que algunas de sus trayectorias y programaciones institucionales supusieron con respecto a las prácticas de una cultura física mercantilizada por los deportes competitivos, la masividad de los espectáculos cinematográficos y la algarabía de los bailes populares.

Finalmente, la cuarta y última parte, *Interacciones, resistencias y rituales*, se consagra a reflexionar sobre los cruces, choques y enmarañamientos más concretos de las prácticas populares con la cultura dominante en los espacios y transportes públicos de la ciudad. En ese campo formado por encuentros fortuitos, se interpretan las trayectorias de agentes culturalmente diferenciados y la producción de sentido sobre esas colisiones, cuyo resultado y síntesis fue el vocablo *incultura*. Asimismo, estas interacciones son estudiadas durante las celebraciones del carnaval, tratando de delimitar la producción de diferencias y repeticiones socioculturales en el seno de una fiesta tradicionalmente conceptualizada como un ritual de inversión de las jerarquías.

La aspiración de *La invención de las masas* reside en la delimitación de algunos de espacios de configuración y reconfiguración de la cultura urbana de una ciudad argentina, durante el período de fabricación y estabilización de algunos de sus atributos masivos. Los escenarios, las prácticas y los decursos son múltiples, heterotópicos, torcidos, oblicuos, quebrados, el análisis y la narración intentan capturar el movimiento de esos fractales.

Quando había terminado la redacción y la corrección del texto, conocí fortuitamente los libros de Santiago Castro Gómez sobre Bogotá y el de Daniela Bouret y Gustavo Remedi acerca de Montevideo. Creo que las relaciones, los puntos de con-

tacto y las coincidencias, a veces muy explícitas, que tienen *Tejidos Oníricos*,⁴ *El nacimiento de la Sociedad de Masas*⁵ y este libro abren la posibilidad a una búsqueda transdisciplinar y una reflexión comparada de la experiencia de la velocidad, el movimiento, las materialidades culturales, las fórmulas biopolíticas y la modernidad en las sociedades urbanas de América Latina.

4 CASTRO GOMEZ, Santiago *Tejidos oníricos. Movilidad, capitalismo y biopolítica en Bogotá (1910-1930)*, Editorial Pontificia Universidad Javierana, Bogotá, 2009.

5 BOURET, Daniela y REMEDI, Gustavo *Escenas de la vida cotidiana. El nacimiento de la sociedad de masas 1910-1930*, Ediciones de la Banda Oriental-CLAHE, Montevideo, 2009.

Primera parte

Nación, cuerpos-poblaciones y saberes

CAPÍTULO I

Fiesta, Ciudad y Nación: 1910

● Qué relaciones pueden establecerse entre la visita del Halley y el centenario de la Revolución de Mayo, además de su obvia contigüidad temporal? Este capítulo enlaza ambos acontecimientos focalizando la atención en Rosario, para efectuar una reconstrucción de su configuración material y simbólica a comienzos del siglo XX. La indagación contempla los aportes de fuentes documentales diversas –literarias, estadísticas censales, prensa y documentos oficiales– y persigue establecer una reflexión sobre la experiencia de la temporalidad, en un entorno urbano que se imaginaba moderno. El *tiempo cíclico* es objeto de dos revisiones, la primera con el advenimiento del Halley y la segunda con la fiesta del centenario. Además, se examina el tiempo *lineal en avance* a través de las imágenes optimistas y polarizadas del *progreso argentino* que es, también, santafesino y rosarino, aunque en proporciones y de formas distintas. La búsqueda de un tiempo *alternativo a la línea de avance* es observada a través del pesimismo y la actitud melancólico-condenatoria del escritor Manuel Gálvez. Frente a las supuestas consecuencias *anti-nacionales* del progreso, Gálvez expuso un notorio desencanto mientras que otros agentes disimularon cualquier incomodidad. Además, la transliteración estadística de los adelantos económicos y sociales es auscultada para reflexionar sobre las funciones simbólicas y promocionales de los censos rosarinos. Finalmente, la fiesta del centenario se configura en un laboratorio para analizar y experimentar con las formas de presentación, producción e invención de las identidades y las alteridades en una ciudad puerto de la joven nación y sociedad argentinas.

Abismos nocturnos

Hacia el centenario, Rosario era todavía baja, con el suelo polvoriento y la atmósfera clara. El damero estaba aprisionado por el ferrocarril y el puerto, los galpones y las grúas ocultaban el ensueño del río Paraná. Las horas se demoraban y la prisa era dócil al rigor de la siesta. Demasiado inmediatas a la tierra, las estrellas trazaban eternidades y la “naturaleza” urdía secretas rebeliones. En mayo de 1910, una fantasmagoría extremadamente potente atravesó una de esas noches calladas. Las terrazas se poblaron, muchos resignaron el sueño para contemplar lo que se había llamado “el fenómeno astronómico del siglo”. Desde las últimas horas del atardecer, la población expectante conquistó las aceras. A una semana del centenario, el casco ígneo del Halley agrietó el descanso de los caseríos.

A comienzos de 1910, el diario porteño *La Prensa* se interesó por el cometa que regresaba tras setenta y seis años.⁶ Rumores y profecías anunciaban el avance del Halley, para algunos el futuro de la humanidad estaba en juego. Tres consecuencias catastróficas fueron proclamadas. Primero, se dijo que la violenta colisión del bólido contra la tierra propiciaría la extinción masiva de toda forma de vida. Segundo, parecía que los gases tóxicos, fundamentalmente cianógeno, alojados en la cola formarían combustión con la atmósfera y envenenarían a la humanidad. Tercero, el cometa tenía reputación de ser agorero de futuros desastres, de forma que si el Halley no los obraba, al menos, su trayectoria los revelaría.

Poco hicieron los científicos por disipar esos resquemores. Camille Flammarion, presidente de la *Société Astronomique de France*, describió el hecho con frases por lo menos inquietantes, aseguró que el veloz avance del cometa provocaría la confluencia de la cola con la atmósfera, por algunas horas la tierra quedaría subyugada, totalmente a merced del cometa. El astrónomo anunció incidentes electromagnéticos, auroras boreales, borrascas espaciales, lluvias de estrellas errantes y resplandores etéreos en la parte superior de la atmósfera.⁷ Flammarion no ocultó su expectativa, un entusiasmo que fusionaba la astronomía positiva con el esoterismo metafísico. Pocos en la Argentina conocían *La fin du monde*, el libro que Camille publicó con el sello editorial de su hermano, Ernst Flammarion, en 1894. Sobre la cubierta hay un círculo, alrededor una serpiente que con la cola entre los dientes constriñe dos letras del alfabeto griego, A y Ω. Un elocuente epígrafe acompaña a la derecha de la portada: « Je vis ensuite un ciel nouveau et une terre nouvelle; car le premier ciel et la première terre étaient passés. Apocalypse, XXI, I ». Flammarion lanza una prognosis a diez mil años, cuando el mundo cesará a causa del choque frontal con un cometa proveniente del "...espacio infinito y los abismos nocturnos".

Flammarion era astrónomo, pero ser un hombre de ciencia no le impidió dedicarse al esoterismo en sus variantes gnósticas y herméticas. Se interesó por el mesmerismo, la trasmigración de las almas, la existencia de vida en otros mundos, etc. Fue reconocido como uno de los astrónomos más eminente de la Francia decimonónica, pero, también, se le ofreció la presidencia de un círculo esotérico: la *Société Spirite de Paris*. Los intereses de Flammarion por el Halley no se reducían al llano empirismo, el cometa implicaba para él mucho más que algo visible.

Sin embargo, estas posiciones e inquietudes no fueron privativas del astrónomo francés. Cuatro años antes del centenario, H. G. Wells publicó una novela breve: *In the Days of the Comet*.⁸ Las relaciones del escritor con la izquierda y una concepción

6 *La Prensa* 1/I/1910.

7 FLAMMARION, Camille "Juicios de Flammarion – Los Cometas", *La Defensa* 14/II/1910, tomado de *Le Petit Journal*.

8 WELLS, Herbert Georg *In the Days of the Comet*, 1906. *The Project Gutenberg e-book*, <http://www.gutenberg.org> [Consulta 4/VIII/2007].

catastrofista del cambio social dejaron huellas en la trama. Wells sentía una profunda desconfianza respecto al reformismo social y sus ficciones anunciaban la existencia de mundos paralelos. Posiciones similares sedujeron a August Blanqui y Walter Benjamin y dos escritores argentinos, Borges y Bioy Casares, hallaron en la pluralidad levemente variada de esos universos alternos el argumento para algunos cuentos. En la narración de Wells, el cometa destruye al capitalismo, su estela esparce un gas que transfigura a la humanidad liberándola de la historia, de la explotación y la avaricia. Después de “El Cambio”, el título del sexto capítulo, los hombres experimentan un renacimiento. El protagonista despierta arropado por los destellos del amanecer, redimido del pasado, se siente como un nuevo Adán que recorre inmensos y paradisiacos campos de cebada. La naturaleza derrama abundancia y los hombres, arrobados por una nueva fraternidad, se disponen libremente a compartirla.

Fuera del universo de las letras, entre los hombres y mujeres que habitaron las ciudades, el acontecimiento celeste también atrajo resquemores y esperanzas. En 1910, el Halley sincronizó calendarios y relojes, los ojos de todo el mundo se dirigieron hacia un firmamento presagioso; ocurría el primero de una serie de acontecimientos mundiales que demarcarían el inicio del corto siglo XX. El paso del Halley inauguró una progresión que continuó con el hundimiento del Titanic en 1912 y prosiguió, en 1914, con la Segunda Guerra Mundial.

En Buenos Aires, *La Prensa* compuso noticias alarmantes, mientras *La Capital* y *Rosario Industrial* utilizaron una tónica que acudía al humor y el cientificismo. La intención de los redactores era reducir al absurdo “...el temor al enviado de los abismos nocturnos.”⁹ Muchos le atribuían al Halley facultades desproporcionadas, los periódicos advirtieron la sugestión emocional de los habitantes. Sin la ayuda de aparatos especiales, antes del 18 de mayo fue imposible avistarlo y, aun esa jornada, no resultó completamente sencillo apreciar la estela del bólido. Los periodistas sospecharon que los ojos insomnes de los vecinos eran presa de la histeria y les dedicaron a esas paranoias sarcasmos y chanzas.

En aras de aquietar los ánimos, *Rosario Industrial* minimizó las declaraciones de Flammarion. Podían extirparse las características espectaculares del advenimiento del cometa, considerar su repetición cíclica era la estrategia más propicia para naturalizarlo. No obstante, el mercadeo de las noticias impuso un toque de misterio y el cometa fue representado como un probable emisario de revelaciones sobre el destino de la humanidad.¹⁰

Inquieta y recelosa la población se agolpó en las azoteas, al caer el sol del 18 de mayo. Entre habitantes del centro se impuso cierta discreción, distinta fue la situación en los suburbios. Allí los vecinos no pudieron ascender hasta el techo de sus vivien-

9 *La Capital* 13/IV/1910.

10 *Rosario Industrial* 5/IV/1910.

das, debido a su composición barata y transitoria, muchas veces hechas de barro, madera, cartón y chapas. En el barrio de los mataderos hubo fogones y algunos residentes deambularon por los callejones empuñando antorchas. Los observadores creyeron que con esos focos intentaban espantar al cometa, sus temerosos hacedores jamás habían visto correr una bola de fuego por los cielos e ignoraban sus consecuencias. A los ojos de los críticos de las costumbres populares pretendían vanamente conjurar las llamas celestes con insignificantes fuegos terrenales. Pero si los hombres y las mujeres suburbanos estaban protegidos por las llamas, los redactores y lectores del semanario se resguardaban detrás de las palabras. Ni unos ni otros poseían conocimientos firmes sobre el evento astronómico, ambos reducían la incertidumbre del incidente sirviéndose de construcciones sociales compartidas: el lenguaje o el fuego.

El paso del cometa ocurriría, o más precisamente se observaría con claridad durante la noche, cuando la oscuridad empobrece la percepción. En ese envoltorio de sombras, no atenuado por la iluminación artificial, cualquier movimiento se convierte en una amenaza virtual. No conseguirían las pequeñas hogueras alejar al cometa y sus artífices no ignoraban esa impotencia. Sin embargo eran útiles para mantener la confianza en los sentidos, para restar brillo al fuego astral y acrecentar la comunicación y la visibilidad. Alrededor de las piras se formaron comunidades actualizadas por el fuego que iluminaba los rostros, esa luz que elevaba la confianza y la seguridad. Hechos similares sucedieron alrededor del mundo, una captura fotográfica muestra a campesinos chinos agrupados alrededor de unas llamas.

Las condiciones sanitarias del barrio de las Latas, según *Monos y Monadas*, harían que cualquier higienista pusiera "...el grito en el cielo, un grito mayor que el articulado por la población del barrio el día que pasó el cometa".¹¹ Al parecer el Halley no circuló inadvertido, cuando el avistamiento fue inminente, los vecinos montaron guardia, esperando con ansiedad su aparición sobre el telón negro. Pero el cometa demoró demasiado, la paciencia se desgastó y la tensión inicial cedió frente a otras sensibilidades. Si bien hubo alaridos y plegarias, la mayor parte de los estruendos provino de las carcajadas. El cometa se revelaba inofensivo. El almacenero obsequió a los parroquianos con bebidas y luego se desarrolló una fiesta en alegre tono de "jarana y baile".

Al temor desmesurado, le sucedió la alegría de continuar vivos y juntos. Un estruendo más poderoso que mil cometas relampagueantes recorrió las barriadas de la ciudad. El clímax de tensión debía descargarse, los abismos del cielo y de las mentes absorbieron al cometa purificado del horror primordial. La comunidad y la fiesta obraron el exorcismo y el Halley fue reducido a una simple luz móvil en el cielo, de la que valía la pena reírse y ofrendarle danzas y libaciones.

11 "El barrio de las latas", *Monos y monadas*, t. 1, 1910.

Al otro día, los periódicos desplegaron frases llenas de ironía. Nadie daba crédito de la alocada vigilia de la víspera, todos hablaban de la fiesta y ninguno recordaba ya al cometa más que para jugar bromas a los cobardes. Súbitamente, la imaginación social fue capturada por el centenario de la patria.

Progreso y polaridad

La multiplicación de *libros patrióticos* resultó violenta en vísperas de 1910, una ingente cantidad de ediciones aniversario inundó las imprentas. En esas historias nacionales y provinciales, el *progreso argentino* estableció la clave narrativa e interpretativa.¹² Toda conmemoración despliega el horizonte del pasado e invita a una recapitulación que tiende, hasta cierto punto, a la invención instrumental. El centenario exhortaba, sobre todo, al balance de un presente agraciado y a la celebración de un porvenir triunfal.

Las representaciones del *progreso argentino* fueron delineadas a fines del siglo XIX. El estadígrafo rosarino, Gabriel Carrasco, destacó la contribución de Santa Fe a esa prosperidad. Todos los adelantos posibles de esa época fueron simbolizados con una palabra: inmigración. Casi al desembarcar, los extranjeros provenientes de Europa hallaban labor y hacían fortuna en las colonias de la provincia. Carrasco describió esos enclaves productivos como el fruto mancomunado de la naturaleza y la labranza. Guiado por los aforismos alberdianos sobre los benéficos efectos del poblamiento (y de la gestión de las poblaciones), ponderó la llegada de mujeres y hombres a los puertos y su relocalización en el hinterland agrícola de la provincia.¹³ *Inmigración y progreso* eran términos que se retroalimentaban en provecho de la nación. En muy pocos años, las necesidades nacionales convocaron esas asociaciones al servicio del discurso conmemorativo.

Carrasco percibió una relación armónica entre la naturaleza y la sociedad: las propiedades del suelo propusieron un futuro opulento. El formidable Paraná, fuente de riego y razón de prosperidad, engalanó ese nuevo paisaje que lentamente se ponía en valor. A sus márgenes, los hombres y el suelo se conciliaban en un trabajo que apenas demandaba esfuerzo y explotación. Detrás de esta figuración, la técnica y las máquinas forjaban caminos de hierro y unidades portuarias. La ciudad ocupó el núcleo del circuito agroexportador, era el punto para el desembarco de la fuerza de trabajo

12 CHUECO, Miguel C. *La República Argentina en su Primer Centenario*, 2 vols., 1910; *Centenario argentino. Álbum historiográfico de Ciencias, Artes e Industria, comercio, ganadería y agricultura 1810-1910*, 2 vols., 1910; FREGEIRO, Clemente Leoncio *Lecciones de historia argentina*, 1910; GARMENDIA, Miguel Ángel *Una página de historia Argentina: la revolución de mayo y la provincia de Santiago*, 1910; VARELA, Luis *Historia constitucional argentina*, 1910; PELLIZA, Mariano *Historia argentina. Desde su origen hasta su organización*, 1910. MARTÍNEZ, Benigno Tejeiro *Historia de la provincia de Entre Ríos*, 1910; ÁLVAREZ, Juan *Ensayo sobre la historia de Santa Fe*, 1910; ÁLVAREZ, Agustín *Breve historia de la provincia de Mendoza*, 1910; GARCÍA MEROU, Martín *Historia de la República Argentina*, 1908; CERVERA, José María *Historia de la ciudad y la provincia de Santa Fe 1573-1853*, 1907.

13 CARRASCO, Gabriel *Descripción geográfico estadística de Santa Fe*, Stiler&Laass, Buenos Aires, 1887.

y las mercancías y la estiba de las materias primas. Rieles, muelles, galpones, aduanas y bancos (des)compusieron los ángulos y las perspectivas de la ciudad modernizada, sus partes se esparcieron como figuras cubistas. Los murmullos de las calles comerciales susurraron a Carrasco las cifras del venturoso porvenir rosarino.

El mismo código literario fue utilizado por los textos conmemorativos del centenario para plasmar el paisaje santafesino. Algunas postales románticas replicaron la representación alberdiana y sarmientina de la pampa, aparecieron praderas semejantes a “un ondeante mar de verdor” y “un paraíso terrenal” de “suavísimo clima”. El paisaje estetizado se alargó hasta alcanzar las novedades de la explotación económica: la puesta en valor saintsimoniana del suelo también lució bella y seductora. Una suposición performativa remató la narración: “...todo hombre se sentirá dichoso al levantar su vivienda en esa bendita tierra de promisión, cualquiera fuese la patria que hubiese trocado por el territorio argentino.”¹⁴

El cuadro perseguía sumergir al lector en una postal idílica, donde un campo ubérrimo hacía casi innecesario el cultivo. Sobre un mar de hierbas navegaban el cuerno de la abundancia y el país de Jauja, amarrando su alegórica estampa a un elaborado cartel publicitario. Las narrativas decimonónicas de la pampa, menos inspiradas en la contemplación que en la lectura, se sacudían los vapores románticos para orbitar alrededor del hechizo de la mercancía. Como metáfora el campo se opuso a la ciudad, pero sólo adquirió esa posición a través de la vida mecánica, comercial e industrial que transportó, procesó y embarcó el producto agropecuario. Rosario renunció al aura primordial de la *naturaleza virgen*, un pacto de bonanza con los ferrocarriles y el puerto la transformaron en un centro de reproducción y comercio. La arquitectura funcional fue condición de esa modernidad urbana, pero la novedad desnuda, sin ornamentación ni máscaras terminó por avergonzarla. Para tapiar sus orígenes comerciales, la ciudad se entregó a los caprichos del eclecticismo arquitectónico de *fin-de-siècle*.

Además de las virtudes naturales, las ciudades fueron la contraparte de la explotación agrícola, de la administración política y la exportación comercial. Hijas de esa lógica producto(ra) de antagonismos surgieron dos ciudades: una fue centro político y la otra enclave mercantil, Santa Fe y Rosario se perfilaron dispares, marcando el ritmo burocrático y económico de la provincia. Fundada durante la *conquista y colonización hispánica* del litoral, Santa Fe estuvo arropada por un pasado remoto y memorable. Por el contrario, Rosario fue el mayor logro de la “modernización” de fines del siglo XIX, cuando la Argentina se integró al mercado mundial como productora de materias primas.

Rosario no poseía referencias ni edificaciones antiguas, incluso el año y los protagonistas de su fundación eran inciertos. El izamiento de la bandera en costas del

14 *Centenario argentino. Álbum historiográfico...*, cit. p. 67.

Paraná, durante el verano de 1812, era el único y endeble puente que la vinculaba con la independencia. Sus virtudes eran de tipo económico y databan del establecimiento de la principal aduana de la Confederación, mientras que en otros campos era tan sólo una promesa. Pero el progreso material resultaba insuficiente. La ciudad debía ser algo más que una estructura funcional, necesitaba revestir esa pujanza con dignidades menos prosaicas, derivadas de la política y la cultura. Luego de la malograda capitalización de 1867, la dinámica política fue capturada por los Estados provincial y nacional y Rosario obtuvo apenas las mismas atribuciones que cualquier otro municipio argentino. El poder político fue confiado a Santa Fe, una ciudad menos prominente pero, dado su recorrido histórico, más madura.

La vitalidad económica de Rosario no logró proyectarse al ámbito político o cultural. En 1909, Lisandro de la Torre y Enrique Thedy retóricamente fundamentaron lo inapropiado de esa subordinación, representaron a Santa Fe como “burocrática”, “colonial” e “improductiva”, como una entidad política inoperante que consumía las rentas del “laborioso” sur provincial.¹⁵ Rosario, en contraste, encarnó el polo económico exitoso, aunque ineficaz a la hora de proyectarse al terreno político. La Liga del Sur afirmó y popularizó la “inicia” relegación padecida por la ciudad puerto a manos de la tradicional capital provincial.

Desde un punto de vista antagónico, Manuel Gálvez comparó a estas dos ciudades, criticó la pobreza espiritual e histórica de Rosario y en ese campo adjudicó toda la grandeza a Santa Fe. La capital de la provincia producía menos “riquezas materiales”, pero creaba “riquezas más altas y más raras”. Opacada por los valores espirituales que producían los santafesinos quedó la igualación de la cifra, el dinero y el interés, valores que el autor de *Nacha Regules* adjudicó a Rosario. El pueblo de Santa Fe contaba con una “tradición colonial”, estaba en posesión de un “carácter distintivo” y conocía “el arte del buen gobierno”. Los habitantes de Rosario eran el resultado de un “ambiente social reciente”, formado casi completamente por extranjeros, cuyos hombres más valiosos eran almaceneros y comerciantes que deseaban gobernar una provincia de la misma forma en que conducían su tienda. Gálvez enjuició a Rosario por su mercantilismo, cosmopolitismo, cuantificación material y mezquindad espiritual (cultural). Era una *ciudad sin alma* regida por *hombres sin atributos*, un grupo de comerciantes advenedizos que rezumaba aspiraciones políticas a través de la Liga del Sur.¹⁶

Los ojos del *decadent* Gabriel Quiroga, alter-ego de Manuel Gálvez, escudriña-ban por el visillo, la mirada anunciaba el tránsito del *interior* reconcentrado y quejumbroso al campo de una política más activa y concreta. Pero las ideas de Gálvez aún eran marginales, su desencanto se descargaba contra una sociedad transformada que

15 THEDY, Enrique “Índole y propósitos de la Liga del Sur”, en *Revista Argentina de Ciencias Políticas*, núm. 1, 1911.

16 GÁLVEZ, Manuel *El diario de Manuel Quiroga. Opiniones sobre la vida argentina*, Taurus, Buenos Aires, 2006 [1910], pp. 166-167.

abrazaba los ideales del progreso y las realidades de la modernización. La ética laboral, las actividades metodizadas y la acumulación material gozaban de predicamento en la Argentina. Apartada de las diatribas de Gálvez, en los álbumes del centenario, Rosario apareció como una ciudad “diurna, gallarda, rica y próspera”, merced a “la constancia en el esfuerzo y el método en el vivir de sus pobladores.”¹⁷

El nacionalismo cultural sentía el apremio de combatir el crecimiento inmoderado “del Reino de Calibán”. En esa comarca determinista, la vida describía el círculo vicioso de Pascal: una anhelante persecución del bienestar que no reconoce finalidad fuera del bienestar mismo.¹⁸ Enrique Rodó empleó ese *pensamiento* para referirse a la vida norteamericana, sin temor ni remordimiento, Gálvez lo hubiese extendido a Rosario. No obstante, cayeron en saco roto las condenas a la cuantificación y el materialismo. Las autoridades municipales trabajaron con obstinación en una serie o secuencia de relevamientos censales, en la que cifraron las dignidades ausentes de la ciudad. En la primera década del siglo XX, las actividades locales fueron recubiertas de una cierta nobleza numérica, el municipio de Rosario acogió con felicidad el imperativo de la época: cuantificad el progreso.

Epopeyas numéricas

En 1890 se formó la Mesa de Estadística Municipal, a la que se le encargó compilar los detalles sobre las variaciones del clima, la higiene, la demografía, la instrucción, los crímenes, los delitos y accidentes. El crecimiento urbano previno a los mandatarios respecto a que conocer su progresión sería indispensable para gobernarlo, desde Europa, los procedimientos de la aritmética política y la estadística moderna se proclamaron capaces de cuantificarlo.

La estadística fue elevada a primer auxiliar del *buen gobierno*, se la llamó “matemática de los hechos”, y se atribuyó el poder de “...reducir los hechos de la vida al número”.¹⁹ A fines del siglo XVIII, se la conoció como *Statistik*, la ciencia descriptiva del Estado, una disciplina creada por y para el poder político.²⁰ Un diagnóstico simplificado para la adopción de decisiones complejas fue proporcionado por la estadística, esa producción de datos acompañó el proceso de centralización del Estado. Generar cifras referidas al territorio y la población fue tendencialmente una labor ejecutada bajo la dirección de un centro político. Sin embargo, hasta mediados del siglo XX, los municipios argentinos controlaron parcialmente la construcción de esa información.

17 *Centenario argentino...*, cit. p. 109.

18 RODÓ, Enrique *Ariel*, SEL, Buenos Aires, 1947 [1900], p. 85.

19 *Digesto Municipal Ordenanzas, Decretos, Acuerdos, Reglamentos, Contratos, etc. De la Municipalidad de Rosario de Santa Fe* (en adelante, DMR), *dictadas en los años 1890-1891*, Publicación oficial, Rosario, 1892, p. 8.

20 PORTER, Theodore y ROSS, Dorothy (eds.) *The Cambridge History of Science. The modern social science*, vol. 7, Cambridge UP, New York, 2003, p. 239.

Esos datos fueron relevantes en los períodos intercensales de 1895 y 1914 y, especialmente, en las tres décadas vacantes de censos nacionales que se extienden entre 1914 y 1947.

En 1900, los progresos urbanos preocuparon a los miembros del gobierno municipal, era imperioso conocer con detalle esos avances para conseguir establecer las normativas capaces de dirigirlos. Los datos sobre la ciudad se sistematizaron. Un apremio por obrar la *conquista numérica de la vida* se manifestó en las ordenanzas. Los dígitos se inscribieron en relaciones menos ascéticas que la notación matemática, presumiblemente neutral y desinteresada.

Habitualmente, los historiadores reproducimos los resultados de esos censos municipales, consignamos la cantidad de población en la época de cada recuento, ponemos las categorías de los censistas al servicio del análisis historiográfico aunque, en ocasiones, rectificamos algunas de sus clasificaciones para hacerlas coincidir con la formulación de nuestro objeto. Sin menospreciar esta información y esos procedimientos, recorrer los censos de otro modo permitiría visualizar y reflexionar en torno a sus condiciones de producción. Quizá huelgue recordar que los censos son, al igual que estas líneas, objetivaciones de formas gnoseológicas transitorias, dependientes de procedimientos y presupuestos históricos. Leer estas formulaciones contextualmente es una de las estrategias analíticas que permiten comprenderlas mejor.

La intención declarada de los Censos Municipales, de los que hubo tres tan sólo en la primera década del siglo XX (1900, 1906 y 1910), fue conocer la evolución de los índices demográficos, desglosándolos por nacionalidad, oficios, edades, sexos, etc.²¹ El de 1900 completaría localmente los cálculos provinciales de 1887 y nacionales de 1895,²² un acceso rápido y sistemático a la cuantificación del *progreso*, permitiría optimizar técnicamente la administración y las funciones del municipio rosarino.

Además de recabar esas informaciones, todo censo está orientado a fijar una base fiscal para la tributación y, en un plano menos intencional, a traducir fragmentos ideológico-políticos. Una de las estrategias para analizarlo históricamente es tomar distancia de la realidad que el censo pretende representar. Si la atención se desplaza de los datos recolectados a los procedimientos y las relaciones que organizan su cons-

21 *Primer Censo Municipal de Población con datos sobre edificación, comercio e industria de la ciudad de Rosario de Santa Fe (República Argentina), Levantado el día 19 de octubre de 1900, bajo la administración del Sr. Don Luis Lamas*, Litográfica, Imprenta y encuadernación Guillermo Kraft, Buenos Aires, 1902; *Segundo Censo Municipal de la ciudad de Rosario de Santa Fe (República Argentina), levantado el 19 de octubre de 1906. Intendencia del Sr. Nicasio Vila*, Talleres de “La Capital”, Rosario, 1908; *Tercer Censo Municipal de Rosario de Santa Fe. Levantado el 26 de abril de 1910 bajo la dirección del Secretario de Intendencia Dr. Juan Álvarez*, Talleres Gráficos “La República”, Rosario, 1910.

22 *Primer Censo General de la Provincia de Santa Fe, verificado bajo la administración del doctor don José Gálvez y bajo la dirección de Gabriel Carrasco, el 6, 7 y 8 de junio de 1887*, t. 1, Imprenta y Litográfica Jacobo Peuser, Buenos Aires, 1888; *Segundo Censo Nacional de la República Argentina, levantado el 10 de mayo de 1895, bajo la dirección de D.G. de la Fuente*, Imprenta de Juan Alsina, Buenos Aires, 1897.

trucción, montaje y exhibición, el horizonte de observación cambia sustancialmente. Esa alteración de la perspectiva, permite estudiar las intenciones de los agentes censales y el estado de las relaciones sociales en el momento del levantamiento. Un análisis contextual del censo consigue desactivar el automatismo mimético y vinculante que establece una vía de sentido doble y cerrado que del número conduce inexorablemente a la realidad. Asimismo, constituye un primer paso en el largo camino de explorar las funciones simbólicas de la institución censal.²³

El 2 de octubre de 1900 se redactó la ordenanza del *Primer Censo Municipal*, fue obra del intendente Luis Lamas, un hombre muy vinculado al poder político provincial y las asociaciones de la elite local. El proyecto mereció el reconocimiento y la aclamación de los ediles, entre otras ventajas permitiría "...la regularización de los servicios municipales y la mejor percepción de la renta". Además, era "...un medio de colocar a esta ciudad a la altura de la importancia que debe tener como uno de los principales centros de población de la República."²⁴

El recuento movilizó a la Oficina de Estadística. Lamas propuso editar un *Boletín Estadístico* anual "...para dar a conocer Rosario al mundo", una publicación que informara sobre "...las evoluciones de Rosario en la producción y el consumo, los adelantos generales y sus mejoras en la higiene pública, [...] barómetro [...] de progreso en las ciudades modernas."²⁵

El censo de 1900 fue poco oneroso, se efectuó con personal municipal y la participación *ad-honorem* de muchos vecinos. Los resultados aparecieron en volúmenes de soberbia factura, cuya finalidad no se detenía en la difusión de guarismos certeros. Sólo una observación instrumental y fenoménica puede permanecer indiferente ante la recurrencia de la "recolección de datos", efectuada con apenas seis y cuatro años de diferencia: 1900-1906-1910. Tanto los afanes de los censistas como los de sus intérpretes ocultaban y ocultan otros motivos.

Los censos fueron una herramienta de propaganda y consolidación política. Según la Ley Orgánica de Municipios de 1900, oficializar censalmente el número de habitantes era la condición necesaria para establecer un régimen municipal y modificar la cantidad de los representantes deliberativos locales y legislativos provinciales. En el orden de las prácticas, la normativa institucionalizaba la representación numérica, la cuestión censal era, centralmente, un problema político.

Además, Lamas expresó que las estadísticas reivindicarían a Rosario en el concierto de ciudades argentinas del flamante siglo XX. Los censos servirían para estimar

23 PATRIARCA, Silvana *Numbers and Nationhood. Writing statistics in nineteenth-century Italy*, Cambridge University Press, Cambridge, 1996 y OTERO, Hernán *Estadística y Nación. Una historia del pensamiento censal argentino 1869-1914*, Prometeo Libros, Buenos Aires, 2006.

24 Expedientes Terminados del Honorable Concejo Deliberante (en adelante, ET HCD) 1900, f. 334. Énfasis añadido.

25 ET HCD 1900, f. 334.

la distancia que separaba a Rosario de ciudades a las que ansiaba emular, como Buenos Aires y de las que quería diferenciarse, como Santa Fe. El *Primer Censo Municipal* fue el artefacto cultural que consolidó la imagen de Rosario como la segunda ciudad de la República, la indiscutible insignia del progreso santafesino.

Una presentación de la ciudad precedió a las cifras, concentrándose en describir las virtudes naturales de una comarca predestinada al éxito. Esas páginas albergaron una transliteración de las imágenes compuestas por Carrasco una década atrás. El “clima” y la “estructura geológica” convirtieron a Rosario en “...una de las comarcas del globo más favorecidas por la naturaleza.” Esta amalgama del suelo, con una sociedad modernizada y una legislación favorable a la inmigración y el trabajo libre, la transformaron en un imán de “...hombres inteligentes y laboriosos.” Finalmente, Rosario se consagró en la estadística como “...la segunda ciudad de la República, por su población, por su comercio, industrias, visibilidad, riqueza y ornato.”²⁶ Las intenciones publicitarias del censo eran, sin duda, ambiciosas: atraer nuevos pobladores e inversiones. Supuestamente, hombres y capitales quedarían prendados de esta construcción estadístico-promocional. Para garantizar ese efecto, se repartirían mil ejemplares del censo entre delegaciones y consulados argentinos en el extranjero.²⁷

El *Primer Censo* retrató los progresos de la ciudad en las últimas dos décadas, un montaje histórico prologó el recuento. Mediante códigos poco cuestionables, los censos subrayaron los logros de la ciudad portuaria, un ejemplo fueron las fotografías que mostraban sus portentos arquitectónicos. A comienzos del siglo XX, en las áreas dominadas por la modernidad periférica, el *ojo mecánico* producía un efecto de verdad casi inapelable. El texto fue interrumpido por retratos de los prodigios edilicios y ornamentales que ocultaban otros panoramas menos favorecidos por el desarrollo urbano. La arbitrariedad interesada de las capturas fue silenciada, las imágenes fueron presentadas como “...copias de la verdad más impecable”, asignándoseles la misión de convencer e incidir sobre “...la creencia y el ánimo de quien las consulte lejos de una tierra que no conoce [...] sólo precisamente apreciada en la fidelidad innegable del arte fotográfico.”²⁸

El ciclo censal terminó en 1910, el año conmemorativo de la República. Las habituales y enfáticas proclamas expresaron la necesidad de afianzar el puesto de la ciudad en la nación. En octubre de 1909, se autorizó al Departamento Ejecutivo (en adelante, DE) a iniciar el levantamiento, el encargo debía estar listo a principios de 1910. Sin observar el rigor procedimental, el articulado de la ordenanza dejó trascender la misión publicitaria del recuento: “...hacer resaltar la importancia de nuestra ciudad en el primer Centenario de la Independencia Argentina.”²⁹ Juan Álvarez, Secretario de la

26 *Primer Censo de población...*, cit., p. 39.

27 ET HCD junio-septiembre 1901, f. 125.

28 ET HCD enero-mayo 1901, ff. 125-127. Énfasis añadido.

29 ET HCD octubre 1909, f. 394.

Intendencia e historiador de la ciudad, dirigió las encuestas y compiló los artículos que dieron forma al censo publicado. El objetivo de estas labores fue narrar el pasado de la ciudad y (re)diseñar un imaginario urbano capaz de superar las coordenadas comerciales, ferro-portuarias y financieras.³⁰

Los censos ratificaron las presunciones y necesidades políticas del momento. Rosario se colocó, merced a sus ambiciones estadísticas, entre las ciudades de más veloz crecimiento en el mundo. El dato era halagüeño, no obstante, los estadígrafos disimularon que ese fantástico despliegue obedecía más a las endebles cifras de las que partían los recuentos que a la contabilización de un crecimiento absoluto.

El derrotero histórico y cultural de la ciudad no pudo representarse numéricamente, cualquier apelación cuantitativa fue evitada por los artículos que lo reseñaron. Contrastar los números de la cultura y los del comercio era riesgoso, pero también impropio: las cifras eran indignas e incapaces de expresar los desarrollos espirituales, es decir, cualitativos. En la visión de los agentes letrados de aquel tiempo, la producción cultural se disoció, al menos en su presentación formal, de las realidades y los recursos materiales.

Las performatividades de unas operaciones censales triplicadas en un plazo exageradamente breve arrojaron frutos apreciables, consiguieron convencer a algunos productores simbólicos de la capital argentina. Contra las diatribas de Manuel Gálvez, en la edición del centenario de *La Nación* de Buenos Aires pudo leerse "...Rosario, debido a su inmejorable situación geográfica, ha protagonizado un rápido y creciente progreso que la ha llevado en un período muy corto a ocupar el segundo puesto de la república..."³¹

La analítica de su función simbólica muestra a los primeros censos de Rosario como unos dispositivos menos aptos para la *representación* de la realidad que para su *expresión* numérico-literaria. Los censistas y tabuladores ansiaban dar con un instrumento para configurar la realidad antes que para reflejarla, querían establecer una lectura totalizadora antes que brindar elementos parciales para que otros la formularan. Con todo, la supervivencia de esos efectos fue contundente, tanto que aún hoy persisten activos, continúan pensándonos desde la aparente pasividad de sus páginas completadas por cifras, cuadros, esquemas y otras odas a la modernización.

Simulacro y desencanto

El proceso de construcción nacional difundió, a fines del siglo XIX, el *leitmotiv* alberdiano: gobernar es poblar. Para el centenario, Gabriel Quiroga concluyó que esa divisa estaba agotada, era oportuno sustituirla por otro eslogan: "...gobernar es

30 ORTÍZ, Juan A. "El Rosario"; ALVÁREZ, Juan "Resultados del Censo"; GOMEZ, Benjamín "Aguas Corrientes de la Ciudad"; SÓHOLE, Jorge "El periodismo en Rosario"; ALVÁREZ, Clemente "Instituciones de asistencia y de socorro", en *Tercer Censo...*, cit.

31 *La Nación* 25/V/1910.

argentinar.³² Sarmiento había soñado con grandes ciudades que civilizarían el desierto y la barbarie de la Argentina, en 1910 las cosas habían cambiado. La inmigración, antes considerada como agente progresivo, puso en duda la identidad nacional. Facundo atravesaba las calles, se confundía con la multitud, asistía a las funciones del cinematógrafo y había cambiado el rústico caballo por un tranvía eléctrico. Los sueños de Domingo Sarmiento se convirtieron en las pesadillas de Ricardo Rojas.

En ese contexto, Gálvez atacó el cosmopolitismo de las grandes urbes desalmadas que habían nacido en el territorio nacional. Reorientadas hacia el océano, las ciudades puerto dieron la espalda al interior, miraron a Europa y quedaron ciegas respecto a América Latina. Lo peor fue, según Gálvez, que se creyeron parte de un mundo extranjero. En cambio, las provincias lucían en sus estratos históricos-geológicos una argentinidad incubada por una soledad libre de extranjerías, donde las *fuerzas telúricas* habían esculpido un ambiente indiferente a las modas y habían creado una arquitectura nacional-colonial.

Por entonces, una de las ciudades menos *argentinizadas* del país era Rosario, de hecho casi la mitad de su población era extranjera. Los censos lejos de ocultar ese dato se jactaban de darlo a conocer.³³ Manuel Gálvez estableció una comparación entre la materialidad de Rosario y la de Buenos Aires, observó que los muros de ambas ciudades eran presa del *kitch* carnavalesco formado por un alambicado neoclasicismo y un confuso *art nouveau*. Un Gálvez menos sutil que enfático dijo: “Rosario, ciudad extranjera, cosmopolita, remedo horripilante de las fealdades de Buenos Aires...”³⁴ y, unas líneas después, ensalzó los valores de la confraternidad, la vida campestre y el recogimiento comunitario del interior. Paralelamente, denostó el cálculo materialista, por igualador y cuantitativo; la cosificación de las relaciones humanas y el sometimiento de la verdad al imperio del dinero le parecieron aborrecibles. Buenos Aires le reveló a Gálvez “...la presencia de un materialismo repugnante [...] en el que hay civilización pero no cultura.”³⁵

El nacionalismo cultural, por el que luchaba Gálvez, representaba a la ciudad como un “bastión enemigo”.³⁶ Algunos intelectuales imaginaban que una red monumental conseguiría nacionalizarla y la rescataría de la homogeneidad del mercado. La arquitectura cosmopolita requería de modelos patrióticos, las estatuas serían sus principales baluartes. Pero Rosario, demasiado satisfecha de sí misma, se contentó con evocar monumentalmente a una estética desnacionalizada. En 1906, las autoridades municipales proyectaron la erección de una escultura para aligerar la uniformi-

32 GÁLVEZ, Manuel *El diario...*, cit. p. 117.

33 En 1910, el 46% de la población de Rosario era extranjera. *Tercer Censo...*, 1910, cit.

34 GÁLVEZ, Manuel *El diario...*, cit., p. 166.

35 GÁLVEZ, Manuel *El diario...*, cit. pp. 92-93 y 98.

36 GORELIK, Adrián *La Grilla y el parque La Grilla y el Parque. Espacio público y cultura urbana en Buenos Aires, 1887-1936*, UNQ, Bernal, 1998.

dad del damero. No obstante, juzgaron que belleza y nación no necesitaban enlazarse, bastaban motivos que narraran los progresos rosarinos de manera universal.³⁷ En un espacio donde todo era materia de cálculo, el costo del monumento fue determinante. Tres meses después de ordenada la construcción, las autoridades invocaron la escasez de recursos y depusieron la intención de instalar el monumento, confiados en que la flamante Comisión Nacional del Centenario financiaría este tipo de proyectos.³⁸

Los ataques de Gálvez fueron compartidos por la prensa local. *La Capital*, *El Municipio* y *Rosario Industrial* notaron la ausencia de patriotismo en vísperas del centenario, la indiferencia de los vecinos replicaba la displicencia de las autoridades. El centenario era una oportunidad inmejorable para desmentir las críticas de Gálvez, para que la población de Rosario saliera a la calle mostrándose argentinizada y revelándose contra la imagen de “ciudad fenicia”.³⁹ Pero la conmemoración de la patria parecía destinada a la irrelevancia y a que, una vez más, la ciudad actualizara sus estigmas.

Cinco meses antes del centenario, *Rosario Industrial* llegó a plantearse la posible extinción del espíritu nacional. La pasividad de la juventud fue representada como un indicio certero de “decadencia moral”, que “...dejaba que la nacionalidad se precipitara en el olvido.”⁴⁰ Eran los jóvenes la garantía de perdurabilidad del culto patriótico, reclutarlos en las celebraciones nacionales era imperioso. Italianos y españoles engrosaban las estadísticas locales, pero eran superfluos a la hora de organizar las conmemoraciones nacionales. Si bien una gran mayoría de ellos adherían habitualmente a los festejos argentinos, lo hacían sin renunciar a sus propias identidades nacionales, colocaban banderas extranjeras en los balcones y las llevaban a los actos, astillando la ansiada homogeneidad nacional. Durante el centenario se proscribió la música disonante de Babel y el despliegue multicolor de los pabellones, era imperativo suspender las diferencias. La unanimidad fue exigida a los ciudadanos.

El 25 de mayo de 1910, los inmigrantes estuvieron obligados a comportarse como argentinos, sin dejar trascender distancias o incomprensiones. En el imaginario festivo, la nación se *despolitizaba* y *desocializaba*, el *todo* demandaba la abdicación de las parcialidades. Como lo indicó Renán, la nación requería olvidar desacuerdos y rencores, en pos de la confraternidad se agitó la bandera de la historia y, al mismo tiempo, se removió el lecho del Leteo. Los publicistas construyeron figuraciones del pasado prendadas de invenciones pragmáticas.

La falta de homogeneidad en la población hacía peligrar la unión festiva. No pudieron los organizadores corregir ese “desajuste”, la tónica que imprimieron a las celebraciones contribuyó poco a disipar esa multiplicidad, lateralmente patentizada

37 ET HCD enero-junio 1906, ff. 314-318.

38 ET HCD enero-mayo de 1907.

39 *La Capital* 18/I/1910.

40 *Rosario Industrial* 25/I/1910.

tanto en los álbumes como en los censos del centenario. Un ejemplo de esas paradojas fue la Exposición del Centenario en Buenos Aires, que para dar alcance mundial al evento buscó emular a las Exposiciones Universales organizadas en Europa desde mediados del siglo XIX.⁴¹ Favorecida por las visitas de rigor, la feria porteña sólo alcanzó el título de internacional, la ecúmene de las mercancías, las novedades y las industrias se reunió en Bruselas, ignorando al centenario argentino.

La exposición tensionaba el sentido de la recordación patriótica. ¿Predominaba la vocación de reafirmar la nacionalidad entre los residentes? ¿Se buscaba exhibir las grandezas del país? Si se trataba de una fiesta para amalgamar a la nación, la exposición universal no era posiblemente el recurso más eficiente. Justificadas en potencias con ambiciones coloniales, esas muestras, en contextos menos propicios, tan sólo narraban apetencias improbables y funcionaban como compensaciones simbólicas. La Exposición del Centenario con su pórtico y pabellones informó ante todo de un simulacro y de un deseo. Pero posiblemente resultara más complejo celebrar lo *auténtica* y *esencialmente* nacional. El país se había modernizado a partir del contacto comercial y cultural con Europa, en consecuencia fue difícil hallar en las grandes ciudades motivos “puramente” nacionales. Según el nacionalismo cultural, la “autenticidad” se concentraba en el interior arropado por la naturaleza y la historia, el legado colonial delineaba lo “verdaderamente argentino y latinoamericano”. Esa “verdad”, sin embargo, no pudo revelarse al mundo sin patentizar cierto localismo, provincianismo y, porque no, algo de atraso. En la prosa nacionalista, el interior era el portento argentino, pero ese prodigio desmerecía la imagen que las clases dominantes se habían forjado de sí mismas y deseaban representar ante el mundo.

Finalmente, los atuendos del centenario esquivaron la historia y las conjeturales raíces de la cultura nacional. Los artífices de los festejos prefirieron la sensibilidad europea con la que las elites y los visitantes se sentían más a gusto, el transporte y la cita de artefactos culturales del *Viejo Mundo* formaron las configuraciones más visibles. No todos estuvieron de acuerdo con esa inclinación, el diario *El Municipio* de Rosario afirmó que “...el centenario argentino es un suceso para la propaganda exterior.”⁴² La fiesta se planeó para el mundo y las ciudades encaramadas a los puertos, la Argentina profunda, imaginada por Gálvez, Rojas o Lugones, permaneció fuera del programa. A pesar de todo, el dispositivo de la celebración cosechó cierta eficacia. En esas jornadas se afirmó la gloria nacional, sin alcanzar una representación autónoma, la comparación con las potencias mundiales permitió soldar la identidad. Los argentinos se reconocieron en un campo de posiciones relativas, en el orden mundial el país se ubicaba en un orgulloso sexto puesto.

41 GEPPERT, Alexander *Fleeting cities. Imperial exposition in fin-de-siècle Europe*, Palgrave Macmillan, Londres, 2010.

42 *El Municipio* 15/V/1910.

El centenario fue una fiesta organizada a la europea y para los europeos, pero operó como una fábrica de identidad que argentinizó de manera indirecta a una parte de los europeos residentes en el país. En el centro de esas aporías se observa un fenómeno condensado, las disyunciones, paradojas y síntesis del centenario construyeron las primeras y relativamente efectivas fórmulas culturales para la escenificación celebratoria de lo nacional, también, un repertorio de sensibilidades permaneció disponibles para futuros sucesos nacionales.

Diferencias unánimes

Durante gran parte del siglo XIX, los festejos patrios incluyeron expansiones lúdicas, en el centro de las veladas se encontraban los juegos y el circo criollo. Las jornadas dedicadas a la *nación* se amoldaron a las celebraciones populares, el poder político fue incapaz de establecer distanciamientos y darles un sentido trascendente o, al menos, específico. Quienes no disfrutaban de esas exteriorizaciones debieron condescender ante los gustos de las mayorías. Protocolos festivos rígidos y diferenciados no estuvieron disponibles desde siempre para los organizadores, antes fueron la resultante de un proceso largo, dificultoso y no exento de conflictos. Por mucho tiempo, las fiestas fueron casi comunitarias y su contenido esquivó los motivos nacionales.

Los procedimientos de la “celebración oficial” no se formaron sino hasta después de 1880. Desde entonces, dos actividades homogeneizaron paulatinamente las efemérides: el Te-Deum en la iglesia matriz y la colocación de insignias argentinas en las fachadas de las casas con frente a las calles más importantes,⁴³ ambas iniciativas fueron respaldadas por los habitantes. La asistencia al Te-Deum se convirtió en una obligación para las autoridades que eran secundadas a distancia por la población. La sacralidad del encuentro menguó la diversión más espontánea, el rigor en el vestuario y el trato se impuso, aunque con muchos contratiempos. Hasta finales del siglo XIX, la plaza 25 de mayo, ubicada en las barbas de la catedral, fue teatro de juegos y fiestas populares. Cuando en la penumbra de la iglesia todavía ardían graves los cirios del Te-Deum, afuera los amantes de goces menos rígidos preparaban asado con cuero, bebían vino y templaban la guitarra.

Los actos oficiales y las conductas de los asistentes se regimentaron con más firmeza en la centuria siguiente. Conforme las dignidades de las elites y la nación se acrecentaron, también lo hizo la solemnidad de los festejos realizados por las primeras en nombre de la segunda. Una “ciudad fenicia” y poblada por extranjeros debió venerar a la nación normativamente: sin excesos y con severidad. La solemnidad religiosa configuró la plantilla para homenajear a la patria, el poder político recogió el repertorio de las ritualidades eclesiásticas y trastocó su sentido. En las calles, la

43 “Aniversarios Patrios”, en *Compendio de digesto municipal. Ordenanzas, Decretos, Resoluciones y Reglamentos*, Rosario de Santa Fe, 1910.

evocación nacional se efectuó por medios seculares, la fórmula “procesión cívica”, sin embargo, no ocultó los resabios religiosos que pervivían en la “liturgia patriótica”.⁴⁴ El municipio financió el ornato de las escuelas y los edificios públicos, las plazas fueron embanderadas e iluminadas con arcos de gas y focos eléctricos.⁴⁵ Las fiestas comenzaron a ser dominadas por el protocolo, entretanto las expresiones populares quedaron relegadas y marginadas de la escena.

Posiblemente, la tan machacada indiferencia de la población rosarina respecto del centenario radicara en la reiteración de formulismos excluyentes. Esos repertorios hicieron que *El Municipio* subrayara la disociación existente entre el pueblo y los festejos. Según este periódico, el protocolo no estimulaba la participación, la parafernalia conspiraba contra la identificación de los sectores populares con la patria. Si el exceso material era inhábil para componer una imagen integradora de lo nacional, disminuirlo o reemplazarlo podía afectar la importancia de la puesta en un contexto de exhibición que se quería ecuménico. De un lado tuvo lugar “el desfile oficial” y del otro “las manifestaciones populares”, tabicados como cosas diferentes y desvinculadas, aunque ambos se llevaran a cabo en nombre de una misma conmemoración.⁴⁶

Las celebraciones sin motivo nacional ni ceremonial alcanzaron un éxito menos artificial. Por el contrario, cuando la unidad nacional fue la premisa, la fiesta experimentó una ruptura y sus protagonistas un extrañamiento. No consiguieron obrar la unidad las banderas y el himno, en el año de la nación, la fiesta se torció hasta quebrarse. El ritual patriótico estalló en prácticas y sentidos dispersos. Al ser desestimada por el programa oficial, “la espontaneidad popular” se entregó a diversiones menos solemnes, pero que, desde el punto de vista de los sectores populares, resultaron más intensas y atractivas.

Los costosos actos oficiales no perdurarían en el espíritu popular, donde el paso fugaz del remoto Halley quizá dejara huellas más profundas. El “pueblo” era postergado por galas exageradas. Las élites, además, estaban dispuestas a impresionar a los visitantes y evitar los desbordes, por lo tanto reforzaron el cerco protocolar. En la celebración pautada, los sectores populares fueron arrojados a las orillas, sólo pudieron participar como espectadores. Mientras los portentosos bulevares y las plazas luminosas fueron ocupados por los grupos dominantes.

Procurar una conmemoración “ordenada” implicó el control del “pueblo”. El centenario exigió el recogimiento y la adhesión civilizada, las risas y los desahogos quedaron proscritos. Un efecto mimético fue el objetivo de la formalización celebratoria; la magnificencia del ritual solemnizaría a la patria. Los atentados en el teatro Colón, la agitación obrera y el asesinato del coronel Falcón no fomentaron la tranqui-

44 Hasta los años 1930s., en el vocabulario municipal pervivió el término *procesión*. *Compendio de digesto municipal*, Talleres gráficos Pomponio, Rosario, 1931, p. 98.

45 *Compendio de Digesto...* 1906, cit., p. 34.

46 *El Municipio* 22/V/1910.

lidad, vigilar posibles disturbios era, a un tiempo, una batalla cultural y social, una lucha por el sentido, pero también en pro de mantener de “orden”.

Los organizadores de los festejos borraron el recuerdo de las formas pre-protocolares, la repetición de la pauta celebratoria, la recurrencia de un conjunto restringido de prácticas fue la clave capaz de articular ese olvido. No pudo festejarse a la patria con menos rigor, las autoridades estabilizaron el sentido de la evocación nacional suprimiendo todo vestigio de formas anteriores, presentaron a la “fenomenología del protocolo” como un hecho indiscutible. Pretendieron exhibirla como el producto de una tradición indemostrable, pero establecida por la fuerza y la necesidad de las cosas.

Esa “fenomenología del protocolo” se posicionaba fuera de las condiciones históricas de su producción, volviéndose inaccesible a la discusión. La “procesión cívica” buscaba desembarazarse de las cosas mundanas, mientras tanto la historia nacional deshumanizaba a los próceres y la reproductibilidad técnica sembraba la república de estampas y estatuas. El centenario funcionó como dispositivo pedagógico capaz de difundir las bases de un culto patriótico de gran escala. También fabricó diferencias, al separar el protocolo oficial de los gustos populares. La patria fue evocada como una integración orgánica, la “fenomenología protocolar” sustituyó la multiplicidad superficial por una unificación algo forzada y evanescente.

Bajo el imperio de los deportes, el circo y el cinematógrafo, emergieron las prácticas populares. Este conjunto de actividades fue colocado en un tiempo-espacio marginal. En horas de la siesta, se presentaron grupos circenses en la Sociedad Rural, después de las 20hs. hubo fuegos artificiales y cinematógrafo al aire libre en los suburbios.⁴⁷ La pirotecnia se quemó en tres oportunidades, pero otras detonaciones, omitiendo las normativas, se replicaron en todos los barrios de Rosario. Esa “desobediencia popular”⁴⁸ mereció el elogio de la prensa, el fervor patriótico, también, suspendía el orden e iniciaba una especie de carnaval aunque bastante contenido, en tal caso ciertas indisciplinas no sólo eran perdonables, sino también positivas: acreditaban la difusión y el arraigo de las fiestas. De una forma algo disparatada, los periodistas creyeron oír en las explosiones el testimonio incontrovertible de las pasiones patrióticas.

Cerca de la Refinería de Azúcar se improvisó un cine, allí trabajaban a diario mil trescientos hombres y mujeres.⁴⁹ Por obra del cinematógrafo patriótico, el entorno fabril se convirtió en un lugar curioso e incluso agradable. La experiencia del espacio barrial naturalizado orbitaba alrededor de las chimeneas y los depósitos, en la organización de la vida cotidiana, la fábrica cumplía el papel que en otras partes de la ciudad le correspondía a las plazas. La transformación del espacio de trabajo en un lugar

47 “Conmemoración del Centenario”, en *Memoria presentada al Honorable Concejo Deliberante por el Intendente Municipal Dr. Isidro Quiroga. Correspondiente al año 1910*, Talleres de la Biblioteca Argentina, Rosario, 1910.

48 *La Capital* 29/V/1910.

49 *Tercer Censo...*, 1910, cit.

para el entretenimiento revistió al centenario de un carácter aún más extraordinario. El cinematógrafo cerca del trabajo y la residencia, no requirió de ningún desembolso. Los trabajadores y trabajadoras de la Refinería participaron del culto patriótico oficial a prudente distancia, manteniéndose entretenidos con las denominadas “diversiones fáciles”.

Los programas no fijaron el contenido de las proyecciones, todas fueron introducidas por bandas que ejecutaron el himno nacional, reclamando, se ignora con que eficacia, la entonación de sus estrofas. Luego, el espectáculo quedó librado al arbitrio de sus compositores, la función incluyó con insistencia un bloque de películas cómicas. La velada culminaba con nuevas alusiones patrióticas. A pesar de estas dos instancias de fijación de sentido, la decodificación de las proyecciones se mantuvo autónoma e inaccesible a las políticas del control. Durante las escenificaciones, no pudo anularse completamente la risa. A medio camino entre la solemnidad y la atracción de la concurrencia, una encrucijada sorprendió a los organizadores, quienes se inclinaron hacia una combinación inestable que garantizara con pliegues y dificultades ambos ingredientes. Aunque la secuencia de la presentación intentara disolver las diferencias, éstas se mantuvieron intactas por debajo de la fenomenología protocolar. La inclusión de películas cómicas terminó rindiendo tributo a la impenetrabilidad de la cultura popular, a esas *artes de hacer* que esquivaron obsesivamente los propósitos oficiales.

Las elites también diseñaron actividades exclusivas para su deleite: Te-Deum, colocación de las piedras fundamentales de la Biblioteca Argentina y el Hospital Escuela del Centenario, bailes en el Club Social y Jockey Club y *soirées* en el teatro “El Círculo”. El programa dotaba de significados múltiples al feriado, sin embargo no aseguraba por sí mismo la adhesión popular. Más que basarse en certezas, las afirmaciones acerca de la recepción deducían el futuro del contexto. Ante la apatía reinante, los pronósticos se mantuvieron cautos y prescindieron de la euforia.⁵⁰

Estimar las repercusiones de los festejos en la sensibilidad popular resulta muy complejo, no quedan huellas de este tráfico de significados. Se sabe en cambio, que la participación popular se lió con prácticas culturales arraigadas, con atracciones que formaron parte de las ferias al aire libre y otros eventos que apenas poseyeron algún motivo preliminar para estabilizar el sentido patriótico de la convocatoria. Los sectores populares se conectaron con el centenario a partir de sus sensibilidades, asistiendo a espectáculos con los que estaban más familiarizados o cuyo despliegue se presentó atractivo e inusual.⁵¹

Una inclusión paternalista fue prevista para los desheredados. Jóvenes encabezados por el diputado Vicente Paquete implicaron en la celebración a los asilados en

50 *El Municipio* 24/V/1910.

51 *Monos y Monadas* 12/VI/1910.

el Hospicio de Huérfanos. La iniciativa fue narrada con tonos “conmovedores” por el semanario *Monos y Monadas*.

“...los huerfanitos llevando cada uno su bandera bicolor, cantando al pie de la Pirámide el himno patrio y luego [...] Ramón Cifré quiso también obsequiar a los pequeños desheredados de la familia y de la fortuna [...] con chocolate y masas y al día siguiente cada uno recibió su juguete, improvisándose en el patio del asilo el concierto más cacofónico de los celebrados desde que el Halley hizo su aparición a los terrestres.”⁵²

El 25 de mayo de 1910, los huérfanos tuvieron a la patria como madre sustituta y los comerciantes les obsequiaron sus favores, bajo la forma de alimentos cotidianamente inaccesibles para ellos. Por una vez, los sin familia se sintieron parte de algo, fueron incluidos en la comunidad nacional y, aunque menos disciplinados que sus pares escolarizados, cantaron a una patria que se suponía recordarían con alegría.

El centenario fue la aurora de una coreografía masiva, en la que las actividades sociales privilegiaron el número. Un abigarrado paisaje humano en los actos y cifras largas en las estadísticas oficiaban su demostración. Los infantes escolarizados, dirigidos por el maestro y capitán Arrospeigaray, deslumbraron con disciplinada agilidad en los Batallones Escolares. Como si se tratara de aprendices de soldados o de pequeños obreros, los niños eran sometidos a la sincronización de los movimientos. “Han merecido largas ovaciones estos *pequeños soldados* que desfilaban simpáticos y altivos, con sus pantalones blancos, su camiseta celeste, llevando paso de vencedores.”⁵³

Un sospechoso tono declamatorio expresó el balance de las festividades. La revista *Monos y Monadas* enfatizó el carácter espontáneo y universal de *La Semana Santa de la Patria*, una reveladora nomenclatura acuñada por esa publicación. Si bien hubo diferencias en el festejo, la recapitulación prefería obviar esos “detalles” y solazarse en la idea de “democracia orgánica”.⁵⁴ Se trataba de una forma de participación, que según sus impulsores era extrañamente “obligatoria y natural”, capaz de despertar del letargo y la vacilación inicial a las fibras nacionalistas de los rosarinos.

Enunciados prendados de una inclusión simbólicamente imperativa no consiguieron eliminar lo que quedaba fuera del “organismo nacional”. Una serie de “virus” lo acechaban a cada paso, para controlar la “infección” hubo que conjurarlos en las prácticas y desterrarlos del discurso. Depuesta la amenaza, el miedo se expresó insignificante, pudo asegurarse, tras el clímax festivo, la ineficiencia de los atentados anarquistas y de la venenosa cola del Halley, aunque ambos factores tuvieran en vilo

52 *Monos y Monadas* 12/VI/1910.

53 *Monos y Monadas* 12/VI/1910. Énfasis añadido.

54 MUNILLA, Eduardo *La defensa nacional*, Librería “La Facultad”, Buenos Aires, 1916.

a una parte considerable de la población. Eran dos potenciales catástrofes, concebidas ambas como extrañas al “orden natural” de las cosas.

“...la inmensa ola del nacionalismo arrasó triunfante con las tendencias de un *extranjerismo exótico* [...] *Todos, pero todos los argentinos, sin excepción*, estuvieron siempre en su sitio, convencidos de su valer y confiados en las dotes *incontaminables* de su honrosa estirpe sólo los *advenedizos*, los *bastardos* pudieron, no dudar, sino propender con designios *egoístas* a la imposición de un *ideal negativo* del *progreso social y político*.”⁵⁵

La nación se mostraba soldada, eran *los argentinos* una totalidad indivisible, *un solo cuerpo* que no albergaba contradicciones. En el lenguaje de las instituciones civiles ondeaba victoriosa la bandera marcial de la “democracia orgánica” y para resguardarla fue necesario el concurso de violencias legales e ilegales. Usos de la fuerza que a juicio de los nacionalistas siempre parecerían legítimos. El anarquismo era enemigo de la construcción nacional, su violencia definida como insensata por la antropología criminal, debía ser repelida con otra no menos ilógica.

“Las violencias realizadas por los estudiantes incendiando las imprentas anarquistas, mientras echaban a vuelo las notas del himno patrio, constituyen una revelación de la más trascendente importancia [...] *esas violencias demuestran la energía nacional* [...] enseñan que la inmigración no ha concluido todavía con nuestro espíritu americano pues conservamos aún lo indio que había en nosotros [...] los anarquistas, salvando al país contra su voluntad, casi merecerían el sincero agradecimiento de la nación...”⁵⁶

Las formas y la gramática de estos anatemas quedaron disponibles en el repertorio cultural y el acervo discursivo nacionalista. Décadas después y al calor de otras relaciones sociales, culturales y políticas, esas fórmulas fueron activadas por un nacionalismo menos condescendiente y tolerante. Las diferencias de los festejos del centenario en Rosario narran una configuración alternativamente visible y oculta. Una ciudad que invade la regulación de las ordenanzas sin anunciarse y que tras una aparición efímera no deja huellas, disimulándose debajo de otra ciudad, la ciudad oficial. Esa “ciudad detrás de la ciudad” se rige por un tiempo que no responde ni al reloj municipal ni al campanario de la iglesia matriz. Es morosa y sus registros están hechos de paradojas: inaudible aunque bulliciosa, firme y vacilante, vacía pero superpoblada, ausente y, sin embargo, necesaria. Una ciudad que irrumpe brutal y se disuelve dócil,

55 *Monos y monadas* 16/VI/1910.

56 GÁLVEZ, Manuel *El diario...*, cit., pp. 201-202.

hecha de orillas sin centros donde las luces del centenario brillan lejanas y el fervor patriótico apenas se comprende. Una ciudad esquiva y a veces impenetrable.

CAPÍTULO II

Cultura física, trabajo y biopolíticas

A fines del siglo XIX, la sombra de la decadencia abrazó a Europa, una falta de pujanza embargó al espíritu de *fin-de-siècle*. Schopenhauer y Nietzsche anunciaron el advenimiento del nihilismo europeo. Poco después, Philippe Tissié anotó: “[l]a presente generación ha nacido fatigada; es el producto de un siglo de convulsiones.”⁵⁷ El progreso y la productividad habían alcanzado un punto límite, trasvararlo ocasionaría la destrucción de los cuerpos y la decadencia social. Las variantes utópicas del productivismo soñaron con un cuerpo insensible al dolor y el agotamiento, capaz de incrementar el trabajo y disimular la debilidad.⁵⁸ Ese cuerpo diseñado oníricamente activó una serie de metáforas mecánicas, las más conocidas fueron la del reloj cartesiano y el motor de combustión externa: la máquina a vapor. En ambas, sin embargo, el excedente vital, el productor ingobernable de esas fantasías liberadas del cansancio, permaneció mistificado e inexplicable.

Nuevos saberes midieron y vincularon la productividad y la fatiga. Combinando la física, la química y la biología y bajo el interés de la gestión socioeconómica, despuntó en la época una fisiología política. Para la “ciencia europea del trabajo”, el cuerpo se convirtió en una herramienta, un instrumento en el proceso productivo. Con intuición, lucidez y sistematicidad, Anson Rabinbach ha iluminado ese proceso, evidenciando una transición en la concepción del agotamiento.⁵⁹ De la acedia y la melancolía, predominantes en el Medioevo, se transitaría a la pereza y luego a la fatiga moderna. La tríada acedia, melancolía y pereza permaneció vinculada a ideas religiosas y morales, en cambio la fatiga se relacionó con el redimensionamiento materialista, aunque prendado de trascendentalismo, que supuso el concepto de energía (*Kraft*). Estas páginas no objetan la validez de esa hipótesis, los materiales empíricos y las reflexiones sobre las que descansan son insuficientes para hacerlo, pero prefieren mostrar, a partir de un caso descentrado, periférico y, a simple vista, desconectado, las encrucijadas múltiples y las sinuosidades de ese camino.

La indagación sobre las visiones científicas del cuerpo permite observar las relaciones sociales y las atribuciones de sentido que fraguaron los tropos metafóricos que orbitaron en derredor del *motor humano*. El descubrimiento de la energía y la apli-

57 TISSIÉ, Philippe *La fatiga y el adiestramiento físico*, Imprenta Fotograbado E. Rojas, Madrid, 1899 [1897], p. 45.

58 RABINBACH, Anson “The Body without Fatigue: A Nineteenth-Century Utopia”, en DRESCHER, Seymour; SABEAN, David y SHARLIN, Allan *Political Symbolism in Modern Europe*, New Brunswick University, 1982, pp. 42-62.

59 RABINBACH, Anson *The Human Motor. Energy, Fatigue and the Origins of Modernity*, Basic Books, New York, 1990.

cación de las leyes de la termodinámica a la economía fisiológica no despertaron una preocupación particular por el cuerpo. Ese interés era muy antiguo y estaba inspirado por el carácter irremplazable del cuerpo en todas las formas del trabajo. Fatalmente sobre él descansaban y descansan las coacciones de las cadenas de interdependencia y las relaciones sociales.⁶⁰ A fines del siglo XIX, se creyó que el conocimiento de las energías corporales brindaría una clave regulatoria, producir ese saber sobre los cuerpos era una tarea orientada a organizar unas formas de vida que combinaran el óptimo productivo y el mejoramiento social.

Este capítulo explora los discursos y saberes producidos sobre el cuerpo, la máquina y la energía en el tándem fatiga y trabajo y que circularon entre Europa, fundamentalmente en Francia e Italia y tangencialmente en Alemania, y la Argentina. La atención se focaliza sobre los usos sociopolíticos del conocimiento, con el objetivo de mostrar los préstamos y las redefiniciones del universo cultural y científico de la época. Interesa exhibir los efectos de fortalecimiento y diseminación que la hibridación prestó a la ciencia del trabajo.⁶¹ Paradojalmente, esa purificación inconclusa legitimó ideas alrededor de la moral, la raza y la nación en un campo práctico-discursivo supuestamente aislado de la reflexión científica. La ciencia del trabajo y las investigaciones acerca de la fatiga obtuvieron mayor impregnación sociopolítica de un movimiento aparentemente contradictorio: alejarse en el plano teórico del sentido común, comulgando con él cuando se trataba de colocar ejemplos o extraer conclusiones pragmáticas. En la tarea de regular los cuerpos para reformar las almas intervinieron equipamientos más antiguos que las leyes de la termodinámica, el ergógrafo o el laboratorio. De los ensamblajes del conocimiento científico y moral dependieron, parcialmente, los umbrales y los usos del tiempo libre asignados científicamente a los sectores populares.

Energía, trabajo y herencia

Angelo Mosso fue un fisiólogo turinés que en 1893 publicó su obra fundamental, intitulada *La Fatiga*.⁶² El prologuista de la edición española, Rafael Salillas, la presentó como "...un libro de economía orgánica, con innumerables aplicaciones al individuo y a las comunidades."⁶³ Las especulaciones de Mosso utilizaban la química de Lavoisier, la termodinámica de Helmholtz, y la fisiología de Bernard. A su vez, ese conjunto de influencias descansaba en la organización económica, social y política del capitalismo decimonónico.

60 LE BRETON, David *Antropología del cuerpo y modernidad*, Nueva Visión, Buenos Aires, 2002.

61 LATOUR, Bruno *Nunca fuimos modernos. Ensayo de antropología simétrica*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2007.

62 MOSSO, Angelo *La fatiga*, Jorro Editor, Madrid, 1983 [1891].

63 SALILLAS, Rafael "Prólogo", en MOSSO, Angelo *La Fatiga...*, cit., p. VI.

Mosso comparó al cuerpo con una máquina de vapor, aunque destacó su imperfección. El mecanismo viviente era alimentado por la combustión de materia orgánica, sintetizada en presencia de oxígeno (nutrición). De ese proceso emergía trabajo (energía), calor (temperatura corporal) y residuos (monóxido de carbono y ácido láctico). Simultáneamente el cuerpo era un laboratorio y un aparato donde se registraban reacciones químicas, que eran explicadas por las leyes de la termodinámica y la fisiología. Ante todo, la fatiga era un fenómeno químico, en el que la respiración y los órganos purificadores de la sangre, el hígado y los riñones, tenían una gran incidencia.

El matrimonio semántico entre articulaciones y engranajes, entre músculos y motores se duplicó en fábricas y laboratorios. Entre el mecanismo y el organismo se imaginaron semejanzas que eran la condición necesaria para una explicación recíproca. Aunque existían diferencias insalvables, el *motor humano* formaba una analogía heurística de poder explicativo limitado. El equilibrio y buen funcionamiento de la máquina fueron asimilados a la homeostasis, pero la fatiga, pensada como una manifestación de la entropía, conspiraba contra una homología plena. Mientras la máquina podía producir un número constante de kilogramos fuerza con una adición específica de combustible, un cuerpo, incluso perfectamente nutrido, era incapaz de semejante proeza.

El trabajo no debía superar el umbral de la fatiga, una vez trasvasado ese límite, calculable en una ecuación que incluyera tanto las condiciones físicas del obrero como el contexto ambiental del trabajo y la duración de la jornada, la eliminación de las toxinas sería imposible. La fatiga cooperaba con la reducción de la calidad del trabajo. De continuar trabajando fatigado se arriesgaba la integridad física y psíquica del obrero. A largo plazo, una acumulación reiterada de toxinas produciría severos perdurables desajustes fisiológicos.

Mosso afirmó que la fatiga se generaba por el envenenamiento de un cuerpo incapaz de desechar el ácido láctico y carbónico. La sintomatología derivada del cansancio se componía de neurastenia, *mental strain*, *surmenage* y locura, de cronificarse podía acarrear malformaciones anatómicas hereditarias. El individuo y la especie quedaban comprometidos por la fatiga, hombres y mujeres agotadas engendraban una descendencia postrada. Por obra de mecanismos poco explicados y calculados, pero aparentemente muy efectivos, el ambiente penetraba y encarnaba en el cuerpo. La alimentación y el trabajo dejaban huellas orgánicas imperecederas. Mosso planteaba que la contracara del progreso industrial era la decadencia biológica, la elevada mortalidad infantil y la sombra de la degeneración eran los costos de la pujanza económica. Ralentización de la natalidad, aumento de las defunciones, acortamiento de la vida, proliferación de anormales y deformes eran los indicadores negativos del *progreso*.

En *La Fatiga*, la idea de degeneración, organizada por el tratado de Morel,⁶⁴ fue reconfigurada a la luz de una matriz neolamarckiana. La herencia de los caracteres adquiridos y la atrofia de funciones inutilizadas conceptualizaron su transmisión. Además, esa degeneración actualizada sería aliviada por la extinción de los menos aptos (o los más débiles) en la lucha por la existencia definida según Darwin (o Spencer). El proceso de selección era inevitable e incluso deseable, el prologoista de *La Fatiga* afirmaba que debía excluirse todo “sentimentalismo”, algunas vidas inevitablemente serían segadas en la carrera por el progreso y la evolución.

La decadencia de la especie se ramificaba. No era la producción fabril el único acicate de la degradación, también, la holganza, la falta de objetivos y la ociosidad, intoxicaban el capital orgánico. Aristócratas, sumergidos en la molición y la inactividad, convertían a sus cuerpos en campos fértiles para los “vicios morales” más extravagantes.⁶⁵ Pensado como un acumulador energético, la descarga del cuerpo era indispensable para un buen funcionamiento, la concepción de la energía como flujo regular y constante hacía del acopio contranatural de lípidos y toxinas una fuente de trastornos y enfermedades.

Con una postura correcta, abundante amplitud de hombros y tórax, la burguesía productiva erradicaría los signos de languidez y, simultáneamente, resguardaría su fortaleza física y distinción corporal. Procurando detener la degeneración se idearon los dispositivos deportivos para la burguesía y, destinada a la clase obrera, la educación física masiva.⁶⁶ Además, la difusión de las actividades corporales inhibía la propagación de los vicios de la primera juventud, sintetizados por el onanismo.⁶⁷

Una vida metodizada, actividades regulares y nutrición eficiente retrasaban la fatiga. Con una precisión paradójica, las curvas del ergógrafo demostraban los aforismos intuitivos por los moralistas desde el siglo XVIII. La novedad consistía en una base científica, construida a partir de una concepción materialista y experimental del mundo. Sueño escaso, mala alimentación, exageración emocional y fatiga intelectual disminuían las fuerzas. A fines del siglo XIX, el moralismo moderador de los excesos fue validado por los laboratorios, los experimentos y las máquinas. Esa realidad aparentemente controlable y purificada coincidía con las visiones menos asépticas de la moral victoriana, aunque sus pautas de conducta resultaran análogas, bases y mecanismos de argumentación eran notoriamente diferentes.

64 MOREL, Benedict August *Traité des dégénérescences physiques, intellectuelles et morales de l'espèce humaine et des causes qui produisent ces variétés maladives*, J. B. Ballière, Paris, 1857.

65 FOUCAULT, Michel *Los Anormales. Curso en el Collège France (1974-1975)*, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires, 2000, p. 144.

66 MOSSO, Angelo *La educación física de la juventud*, Jorro Editor, Madrid, 1894 [1893].

67 LAQUEUR, Thomas *El sexo solitario. Una historia cultural de la masturbación*, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires, 2007.

Esquematizar y controlar los cuerpos fueron las funciones de la estadística, con los resultados en mano se constituyeron tabulaciones raciales. Adolphe Quételet, entre otros, propuso contabilidades demográficas que forjaron la idea de vigilar los cuerpos a partir de reducirlos al número. Las series cuantificaban y localizaban la evolución e involución de los organismos individuales que por agregación territorial formaban el organismo nacional. Esas estadísticas impulsaron las formulaciones antropométricas de Broca. A partir de las inspecciones para la conscripción, la nación fue representada en números biológicos, unas cifras que tradujeron la potencia vital a los códigos de las diferencias de clase, ocupación y región.⁶⁸

El peso, la estatura y la circunferencia torácica fueron indicadores del vigor racial de un país determinado. Los números revelaron que las clases populares, sometidas a condiciones de vida rústicas y extremas, eran las más propensas a alojar los signos de la degeneración. Mala alimentación, viviendas estrechas, vestidos inapropiados y trabajos prolongados conformaron organismos debilitados, presas fáciles de las enfermedades, las malformaciones y atrofias. Como médico militar, Mosso observó los estragos provocados por la fatiga en los cuerpos de los trabajadores italianos.⁶⁹

La educación física se imponía como instancia regeneradora, a través de su obra los cuerpos subalternos serían normalizados, aumentados, domesticados y embellecidos.⁷⁰ Gracia y potencia formaban un binomio imaginario para corregir el cuerpo y las costumbres, capaz de incrementar la virilidad y la fortaleza de la población.⁷¹ El mejoramiento de las condiciones de trabajo y la promoción de los ejercicios físicos superaban el simple incremento de la producción económica, además contribuían al mejoramiento de la raza nacional. De modo que la fuerza de los brazos se transformaba en la riqueza del país y configuraba una especie de capital corporal nacionalizado. Bien alimentado y direccionado, leído en la clave de un recurso energético, el cuerpo podía constituirse en un medio de producción formidable y un arma eficiente. Las fábricas y los ejércitos demandaban seres robustos (masculinizados), aptos para el despliegue de grandes energías. Esos hombres desarrollarían una voluntad metodizada por el entrenamiento físico y mental que les permitiría mitigar la fatiga y controlar las emociones.

El entrenamiento: cuerpo y voluntad

La fatiga y el adiestramiento físico apareció en 1899, su autor era el psiquiatra francés Philippe Tissié, quien declaró que la degeneración de la raza era consecuencia directa

68 NICEFORO, Alfredo *Fuerza y riqueza. Estudios antropométricos y económicos de las clases sociales*, Henrich y Cia Editores, Barcelona, 1907 [1906].

69 MOSSO, Angelo *La fatiga...*, cit., p. 223.

70 MOSSO, Angelo *La riforma dell'educazione. Pensieri ed appunti*, Treves, Milano, 1898.

71 VIGARELLO, George *Corregir el cuerpo. Historia de un poder pedagógico*, Nueva Visión, Buenos Aires, 2005 [1978].

de la fatiga. En esa obra subrayó las capacidades regeneradoras de ciertas prácticas corporales sobre la morfología y la caracterología del hombre. “La educación física es la gran regeneradora física y moral”,⁷² según Tissié, el entrenamiento era una técnica orientada a producir mucho trabajo con poco desgaste, un método para invertir la proporcionalidad directa entre el trabajo y la fatiga. Como una rama de la higiene social, el adiestramiento prestaba salud, fuerza y resistencia. No sólo era relevante individualmente, la condición física adquirida con los ejercicios, lamarckismo mediante, se transmitiría a la descendencia.

La fatiga y el adiestramiento físico era un libro que ampliaba el estudio de Mosso, vertebrándolo con la fisiología francesa del ejercicio de Lagrange.⁷³ Tissié utilizaba las metáforas mecánicas del cuerpo, capaces de hacerlo objeto de los saberes y los poderes de la química, la física, la fisiología y la economía política. Si bien mantuvo numerosos puntos de contacto con sus predecesores, conceptualizó al entrenamiento como fórmula para retrasar y disminuir los efectos de la fatiga. Elevar los niveles de adaptación y tolerancia al trabajo arduo y continuado era el objetivo principal del entrenamiento. Siguiendo a Ribot, Tissié ubicó el origen de la fatiga en el sistema nervioso, el trabajo inmoderado procuraba excitación, histerismo, sueño hipertrófico, neurastenia, fastidio, disgusto, automatismo, impulsos ciegos, desdoblamiento de la personalidad, alucinaciones, fobias, paramnesia, ecolalia y obsesión. La serie estaba formada por diferentes consecuencias y síntomas de la fatiga.

El adiestramiento regulaba la sensibilidad del sistema nervioso a la fatiga, era un método de trabajo que comprometía al cuerpo, pero para ello se requería el fortalecimiento de la voluntad. En la concepción de Tissié, robustecer y corregir el cuerpo era una vía para definir el carácter. El entrenamiento conformaba una escuela de voluntad y moral, un proceso de aprendizaje corporal y mental tortuoso, cuyas piedras basales eran la ascesis y el sacrificio.⁷⁴ Se trataba de una práctica orientada exteriormente, sin embargo exigía la renuncia interior al placer hasta alcanzar la sublimación del deseo. Asimismo, el entrenamiento requería enfrentarse con el dolor más punzante, el del músculo cansado, el del cuerpo desfalleciente, hasta doblarlo y dominarlo. Cuando la dilación del placer y la tolerancia continuada al esfuerzo se instalaban como disposiciones permanentes en los esquemas corporales y mentales, el padecimiento era sustituido por cierto goce.⁷⁵ La posposición del placer, conducía al desplazamiento y la transformación de su objeto, entonces, la fatiga no sólo se soportaría mejor sino que se trocaría en una extraña satisfacción y sensación de bienestar. Después del en-

72 TISSIÉ, Philippe *La fatiga...*, cit.

73 LAGRANGE, Fernand *Physiologie des exercices du corps*, Félix Alcan, Paris, 1889.

74 DURKHEIM, Émile “Los elementos del sacrificio”, en *Las formas elementales de la vida religiosa. El sistema totémico en Australia*. Akal Ediciones, Madrid, 1992 [1912].

75 ELIAS, Norbert *El proceso de civilización. Investigaciones sociogenéticas y psicogenéticas*, Fondo de Cultura Económica, México, 1987 [1939].

trenamiento, el *continuum* cuerpo-mente alcanzaba umbrales de trabajo que en un principio parecían inaccesibles.

La figura del entrenador, al comienzo indispensable, podía menguar a lo largo del proceso. Un inicial autoritarismo era paulatinamente reemplazado por un afectuoso paternalismo. El entrenamiento era un proceso social activado en el cuerpo y la mente, una vez borradas las coacciones externas, podía ser internalizado exitosamente. La memoria de los nervios y los músculos quedaba disponible y abierta a nuevas sesiones de entrenamiento. En las jornadas de trabajo repetitivo, el cuerpo mostraba su capacidad de adaptación, los músculos se tonificaban, mientras la voluntad se templaba. El entrenamiento configuraba una disposición permanente formada en un circuito de retroalimentación cuerpo-mente. Practicado bajo el rigor de un método y un sistema, a criterio de Tissié, el entrenamiento ocasionaría un mejoramiento tanto físico como moral.

La voluntad habitaba el cuerpo y el cuerpo era movido por la voluntad, o en otras palabras, la mente era corporizada y el cuerpo mentalizado. Así, la carne delineaba un acceso a la normalización de la voluntad, el carácter y, en suma, el espíritu. El automatismo era pura apariencia, sólo podía presentarse luego de un trabajo reiterado y sistemático; no era natural ni innato. La ilusoria falta de esfuerzo para desplegar un movimiento era un simple efecto de la fenomenología, un espejismo perceptivo que disimulaba el (re)diseño de los músculos, los nervios y los tendones en las secretas faenas del entrenamiento.

Fractales biopolíticos

En la Argentina de principios del siglo XX, las ideas sobre el cuerpo, la fatiga y el entrenamiento fueron tributarias de autores como Mosso, Lagrange y Tissié. El carácter emblemático de sus obras se expresó en múltiples referencias y citas. Estos indicadores bibliográficos fueron difundidos por la tesis doctoral de Enrique Romero Brest, el creador del sistema argentino de educación física.⁷⁶ Hasta mediados del siglo XX, tópicos algo similares, aunque con una orientación ideológica marcadamente diversa, se irradiaron hasta diversificarse, desplazarse y trastocarse en los manuales de entrenamiento del Ejército Argentino.⁷⁷ Signaturas idénticas muestra el *Informe sobre el estado de la clase obrera en el interior de la República Argentina* (1902), firmado por Biale Massé.⁷⁸ Las concepciones de la higiene social de Augusto Bunge (1910),⁷⁹ los

76 ROMERO BREST, Enrique *El ejercicio físico en la escuela (el punto de vista higiénico). Contribución al estudio de la cuestión de nuestras escuelas*, Tesis en Medicina, Universidad de Buenos Aires, Cia. Sudamericana de Bancos, Buenos Aires, 1900.

77 TIRO Y GIMNASIA *Pedagogía de la educación física*, Buenos Aires, 1944.

78 BIALET MASSÉ, Juan *Informe sobre el estado de la clase obrera en el interior de la república Argentina*, 2 vols., Hyspamérica, Buenos Aires, 1987 [1904].

79 BUNGE, Augusto *Las conquistas de la higiene social. Informe presentado al Exmo. Gobierno Nacional*. 2 vols., Talleres Gráficos de la Penitenciaría Nacional, Buenos Aires, 1910.

debates parlamentarios (1905)⁸⁰ y *La Fatiga y sus Proyecciones Sociales* (1922) de Alfredo Palacios, también, acusan el impacto de la ciencia europea del trabajo.⁸¹

Esa producción formó conceptos sobre el trabajo, la energía, el cuerpo, la fatiga, las condiciones ambientales y el entrenamiento físico en la Argentina. A pesar de su generalidad, éstas fueron las categorías y las clasificaciones que orientaron y legitimaron la acción reguladora de agentes e instituciones en el país.

a- Una educación física y moral

La tesis doctoral en medicina de Romero Brest señala un desplazamiento respecto a los temas canónicos del área. De una cantera muy inicialmente explorada por los médicos argentinos, el candidato tomó un objeto que aunaba fisiología, higiene y educación. El énfasis se recostaba sobre el último de los términos, pero las respuestas a las modificaciones necesarias en el sistema educativo dependían de las disciplinas aludidas al inicio. Romero Brest criticó el modelo de instrucción pública nacional,⁸² igual que a Tissié le incomodaba la primacía, casi excluyente, de la formación intelectual, donde el cuerpo era un mero contenedor de la mente. Sin embargo, el sistema de educación física que imaginaba poseía un fuerte contenido espiritual y racionalista.⁸³

Para preparar “...hombres aptos para la lucha por la vida” era imprescindible la educación física.⁸⁴ Mejorar la salud física de la juventud garantizaría la futura pujanza de una raza formada por “...elementos heterogéneos de un pronunciado cosmopolitismo.”⁸⁵ La “raza argentina” resumía componentes diversos, era el resultado esperable de la inmigración masiva, esa mezcla polimorfa podía modelar una estirpe fuerte o desencadenar su decadencia. Avance o regresión no respondían a fuerzas ciegas ni estaban biológicamente determinados, para Romero tanto el medio como las prácticas eran decisivos. La Argentina había producido exitosas mezclas en plantales bovinos, un circuito de estancias, criadores, cuidadores e hipódromos mejoró las razas caballares. Si la matriz de las ciencias naturales dominaba a las sociales, porqué no someter a la especie humana a procedimientos análogos.

El neolamarckismo gravitaba en el pensamiento de Romero. Era necesario dirigir, con el apoyo del Estado, la evolución racial hacia una meta positiva, la educación física sería la piedra angular de ese proceso. El entrenamiento permitía controlar la energía, incrementar la resistencia y atenuar las influencias negativas del ambiente y la lucha por la vida. Esta lid debía ser protagonizada por un hombre nuevo, fabricado

80 PALACIOS, Alfredo *Discursos Parlamentarios*, F. Sempere y Compañía Editores, Valencia, 1910.

81 PALACIOS, Alfredo *La fatiga y sus proyecciones sociales*, Claridad, Buenos Aires, 1944 [1922].

82 AISENSTEIN, Ángela y SHARAGRODSKY, Pablo *Tras las huellas de la educación física escolar argentina, Cuerpo, Género y pedagogía. 1850-1950*, Prometeo, Buenos Aires, 2006.

83 ROMERO BREST, Enrique *El sentido espiritual de la educación física*, Librería El Colegio, Buenos Aires, 1938.

84 ROMERO BREST, Enrique *El ejercicio físico...*, cit., p. 15.

85 ROMERO BREST, Enrique *El ejercicio físico...*, cit., p. 55.

por las tecnologías del entrenamiento. Un ser capaz de sonreír ante las adversidades del mundo (*amor fati*) y de legar vigor físico al porvenir (herencia).

Potencia y belleza eran conectados por los vínculos del cuerpo con el espíritu. La educación física tenía la misión de tonificar a ambos, dando por resultado una juventud fuerte y bella, cuya simiente fructificaría en el futuro. Desde fines del siglo XIX y, al menos, hasta 1945, los educadores no reprimieron el sueño de encarnar en los estudiantes la utopía griega, completada por fantasías nacionalistas, de cuerpos asimilados a las virtudes apolíneas.⁸⁶

Los beneficios del ejercicio eran numerosos: la conservación de las energías, el acrecentamiento de la resistencia y el alejamiento de los vicios. La fatiga procurada por la actividad física reducía las posibilidades de que los jóvenes se entregasen a las disipaciones estériles. “Es una observación vulgar que el ejercicio previene muchos vicios desarrollados en estos colectivos [populares y juveniles], desviando la corriente imaginativa ávida de placer y fatigando el organismo.”⁸⁷ La catarsis energética del “motor humano” era un método para conseguir el equilibrio y la normalización del mecanismo corporal y el entramado caracterológico. A través de actividades físicas sistemáticas, se garantizaba la homeostasis orgánica y mental para afrontar las extenuantes luchas de la existencia.

b- Fisiología del trabajo

Desde comienzos del siglo XX, el cuerpo como mecanismo y el trabajo como pérdida de energías fueron tematizados por el médico y abogado Juan Biale Massé. El informe acerca de las condiciones de la clase obrera supuso la existencia del “motor humano”, las alusiones a la máquina de vapor ejemplificaron el funcionamiento del cuerpo. A partir de esas homologías, Biale quería someter la fisiología a la mecánica y a la química, con ese procedimiento trascendería el “reformismo humanista y caritativo” por entonces dominante en el campo de la regulación del trabajo. Ansiaba justificar la reforma laboral por la ausencia de intereses políticos (subjetivos) y por la validez universal (objetiva) de premisas, basadas en datos y procedimientos científicos. Esa desvinculación de la ciencia y la política, muy propia de los componentes superficiales del pensamiento decimonónico, tan sólo fue ratificada discursivamente. Los argumentos de Biale se recubrieron de la legitimidad científica y estadística, las conclusiones se sofisticaron y se alejaron de posiciones meramente humanistas. Sin embargo, Biale ratificó que las valoraciones morales, en tanto que “intuiciones vagas”, eran casi siempre confirmadas por la observación y la experimentación científica.

Las apreciaciones de Biale Massé utilizaban fuentes heterodoxas, de su hibridación resultó un collage que posiblemente confundiría a unos ojos contemporáneos.

86 MOSSE, George L. *The Image of Man. The Creation of Masculinity*, Oxford University Press, New York, 1996.

87 ROMERO BREST, Enrique *El ejercicio físico...*, cit., p. 67.

Con las observaciones de la fisiología positiva y la psicología experimental, convivían *Rerum Novarum*, *La Biblia*, y un conjunto de proverbios y refranes. Esa coexistencia era posible gracias al reconocimiento ganado por esos enunciados, aunque unos lo obtuvieran de la religión y el sentido común y los otros de su exposición y control científicos. Bialek creía que la condena bíblica posterior a la caída, ganarás el pan con el sudor de tu frente, era una condición natural e inevitable para el hombre. Pero, sin contradicción aparente, esa naturaleza esencial, constante y teológica, también, se hallaba inscrita en la morfología estriada de la musculatura humana. En la prosa de Bialek, la anatomía positiva era ratificada por las sagradas escrituras, pero igualmente el sentido de este flujo de legitimaciones podía invertirse.

La inactividad arriesgaba la salud. Un organismo expuesto a la ociosidad total era la presa ideal de la atrofia y la infiltración de grasas en el tejido muscular. Posteriormente se envenenaban la sangre, los tejidos y los órganos nobles, comprometiendo el cuerpo y la conducta del sujeto. La incubación de vicios morales era el efecto más conocido de la ociosidad. Como un dínamo condenado a evacuar sus potencias excedentes, el cuerpo sobrecargado podía ocasionar una perturbación profunda, una especie de explosión que quizá fuera irreparable.

“Se ha dicho que *la pereza es la madre de todos los vicios* y esta *verdad filosófica*, sentada por la *observación empírica*, se demuestra por la *observación científica* y se comprueba por los *aparatos de registro* [...] La inactividad, no sólo embrutece, sino que llega hasta la imbecilidad; pero como aún en este estado hay una cierta carga, que es preciso gastar y renovar, y aún cuando el sujeto no quiera, lo acumulado se descarga instantáneamente; *lo que no se gasta útilmente, se emplea en el vicio*; las corrientes se orientan en un sentido extraviado; esto *el vulgo lo expresa con tanta precisión* “*Lo que no lleva Dios, lo lleva el diablo*”. Entre la virtud y el vicio no hay más diferencias que la dirección de la actividad y la cantidad, el cuándo y modo del uso [...] No hay degeneración que escape a la ociosidad, y como todo vicio y todo delito, son el efecto de un estado anómalo del organismo *se puede decir que el aforismo vulgar es un teorema científico*.”⁸⁸

A juicio de Bialek Massé y de Romero Brest era fundamental direccionar la energía (*kraft*) contenida en el cuerpo y proceder a una cierta reforma social. Se separaban en la preferencia de Bialek por la legislación laboral y la de Romero por la educación física, pero para ambos tanto el exceso como la ausencia de actividad constituían problemas higiénicos y sociales de primera importancia. El esquema interpretativo de Mosso intersecaba y articulaba sus obras, expresándose en los efectos de la sobrecarga, la

88 BIALEK MASSE, Juan *Informe sobre...*, cit., p. 545. Énfasis añadido.

producción de toxinas y el envenenamiento de un cuerpo privado de reposo y sueño. Bialek y Romero hibridaban sus apreciaciones científicas con proposiciones morales o religiosas de amplio predicamento social. En este caso, la ciencia no se ocupaba de revocar el sentido común, antes prefería confirmarlo y abrazar sus presunciones. Con esa estrategia de construcción del conocimiento, los autores buscaban ganarse el favor de la opinión, transformar en disposiciones prácticas de Estado, en leyes e instituciones sus puntos de vista.

Tanto la sobrecarga de trabajo como el ocio irrestricto terminan por someter al hombre al imperio de los vicios. Los adeptos al alcohol eran reclutados entre los diletantes y los trabajadores habituados a jornadas de trabajo extensivas, a malas condiciones ambientales y viviendas minúsculas.⁸⁹ En esta cuestión era menester alcanzar un aristotélico punto medio, un equilibrio entre nutrición, sueño y trabajo se ganaba con esfuerzos constantes, pero que no excedieran las ocho horas. Además, eran indispensables los acondicionamientos para reproducir adecuadamente la fuerza de trabajo en el descanso del hogar.⁹⁰

Para Bialek Massé, la jornada laboral de ocho horas pertenecía al orden natural y orgánico. Al aprobarla como norma, las cámaras legislativas nacionales regularían la actividad humana del país de acuerdo con la naturaleza. Ciencia y política se enajenaban, incluso en la ley de las ocho horas, el hombre y el universo eran gobernados por leyes anteriores al deseo, la acción y la política. Bialek sentenció que el descanso estipulado por la jornada de ocho horas era insuficiente para purificar completamente la sangre, dejar descansar a los músculos y evitar la sobrecarga. Se imponía un día de descanso semanal, y cuando el trabajo comportara gran tensión muscular y nerviosa eran necesarias vacaciones de entre quince y treinta días. Las jornadas cortas beneficiarían a la sociedad y a la nación, el progreso retribuido por un trabajo abreviado traspasaría la esfera económica, alcanzando a todo el organismo nacional. “No hay ni puede haber pueblo fuerte, grande y libre, donde la jornada sea larga y excesiva.”⁹¹

Cuando presentó el proyecto de descanso hebdomadario en 1905, las definiciones de Alfredo Palacios en la Cámara de Diputados no fueron muy diferentes. En duplicaciones casi exactas, las mismas referencias bibliográficas organizaron los datos y las interpretaciones. Una prueba empírica, modulada por la fisiología del trabajo y la fatiga, fue completada por indicaciones morales católicas. Estas prescripciones, por supuesto, no provinieron del anticlerical Palacios, sino de los legisladores próximos a la iglesia. Ellos fijaron el domingo como día para el descanso semanal, (re)designaron

89 CLAVIJO, Francisco *Alcoholismo*, Tesis en Medicina, Universidad Nacional de Buenos Aires, Editorial “Las Ciencias”, Buenos Aires, 1915.

90 CARBONELL, Cayetano *Orden y Trabajo*, 2 vols., Librería Nacional, Buenos Aires, 1910.

91 BIALET MASSE, Juan *Informe sobre...*, cit., p. 546.

el proyecto⁹² y lo inscribieron en una continuidad con el *Génesis* y la organización de oficios religiosos.⁹³

En vísperas del centenario, Augusto Bunge preparó un informe para el Departamento Nacional del Trabajo. El ambiente fabril y la habitación fueron accesos privilegiados para el análisis de la debilidad biológica de los trabajadores argentinos. Bunge adoptó algunos de los procedimientos analíticos y de las hipótesis expuestas por Mosso.

A fines del siglo XIX y comienzos del XX, la degradación biológica de los trabajadores era constatable a lo largo y a lo ancho del capitalismo. Su casuística respondía a la mala alimentación, la falta de ventilación del lugar de trabajo y de la habitación, la monotonía de la tarea, el hacinamiento e incomodidad y el exceso de ruido y polvo. Produciendo alteraciones individuales y raciales, el ambiente ingresaba al cuerpo;⁹⁴ el tratado de Morel sobre la degeneración, a medio siglo de su edición francesa, estaba vigente en la Argentina.

Las malas condiciones de trabajo eran procuradas por la patronal. Pero Bunge no se privó de acusar, también, al obrero por no reformarse, por mantenerse en la ignorancia, la ligereza y la imprevisión. Transformar esos hábitos era una cruzada de la que participaban tanto moralistas como higienistas. Los niños serían preparados por la educación común, el éxito de ese empeño consistía en alejar al obrero de la taberna y conducirlo a las bibliotecas populares. Esta orientación disciplinaria convivía con apelaciones a la justicia social para evitar la justicia revolucionaria.⁹⁵ Un trabajo monótono y embrutecedor privaba al obrero de vida espiritual, lo dejaba al límite de sus fuerzas y estrechaba su horizonte. Las evidencias de la fisiología del trabajo fueron convocadas para sustentar las reformas políticas del régimen laboral. Invariablemente, la obra de Mosso fundamentaba la necesidad del descanso periódico para eliminar las toxinas producidas por el trabajo.

Bunge extraía de Adam Smith las cadencias moralistas, *La Riqueza de las Naciones* residía en los hombres. Casi fortuitamente, el padre del liberalismo contribuía a justificar la reducción de la jornada y el mejoramiento de las condiciones de trabajo.⁹⁶ Smith era a Bunge lo que la *Biblia* y *Rerum Novarum* a Bialek Massé: autoridades incongruentes con el planteo central, pero retóricamente utilizables para convencer a un lector devoto de su influencia. Ante una posible reforma, ambos querían ganarse el favor de los legisladores católicos y liberales que a veces eran los mismos.

92 MASES, Enrique "Política y tiempo libre en el mundo de los trabajadores. Argentina 1900-1930. De la recreación y la cultura política al disciplinamiento social", en *X Jornadas Interescuelas-Departamentos de Historia*, UNR-Editora, Rosario, 2005.

93 PALACIOS, Alfredo *Discursos parlamentarios...*, cit.

94 BUNGE, Augusto *Las conquistas...*, cit., p. 12.

95 BUNGE, Augusto *Las conquistas...*, cit., p. 14.

96 BUNGE, Augusto *Las conquistas...*, cit., p. 28.

La fatiga enflaquecía el capital humano, pero sus repercusiones debilitaban con mayor contundencia a la sociedad, que desperdiciaba importantes posibilidades de acumulación. Eternas jornadas de trabajo cercaban las horas de esparcimiento, en lapsos exigüos el obrero no conseguía reponerse de la tensión laboral. Bunge abogaba por una jornada breve, aunque demandaba al obrero acelerar el ritmo de la producción. De esta forma, a pesar de reducirse el tiempo de trabajo, la productividad se mantendría junto con la explotación en un nivel aceptable.

Una suba salarial compensaría el incremento de la producción, pero negarle al obrero el descanso fomentaba las “epidemias” de alcoholismo. El trabajo repetitivo y las malas condiciones de vida disminuían la capacidad intelectual del trabajador, su voluntad se extraviaba en los brebajes de evasión. Sin horizontes ni expectativas, acudía a la taberna para hallar alivio al cansancio y un espacio menos incómodo que el cuartucho del conventillo. Pero ese confort era momentáneo. Trazando una especie de círculo vicioso, una nueva y más poderosa forma de cansancio sobrevinía. A juicio de Bunge, los alcohólicos darían a luz hijos degenerados, sólo una combinación virtuosa de hábitos racionales y condiciones higiénicas de habitación y trabajo anularían la decadencia obrera. Los dos caminos para reconstruir la fortaleza física y espiritual de la nación eran la educación y la reforma social.⁹⁷

Como si se tratara de un juego de espejos, mismas cifras, idénticos nombres, exactas consideraciones se repiten en todas direcciones. La serie de estos libros compone un laberinto perfecto, edificado sobre un puente transoceánico. El lector gira infinitamente, sin hallar la salida. Varían las decoraciones, existen diferencias de espesor en los muros, pero la escritura estampada sobre ellos apenas reconoce señas de individualidad. Estas glosas poseen menos originalidad en el proceso de concepción que en los usos sociales, transportes e hibridaciones de los lenguajes científicos, políticos y morales a las que son sometidas.

Bialet Massé lamentaba que las nociones fisiológicas del trabajo y el descanso permanecieran restringidas a una “aristocracia científica”,⁹⁸ pero, a través de sus obras, ese grupo daba muestras de haber formado un amplio consenso interno. Todos usaban una bibliografía similar y sostenían la necesidad de producir una legislación sistemática, para alcanzar jornadas de trabajo de ocho horas y un descanso semanal de veinticuatro. Únicamente la obra de Palacios ofreció síntomas de particularidad, debido a que recogía la producción de resultados de las experiencias en el laboratorio. La creación de un derecho laboral científicamente fundado fue el objetivo del Laboratorio de Fisiología del Trabajo de la Universidad de La Plata. Palacios propuso la instalación de estaciones de psicología experimental y aulas de legislación laboral en los talleres del Estado.⁹⁹

97 BUNGE, Augusto *Las conquistas...*, cit., p. 45.

98 BIALET MASSE, Juan *Informe sobre...*, cit., p. 1009.

99 PALACIO, Alfredo *La fatiga...*, cit. p. 56.

El aparato conceptual del libro era a tal punto dependiente de la bibliografía europea en la que se inspiraba, que los experimentos sólo aportaron nuevas evidencias a estudios anteriores. De modo que el valor político de la obra superaba con creces al científico, pero, como lo afirman Schapin y Schaffer, "...el problema de generar y proteger el conocimiento es un problema en la política, y, al revés, el problema del orden político siempre involucra soluciones al problema del conocimiento."¹⁰⁰ El trabajo de Palacios eliminó los matices regresivos de sus inspiradores, haciéndolos colaborar a veces forzosamente, con las finalidades (políticas) reformistas de sus argumentos (científicos).¹⁰¹ Sólo la crítica del modelo taylorista, por su irreflexión sobre la fisiología del trabajo, la fatiga y el hombre son relativamente novedosas. No obstante, el tratamiento del taylorismo abrevaba en el Capítulo XIII del *Tratado de Versalles*, en los documentos de la OIT,¹⁰² y en la crítica de Ioteyko a ese sistema.¹⁰³

En los debates, se justificaron las políticas de protección de la maternidad y la descendencia. Palacios sostuvo que el trabajo durante el embarazo produciría una generación con marcadas tendencias mórbidas. Los niños con problemas de nacimiento eran propicios para la tuberculosis.¹⁰⁴ Fatiga crónica y malas condiciones ambientales preparaban al cuerpo para la decadencia: "...la madre que trabaja durante el embarazo producirá un hijo débil, cuando no raquítico y degenerado..."¹⁰⁵

Los señalamientos de Palacios a favor del reposo pre y postparto reducían el destino social de la mujer a la reproducción y la crianza de los hijos.¹⁰⁶ Si bien esas exposiciones eran apuntaladas por un reformismo progresivo, asignaban un rol doméstico a la mujer, ubicándola como responsable exclusiva de la primera educación de los hijos. Madres y prole debían ser asistidas, debido a que eran la cifra del futuro de la nación.¹⁰⁷ Palacios mostraba el costado eugenésico del reformismo social, aunque domesticado por los intereses reformistas del socialismo. Las bases de sus enunciados respondían a un corpus que en otras configuraciones socioculturales podía adquirir un sentido marcadamente diferente, acaso reaccionario.

Este mapa intelectual, trazado a partir de la superposición de algunas zonas de la obra de varios autores, explora, diagnostica y propone soluciones a cuestiones diversas, pero, en todos los casos, el hombre se ubica en el centro de la perspectiva. Se trata,

100 SHAPIN, Steven y SCHAFER, Simon *El Leviathan y la Bomba de Vacío. Hobbes, Boyle y la vida experimental*, UNQ, Bernal, 2005, p. 52.

101 PALACIO, Alfredo *La fatiga...*, cit., p. 49.

102 PALACIOS, Alfredo *Derecho internacional obrero: el Congreso de Washington*. s/d, 1920.

103 IOTEYKO, Josefa *La ciencia del trabajo y su organización*. Daniel Jorro Editor, Madrid, 1926 [1917].

104 ARMUS, Diego *La ciudad impura. Salud, tuberculosis y cultura en Buenos Aires, 1870-1950*. Edhasa, Buenos Aires, 2007.

105 PALACIO, Alfredo *La fatiga...*, cit., p. 340.

106 PALACIO, Alfredo *Discursos Parlamentarios...*, cit., p. 106.

107 NARI, Marcela *Políticas de maternidad y maternalismo político. Buenos Aires 1890-1940*, Biblos, Buenos Aires, 2005.

sin embargo, de un ser humano seccionado. Como imágenes fragmentarias aparecen la máquina, el cuerpo, la energía, la fatiga, la moral y las tecnologías científicas, políticas y culturales encaminadas al gobierno y la domesticación de las poblaciones. En esta serie, las unidades discretas se ofrecen independientes, diferenciadas ontológicamente y, en consecuencia, técnicamente operables. Diversos campos de intervención proyectan un haz de luz que se expande y ramifica partiendo de la termodinámica, pasando por la química y la fisiología hasta alcanzar los territorios del entrenamiento físico y la legislación laboral. Aunque con modulaciones y encadenamientos discursivos peculiares, las ideas del cuerpo como medio de producción, de la energía física como capital biológico y la fortaleza orgánica como índice de vitalidad racial de la nación se replican en esa cartografía intelectual.

La exploración de la producción europea sobre la fatiga, el trabajo y el cuerpo-máquina, utilizada en la Argentina encabezan una reflexión respecto a las maneras en que se mapeó el cuerpo humano y se lo vinculó con el ejercicio y el trabajo. A partir de auscultar esos materiales estratificados pueden visualizarse las funciones de la biopolítica y la imagen del cuerpo humano como una riqueza nacional en la matriz liberal y un medio de producción en la marxista.

En esas tramas discursivas, el cuerpo y el espíritu se atan y se desatan con ligaduras invisibles, en procura de la moralización y domesticación de los hombres. Robustecimiento y educación moral irrumpen en espacios y matrices de pensamiento múltiples, aunque desde una lectura *ex post facto* puedan reconocer un centro único, ontológica y teleológicamente organizado. La producción de cuerpos fuertes y espíritus temperantes contribuía a la fabricación de ciudadanos, consumidores, trabajadores y soldados. Todas finalidades de la ciencia y el Estado capitalistas. Pero, como se ha visto, esa dinámica no aparece definida con plena claridad desde el inicio, acaso las hibridaciones de su formulación y derrotero superen con creces a sus valores puros. El proceso aparentemente se organiza más a partir de un juego relacional, pleno de avances y retrocesos, que a partir del pensamiento de unos presuntos arquitectos. Por ello, se muestra cómo los elementos morales y del espacio cultural de la época se infiltraban en el discurso científico, y hasta qué punto estos planteos trazaban una dependencia flexible con respecto a sus pares e inspiradores europeos.

Esbozar algunas de las bases científicas, morales y políticas sobre las que se erigió parte de este complejo andamiaje de relaciones sociales y proyectos biopolíticos fue el objetivo de este capítulo. Semejantes regulaciones y estrategias se inscribieron lenta y trabajosamente en los cuerpos, para instalar una serie de valores en la población, esquemas culturales que colaboraron con la productividad económica, el vigor racial y la defensa territorial de la nación.

CAPÍTULO III

Disciplinas, espacios y prácticas

Las infraestructuras utilizadas, entre otras cosas, para impartir disciplinas fueron importantes a comienzos del siglo XX. Fundamentalmente dos sujetos etarios más o menos específicos quedaron comprometidos en el lanzamiento de esas prácticas: los jóvenes y los niños. Este capítulo estudia dos de esos territorios disciplinarios, el primero es el polígono de tiro y, lateralmente, las sociedades que promovieron su instalación. En la Argentina, la formación de estas instituciones dependió, en principio, de las colonias agrícolas de inmigrantes suizos. Pero, luego, al ritmo paranoide de los conflictos limítrofes con Chile, los polígonos se revelaron estratégicos en la difusión social del programa de un Estado central. El adiestramiento de los jóvenes en los ejercicios de tiro comportó una competencia entre los instructores militares y los profesores racionalistas de educación física. Un derivado de estos enfrentamientos fueron los Batallones Escolares, donde los niños simulaban ser pequeños soldados, habitados por los movimientos marciales que estimulaba la obediencia ciega. Durante los últimos años del siglo XIX y los primeros del XX, la educación física de los niños fue objeto de un debate que no sólo implicó imágenes divergentes respecto a los métodos pedagógicos, sino también a las ideas de nación y ciudadanía. En Rosario, la promoción de los clubes de Tiro y la revisión de los conscriptos previa al servicio militar obligatorio estuvo a cargo del Dr. Manuel E. Pignetto, quien en 1921 presidió del Tiro Suizo de Rosario y entre 1925 y 1927 se desempeñó como intendente de la ciudad. Los Batallones Escolares y los Vanguardias de la Patria, dos organizaciones también ligadas a las disciplinas marciales, reconocieron en el profesor de calistenia, Juan Bautista Arrospeigaray, a uno de sus inspiradores y sostenedores más entusiasmados. Sin embargo, la impregnación y perdurabilidad social de estos dispositivos resultó menos importante que sus proyecciones en el imaginario nacionalista y gimnástico de la ciudad.

Las colonias de vacaciones para niños débiles son el segundo dispositivo disciplinario que analizan estas páginas. Estas instituciones fueron diseñadas como espacios para la interiorización de la disciplina y la civilización, pero también para el robustecimiento y la salvaguarda de los organismos populares. A pesar de las extendidas y probadas ventajas de estos reductos en la reducción de la mortalidad infantil y de las afecciones respiratorias, en Rosario sólo recibieron un apoyo tardío e insubstancial del municipio. La explicación de estas demoras, avaricias y frustraciones, que atañen tanto a la formación de polígonos como a la producción de colonias de vacaciones, puede hallarse en el relativamente temprano éxito de una institución peculiar de la ciudad: el *Stadium* Municipal. Se trata de una importante plaza de ejercicios físicos ubicada en el extremo sudoeste del Parque de la Independencia. El Estadio Municipal

contaba con todas las comodidades de un club deportivo privado de los años 1920s, pero sus puertas estaban abiertas a todos los habitantes de la ciudad y, en especial, a los niños de las escuelas primarias y públicas de la circunscripción. Con un discurso del intendente Manuel E. Pignetto fue inaugurado, en 1925, y pocos años después los éxitos del Estadio Municipal fueron resaltados por su primer director, Juan B. Arrospidegaray. Quizá oblicuamente, de una forma un poco sutil y sin duda menos orgánica que los batallones escolares o los stands de tiro, esta plaza de ejercicios físicos canalizó los deseos de Arrospidegaray y Pignetto respecto a la nacionalización y el fortalecimiento de las masas. Establecer la trayectoria y los vínculos entre cuestiones aparentemente distanciadas, entre los batallones y los polígonos, entre las colonias de vacaciones y el estadio municipal, entre Arrospidegaray y Pignetto son algunos de los tópicos que se mapean a continuación.

Forjando al soldado

Ciudadanos suizos y argentinos formaron una sociedad de tiro en 1889, se la designó como Tiro Suizo de Rosario. Al año siguiente, inauguraron un polígono de gran superficie, donde se realizaron concursos y exhibiciones gimnásticas. Tiro Suizo solicitó fondos para financiar torneos y trofeos.¹⁰⁸ El club recibió apoyo de la Dirección General de Tiro y Gimnasia Nacional (en adelante, DGTGN) desde 1906. Asimismo, otros auspiciantes públicos y privados, conformados por lo regular alrededor del comercio de la ciudad, contribuyeron a sostenerlo.¹⁰⁹ Entre 1903 y 1920, también, el municipio fomentó la instrucción ciudadana en la defensa patriótica, el tiro permitía el “desarrollo viril del ciudadano”, infundía “valores patrióticos y morales tan esenciales como necesarios para la nación”. Los agentes del gobierno local lo calificaron como “un noble ejercicio” y “una obra patriótica” que merecía y requería el apoyo incondicional del Estado.

Esos argumentos adoptaron otro tono alrededor de 1920. Cuando la construcción nacionalista apareció más compacta y menos vacilante, se invocó a “la épica patriótica fundacional”, la “unión de todos los tiradores”, la “emulación patriótica”, la “defensa de las instituciones nacionales”, la “paz social y laboral”, la “gestación de un pueblo fuerte”, “la forja del carácter y de la comunidad nacional.” Un nacionalismo vinculado a la comunidad patriótica argentina se propagaría mediante la educación por y en las armas.¹¹⁰ Con rigurosa puntualidad, los 25 de mayo y 9 de julio de cada año se efectuaron torneos, en las vísperas se fecharon las rogativas de subsidios. “AQUÍ SE APRENDE A DEFENDER A LA PATRIA”, tal la divisa nacionalista que preside el

108 ET HCD enero-diciembre 1903, f. 15; ET HCD julio-agosto 1905; ET HCD abril 1911, t. 1, f. 46; ET HCD mayo 1913, f. 135; ET HCD junio 1916, t. 1, f. 134; ET HCD mayo-abril 1916, f. 40; ET HCD mayo-junio-julio 1920, f. 283; ET HCD mayo-junio 1921, f. 127.

109 *Tiro suizo Rosario. Antecedentes desde su fundación hasta la fecha*, Rosario, junio de 1926.

110 ET HCD mayo 1920, t. 1, f. 380.

folleto del Tiro Suizo, adjunto a una de esas notas.¹¹¹ A partir de este recorrido, que narra un crescendo de los compases nacionalistas, pueden surgir algunas preguntas. ¿Cuáles fueron las instancias de creación y justificación militar de la práctica del tiro? ¿Cuál fue la relación de los clubes de tiro con el poder político? ¿Cuáles fueron sus alcances a la hora de disciplinar y nacionalizar a los sectores populares?

La práctica del tiro no fue una innovación ni una invención del Estado central. En las colonias agrícolas a mediados del siglo XIX, comenzaron a formarse los tiros suizos. El primero apareció en la Colonia Suiza de San José, en la provincia de Entre Ríos.¹¹² Luego, instituciones semejantes se difundieron por el país, con el propósito de formar milicias de colonos; la defensa estatal era todavía un proyecto inmaduro, las guardias nacionales poseían una probada ineficacia en la administración de la seguridad. El adiestramiento en el tiro fue organizado por una sociedad civil nucleada alrededor de unos extranjeros que se sentían amenazados y desprotegidos, las intervenciones estatales fueron bastante posteriores.

La construcción del Estado central se enmarcó en el clima europeo de la expansión imperialista. Gran parte de los Estados nacionales del Viejo Mundo se formaron como consecuencia de los enfrentamientos bélicos. En Argentina, la recepción de la Guerra Franco-Prusiana y *La Commune* afectó el lugar de Francia como paradigma civilizatorio, su sitio fue ocupado por el riguroso modelo educativo y militar alemán. Una muestra de ese desplazamiento se produjo durante 1901, cuando se discutió la organización moderna del ejército argentino.¹¹³ La necesidad de forjar una armada numerosa y eficiente se intensificó con el correr de la década de 1890, cuando las querellas limítrofes con Chile se agudizaron.

Durante 1891, la introducción de los fusiles Mauser “modelo argentino” impulsó el entrenamiento de tiradores y ese año se fundó el Tiro Federal Argentino (en adelante, TFA) de Buenos Aires. Los polígonos nacionales eran muy similares a los suizos, sobre todo los diferenciaba el origen estatal de su financiamiento.¹¹⁴ Hacia 1892, los litigios diplomáticos con Chile crecieron junto al militarismo. Paralelamente se intensificó la necesidad de dar instrucción militar a los ciudadanos. Más allá de los clubes de tiro los ejercicios militares se introdujeron en otras asociaciones, como el Club Gimnasia y Esgrima de Buenos Aires (en adelante, GEBA). El molde militar apuntaba a forjar una nueva moral escolar: “...las instituciones educativas debían ser también una escuela del soldado.”¹¹⁵

111 *Tiro Suizo Rosario...*, cit.

112 En Santa Fe, el Tiro Suizo de Esperanza y el de San Carlos fueron los más destacados.

113 *Diario de Sesiones Cámara de Diputados* (en adelante, DS CD), *Congreso Nacional, Sesiones Ordinarias, 1901*, t. 1, Establecimiento tipográfico “El Comercio”, Buenos Aires, 1901.

114 Cfr. VÁZQUEZ LUCIO, Oscar *Historia del Tiro Federal Argentino de Buenos Aires*, Eudeba, Buenos Aires, 1987.

115 BERTONI, Lilia Ana “Soldados, gimnastas y escolares. La escuela y la formación de la nacionalidad a fines del siglo XIX”, en *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana Dr. Emilio Ravignani*,

Desencuentros y debates se produjeron en torno a la formación de batallones escolares, debido a que entre 1880 y 1910. Los capitanes del ejército abogaban por una formación escolar en función del adiestramiento militar, la ecuación válida para ellos era un ciudadano = un soldado. Mientras, los profesores racionalistas-humanistas se oponían a la repetición y el automatismo implícito en el adiestramiento marcial. La militarización de la educación física provocaría un daño irreparable en las capacidades intelectuales de la población. Esos años fueron el escenario de fuertes discusiones alrededor de la distinción u homología entre la educación física escolar y la instrucción militar.¹¹⁶ La primera era imaginada como una educación en libertad, guiada por el iluminismo y la razón. En la sumisión de los escolares y su adoctrinamiento en un nacionalismo impulsivo e irreflexivo, se fundamentaba la segunda. Estos antagonismos resultaron inconciliables, ambas propuestas, no obstante, concedían un papel cardinal al disciplinamiento.

El Tiro Federal de Buenos Aires se reorganizó en 1895, sus aspiraciones se distinguieron de las que animaban las asociaciones suizas. A fines del siglo XIX, la pugna por definir los límites territoriales con Chile parecía preludiar una guerra. Con la intención de propagar el nacionalismo, se fundó la Liga Patriótica, cuya doctrina básicamente consistía en abandonar el pacifismo y prepararse para la conflagración. La Liga impulsó el tiro ciudadano y patriótico, los polígonos dispersos serían reconfigurados por obra de la guerra y el Estado. Era aconsejable fundir los Tiros Suizos y Federales bajo la divisa de un objetivo común y trascendente: *la Defensa de la Nación*. Aunque la contienda militar nunca se produjo, la alarma sirvió para fortalecer y multiplicar las instituciones marciales. Estas formaciones políticas y administrativas estaban destinadas a preparar al país frente a un eventual conflicto armado.

Algunas de estas tesis fueron recuperadas en el debate sobre el servicio militar obligatorio, impulsado por el General Ricchieri, entonces Ministro de Guerra de Julio A. Roca. Los partidarios de una instrucción militar universal y obligatoria recuperaron el modelo de las milicias suizas, para ellos, las instituciones de tiro y la escuela primaria cumplían un rol cardinal en la transmisión del patriotismo. Ese aprendizaje no podía completarse totalmente durante la conscripción. Ricchieri, en cambio, abogaba por el reclutamiento obligatorio, lo definió como un "...tributo en sangre que pagan los ciudadanos a la patria igual para todos..."¹¹⁷ Sus adversarios creían que formar un ejército moderno dependía de las premisas opuestas, el proyecto de los Generales Ca-

Tercera Serie, núm. 13, 1° semestre de 1996, p. 35.

116 SCHARAGRODSKY, Pablo (comp.) "La construcción de la educación física escolar en la Argentina. Tensiones, conflictos y disputas con la matriz militar en las primeras décadas del siglo XX", en *La invención del "homo gymnasticus" Fragmentos históricos sobre la educación de los cuerpos en movimiento en Occidente*, Prometeo, Buenos Aires, 2011, pp. 441-475.

117 DS CD 1901, t. 1, p. 156.

pdevilla y Godoy tributaba al modelo de milicias suizas,¹¹⁸ ambos fueron cautivados por una formación militar permanente, un proceso de aprendizaje total del soldado en el que quedarían comprometidos la escuela y los clubes de gimnasia y tiro.¹¹⁹

El debate se encausó a favor de la conscripción obligatoria, pero los planteos de Capdevilla y Godoy fueron reactualizados en dos ocasiones. La primera, en mayo de 1905, cuando el propio Godoy, que era Ministro de Guerra del presidente Quintana, estableció la DGTGN. El objetivo de esta institución era formar un ciudadano íntegro, de cuerpo robusto, firme, recto y dotado de honor patriótico. Esas características debía reunir la efigie del defensor de la patria, el diestro manipulador del máuser argentino.

La DGTGN subsidiaría a las instituciones de tiro y fomentaría la construcción de nuevos polígonos. Además, propendería a "...metodizar la instrucción de los reservistas y menores de 20 años y generalizar la instrucción a todo el país".¹²⁰ La federalización y el sostenimiento de los clubes de tiro implicó su (re)bautismo con las palabras: "Tiro Federal de..."¹²¹. Muchas de las instituciones recibieron con satisfacción los nuevos fondos, pero resistieron la subordinación al poder de nominación del Estado y pospusieron indefinidamente el compromiso de cambiarse el nombre. Los tiros suizos recibieron las subvenciones, aunque dependieron poco de ellas, porque continuaron financiándose a partir de las cuotas sociales y los aportes empresariales e institucionales de terceros. Por el contrario, en la tarea de divulgar los ejercicios físicos con fusil, la DGTGN estaba supeditada a los tradicionales y arraigados tiros suizos. En la práctica del tiro, la colaboración y la cooperación entre la sociedad y el Estado no delimitó una supremacía a favor de este último.

Por segunda vez, en 1908, fue reivindicado el modelo suizo de adiestramiento militar. El senador Antonio del Pino, ex-presidente de GEBA y del TFA, presentó un proyecto de ley que refrescaba los conceptos de Godoy sobre el "tiro ciudadano". La normativa reclamaba un aumento presupuestario para hacer obligatoria la práctica del tiro entre los varones aptos de 17 a 30 años.¹²² Además, indicaba la necesidad de impulsar el tiro reducido en escuelas públicas, especialmente en las nacionales, las normales y agronómicas.¹²³

118 Este proyecto fue presentado el 15 de julio y discutido el 4 de septiembre de 1901, en la Cámara de Diputados de la Nación.

119 DS CD 1901, t. 1, pp. 615 y 618.

120 "...Dirección General de Tiro y Gimnasia, repartición creada [...] con el fin de concentrar bajo una dirección especialmente competente y con cierta autonomía el eficaz desenvolvimiento de tan importante rama de la preparación militar del ciudadano..." *Diario de Sesiones Cámara de Senadores* (DS CS), 1908, t. 1, Establecimiento tipográfico "El Comercio", Buenos Aires, 1908, p. 369.

121 DGTG *El Tiro Nacional Argentino*, año I, núm. 2, septiembre 1910, p. 60.

122 El presupuesto ascendía a \$1.000.000 m/n, la mitad era para la construcción de 50 polígonos y el resto para subsidiar los existentes. DS CS 1908, t. 1, p. 265.

123 DS CS 1908, t. 1.

Las justificaciones de las erogaciones y de la obligatoriedad de los ejercicios se asentaban en una “finalidad patriótica”. Además, el tiro era una actividad “sana”, “viril” e “higiénica” que colocaba al ciudadano en contacto fluido con las armas y resultaba idóneo para “desterrar la indisciplina del alma de la juventud.” Los jóvenes eran preparados por el polígono para el trabajo racionalizado que les aguardaba en una probable adultez fabril.¹²⁴ Mantener a la juventud en los polígonos requirió de incentivos indirectos, en principio, los hubo de dos tipos. Los concursos y las competencias fijarían un régimen de emulación y emoción controlado. Además, se suponía que los premios en dinero alejarían a los jóvenes de los juegos de azar. Quienes fueran consagrados como tiradores tácticos y/o como ganadores de concursos serían eximidos del servicio militar obligatorio.

Los polígonos amalgamaban la “utilidad” de la defensa patriótica con la “emoción” del juego y la competencia. Pero el esfuerzo del entrenamiento en el conocimiento y la manipulación del arma requería de otras recompensas, la competencia por trofeos o dinero no colmaba las expectativas. Estas impresiones parecían justificadas en razón de la apatía social que reinaba alrededor del tiro. La asimilación del tiro con el deporte confluyó en la formación de una nueva manera de fusionar “lo útil y lo atractivo”. A estas redistribuciones de las prácticas en los polígonos, contribuyeron los concurrencios *matches* futbolísticos disputados en sus alrededores. De igual forma, la concurrencia de mujeres potenció el interés por el tiro, debido a la ocasional y sólo presunta admiración que los tiradores despertarían en el “bello sexo”.¹²⁵

El tiro competía con otras actividades del tiempo libre juvenil, pero el polígono se distinguía de ellas al proponerse a sí mismo como una escuela de moral y una barrera contra las prácticas sociales habituales en las calles. Sin embargo, los jóvenes siempre prefirieron “los desfiles de la calle Córdoba”¹²⁶ y las “confiterías y cafés”.¹²⁷ El polígono era incapaz de oponerse con éxito a esas aficiones tanto más amenas como arraigadas. Los organizadores del tiro repudiaban la falta de sacrificio y ascesis, vaciaban amargura sobre los hipódromos, las calles y los cafés. Ansiaban desactivar el interés juvenil por el juego, la bebida y el flirteo, desplazándolo hacia el frío manejo de las armas. Al mismo tiempo, exigían un cambio de actitud en la mujer, quien debía concurrir dócil al polígono y entregarse sumisa a la admiración de los hombres. Una veneración asimétrica y ciertamente compleja, debido al carácter monótono, estridente y poco animado de la competencia. Demasiados agentes quedaron involucrados en las transformaciones proyectadas por la DGTGN, paralelamente los recursos disponibles para producirlas eran muy pocos. Durante años la realización de estos afanes se mostró casi imposible.

124 DS CS 1908, t. 1, p. 254.

125 DGTG *El Tiro Nacional Argentino*, año I, núm. 1, junio 1910, p. 48.

126 DGTG *El Tiro Nacional Argentino*, año I, núm. 5, noviembre 1910, p. 186.

127 DGTG *Tiro Nacional Argentino*, año VIII, núm. 88, octubre 1917, pp. 176-177.

Disciplinas iniciales

Los batallones escolares encarnaron una opción para instruir militarmente a los más jóvenes. El escenario para que entrenaran y mostraran sus destrezas fueron las plazas de ejercicios físicos de los clubes de tiro. Disciplinar a la infancia y a la primera juventud era una estrategia basada en un supuesto: entre los niños las intervenciones reguladoras tenían más éxito. A mayor edad, el sujeto del adiestramiento habría adquirido demasiados “vicios” y “corregirlo” sería más difícil y costoso. Como en muchos otros casos, edad y aprendizaje funcionaban como variables de proporcionalidad indirecta.

Para los representantes de la DGTGN, el estado moral y físico de la juventud era preocupante, “...el espíritu juvenil argentino es un tanto indisciplinado y levantisco.”¹²⁸ Una futura generación de jóvenes era propicia para una reforma espiritual. Los instructores de gimnasia militar confiaban que prácticas prematuras ganarían los corazones infantiles, convertirían a los pequeños en entusiastas tiradores y aguerridos soldados.

Resultó claro que el modo de vida de los adultos era difícil de torcer. Todas las energías de las instituciones de tiro se concentraron, entonces, en el encausamiento de los niños, a ellos se reservó la gimnasia metodizada o calistenia. El medio institucional para difundir estas prácticas vigorizantes fueron los batallones escolares, organizados por instructores de gimnasia educados militarmente que contribuyeron “...de este modo a la formación de la raza venidera fuerte y homogénea.”¹²⁹

La educación escolar contrastaba con el adiestramiento. El cuerpo era considerado como la antesala del espíritu, un umbral capaz de moldear el carácter del niño y fijar orientaciones en el adulto. Según Horacio Levene, la educación física no se oponía a la educación racional, ni perseguía la homogeneidad militar. El ejercicio educaba los sentimientos y vigorizaba a la voluntad, produciendo un carácter definido y pensamientos sanos. “Sabemos que se ama a la Patria no por instinto sino por educación...” concluía.¹³⁰

En Rosario, el encargado de afianzar esas nociones entre los jóvenes fue J. B. Arrospidegaray, profesor de educación física con cierto recorrido militar. Él organizó los primeros batallones de la Sociedad Sportiva Rosarina, que ganaron el Certamen Gimnástico del Centenario en Buenos Aires.¹³¹ Arrospidegaray, además, dirigía la Academia Rosarina de Esgrima. En 1905, solicitó el auspicio de los poderes públicos, para “...facilitar a los *niños pobres* el conocimiento del esgrima, tan útil para el desarrollo físico...”. A pesar de que la popularidad de la esgrima era por lo menos dudosa,

128 DGTG *El Tiro Nacional Argentino*, año I, núm. 2, noviembre 1910, p. 60.

129 DGTG *Tiro Nacional Argentino*, año 1, núm. 2, septiembre 1910, p. 56.

130 DGTG *Tiro Nacional Argentino*, año I, núm. 4, octubre 1910, pp. 118-119.

131 ARROSPIDEGARAY, Juan Bautista *La Gimnasia al alcance de todos y para todos. Rosario Deportivo a través de 35 años. Los batallones de la Sportiva Rosarina. Defensa personal, en la calle, en la pedana y en el terreno*, Rosario, 1943, p. 59.

la petición consiguió apoyo.¹³² Tres años después, la institución renovó el subsidio y el discurso fue presa del espíritu del centenario: el sentido patriótico, las armas, la educación de la voluntad y el honor se recubrieron de las dignidades nacionales previstas para la fiesta.¹³³

La instrucción de Arrospeidegaray se oponía, por momentos radicalmente, a la educación física de Romero Brest.¹³⁴ En el sistema del primero imperaban el orden, la disciplina y el patriotismo; la obediencia razonada, definitiva del planteo de Romero Brest, ni siquiera era mencionada. Los ejercicios vinculaban al ciudadano con las armas, la fortaleza física, y no se relacionaba con las funciones civiles o económicas. Arrospeidegaray privilegió la formación del soldado por sobre la del ciudadano, el trabajador o el consumidor; jerarquía, orden, método, trabajo y subordinación fueron los pilares de su prédica.¹³⁵

Los deportes, como el boxeo, la natación, la esgrima, el atletismo y scoutismo, complementaban el ejercicio calisténico, fisiológico y racional, pero jamás podrían suplantarlo. En la década de 1930, Romero Brest y Arrospeidegaray confluyeron alrededor de la idea de espiritualización y nacionalización de la educación física. Asimismo, ambos aceptaron la combinación de los ejercicios físicos con prácticas deportivas subsidiarias. Sin embargo, rechazaron enérgicamente al fútbol debido a su tendencial mercantilización, su vinculación con el juego callejero y con los comportamientos “desenfrenados” de los aficionados en los estadios.

Con pocos años de trayectoria, los Batallones Escolares fueron absorbidos por los Boys Scouts Argentinos. En Rosario, se los conoció bajo la designación de Vanguardias de la Patria, una institución formada en 1916 “...para el desarrollo físico de la juventud, para formar hombres útiles a la sociedad y a la patria.”¹³⁶ Estos jóvenes soldados, también, fueron dirigidos por Arrospeidegaray, quien además se desempeñó como profesor de ejercicios físicos en colegios confesionales como Sagrado Corazón y San José.¹³⁷

Grupos juveniles, cuyos miembros contaban entre diez y quince años, se comprometieron con el entrenamiento físico y, al mismo tiempo, con la *cáritas* paulina. Durante la crisis derivada de la Primera Guerra Mundial, los Vanguardias de la Patria repartieron gratuitamente leche en los barrios más pobres de la ciudad.¹³⁸ Décadas después, estos grupos fueron absorbidos por el auge de los clubes y los deportes ma-

132 ET HCD Octubre-Diciembre 1905, f. 53.

133 ET HCD enero-junio 1908, ff. 124-125.

134 Romero Brest recomendaba proscribir la esgrima escolar debido a su sobreexcitación e “influjo nervioso”, ROMERO BREST, Enrique *El ejercicio físico...*, cit., p. 45.

135 ARROSPIDEGARAY, Juan B. *Gimnasia al alcance...*, cit., p. 58.

136 ET HCD octubre 1916, t. 1, f. 566.

137 *Manual del Explorador de Don Bosco. Bodas de Plata 1915-1941*, Buenos Aires, 1941.

138 *La Capital* 06/III/1917. Ese año, según Arrospeidegaray los Vanguardias repartieron 1000 litros de leche entre los pobres. ET HCD mayo 1919, t. 1, f. 20.

sivos. La relación del cuerpo con la patria fue mediada por el nacimiento de las prácticas propias de una sociedad de masas, los irresistibles espectáculos deportivos y el creciente mercado de atracciones.

Avatares afortunados

La concurrencia ciudadana a los polígonos mostró una tendencia ascendente en los años 1910s. Según las estadísticas institucionales, de los apenas 17.600 tiradores registrados para 1905, hubo 313.474, diez años después. Pero los nacionalistas no estaban satisfechos, ansiaban una devoción patriótica más numerosa y menos condicionada.¹³⁹ En 1916, Rosario fue la sede del Concurso Centenario de la Independencia, patrocinado por la Confederación de Tiro Argentino. Las actividades se llevaron adelante en el predio de Tiro Suizo, el polígono de mayores dimensiones de la Argentina después del TFA de Buenos Aires. Esta fiesta constituía la escenificación de la integración nacional,¹⁴⁰ la comunidad patriótica intentaba eliminar las fisuras internas, nacionalizar a los inmigrantes y evitar los conflictos. En las jornadas conmemorativas de la independencia nacional, se ensayaron, una vez más, las coreografías de la “democracia orgánica”, activadas por el tiro y la conscripción obligatoria. Los campeonatos de tiro eran pensados como “...fiestas de cultura y torneos de democracia...”, pues “...el polígono enseña a amar a la patria y en los stands se confunden, se fusionan, los argentinos sin distinción de clases y todos se reconocen hijos de la misma patria...”¹⁴¹

El mayor número de polígonos y de sociedades de tiro,¹⁴² la reconfiguración del nacionalismo cultural y el creciente interés por el tiro como adiestramiento eficiente para la soldadesca, la aparición de los batallones escolares y los Vanguardias de la Patria multiplicaron un conjunto de prácticas culturalmente asociadas a los valores nacionales. Esta *nacionalización de las masas*, sin embargo, no conquistó las más amplias expectativas de sus ingenieros. El ciclo de protesta obrera abierto entre 1919 y 1922 atenuó las ambiciones de una integración unánime, definitiva e irrecusable.

A largo plazo, el servicio militar obligatorio y la formación del ciudadano en armas se instituyeron, pero el final de la década de 1910 ofreció una imagen menos complaciente para los todavía fragmentados e inconstantes propulsores de un nacionalismo esencialista. Los obreros propagaban una lucha que se alejaba radicalmente de la “defensa nacional”.¹⁴³ En mayo de 1919, *El Tiro Nacional Argentino* se hizo eco del

139 DGTG *El Tiro Nacional*, año 8, núm. 88, octubre 1917, p. 176.

140 MOSSE, George L. *La nacionalización...*, cit.

141 DGTG *El Tiro Nacional Argentino*, año VI, núms. 73-74, agosto 1916, p. 107.

142 Según el Ministro de Guerra, en 1908 existían 106 polígonos en el país. DS CS 1908, t. 1. Entre 1905 y 1918 se crearon cuarenta sociedades de tiro. Para 1920, existían casi 300 polígonos.

143 MUNILLA, Eduardo *La defensa...*, cit.

llamamiento a la reacción nacionalista de la Liga Patriótica Argentina. Lejos de estar concluida, la nacionalización de las masas debía librar nuevas y decisivas batallas.¹⁴⁴

En los años 1920s., los grupos cercanos a la Liga glorificaron, una vez más, los benéficos efectos del tiro. Bondades que atendían tanto a los aspectos espirituales del nacionalismo como a las aptitudes productivas de los trabajadores. El higienista rosarino, Manuel Pignetto, supo resaltar las virtudes del tiro para desarrollar la tolerancia a las fatigas de las campañas bélicas, conocidas con gran detalle luego de las experiencias en las trincheras abiertas por la Primera Guerra Mundial. Pignetto destacó los valores de autodisciplina procurados por el tiro, los rotuló como estandartes capaces de elevar la resistencia del soldado en tiempos de guerra y la capacidad de producción de los obreros en tiempos de paz.¹⁴⁵ Cuando se pronunciaron estos discursos, el enemigo de la nación había abandonado los uniformes del ejército chileno de fines del siglo XIX, se había metamorfoseado en una amenaza revolucionaria nacionalmente menos determinada pero igualmente clasificable. Judíos, rusos, anarquistas y maximalistas fueron enjuiciados por los “defensores de la nación”, quienes creyeron que se había gestado un enemigo interno descriptible a través de la terminología y los parámetros del higienismo decimonónico. Estos “organismos” sólo eran capaces de “infectar” al “cuerpo nacional”, por otra parte, integrarlos era imposible. De forma que constituían un “peligro” y una “enfermedad social”. La silueta del miedo y la represión fue puesta en escena durante y luego del verano 1919.

El tiro funcionaba por completo en la lógica de la *nacionalización de las masas*.¹⁴⁶ La producción de un ciudadano en armas, un soldado listo para la defensa nacional e impregnado de los valores de la “democracia orgánica” magnetizó la estrategia de los agentes castrenses.¹⁴⁷ De todos modos hubo excluidos del proceso de nacionalización. El Tiro Federal y Tiro Suizo fueron una parte de las piezas afectadas por este movimiento nacionalizador. Desde 1918, el abolengo suizo de los socios del último no fue condición excluyente para detentar la presidencia.¹⁴⁸ Algunos miembros de la Liga Patriótica, como Manuel Pignetto, aparecieron en la nómina de los presidentes. Estas instituciones revelaron a la comunidad y también al Estado su carácter estratégico para la inoculación corporal y valorativa del nacionalismo.

La visibilidad de esa comunión entre el nacionalismo castrense y la práctica del tiro duró poco. En los Juegos Olímpicos de París 1924, Juan Papis fue condecorado con una presea dorada. El liquidador de la Contaduría Municipal fue designado por

144 DGTG *El Tiro Nacional Argentino*, año X, núms. 106-107, abril-mayo 1919.

145 DGTG *El Tiro Nacional Argentino*, año XI, núm. 121, julio 1920, p. 228. Al igual que Mosso, Pignetto fue médico militar.

146 MOSSE, George L. *La nacionalización...*, cit.

147 MUNILLA, Eduardo *La defensa nacional...*, cit.

148 DGTG *Tiro Nacional Argentino*, año XI, núm. 120, junio 1920.

el Comité Olímpico para integrar el equipo de tiradores de la delegación argentina.¹⁴⁹ Papis se había formado como tirador amateur en los certámenes del Tiro Federal y el Tiro Suizo, con esa hazaña internacional recubrió de un aura civilizada y deportiva a las prácticas del polígono.¹⁵⁰ Nuevamente fueron velados los intereses profundos que animaban al tiro. La prédica nacionalista era mediatizada por un dispositivo deportivo estandarizado, internacionalmente valorado y ajeno a las luchas políticas internas. Tras la medalla olímpica, el tiro pudo exhibirse afectando esa carga neutral, despolitizada y totalizadora que los partidarios de la educación marcial deseaban imprimir al deporte en el marco de las competencias internacionales y masivas.

Colonias de regeneración

Los higienistas subrayaron la posibilidad de vigorizar a los cuerpos infantiles en espacios específicos. Emilio Coni fue de los primeros en prescribir estos tratamientos. Para atenuar la propagación de la tuberculosis impulsó la formación del Hospital y Asilo Marítimo para niños débiles de Mar del Plata, en 1895. Diez años después, la Liga Argentina Contra la Tuberculosis abrió una colonia análoga en Claypole. A partir de entonces, los Patronatos de la Infancia diseminaron colonias de vacaciones en la ciudad y la provincia de Buenos Aires.¹⁵¹

Las colonias de aislamiento o de trabajo fueron medios para la reforma de la infancia desvalida. Estos centros se asemejaban más al Asilo de Mendigos y Dementes que a las colonias de vacaciones propuestas por Coni, su finalidad era retirar de las calles a los niños en situación de indigencia o pobreza, que en la época formaban los bordes imprecisos de la criminalidad. La reforma se concentraba en el cambio de ambiente y la redención moral, en general la salud o el fortalecimiento físico eran problemáticas omitidas o de orden menor.¹⁵² En sus primeras menciones, las colonias de vacaciones se relacionaron con las escuelas abiertas de Fröbel y Pestalozzi. Ferri sostuvo, cuando visitó el país, la necesidad de construir en la Argentina "...escuelas al aire libre o colonias escolares para vigorización de niños débiles y estímulo de retardados..." Experiencias similares ganaban terreno en Alemania, la matriz intelectual de producción de esas instituciones no separaba la debilidad física del retraso mental o intelectual. En el campo de la anormalidad, estos problemas eran tratados con los mismos métodos.¹⁵³

Los efectos de la vida urbana producían organismos débiles, esta regla se cumplía con más frecuencia entre los hijos de las familias pobres. Destinados a formar

149 ET HCD mayo 1924, f. 82.

150 DS HCD 02/IX/1924, p. 251.

151 CONI, Emilio R. *Memorias de un higienista. Contribución a la historia de la higiene pública y social en Argentina (1867-1917)*, Faiban, Buenos Aires, 1918, pp. 170-174.

152 *La Capital* 11/III/1901.

153 *La Capital* 18/VIII/1910.

la “extensa legión de los hospitalizados”, los hijos de padres fatigados, alcohólicos o enfermos no mejorarían con la escuela ni con los deportes. Jóvenes inaptos, cuerpos sin energía y virilidad, eran el albergue perfecto de la tuberculosis y otras enfermedades.¹⁵⁴ Mientras duraban, esas vidas consumían cuantiosos recursos públicos, no conseguían las terapias médicas encaminarlas hacia la producción. El trabajo manual entonces era el símbolo de la utilidad social y económica del hombre.

Las colonias de vacaciones eran una estrategia para palear estos problemas, su esquema de organización dependió de las escuelas para niños débiles. Ambas instituciones se proponían recuperar la salud física como un prerrequisito para el aprendizaje. Estos espacios construían condiciones ambientales e higiénicas que suplían las carencias experimentadas en los hogares populares, la colonia adquiriría así facetas asistenciales. De entre las múltiples funciones que prestaban, se destacaba la copa de leche, las mudas de ropa y la búsqueda de inculcar hábitos higiénicos, nutritivos y previsores.¹⁵⁵

La Sociedad Protectora de la Infancia Desvalida de Rosario (en adelante, SPID) quiso formar una colonia de vacaciones para niños débiles en 1920. Juana Blanco y Antonio Cafferata habían creado SPID en septiembre de 1905, bajo la guía de “...un profundo sentido moral y católico”. Sus funciones consistían en auxiliar a los menores vagabundos y apartarlos de las calles, conduciéndolos hacia la disciplina, el trabajo y la moral. La educación de las masas estaba en el horizonte de estas proposiciones: “... el analfabetismo, la ignorancia y el vicio, no sólo son causas retardatorias del progreso, sino *gérmenes nocivos para la estabilidad del orden...*”¹⁵⁶ El progreso nacional y la caridad eran superadas por las funciones de asistencia. La inquietud por la pacificación interna y el mantenimiento del equilibrio social, supeditados a la medicalización de la cuestión social, impulsaron la constitución de asociaciones como SPID, orientadas a invertir esfuerzos en pos de la “domesticación” de los subalternos.

Según la SPID, la autoridad perturbada, trastocada y amenazada de la familia era la clave de los desajustes de la infancia. La Sociedad se auto-representaba como una familia sustituta y normalizadora, capaz de enviar regularmente a los niños vagabundos a las escuelas de artes y oficios. Los muros pedagógicos aislaban, detrás de ellos, los *vicios callejeros* serían sustituidos por el “trabajo socialmente relevante”. No era integral la instrucción suministrada por SPID a la infancia desvalida, antes prefería enfocarse sobre el aprendizaje técnico y práctico, encaminado a la posterior consecución de un trabajo asalariado.¹⁵⁷

154 ARMUS, Diego *La ciudad impura...*, cit., pp. 96-103.

155 RODRÍGUEZ DE ANCA, Alejandra “Apuntes para el análisis de las relaciones entre discurso médico y educación (1900-1930)”, en DI LISCIA, María Silvia y SALTO, Graciela Nélica (eds.) *Higienismo, educación y discurso en la Argentina (1870-1910)*, Editorial UNLPam, Santa Rosa, 2004, pp. 20-21.

156 ET HCD octubre-diciembre 1905, f. 66. Énfasis añadido.

157 ET HCD mayo 1911, f. 355.

Luego del reconocimiento de la cultura física como vector de moralización y de los incidentes de la semana trágica, la SPID decidió reforzar el organismo de los niños pobres apuntando, al mismo tiempo, a aplacar posibles energías revolucionarias. Como herramienta escogió una colonia de vacaciones, imaginada a modo de refugio contra la vida urbana, la mala alimentación, la falta de ejercicio físico y el inconformismo político. Una quinta en el vecino poblado de Carcarañá reunía todos estos requisitos. Las condiciones climáticas del área, la vecindad del río y la posibilidad de una vida campestre la favorecían. El apoyo financiero del gobierno provincial, consistente en \$20.000m/n, fue tan sólo declarativo, la Sociedad debió procurarse el dinero por sus propios medios: organizó kermeses y rifas y gestionó el apoyo municipal.

También, la prensa dedicó algunas páginas a las colonias de vacaciones, los artículos resultaron dispares. Algunos las alababan como formas de recomposición de la fortaleza física de los niños,¹⁵⁸ otros las criticaron por ser un simple paliativo circunstancial, capaz de enmendar sólo estacionalmente la degradación orgánica.¹⁵⁹ Los periodistas reputaron insuficiente la colonia de Carcarañá y sin éxito, instaron a los poderes públicos a comprometerse con esas instituciones.¹⁶⁰

La valoración de estos espacios cambió al culminar la década de 1920. Entonces, se invocaron conceptos raciales, eugenésicos y patrióticos: "...redención futura de la raza", "patriótica prevención organizada" y "...purga de las taras degenerativas en las futuras generaciones". Asegurar la buena constitución física de los niños era un "...elemento indispensable de la integridad moral y progreso intelectual, en el que estriba la grandeza del porvenir de la raza".¹⁶¹ Discursivamente las colonias se habían convertido en algo muy parecido a una estación científica para la eugenesia positiva.

El mejoramiento racial como acción patriótica y los peligros de la degeneración física para el futuro de la nación estuvieron activos, al menos, hasta mediados de los años 1940s.¹⁶² Los elementos moralizadores e higiénicos se aunaron con los biomédicos, fue muy visible la emergencia de una prédica a favor de la eugenesia.¹⁶³ El *Informe Anual* de la Dirección de Colonias de Vacaciones de Buenos Aires asentó la situación de 1933. De los 19.000 niños que habían concurrido esa temporada, 9.000 eran débiles y 8.706 retardados por deficiencias nutritivas. Esas cifras legitimaban la multiplicación de establecimientos y el diseño de políticas asistenciales. Los efectos

158 *La Capital* 20/X/1920.

159 *La Capital* 16/I/1924.

160 *La Capital* 18/XI/1926; *La Capital* 21/X/1929.

161 *La Capital* 14/I/1929. La cursiva me pertenece.

162 *La Capital* 24/X/1932; *La Capital* 19/I/1935; *La Capital* 3/II/1935; *La Capital* 6/VIII/935; *La Capital* 19/I/1936.

163 VALLEJO, Gustavo "Las formas del organismo social en la eugenesia latina" y REGGIANI, Andrés "La ecología institucional de la eugenesia: repasando las relaciones entre biomedicina y política en la Argentina de entreguerras", en MIRANDA, Marisa y VALLEJO, Gustavo (comps.) *Darwinismo social...*, cit., pp. 233-309.

de la desnutrición en la morfología de los niños resultaban devastadores, herencia mediante, comprometían a la raza y el futuro nacional.¹⁶⁴

Recién en 1938, se habilitó al sur de Rosario una colonia de vacaciones para niños débiles. Pero el poder político no participó en su lanzamiento. Fue el Club Gimnasia y Esgrima de Rosario quien corrió con los costos. A las instalaciones de la colonia concurrieron cuarenta niños que disfrutaron de los beneficios de la buena alimentación y el ejercicio físico. Una tabla de horarios que aprovechaba el tiempo productivamente completaba la obra, cuyo sentido radicaba en interiorizar desde la infancia ritmos continuos y repetitivos, asociados con la labor adulta. La disciplina, las rutinas y la vida de clausura creaban un entorno higiénico y previsible. Allí, la acción podía desplegarse bajo la seguridad y con la regularidad que permitía un mundo amputado del exterior.¹⁶⁵

Dos años después, el municipio confeccionó un proyecto de colonias de vacaciones. Con la intención de saldar una antigua deuda, se conformó una institución municipal designada como “Colonias de Vacaciones para Niños”. La contribución solicitada era de \$10.000m/n, suma que permitiría el funcionamiento de siete hogares-colonias, a los que pudieron asistir 300 niños desde el verano de 1940. Tras cuatro décadas de funcionamiento en Buenos Aires, la ordenanza de las colonias rosarinas no poseía autores individuales, sus argumentos fueron esculpidos por un dilatado proceso.¹⁶⁶ En Rosario, las actividades de las colonias de vacaciones para niños débiles se iniciaron tardíamente. Esa demora puede explicarse por el temprano éxito de una institución destinada a la práctica del ejercicio físico entre los niños escolarizados: el Stadium Municipal.

Stadium de ejercicios

Con el objetivo de llevar adelante la práctica de ejercicios físicos, la Sociedad Sportiva solicitó al municipio un terreno que se le concedió en las inmediaciones del Parque de la Independencia.¹⁶⁷ En diciembre de 1911, la asociación petitionó \$1.000m/n para construir un *stadium* en la ciudad,¹⁶⁸ pero esta gestión no tuvo resultado favorable. La Sportiva volvió a la carga unos años después, el nuevo solar para la plaza de ejercicios físicos y deportes estaba más al sur, se mencionaban entre las actividades que postulaba desarrollar: motociclismo, ciclismo, *foot-ball*, *launch-tennis*, etc. El *stadium*

164 *La Capital* 11/III/1933.

165 “8hs. concentración e higienización de los niños/8,45hs. desayuno completo/9,15hs. excursiones, baños de sol y de agua en el Balneario del Saladillo/11 lectura recreativa y canto en el local de la escuela del barrio/12hs. almuerzo en el comedor escolar/*por la tarde*/13 reposo general/14 merienda/14,30 excursiones y juegos en el jardín de niños de los mataderos municipales/19hs cena ligera y regreso a sus respectivos hogares.”

166 DS HCD 02/IV/1939, p. 461.

167 ET HCD mayo 1912, t. 1, f. 136.

168 ET HCD mayo 1912, t.1, f. 193.

robustecería física y moralmente a la juventud, alejándola de los consabidos vicios de la calle. A pesar de estos argumentos, la concesión del terreno fue denegada por estar el solar afectado a la Dirección Municipal de Limpieza y Maestranza.¹⁶⁹

En 1919, el recreo “Eden Park” inauguró el “Gran Stadium Argentino para la Educación Física y Científica”, un festival a cargo de la Liga Patriótica selló en la apertura un evidente compromiso político nacionalista.¹⁷⁰ Al solicitar meses después una subvención municipal, sus propulsores indicaron que la cultura física fortalecía al cuerpo contra las enfermedades, moralizaba al individuo y cumplía altas funciones patrióticas y nacionales.¹⁷¹

Casi paralelamente, la prensa propuso la construcción de una infraestructura para la popularización de la cultura física. En Europa, esas arquitecturas gozaban del patrocinio del Estado, mientras que en Argentina apenas si eran espasmódicamente mencionadas por las autoridades. Además, se reclamaba el acondicionamiento de las plazas públicas con instrumentos gimnásticos para niños y jóvenes. Hasta entonces, el desarrollo de la cultura física era patrimonio de asociaciones privadas, pero lo ideal, en una sociedad en vías de masificación, no era reservar a los clubes las tareas de difusión del deporte. Los agentes física y culturalmente vulnerables eran excluidos de una oportunidad para robustecer sus organismos, debido a los diversos grados de exclusividad y las estrategias de privatización que planteaban los clubes. El Estado central debía asumir la tutela de esos cuerpos, extirpando vicios y malformaciones a través de la difusión de la cultura física.¹⁷²

Pronto se destinaron fondos a la construcción de una plaza de ejercicios. El empréstito provincial de 1922, dotado de \$35 millones m/n, ofreció la posibilidad de ampliar la cultura física de la ciudad más importante de la provincia. Los planos del *Stadium* Municipal se enmarcaron en el Parque de la Independencia, la obra completa insumiría \$150 mil.¹⁷³ El ingeniero Lamarque delineó el terreno y J. B. Arrospidegaray colaboró en la definición de los usos prácticos de las dependencias.¹⁷⁴ La piedra fundamental del Stadium se colocó durante el improbable bicentenario de Rosario.¹⁷⁵ Del acto participaron el presidente de la nación, Marcelo T. Alvear, el gobernador de la provincia, Ricardo Aldao, y el intendente, Manuel E. Pignetto. Este último, que había escrito algunos artículos para el *Tiro Nacional* en 1919 y presidido en 1922 el Tiro Suizo de Rosario, pronunció un extenso discurso sobre la cultura física. Entre sus palabras desfilaron las problemáticas del escaso perímetro torácico en los niños y

169 ET HCD enero-abril 1917, ff. 248-251.

170 ET HCD junio-septiembre 1919, f. 21.

171 ET HCD mayo-agosto 1920, t. 2, f. 68.

172 *La Capital* 06/III/1921.

173 DMR 1923, Imprenta J. B. Ravani, Rosario, 1929, p. 121. ET HCD enero-marzo 1927, f. 269.

174 *La Capital* 25/VIII/1925.

175 MILANESIO, Natalia *La ciudad como representación*, Tesis de Licenciatura en Historia, FHyA (EH), Rosario, 2000.

los adolescentes y la alarmante cifra de inaptos para la conscripción obligatoria que producían algunas provincias argentinas. Como médico higienista, Pignetto sopesó positivamente el cosmopolitismo de la ciudad, no criticó la “mezcla racial”, alabó la ausencia de epidemias, como el paludismo, y afirmó que no había intoxicaciones extendidas y graves, como el alcoholismo.¹⁷⁶

El intendente conocía las dificultades para que los jóvenes de orígenes humildes participaran de la cultura física. La falta de lugares acondicionados y de propaganda adecuada eran algunas de las causas de esa inactividad y postergación. Para el higienista y ex-presidente de Tiro Suizo, la Gran Guerra había puesto de relieve la importancia de la educación física en la formación del ciudadano y el soldado. Las virtudes del adiestramiento de la soldadesca se objetivaron en la resistencia a las condiciones extremas de subsistencia en las trincheras. Debido a la contienda mundial quedó acreditado que un carácter templado por la cultura física era superior tanto para tolerar el trabajo continuado como para afrontar la adversidad.¹⁷⁷

Pignetto aseguró que la disponibilidad de una plaza pública de ejercicios era una feliz novedad, ese dispositivo favorecería el mejoramiento físico y moral de los jóvenes de todas las condiciones sociales. Después de los intentos infructuosos de la Capital Federal, el Stadium Municipal de Rosario era la primera institución de esas características en América Latina.¹⁷⁸

El discurso asumía la determinación fisiológica de las más altas expresiones morales del individuo. La oxigenación de la sangre por el ejercicio dinamizaba al cerebro, generando la posibilidad de un mayor control interior. Valores civiles de primer orden, como el respeto y la solidaridad, podían difundirse mediante la actividad física. El cultivo del cuerpo se transformaba en una fábrica axiológica, productora de hombres sanos, trabajadores, honrados y patriotas.

El *Stadium* Municipal fue el lugar de esparcimiento y ejercitación de niños y jóvenes escolarizados. También, fue el “...paraje de sana reparación de los organismos de los futuros ciudadanos”.¹⁷⁹ En el mediano plazo, se convirtió en el sustituto de las colonias de vacaciones, albergó una pileta, gradería para público, vestuario, tribuna de honor, dos canchas de pelotas, un teatro infantil, campos de gimnasia y atletismo, cancha de *foot-ball*, pista ovalada con una recta de 200 metros, cancha de *foot-ball* reducida, de *basket-ball*, de *lawn-tennis*, etc. Juan B. Arrospeigaray fue nombrado director de la institución inaugurada con la concurrencia de escolares a actos con-

176 *La Capital* 1/I/1923.

177 DGTG *El Tiro Nacional Argentino*, año XI, núm. 121, julio de 1920, pp. 228-230.

178 PIGNETTO, Manuel E. *Dos años de intendencia. 2 de abril de 1925 al 1 de abril de 1927 (memoria sintética)*, Talleres Gráficos “La Velocidad”, Rosario, 1927, p. 51.

179 *La Capital* 16/X/1926.

memorativos.¹⁸⁰ El director informó que mensualmente recibía entre 12 y 14 mil estudiantes.¹⁸¹

Durante la fiesta del 25 de mayo de 1927, en el flamante *Stadium* se disputaron torneos atléticos de trascendencia, "...[l]as distintas pruebas fueron elogiosamente comentadas y aplaudidas. [...] el espectáculo [...] ha sido todo un suceso."¹⁸² Arrospeidegaray desempolvó su uniforme de maestro de batallones escolares, lucido por última vez en la Sociedad Rural en 1919, cuando la Liga Patriótica organizó un gran festival en repudio de las manifestaciones obreras. Las relaciones, las prácticas y los sentidos habían cambiado. En 1927, prefirió orquestar un desfile atlético infantil y no uno proto-militar. No imitaron los niños el paso marcial de los soldados, ni empuñaron fusiles de madera, sino que aparentaron la estilización atlética y la marcha caballerisca de los equipos olímpicos. Conforme con el principio de emulación deportiva, la nueva y amplia plaza de ejercicios físicos fue colmada por animadas competencias.

En los primeros ocho meses de 1928, al *Stadium* asistieron 98 mil escolares. La convocatoria y las prácticas cumplían los objetivos de sus constructores, la concurrencia superaba a la de cualquier club o asociación deportiva. Según Arrospeidegaray, los "deportistas amateurs" se entregaban a las rutinas de la actividad física sin distinguir clases o niveles sociales. Afirmaba que "no es exagerado aseverar que nunca habíamos visto en un *field* de atletismo tan crecido número de aficionados de todas las clases sociales."¹⁸³ El *Stadium* se consagraba a la cultura física, pero también encarnaba los ideales del atletismo como forja de la "democracia orgánica", una práctica capaz de disolver las diferencias e igualar a sus participantes. No en vano Arrospeidegaray era uno de esos profesores de educación física con una formación inicial en el ámbito militar.

Hacia fines de la década de 1930, el por entonces denominado sin anglicismos Estadio Municipal fue escenario de algunos festejos nacionales. La plaza de ejercicios físicos acogió un mástil para izar la enseña patria. Ausente en los festejos del 25 de mayo de 1939, el pabellón sería colocado para el 20 de junio, día en que se conmemora la creación de la enseña argentina y fecha incluida entre las efemérides nacionales desde el año anterior. "El Estadio Municipal debe contar con un mástil que flamee en él todos los domingos y en ocasiones de realizarse fiestas deportivas o concentraciones escolares, la enseña patria."¹⁸⁴

Las formas del "sano nacionalismo" adquirieron en un breve lapso otras facetas. En abril de 1940, los marineros del *Graf Spee* utilizaron el *Stadium* para ejercitarse, El director del Estadio los había autorizado. Sin embargo, no disfrutaron demasiado de esa hospitalidad, los concejales socialistas denunciaron el hecho. Afirmaron que el Es-

180 DMR 1926, Imprenta J. B. Ravani, Rosario, 1930, p. 653.

181 ET HCD abril 1927, f. 1074.

182 *La Capital* 27/IV/1927.

183 *La Capital* 5/IX/1928.

184 ET HCD diciembre 1939, t. 1, f. 6254.

tadio era una plaza de ejercicios físicos para escolares y deportistas y que la Argentina era neutral en el conflicto europeo. Por lo tanto, no podían cederse esas instalaciones a una de las potencias beligerantes, sin atentar contra la neutralidad en la guerra. En otros territorios y en las dependencias de otros Estados, los marineros alemanes debían buscar el asilo y la buena voluntad.

La Comisión de Gobierno del Concejo Deliberante denegó "...el uso o cesión de dependencias municipales a tropas y oficiales de países beligerantes, internados o no, mientras durara la guerra."¹⁸⁵ El matrimonio inestable y movedizo entre cultura física, nación, deporte y política tomaba impulso, preparándose para afrontar nuevos desafíos. Los patrocinadores de las prácticas deportivas en Rosario habían militado en la organización de batallones escolares y de clubes de tiro. Durante los años 1920s., Pingetto y Arrospidegaray se mantuvieron activos en la programación del deporte popular auspiciado por el gobierno local en el Estadio Municipal. Una década más tarde, el contexto de un creciente nacionalismo parecía preludiar un viaje que nuevamente conduciría la actividad física y el nacionalismo a las fuentes.

185 DS HCD 11/X/1940, p. 1177.

Segunda parte

Ciudad, centralidades y segregaciones

CAPÍTULO IV

Un parque central

La producción material, social y simbólica del Parque de la Independencia es el objeto de este capítulo, que se concentra sobre el período de su hegemonía entre los espacios verdes de Rosario. Desde comienzos del siglo XX y hasta los primeros años de la década de 1940, el Parque de la Independencia se convirtió en un dispositivo central y único en toda la ciudad. Aquí se estudian las relaciones sociales y las trayectorias institucionales que hicieron posible la particularidad de ese espacio a lo largo de casi medio siglo. En principio se analizan las justificaciones de su instalación y localización, prestando una atención singular a la combinación de dos grupos de argumentos: uno relativo a la higiene popular y la estética elitista y otro referido a la cultura física y las atracciones multitudinarias. Las funciones de diferenciación social atribuidas al parque son las primeras en escrutarse, debido a que dominaron las dos primeras décadas de su existencia. Paralelamente, se analiza la nacionalización del espacio verde a través de la colocación de monumentos y estatuas conmemorativas de acontecimientos (Te-Deum del 25 de mayo de 1910) o de algunos próceres vinculados *al pasado de la ciudad*, Manuel Belgrano. Además, se presta atención al progresivo despliegue de la cultura física y deportiva sobre las superficies del Parque de la Independencia. Ese proceso expresó un desplazamiento en la concesión de los terrenos que de la educación física escolar pasó a beneficiar a las asociaciones deportivas privadas. Los clubes alegaron que su ocupación del espacio público sería compensada por una presunta función comunitaria, donde intervenían los significantes asociados al desarrollo de la cultura física nacional y el sano entretenimiento de los jóvenes. Asimismo, el parque acogió temprana aunque no del todo efectivamente, diseños de atracciones legitimadas pedagógicamente; este fue el caso del zoológico municipal y el jardín de niños. En la década de 1920, comenzaron a aparecer indicios de la presencia de algunos subalternos en esos parajes pacíficos, silenciosos y románticos. Diez años después, se observa que las atracciones masivas conquistaban el parque y que distintos grupos se proponían impulsar la inauguración de espacios similares. Incapaces de establecer diques a esa marea humana, los diseños excluyentes para el uso del espacio público fueron desautorizados. Las justificaciones propias de la higiene y la cultura física también quedaron desechadas cuando de lo que se trataba era de pensar en estadios de fútbol y parques de diversiones. Este capítulo, entonces, se ocupa de distinguir las tenues huellas de ese proceso de popularización del Parque de la Independencia, que resulta más fácilmente discernible en sus resultados que en los equívocos y sinuosos derroteros de su producción.

El parque contra el inquilinato

Guillermo Rawson y Eduardo Wilde publicaron en 1876 y 1878, respectivamente, los textos fundacionales del higienismo argentino.¹⁸⁶ Según Wilde, “la higiene pública es la higiene de los pobres.”¹⁸⁷ que pretendía “salvar” a los grupos menos beneficiados en el proceso de la modernización argentina y, al mismo tiempo, proteger a sus “salvadores” de la propagación de epidemias. La difusión de las enfermedades no reconocía barreras socioeconómicas o territoriales, la peste era un riesgo para todos los habitantes de la ciudad. Vigilar a los pobres y acondicionar las urbanizaciones fueron dos estrategias complementarias que apuntaron a proteger de los efectos mórbidos a “la parte sana de la sociedad”.

La ciudad fue dividida entre el centro y los arrabales. Este díptico polarizado, propositivamente múltiple en los bordes y homogéneo en el núcleo, organizó y fijó un sentido estigmatizador. “En los arrabales, se aglomera todo cuanto hay de *malo*, de *inmundo*, de *miserable*, de *corrompido* y de *malsano* [...] lo que rechazan sus casas *lujosas* o *decentes*.”¹⁸⁸ Sin embargo, los vientos impedían el aislamiento de las secciones urbanas, miasmas e inmundicias periféricos viajaban en la brisa hasta alcanzar las urbanizaciones céntricas. Las emanaciones malsanas de los conventillos y los suburbios se incorporaban a la atmósfera, utilizando al viento para infectar “...los lujosos palacios de los ricos.” Pero “la fracción saludable de la ciudad”, también, albergaba una “pústula”: el inquilinato, Rawson los juzgaba como pocilgas, sin luz ni aire y dominadas por un hacinamiento brutal. En el inquilinato, los gérmenes no sólo encontraron un terreno propicio, sino que construyeron un vasto imperio.

Nadie estaba a salvo, la ciudad capitalista configuraba una conexión inevitable, silenciosa y absoluta. Esa arquitectura social hacía indispensable el flujo de las mercancías, los cuerpos y el dinero, pero por las mismas calles circulaba, también, la fiebre amarilla, el cólera, el tifus, la viruela, la tuberculosis y la peste. El saneamiento de los arrabales y la demolición de los conventillos céntricos podían contener ese avance tan imperceptible como letal. Intervención y disección sanitaria fueron dos operaciones que comprometieron a la planta urbana de las grandes ciudades argentinas.

El higienismo soñaba con una ingeniería social utópica.¹⁸⁹ Emilio Coni esbozó su trayectoria empleando una comparación que era, a la vez, un desplazamiento: “...en vez de médico de enfermos, lo he sido de ciudades y pueblos por mi acción continuada de demógrafo, higienista, publicista posteriormente y puericultor, etc...”¹⁹⁰ Entre

186 RAWSON, Guillermo *Conferencias de Higiene Pública*, Donnanette & Hattu, París, 1876 y WILDE, Eduardo *Curso de Higiene Pública*, Imprenta y Librería de Mayo, Buenos Aires, 1885 [1878].

187 WILDE, Eduardo *Curso de Higiene...*, cit., p. 8.

188 WILDE, Eduardo *Curso de Higiene...*, cit., p. 270. Énfasis añadido.

189 ARMUS, Diego “Un médico higienista buscando ordenar el mundo urbano argentino de comienzos del siglo XX”, en *Salud colectiva*, Buenos Aires, 3, 1, enero-abril 2007, pp. 71-80.

190 CONI, Emilio R. *Memorias de un higienista...*, cit., p. XIX.

el cuerpo y la ciudad, entre el organismo y la sociedad, la prosa de Coni desarrolló un sistema de analogías. Luego, los urbanistas se apropiaron sin demasiadas sutilezas de esta homología anatómica en lo estructural y fisiológica en el plano funcional.

La circulación del aire y la penetración de la luz en las ciudades obsesionaban a Rawson y a Wilde, la materia y los fluidos estancados tendían a la corrupción miasmática,¹⁹¹ el exceso de combustiones contaminaba la atmósfera, sustituyendo el oxígeno por ácido carbónico. Energía y residuos eran producidos por la ciudad, era crucial disiparlos y eliminarlos para la adecuada supervivencia del organismo urbano.

Calles estrechas y muros crecidos dificultaban la ventilación y el asoleamiento, los seres humanos y las actividades hacinadas enturbiaban la atmósfera.¹⁹² Saberes médicos y urbanísticos se articularon en pos de la purificación de los fluidos. La higiene y el diseño de la ciudad resguardarían la salud de los habitantes. El cuerpo y el ambiente, el organismo social y el urbano se (re)conectaban e interpenetraban.¹⁹³ Rawson recomendó la apertura de "...calles espaciosas y de grandes y bien equipados parques."¹⁹⁴

Los higienistas resemantizaron las oposiciones entre lo rural y lo urbano, la naturaleza y la civilización, la higiene y la enfermedad. Fascinación por el progreso y desencanto frente a una potencial epidemia eran los polos del arco de sensibilidades polivalentes desplegado ante el tema de la ciudad. La aniquilación relativa de la naturaleza y la difusión de las enfermedades eran los "costes" de la ciudad y la civilización capitalistas. Sin embargo había un modo de atenuarlos, la virtud bucólica podía transportarse hasta la ciudad, vivificando el entorno urbano, haciéndolo más saludable. Serían los parques, como artefactos culturales, urbanísticos y sanitarios, el paliativo de la mala habitación y la concentración urbana.

Los inquilinatos eran umbríos, en ellos faltaba el aire y el espacio. Sus habitantes existían en un entorno sórdido y frecuentemente hostil. Vivir en un inquilinato no era cosa sencilla, las horas quedaban aplastadas por los muros húmedos y fríos de piezas pequeñas. Unos dormían sobre los otros, competían por grifos y retretes, cocinaban en los cuartos o en el patio y comían sobre las camas o en el piso. Las basuras eran el alimento de las gallinas y los juegos infantiles se desarrollaban en interiores oscuros y sucios.¹⁹⁵

Los hombres fatigados por el trabajo regresaban al conventillo y ese ambiente turbio y superpoblado los rechazaba. En contraste, la calle se ofrecía menos ruda, la

191 CORBIN, Alain *El perfume y el miasma. El olfato y el imaginario social. Siglos XVIII y XIX*, Fondo de Cultura Económica, México, 1987.

192 RAWSON, Guillermo *Conferencias...*, cit. p. 150.

193 CANGUILHEM, Georges "O problema das regulações no organismo e na sociedade", en *Escritos sobre a medicina*, Editora Forense Universitaria, Río de Janeiro, 2005, pp. 71-88.

194 RAWSON, Guillermo *Conferencias...*, cit. p. 120.

195 SURIANO, Juan *La huelga de inquilinos de 1907*, CEAL, Buenos Aires, 1983.

mujer, los hijos y los problemas de la subsistencia podían esperar y quedar atrás, todos los adoquines anochecidos se encaminaban hacia la taberna. Mala vida y mala vivienda fueron asociadas por los higienistas, quienes aseguraron que "...crimen y miseria son dos hermanos malvados"¹⁹⁶ El prostíbulo era un lugar de reunión y relajación, donde los obreros se volvían "...envidiosos, estúpidos, revolucionarios y escépticos, comunistas en fin."¹⁹⁷ Todo a la vez y sin alternativas.

Higienistas y reformadores sociales creyeron que mientras la vivienda popular no fuera mejorada, la calle absorbería las energías de los trabajadores.¹⁹⁸ Los alcoholistas, siguiendo la terminología de la época, accionaban contra la moral relajando las costumbres, contra la familia destruyendo la economía, los valores y la disciplina del hogar, contra la sociedad difundiendo la improductividad y el crimen y, finalmente, contra la raza instalando una herencia mórbida y degenerada. Para reencauzarlos fueron convocados la medicina y el derecho, pero su acción resultó muy poco sinérgica y sin dudas insuficiente.¹⁹⁹

La silueta del verde, recortada entre las calles y los muros de la cuadrícula, almacenó las esperanzas de una reforma. Árboles, jardines, bosques, lagos, juegos infantiles, centros de recreación, pérgolas y fuentes convergieron en una respuesta estética e higiénica a los males de la vida urbana. Pensando en esos parques infinitos que, bajo la forma del artificio, reponían las bondades del campo, Rawson imaginó un cuadro y narró una historia. Tarde templada en Buenos Aires, un cuarto de inquilinato, adentro un hombre enfermo y pobre sufre presa del dolor. Se incorpora de la cama, se cambia con cautela y sale. Sin dinero para el transporte deja que el bastón lo guíe hasta el parque más cercano. Luego de un trayecto breve, aunque fatigoso y accidentado, sus pies rozan esa "...tierra de promisión". En ese "...Edén, rico y balsámico, el ambiente le penetra por los poros de su cuerpo hasta alcanzar la médula de los huesos, se siente renacer..."²⁰⁰ El organismo ha sido regenerado, alcanzando una de las formas seculares de la redención, borrando las marcas de la enfermedad metafóricamente vecina al pecado por el contacto con una naturaleza parquizada que no disimula su parentesco con un, también metafórico, paraíso perdido y recobrado. Rawson traza un vínculo entre el higienismo y las metáforas bíblicas que oponen la naturaleza a la ciudad. Como se ha visto con Biale Masse, este era un nexo más frecuente de lo imaginable. Tras ese momento agradable, el enfermo vuelve a su "...sombrió cuartujo" y sobrevienen las imágenes de la desesperación, lo acechaban las criaturas fantasmagóricas de la enfermedad. Con todo, su organismo, como si se tratara de una máquina, posee mayor fuerza o energía que antes de visitar el parque. Por lo tanto, quizá, la enfermedad

196 GACHE, Samuel *Les logement ouvriers a Buenos-Ayres*, Steinheil Editeur, Paris, 1900, p. 55.

197 GACHE, Samuel *Les logement...*, cit., pp. 59-60.

198 CARBONELL, Cayetano "Casas para obreros", en *Orden y Trabajo...*, cit., pp. 257-297.

199 CLAVIJO, Francisco *Alcoholismo...*, cit.

200 RAWSON, Guillermo *Conferencias...*, cit., p. 185.

no le doblegue tan rápidamente. Rawson concluye: si esto puede hacer el parque por un organismo enfermo, que es lo que haría en un trabajador saludable.

Sin embargo, una infinidad de factores pueden hacer desvanecer esta imagen complaciente y seductora, hay uno más evidente que otros: la distancia del parque respecto a la habitación popular. Rawson abandona la especulación para ingresar al debate. El Parque 3 de Febrero, diseñado a instancias de Domingo F. Sarmiento como el mayor ajardinamiento de Buenos Aires, estaba demasiado retirado. La precariedad y el costo de los transportes entorpecían su consagración popular. Quienes más necesitaban de las virtudes curativas y saludables del verde, las poblaciones vulnerables, quedarían alejadas de su alcance.²⁰¹

Rawson suministró algunos ejemplos para corregir esa ubicación. El *Central Park* de Nueva York era equidistante y democrático. En París, el *Bois de Vincennes* estaba destinado a los trabajadores y quedaba en las inmediaciones de las residencias obreras.²⁰² El Parque Sarmiento no se asemejaba ni al estadounidense ni al francés, al ubicarse en el norte, la mejor zona de la ciudad, carecía de equidistancia y no estimulaba la atracción popular. Rawson sentenció que "...el parque responde a la aristocracia y el lujo, pero permanece mudo ante las exigencias de la población indigente."²⁰³ Rápidamente, se transformaría en una pieza clave dentro del rompecabezas de la distinción social de la clase alta porteña. Poco tiempo después de ejecutada la propuesta de Sarmiento pudieron percibirse los defectos anunciados por Rawson.

Este debate sobre la localización y función de los espacios verdes moduló la retórica de la ordenanza del Parque de la Independencia de Rosario. Los tópicos evocados fueron la estética, el mercado inmobiliario y la higiene pública, a diferencia de la discusión bonaerense, el centro de la escena fue ocupado por los recursos económicos y políticos.

Estética y exclusividad

La unidad entre estética e higiene fue trazada discursivamente por higienistas y urbanistas. En el despliegue de proyectos y relaciones, estos binomios se descompusieron, la higiene fue opacada por la estética y la distinción social. Sin otro sustento que el discurso, reducidas a simples fuentes de legitimidad, quedaron las funciones sanitarias de los parques.

La salud era patrimonio de las elites, por el contrario la distinción por medio de la belleza estimulaba su deseo. A comienzos del siglo XX, quienes podían contribuir a la instalación de espacios verdes, ansiaban entornar sus existencias con agradables

201 ARMUS, Diego "La idea del verde en la ciudad moderna. Buenos Aires 1870-1940", en *Entrepasados*, núm. 10, 1996.

202 GORELIK, Adrián *La Grilla y el Parque...*, cit., pp. 57-85. Rawson conoció el Central Park en la Exposición del Bicentenario Estadounidense, tres años después de su inauguración.

203 RAWSON, Guillermo *Conferencias de...*, p. 234-235.

panoramas. En la ciudad, el campo bajo la forma del parque asumía las características de una ventana paisajística ajardinada e idónea para torcer la redundancia del adoquinado y las construcciones.²⁰⁴ No obstante, la pureza de ese vergel estaba reservada a unos pocos, cualquier apertura social era indeseable.

Los grupos a los que se dirigía la higiene pública empañarían los románticos atardeceres y los paseos de las “familias decentes”. De esos itinerarios elegantes se excluyó a los sectores populares. A pesar de estas supresiones, las poblaciones vulnerables y su salvaguarda fueron invocadas para justificar la construcción de los parques. Una paradoja impregnó el desenvolvimiento del único que existió en la ciudad de Rosario hasta fines de los años 1930s.: un refugio para las elites inspirado en los padecimientos y la vulnerabilidad de las poblaciones populares.

El intendente Lamas conocía los debates de Rawson y Sarmiento, se distanció del político y el higienista, atendiendo, al mismo tiempo, a las necesidades de distinción de las elites. Suavizar la imagen mercantil y regular de la ciudad con variaciones y atractivos urbanos, era una de las misiones encomendadas al Parque de la Independencia.

El bosquejo de un parque en la confluencia de los dos principales bulevares de la ciudad fue presentado durante la intendencia de Alberto J. Paz, en 1897.²⁰⁵ La falta de apoyo del gobierno provincial impidió las expropiaciones, el proyecto quedó aprisionado en el papel.²⁰⁶ Muy poco tiempo después, las condiciones cambiaron debido a las conexiones de Lamas con las autoridades provinciales y los notables locales.²⁰⁷ En el perímetro que anunciaba al parque se instalarían dos instituciones relevantes. La Sociedad Rural fue la concesionaria de un predio ferial de exposiciones y el Jockey Club de un hipódromo de carreras. Lamas era miembro de ambas, hecho que narraba una posición aventajada y le habilitaba contactos influyentes.²⁰⁸

Los detalles sobre esas licencias se ocultaban. Una lección de higiene pública, en la que se hacía referencia a Rawson, opacaba los usos diferenciadores del espacio urbano. El discurso de Lamas permuta al parque de las atracciones y paseos elitistas por un espacio higiénico, encaminado a robustecer la salud del pueblo. Esas arboledas levantarían murallas verdes, que funcionarían como fortificaciones para enfrentar el

204 ALIATA, Fernando y SILVESTRI, Graciela *El paisaje como cifra de la armonía*, Nueva Visión, Buenos Aires, 2003.

205 *Memoria presentada al Honorable Concejo Deliberante por el Intendente Municipal Alberto J. Paz del 1º de julio 1896 al 30 de junio de 1897*, Ed. Solá y Uría, Rosario, 1897, p. XIII.

206 GLÜCK, Mario y COLANERI, Roxana “La construcción de una imagen de ciudad para Rosario a fines del siglo XIX y principios del siglo XX. El proyecto del Parque Independencia”, en *Anuario. Escuela de Historia*, núm. 17, Rosario, 1995-96.

207 Lamas fue intendente de Rosario entre 1898 y 1904, un período inusualmente prolongado. Su estabilidad puede atribuirse a su membresía de la Sociedad Rural de Rosario y del JCR (local e institucionalmente) y a la protección del gobernador Iturraspe (provincial y políticamente).

208 ET HCD 1900, f. 287.

avance estadístico de la mortalidad en las ciudades. El parque regeneraba la vitalidad de los ciudadanos, la vegetación purificadora y la extensión para juegos y ejercicios eran armas que apuntaban a revertir la mortalidad infantil. Precisamente porque los gastos no se agotaban en la contemplación estética, porque avanzaban sobre la cuestión sanitaria, las más abultadas inversiones en este rubro estaban justificadas. Lamas tomaba el ejemplo de las grandes metrópolis mundiales, las estadísticas de París, Londres, Nueva York y Berlín mostraban los beneficios que los parques prestaban a sus poblaciones.

Citando a los máximos exponentes del higienismo argentino, el intendente aseguró que los parques no debían responder a las necesidades de una elite ni olvidar las urgencias de los pobres.²⁰⁹ La situación urbana del Parque de la Independencia no evidenciaba preferencias zonales. Pero las relaciones sociales que configuran el espacio de la ciudad son más complejas que la geometría euclidiana, se resisten a la cárcel del plano y la memoria descriptiva.²¹⁰ El Parque de la Independencia aspiraba a la equidistancia urbana del *Central Park*. En el papel, los habitantes tendrían idénticas facilidades de acceso y la concurrencia ofrecería el espectáculo de una sociedad democrática y homogénea. La argumentación sobre la localización mostró cómo el término equidistancia se asimilaba a igualdad y el espacio urbano al espacio social. El parque era imaginado como un dispositivo comunitario, capaz de atenuar cualquier diferencia social, pero en los hechos, era incapaz de esas proezas teóricas, principalmente, debido a que sus virtudes naturales eran producto de relaciones sociales asimétricas.

Otros énfasis acompañaron al proyecto. El intendente percibió la amenaza que pesaba sobre la dignidad de una ciudad que poseía tan poca belleza como ornamentación. Desde la París hausmaniana, parques y bulevares eran símbolos inequívocos de prestigio y buen gusto. Para traducir a los códigos de la belleza su crecimiento económico, Rosario debía proporcionárselos.²¹¹

La ordenanza asignaba demasiadas funciones al parque, un solo espacio cumplía con tareas higiénicas, económicas, simbólicas y políticas. El Parque de la Independencia era el pulmón de la ciudad, la sede de algunas asociaciones y clubes, el paseo dilecto de las elites, el centro recreativo de la población y la obra modernizadora de la ciudad. “Plantaciones que purifiquen la atmósfera, [...] exposiciones periódicas de la producción ganadera, agrícola y fabril [...] ejercicios atléticos e hípicas [...] manifestación del progreso y [...] diversión de las sociedades modernas.”²¹² En esa superposición y multiplicidad, el sentido del parque se astillaba hasta perderse en una incógnita.

209 ET HCD 1900, f. 289.

210 DE CERTEAU, Michel *La invención de lo cotidiano. 1 Artes de Hacer*, Universidad Iberoamericana, México, 2000.

211 ET HCD 1900, ff. 290-291.

212 ET HCD 1900, f. 292.

La legislatura autorizó la expropiación a instancias del gobernador Iturraspe. No hubo dilaciones ni tramitaciones parlamentarias. Casi sin repercusiones, unos pocos propietarios advertidos de la inminencia de las expropiaciones ensayaron obtener una retasa especulativa.²¹³ Los terrenos reservados para el parque formaban una zona sin funciones urbanas, a la que se aludía como área de quintas o tierras baldías.²¹⁴ Sólo había contadas y pequeñas granjas que producían verduras, hortalizas y donde se apacentaban las ovejas.

El foso para un lago artificial se excavó en 1901 y con la tierra sobrante se formó una elevación que fue conocida como “La Montañita”. La traza curvada en las avenidas de acceso e interiores pretendía suavizar las escuadras del damero. Lamas acordó la instalación de la Sociedad Rural, el Jockey Club y el Veloz Club de Rosario. Estas instituciones civiles obtendrían un sitio para sus actividades y los vecinos, ocasionalmente, disfrutarían de las edificaciones. A cambio de su usufructo, el municipio obligaba a las asociaciones concesionarias a acondicionar y mantener los terrenos.²¹⁵ “Las instalaciones [...] en el Parque de la Independencia han de contribuir poderosamente a dar vida y animación a aquel gran paseo.”²¹⁶ El gobierno local no disponía de recursos suficientes para cuidar de extensos espacios libres, ni podía permitirse la construcción de atracciones u ornamentaciones significativas sobre ellos. Como resultado de estas circunstancias, las concesiones convinieron tanto a las asociaciones como al gobierno local. Las primeras se beneficiaron con los terrenos para sus sedes deportivo-sociales y el municipio consiguió sostener un espacio público-privado con bajas erogaciones.

Los usos sociales del parque delataban preferencias por la distinción y figuración de las elites. Ocuparon un segundo lugar la higiene, la salud y el deporte popular, una adecuación del espacio a las representaciones conspiró contra la consagración de una imagen monolítica del parque. Esa falta de homogeneidad emergía incisiva en las siluetas de las “casas de campo”. Hasta los años 1930, esas propiedades persistieron en zonas reservadas a las ampliaciones del parque.²¹⁷ En las tribunas oficiales y el *padock* del hipódromo pudo verse a hombres de negocios y encumbrados políticos. Mientras los caballos se colocaban en las gateras, afuera del hipódromo las ovejas balaban y recorrían los terrenos aledaños. La zona quintera preexistente hacía que la domesticación del campo por la ciudad adquiriese un realismo acaso inconveniente y

213 *Demanda y alegato presentada por el Dr. J. A. Olguín*, s/d, 1905.

214 ET HCD 1900, f. 292.

215 Hasta pocos años antes de la creación del Parque Independencia y el vivero municipal, la mayoría de los espacios públicos eran mantenidos por particulares. Se les otorgaban la concesión a cambio de la habilitación de alguna explotación crematística o del pago de una renta. DMR 1890-1891, pp. 386-462.

216 ET HCD octubre-diciembre 1901, f. 121.

217 *La Capital* 4/X/1930.

un poco exagerado.²¹⁸ Esas propiedades, enclavadas en medio de lo que se suponía era un espacio público, hicieron visibles una vez más los límites del municipio para crear y mantener un parque central de grandes dimensiones en Rosario.

Monumentos y estadios

El parque activó y difundió dos relaciones sociales, una nacional y otra deportiva. Primero, el espacio verde se tradujo al idioma del espacio cívico-patriótico. Desde 1905, se pensó esparcir estatuas con motivos nacionales, el pulmón de la ciudad era parte del proyecto de una pedagogía de la escultórica.²¹⁹ Al aproximarse el centenario, los arrestos patrióticos y festivos se multiplicaron, el parque fue el escenario de la detonación de fuegos artificiales y bombas en distintas conmemoraciones.²²⁰

Pero la simbología patriótica de los primeros monumentos no fue del todo evidente. En la ciudad, la afirmación de la identidad nacional no ganó mucho terreno hasta el centenario, el cosmopolitismo vernáculo se resistió a admitirla. Al anunciarse que la Comisión del Centenario financiaría monumentos nacionales en toda la República, el municipio de Rosario sopesó innecesario recurrir a las colectividades extranjeras para constelarlos. El Estado central promovió la primera nacionalización de los paseos de la ciudad fenicia. En honor al Te-Deum del centenario, se diseñó un monolito que reconoció variados emplazamientos a lo largo de los años.²²¹ Dos décadas después, las relaciones que animaban estas construcciones se materializaron. En zonas reservadas a estos hitos urbanos, como la convergencia del ancho bulevar Oroño y las diversas fracciones del parque, a medio camino de Pellegrini y 27 de Febrero, se colocó una estatua ecuestre de Manuel Belgrano (1928) que fue sindicada como la de mejor localizada de la ciudad.²²²

Luego de los acontecimientos de 1919, la Liga Patriótica utilizó el parque con fines nacionalizantes. El peligro de la revuelta y las *ideas disolventes* activaron las fibras nacionales, la Liga convocó a los festejos de la independencia en el parque homónimo. Los escolares juraron la bandera en la Sociedad Rural y, por última vez, J. B. Arrospegaray movilizó a los Batallones Escolares al son de *Patria y Orden*.²²³ A pesar de la designación del parque, la nacionalización del verde avanzó más lentamente de lo esperado.

218 Muchos parques inicialmente acogieron casas campestres. Ver la descripción de Tietgarten en Walter Benjamin. "Un pilluelo Berlínés", en *Berlín Demónico. Relatos Radiofónicos*, Icaria, Barcelona, 1987, pp. 24-25.

219 ROJAS, Ricardo *La restauración...*, cit.

220 DMR, 1908-1909-1910, p. 45.

221 ET HCD octubre de 1913, ff. 592-596.

222 GARCÍA ORTÚZAR, Raquel *Bulevard Oroño y el Parque Independencia. Rosario Historias de Aquí a la vuelta*, núm. 10, 1991.

223 ET HCD junio-septiembre 1919, f. 34.

La educación física también se instaló en el predio. El inspector escolar, Luis Calderón, solicitó la adjudicación de un sector del Parque "...para imponer metódicamente la enseñanza de la educación física."²²⁴ Desde 1907, los niños escolarizados serían los destinatarios de estas actividades, los oficios de Romero Brest ganaban consenso en la Argentina. Los parques fueron adaptados al desarrollo de la cultura física, vinculada al aire libre y la naturaleza. Hasta la construcción del *Stadium Municipal*, al promediar la década de 1920, sin embargo, las prácticas para robustecer los cuerpos y la educación de los sentidos no fueron sistemáticamente patrocinadas por los poderes públicos. En este campo cosecharon mayores éxitos las asociaciones privadas, sus directores pujaron por obtener diversas concesiones en el Parque de la Independencia. El Club Argentinos, conocido desde 1914 como Gimnasia y Esgrima, cursó su solicitud en 1904.²²⁵ Retóricamente la comunicación era endeble, pero más sólidos se mostraron los vínculos del club con el intendente Santiago Pinasco y algunos miembros del Concejo Deliberante, los deseos de la asociación obtuvieron el favor de la Comisión de Gobierno de este organismo.²²⁶ El fomento de la esgrima y el automovilismo delataban la vecindad del Club Argentino con grupos de profesionales y comerciantes en ascenso.²²⁷ Era una evidencia más respecto al perfil social de las instituciones que poblaron inicialmente el parque y de las necesidades de colaboración del municipio para lograr un acondicionamiento aceptable de la zona.

El Club Atlético Provincial (en adelante, CAP) pidió un terreno "...para establecer una cancha de juegos atléticos." La petición de 1906 invocaba el número de socios y la participación del club en la Copa Pinasco, un certamen organizado desde 1905 por la Liga Rosarina de Fútbol (en adelante, LRF). Los redactores de la misiva aludían a la abundancia de espacios descuidados y libres en el parque, declarando querer repararlos y mantenerlos.²²⁸ Dos años más tarde, la concesión se hizo efectiva y el acontecimiento ameritó un partido amistoso de fútbol entre Newell's Old Boys (en adelante, NOB) y CAP.²²⁹

El ocasional rival de CAP, cursó dos peticiones análogas. En 1907, NOB demandó una donación por haber trabajado con ahínco en la educación de la juventud rosarina y haber alcanzado puestos de privilegio en la Copa Pinasco. Además, necesitaba un *field* reglamentario con tribunas para participar de la Copa Competencia del Río de la Plata. NOB se haría cargo de la nivelación del suelo, la plantación de árboles, la construcción de casillas y la instalación del alumbrado.²³⁰ El municipio no sobreesti-

224 ET HCD junio- diciembre 1906, f. 45.

225 En 1904 se fusionaron el Club Atlético Argentino y el Estudiantes Foot-ball Club.

226 ET HCD octubre-diciembre 1904, f. 117.

227 Debo este señalamiento a Javier Chapo, que estudia la revista del Club Gimnasia y Esgrima.

228 ET HCD enero-junio 1906, f. 256.

229 *La Capital* 16/III/1908.

230 ET HCD enero-junio 1908, ff. 62-63.

mó esas promesas, el sitio escogido por NOB estaba inmediato al *field* del Club Argentino, ceder ese espacio presuponía enclavar en el parque una especie de cadena de clubes. Los funcionarios tenían una idea algo diferente, pensaban distribuir los clubes deportivos a cierta distancia, con la intención de no saturar el paisaje de instalaciones que no siempre procuraban un deleite visual, además, NOB poseía un *field* en Barrio Vila. Amparándose en esos argumentos, la donación le fue denegada.

Pocos días antes del centenario, se refinaron los conceptos de la institución deportiva. Los asociados de NOB manifestaron conocer la disponibilidad de terrenos en el Parque de la Independencia, aunque no revelaron su fuente, el dato era certero. Para ellos, el fútbol no era sólo "...un deporte atrayente, sino también un educador físico y moral de la juventud."²³¹ Además, era un espectáculo que podía adoptar un tono popular y familiar los días feriados y domingos. NOB se comprometía a conceder una fracción de los terrenos para el uso regular de las escuelas fiscales. Como puede observarse, la petición sustituyó el eje, el lugar de las competencias futbolísticas elitistas fue ocupado por la formación física y moral del ciudadano y las sanas atracciones familiares.

NOB no era un club popular, pero la cultura física, como "ideal reparador de las fuerzas humanas", constituía una figura retórica capaz de legitimar al deporte y la localización de los estadios de los clubes en terrenos públicos. La difusión de la educación física pasaba del Estado a los clubes. El sentido que se le atribuyó a estas prácticas le permitió a NOB construir un campo de juego en el Parque de la Independencia, levantar un estadio y alambrar una cancha auxiliar, que casi nunca cedió a las escuelas fiscales.

Otras asociaciones futbolísticas solicitaron, con suertes bastante dispares, asilo en el Parque de la Independencia, entre ellas se contaron Estudiantes *Foot-ball* Club, Club Atlético Belgrano y Club Sportivo de Rosario. Estudiantes se presentó ante las autoridades en plena crisis económica, durante el año 1916, las arcas municipales estaban exhaustas, el mantenimiento del parque era penoso y no figuraba entre las prioridades del gobierno local. Con beneplácito recibió el municipio los pedidos de concesión, cuyo objetivo era "...propender al desarrollo de ejercicios físicos, factores fundamentales para el desarrollo de la juventud..."²³²

En 1921, el Club Atlético Belgrano solicitó la concesión a "título precario" de los terrenos "sobrantes" del parque. Estaba dispuesto a formar una cancha de fútbol y otra de *lawn-tennis*, ambas con usufructo a favor de las escuelas fiscales. Los directivos aseguraron que mantendrían el orden, la limpieza y la estética del lugar y que alejarían a los niños de la calle. Sólo se rehusaron a asumir los gastos de desmalezamiento y nivelación de los terrenos.²³³

231 ET HCD agosto-septiembre 1910, ff. 111-112.

232 ET HD noviembre 1916, f. 147.

233 ET HCD octubre 1921, f. 386.

Pese a la meditada elaboración de la misiva, la estrategia argumental resultó más precisa que sus efectos. Los vínculos de Belgrano con el municipio eran menos contundentes que los de NOB; baste indicar que en 1922 el intendente era Carlos Newell. También, contribuyeron a la negativa la súbita recuperación del tesoro municipal y la construcción del *Stadium* Municipal. El parque seguía mal conservado y poseía superficie remanente para otro estadio, pero los gastos de preparación del suelo debían ser pagados por los concesionarios y no por el municipio. Esto casi formaba parte de una tradición tácita y eficaz: el gobierno local se rehusaba a otorgar más ventajas a los clubes deportivos.

Al año siguiente, el Club Sportivo recibió una respuesta idéntica. Las autoridades comenzaron a preocuparse por el avance de las instituciones privadas, básicamente clubes deportivos, sobre el espacio público del parque. Se confirmó a través de la Dirección de Parques y Paseos la inexistencia de terrenos vacantes para ejercicios físicos, según las estimaciones presentadas, el 75% del parque estaba en manos de diversas instituciones, la cuarta parte de ellas eran clubes exclusivamente dedicados al cultivo del fútbol.²³⁴

Algo había cambiado entre la primera y la segunda década del siglo XX. El parque abandonó su disponibilidad para ser mejorado a manos de los clubes deportivos. Otras agencias sociales requerían su uso y las autoridades reservaron algunas superficies para ellas.

Diseño de atracciones

En la convergencia de los bulevares Argentino y Santafesino (los dos más importantes de la ciudad), hacia 1899, se proyectó un Jardín Zoológico. Todo el perímetro se alambraría y el ingreso estaría enrejado. Con la finalidad de atraer a un público numeroso, el municipio adquiriría una colección de animales propios de latitudes lejanas. Dos años después, este proyecto se incorporó al diseño del Parque de la Independencia.²³⁵

Las dificultades del zoológico fueron múltiples. Para empezar, acondicionar el terreno, conseguir a los animales y luego su alimento resultaron cuestiones difíciles. Los proveedores tuvieron dificultades con los pagos,²³⁶ el municipio no contribuía al mantenimiento de las instalaciones supuestamente destinadas a educar mediante la contemplación de especies exóticas. Las pocas ornamentaciones y la ruinoso alambrada deslucían el conjunto y, en vísperas del centenario, esa precariedad comprometía la imagen de la ciudad. El intendente clausuró sumariamente el zoológico y sugirió reconstruirlo en el extremo suroeste del parque.²³⁷

234 ET HCD diciembre 1923, t. 2, f. 474.

235 ET HCD 1899, t. 2, ff. 407-408

236 ET HCD enero-junio 1906, f. 156; ET HCD enero-mayo 1907, ff. 38-39; ET HCD septiembre 1913, s/f.;

ET HCD octubre 1916, t. 2, f. 347; ET HCD noviembre 1916, f. 57.

237 ET HCD noviembre-diciembre 1908, ff. 224-226.

El nuevo emplazamiento era amplio y de diseño paisajístico, se implantarían jaulas para animales, avenidas con perspectiva al lago y grandes arboledas.²³⁸ Esas fórmulas apuntaban al embellecimiento, permitiendo "...apreciar los especímenes y las obras simétricas de jardinería que están sobre las avenidas."²³⁹ Pero la obra no se llevó a cabo. A poco del centenario, el zoológico debía realzar la estética de la ciudad, era necesario evitar a cualquier precio que se convirtiera en un desagradable depósito de animales. En caso contrario convenía abstenerse de producir esas edificaciones. La ornamentación y la estética dominaban a la función de los espacios libres, la ciudad era toda ella una figuración.

En 1912, el Círculo de Prensa proyectó un Jardín para la Infancia. La intendencia lo declaró apto para evitar la mortalidad infantil y sustraer a los niños de las calles.²⁴⁰ Ideas higiénicas fueron incluidas en la propuesta: desarticulación de la rutina, gasto de energías y educación física y moral del niño. Al mismo tiempo, se emplearon metáforas estético-morales que oponían la naturaleza al materialismo y la ambición propios de los medios urbanos.²⁴¹

El Departamento de Obras Públicas Municipal (en adelante, DOPM) dibujó al Jardín de Niños cerca de la Montañita. En el interior se previeron canchas de *foot-ball*, bochas, *lawn-tennis* y cricket, gimnasio, pileta, carruseles, hamacas, trapecios, barras paralelas, etc.²⁴² El objetivo de la pileta era "...a la vez que la higiene, el ejercicio y el desarrollo del músculo y al mismo tiempo un atractivo más para los chicos."²⁴³ Charles Thays fue convocado como asesor técnico,²⁴⁴ sus planos originales quedaron un poco desmerecidos al ser adaptados a las posibilidades materiales del municipio.²⁴⁵ No se mantuvo a raya al pie humano, los jardines pudieron ser transitados, en este caso el uso dominaba a la contemplación del paisaje. El paseo "...proporcionaba a los niños de un local donde pudieran entregarse a todas las expansiones propias de su edad, desarrollando el organismo por medios saludables..."²⁴⁶

Bajo la intendencia de Oscar Mayer, promediando el mes de mayo de 1915, se produjo la inauguración de ese jardín para la infancia.²⁴⁷ La ejecución fue dilatada debido a sus elevados costos y las dificultades financieras por las que atravesaba el municipio. En septiembre de 1915, comenzó a cobrarse una pequeña entrada para pagar

238 ET HCD noviembre-diciembre 1908, f. 226.

239 ET HCD noviembre-diciembre 1908, f. 226.

240 ET HCD diciembre 1912, t. 2, f. 81.

241 ET HCD diciembre 1912, t. 2, f. 84.

242 ET HCD diciembre 1912, t. 2, f. 83.

243 ET HCD diciembre 1912, t. 2, f. 97.

244 ET HCD diciembre 1912, t. 2, f. 97.

245 ET HCD noviembre 1913, f. 548.

246 ET HCD diciembre 1912, t.2, f. 99.

247 ET HCD mayo 1915, s/f.

el mantenimiento y la vigilancia del predio. El excedente de lo recaudado formaría un fondo para el mejoramiento de los jardines y la adquisición de nuevas atracciones.²⁴⁸

Anticipándose a la construcción del *Stadium* Municipal, el intendente Ferrera quiso transformar el jardín en plaza para ejercicios físicos, pero sus esfuerzos se desvanecieron en un territorio delimitado por la imposibilidad y la ineficacia. Hacia 1918, fue restituida la gratuidad del ingreso, esta disposición se revocó tres años después para evitar el acceso de "...patotas de muchachos mal entretenidos". Estos jóvenes "...molestan con inconveniencias de palabra y acción a las niñeras y mucamas que acompañan a los menores."²⁴⁹ No hubo motivos económicos en las restricciones, esta vez, las consideraciones fueron de índole moral. La estética del jardín podía afrontar el desarrollo de la cultura física, pero las autoridades no permitieron el desafío que significaba la *incultura*, tema al que se consagra el último capítulo.

Indiciaria de la difusión

Las atracciones del paseo surtieron efecto y el parque convocó multitudes. Airadas protestas entre los habitantes de los suburbios suscitó el difícil acceso al jardín público. Desde los años 1920s. fue indisimulable la separación del parque y la residencia de los sectores populares, que no se resignaron a la distancia y presentaron dos tipos de demandas. Una orientada a la creación de recreos barriales²⁵⁰ y la otra dirigida a mejorar el transporte con rumbo al parque.²⁵¹

Hasta entonces, los usos populares del parque no eran frecuentes. Los declarados beneficios higiénicos para las poblaciones vulnerables quedaron apresados tan sólo en los efectos del discurso. Casi en simultáneo con el Jardín de Niños se iniciaron otras obras, a las orillas del lago se construyó una columnata de capiteles corintios. Este nuevo ornamento enfrentó a un, también, flamante jardín, denominado Rosedal que incluyó varios parterres y figuras artísticas, dos *solariums*, una montañita coronada por un kiosco, dos pérgolas, un lago artificial y un espejo de agua adornado con esculturas y bancos decorativos de posible linaje neoclásico. Desde su creación en 1915 hasta el derribo de su alambrada en 1932, el acceso a ese paseo fue restringido, habitualmente se cobraba entrada y se escogía a algunos de entre los postulantes a ingresar.

El rosedal sumaba una perspectiva romántica y paisajística al parque, sus ajardinamientos eran motivo de contemplación y se resistían al tránsito de los sectores populares. Para recorrerlo, se empleaban los caminos interiores, bordeando el césped y las plantaciones. Fueron el peristilo a orillas del lago y el rosedal ubicado a sus espaldas dos motivos consagrados por la fotografía y la contemplación panorámica.

248 ET HCD junio-agosto 1916, f. 89.

249 ET HCD abril 1922, f. 52.

250 ET HCD julio 1921, t. 1, f. 315.

251 ET HCD marzo 1924, t. 2, 553.

La construcción y decoración de kioscos fotográficos, donde podía obtenerse un recuerdo de la estancia en el parque, fue vigilada. Esos módulos no debían interferir con el estilo del paseo, la intendencia recomendó mantener la coherencia y uniformidad estilística. El objetivo era evitar "...una mezcla criticable, en todo sentido, si se tiene en cuenta la opinión de los grandes paisajistas..."²⁵² Seguramente la referencia era a Thays de quien, por motivos económicos, se habían desguazado varios proyectos. Otros kioscos se consagraron a la ejecución de música, preferentemente de cámara, que contribuía a la distracción y a amenizar los paseos de las elites. De esos conciertos debía extirparse cualquier vestigio de presencia popular.²⁵³

Los jueves y los domingos las pasarelas del parque eran transitadas por pretenciosos coches, quienes los ocuparon no consintieron la popularización del recreo.²⁵⁴ Pero, a largo plazo, la deconstrucción de esa estética de la distinción resultó inevitable. El hipódromo y los clubes deportivos desbrozaron el camino de una difusión social que hacia mediados de los años 1920s. resultó prácticamente irreversible. Cuando los estadios fueron ocupados por un público popular, la ampliación de usos y usuarios del parque no pudo contenerse.

El estado del parque adquirió una nueva importancia en los años 1920s., paralelamente comenzó a cuestionarse la instalación de clubes deportivos en sus terrenos. La prensa subrayaba la falta de cuidados y de los servicios más indispensables.²⁵⁵ La montañita estaba consumida "...como un frágil merengue", el lago lleno de "...malolientes aguas estancadas", el jardín de niños poblado por "...robustas niñeras accesibles al piropro fugaz y el idilio de ocasión." El parque parecía no recompensar a quien buscara "...un halago para la vista y los pulmones."²⁵⁶ La falta de cuidado, de vigilancia y aseo lo había transformado en un lugar desagradable. Conveniente y artísticamente ajardinado, el rosedal constituía la excepción de ese cuadro decadente.²⁵⁷

Allí se instaló un kiosco y una caja acústica, donde desde 1926, la banda de policía brindó conciertos periódicos. Al presentarse el proyecto que establecía la regularidad de esos recitales, los concejales Casiello y Casas discutieron sobre la conveniencia de esa nueva atracción. El argumento de Casas evidencia las reservas de una elite disgustada por la ampliación de los usos de los espacios de distinción. Casiello, por su parte, quería extender el disfrute del paseo y de los espectáculos a más concurrentes,

252 ET HCD enero-abril 1917, f. 258.

253 Mese meses después, la Asociación "El Círculo" inició los trabajos para colocar un busto de Beethoven. ET HCD octubre 1916, t. 1, f. 535. Sobre el círculo ver: FERNÁNDEZ, Sandra *La revista "El círculo" o el arte de papel. Una experiencia editorial en la Argentina del Centenario*, Editum, Murcia, 2010.

254 ET HCD enero-junio 1906, f. 108.

255 *La Capital* 14/VIII/1920.

256 *La Capital* 28/VIII/1920.

257 Los intentos de ampliación y ensanche del parque esperaron a la década siguiente. ET HCD abril 1929, f. 790. En los años 1920s., sólo se rediseñaron algunas avenidas interiores y se plantaron palmeras. ET HCD noviembre 1923, f. 272

sin priorizar la conservación de los jardines ni de los privilegios sociales de sus asistentes. La tensión originaria y larvada entre la estética y la funcionalidad del parque estalló a partir de la introducción de nuevos públicos dispuestos a acudir al llamado de sus atracciones.

Casas: “No me parece lugar apropiado para colocar la caja acústica ni el kiosco, porque su funcionamiento atraería *cierto tipo de gente y destrozarían los jardines.*”

Casiello: “La razón principal para aprobar este despacho es que se trata del lugar obligado de *paseo para toda la sociedad*, especialmente en verano.”²⁵⁸

Dos años después, *La Capital* denunciaba la presencia de vendedores ambulantes en el parque, hombres que mancillaban el sentido espiritual del paseo. Los cronistas se refirieron al comercio móvil como un espectáculo antihigiénico, antiestético e inculto que dañaba las perspectivas bucólicas. Como términos excluyentes se propusieron el Parque y un mercado improvisado o artesanal. La contemplación de la naturaleza debía prescindir del consumo espontáneo, pero las masas deseaban mercancías baratas y sencillas para acompañar sus recorridos y paseos.

El trayecto de los ómnibus de excursión acusó la popularidad del parque. Uno de los itinerarios unía el norte y el sur de la ciudad, sus hitos eran la plaza de Mayo, el Parque de la Independencia y el barrio Roque Sáenz Peña (Saladillo). Hacia el norte, atravesaba los barrios Alberdi y “La Florida”; el otro se dirigía al oeste, hasta alcanzar al barrio Fisherton. En el centro de ambas travesías se ubicaba insoslayable y seductor el Parque de la Independencia.²⁵⁹

La Capital se lamentaba del “mal uso” del parque a comienzos de 1930. Pic-nics populares dejaban en “condiciones lamentables” los ajardinamientos y la higiene del paseo. En algunos casos, se describió la realización de verdaderos “asados al aire libre”, con el fuego directamente apoyado sobre el césped. Una vez culminada la reunión, los desperdicios que incluían paquetes vacíos, papeles abollados, cenizas y huesos a medio roer se esparcían entre manchas negras.²⁶⁰

Los trabajos de ampliación del Parque y la pavimentación de sus avenidas internas comenzaron con la crisis de 1930.²⁶¹ El ensanche de la zona aledaña al cementerio San Salvador²⁶² y la del viejo Cementerio de Disidentes²⁶³ estaban en pésimas

258 DS HCD 26/XI/1925, p. 702. Énfasis añadido.

259 ET HCD julio-agosto 1928, f. 2320.

260 *La Capital* 4/I/1930.

261 ET HCD 16/IV/1932, f. 4348. La ordenanza inicial para la pavimentación de las Av. del Parque Independencia fue en 1926 y DS HCD 08/XI/1927, p. 626.

262 ET HCD enero-marzo 1932, f. 72.

263 ET HCD enero-marzo 1932, f. 716.

condiciones.²⁶⁴ La falta de paseantes regulares permitió la usurpación del espacio por “quienes no debían estar allí”. Primero, llegaron animales que estropearon los jardines y luego los hombres que la crisis expulsó del mercado de trabajo y de sus viviendas alquiladas. Varios campamentos de desocupados fueron levantados en el parque. El mayor de ellos se ubicó en el Bosque de los Eucaliptus, detrás del Rosedal y en las inmediaciones del club Gimnasia y Esgrima. Los desocupados hallaban cobijo en el vergel de las elites, los niños abrazaban la mendicidad callejera, precipitándose fuera de las normas. La alarma y la indignación enmarcaron los comentarios: “...el verdadero *asalto* que los desocupados y mendigos han hecho de los paseos públicos, *nos* impide ya concurrir a ningún lado.”²⁶⁵ Frente a la proliferación de mendigos, las elites se sintieron obligadas a recluirse en la seguridad de la esfera privada, en el mundo interior. Los paseos públicos no podían ser reducto para el comercio ni la mendicidad, si en las calles céntricas la presencia de mendigos era molesta, en los parques era inadmisiblemente. Cubiertos de harapos, los miserables malograban la perspectiva bucólica. Debían “extirparse” esas siluetas informes de la ventana paisajística para evitar disonancias en la contemplación.

Los sectores populares, sin embargo, fueron ganando el verde bajo otras formas, guiados por otras prácticas. En los espacios públicos, su caminar fue normalizado por la pasividad y sumisión de quienes transitaban lugares extraños. Fueron compelidos a acatar el código de decoro impuesto por los grupos dominantes, en caso contrario podían ser expulsados del espacio público.

Denegar nuevas concesiones a clubes deportivos era la medida adoptada por el municipio para revertir el proceso de ampliación de los usos del parque. De ese movimiento formó parte la inconclusa relocalización del hipódromo del JCR.²⁶⁶ La popularización de las carreras ecuestres fue ocultada, después del centenario, una descripción de la asistencia se afanó en borrar los perfiles subalternos que se dibujaban sobre los bordes de las competencias hípicas.

“...el sportsman está llamado a ser el *hombre más culto y más correcto* de la época y en el Rosario se tienen buen cuidado de subordinarlo todo a la consagración social del espectáculo [...] No he visto en el palco ni en sus alrededores las *caras duras* y las *fachas torcidas* y los *conjuntos ignominiosos* que personifican ciertas reuniones donde el juego ahoga el sport.”²⁶⁷

264 DS HCD 25/04/1930, p. 280; ET HCD julio-agosto 1932, f. 4349.

265 *La Capital* 29/XII/1933.

266 MIDDLETON, G. A. *Proyecto de hipódromo y barrio del turf en Fisherton: terreno de la sucesión de Arocena ofrecido al Jockey Club de Rosario*, Editorial Fenner, Rosario, 1922. En 1936, el club prefirió construir en los terrenos una extensa cancha de golf.

267 *El Campo y El Sport*, núm. 1120, 15/VII/1910, p. 350.

La representación de la alta sociedad se oponía a las “fachas” de los excluidos,²⁶⁸ los atuendos y caras conocidas rechazaban a los “conjuntos ignominiosos”. El juego aristocrático movido por el placer procuraba diferenciarse de aquel que era económicamente inducido. La descripción de *El Campo y el Sport* se concentra en el palco y las inmediaciones, renunciando a una perspectiva más ancha y menos homogénea. El enfoque difumina los bordes, corriendo de escena lo que pronto comenzará a dominarla. En las tribunas populares, los aficionados no alentaban a sus caballos, antes se interesaban por las apuestas, por la “fija” que algún “entendido” les había “batido”. Un proceso análogo envolvió a los estadios futbolísticos, que estaban distribuidos a pocos metros de los hipódromos.

Los impedimentos a nuevas concesiones deportivas no fueron anteriores a 1922. El municipio no desconoció el rol de los clubes en la forja y el mantenimiento del paseo, pero creyó necesario complementarlo con otras atracciones. Cuando los espectáculos deportivos cautivaron el interés popular fue demasiado tarde, los clubes poseían instalaciones firmes en el parque. La Carta Orgánica Municipal dispuso no renovar las concesiones después de 1933. Y aunque la vigencia de esta normativa fue breve, de cualquier forma la producción de desalojos hubiera sido demasiado conflictiva y prácticamente improbable. El hechizo se había consumado sobre las masas y no había autoridad política capaz de desbaratarlo.

Los dispositivos paisajísticos, arquitectónicos, asociativos y decorativos materializaban las prácticas y los gustos de la élite. Precisamente, estos atractivos guiaron los pasos de las multitudes hacia el verde. La diversificación del sistema de transporte y el incremento del tiempo libre de los sectores populares coincide con el desmantelamiento de las restricciones de acceso al Jardín de Niños y el Rosedal.²⁶⁹

Entre 1920 y 1932, las primeras y más definidas trazas de distinción fueron desapareciendo del parque. Quedaron desmantelados los sitios exclusivos y excluyentes y sus límites visibles e invisibles fueron flexibilizados. Los hábitos populares disputaron la pulseada. En busca de ocios más retirados y selectos, las elites cedieron el terreno, a largo plazo, entregaron el parque que habían inventado para satisfacer su propia imagen a las multitudes subalternas. Pero, para entonces, ni unos ni otros estaban interesados en la higiene y el verde vivificante del parque.

Un ejemplo de este decurso se observa en las instalaciones del Rosedal, que desde 1932 fueron abiertas al gran público.

“Habiéndose suprimido los tejidos de alambre, procurando el libre acceso al público a ese paseo el mingitorio, que no es subterráneo

268 LOSADA, Leandro *La alta sociedad en la Buenos Aires de la Belle Époque*, Siglo Veintiuno Editora Iberoamericana, Buenos Aires, 2008.

269 ROLDÁN, Diego P. “Electrificar, ampliar, municipalizar: tranvías y ómnibus (1905-1932)”, en *Historia del Transporte de Rosario*, Editorial Municipal, Rosario, 2011.

por tratarse de una construcción antigua [destinadas a las elites], se encuentra a la vista de todos los concurrentes y la falta de cultura y cuidado de quienes lo utilizan, da lugar a la contemplación de actos indecorosos e inmorales. Deben impedirse esos malos espectáculos [...] construyéndose una empalizada de ligustro.²⁷⁰

Ese proceso de masificación fue coronado con las carreras organizadas por el Automóvil Club Argentino, en 1936, 1937 y 1938. Las avenidas interiores del parque se poblaron de multitudes interesadas en la contemplación del veloz paso de las máquinas.²⁷¹ Del mismo impulso participaron la reconstrucción de un zoológico,²⁷² un palomar²⁷³ y el malogrado intento de transformar una fracción del lago artificial en una amplia pileta de natación.²⁷⁴ El Jardín Francés de 1938 fue la última ampliación del Parque de la Independencia y muestra en sus formas la agonía de las ornamentaciones vegetales, las fuentes y las esculturas neoclásicas. Después, los parques de atracciones mecánicas se multiplicaron, destacándose el Hollywood Park en 1941 y 1942. Los vaporosos y románticos paisajes preparaban su hundimiento en las fuentes que engendraron y engendró el peronismo. Desde entonces fue imposible atribuir nombres y usos exclusivos al viejo Parque de la Independencia.

270 ET HCD enero-marzo 1932, f. 620.

271 El circuito interior del Parque Independencia no sólo fue usado para mejorar la accesibilidad del paseo. En 1936, el Automóvil Club Argentina lanzó la primera competencia automovilística por esas calles. Al año siguiente, se reeditó la competencia. Con el estallido de la II Guerra, las carreras fueron discontinuadas. Decretos y Resoluciones de Intendencia (en adelante DRI) 21 de junio y 18 de septiembre, 1937, t. III, ff. 1798-1799.

272 *La Capital* 28/III/1937.

273 DRI 27 de abril a 22 de junio 1936, f. 1275.

274 *La Capital* 2/IV/1937.

CAPÍTULO V

El verde en plural

El Parque de la Independencia fue el espacio verde más relevante de la ciudad, hasta 1940 no tuvo competidores de envergadura. Entretanto, el municipio promovió pequeños espacios libres en otras áreas, a los que designó como plazas. Esa muy relativa y acaso tenue descentralización de los paseos fue una compensación que, durante algún tiempo, consiguió mantener alejados del parque central a los sectores populares. No hubo perspectivas de obras importantes hasta 1935, cuando el Senado Provincial, antes de la intervención nacional de la provincia, sancionó la Ley de Parques, que destinaba 10 millones de pesos a esas obras en el territorio santafesino. La sexta parte de los fondos correspondía a Rosario. Al ejecutarse algunas de las construcciones previstas, el Parque Independencia abandonó su soledad y halló nuevos contrincantes. La oferta de espacios libres en Rosario se multiplicó: Parque Balneario Ludueña (luego denominado Parque Alem), Parque Norte, Parque Belgrano, Balneario Municipal “El Saladillo” y Balneario Municipal “La Florida”. El verde encontró alternativas amplias y confortables, de hecho cada vez fue más difícil calificar a la ciudad de “fenicia” o, al menos, de “carente de atractivos”. Nuevos brotes emergieron del cemento, fueron los hijos de una renegociación de las energías sociales y las políticas locales. Desde su inauguración pública, el perfil de esos espacios fue marcadamente popular. Las ideas de higiene, de ejercicio y ocio, legitimadoras de las distinciones pautadas por el Parque de la Independencia, fueron amplificadas hasta configurar un régimen de prácticas. El paisaje urbanizado fue invadido por las prácticas subalternas que desbarataron las reglas y las funciones imaginadas por la dominación.

Sería muy cómodo y conveniente iniciar el recorrido desde ese punto. Pero una operación semejante ocultaría demasiadas relaciones y posibilidades, alternativas y proyectos truncos que condicionaron-habilitaron la gramática social y la construcción material del *verde en plural*, una modesta paráfrasis a un título de Michel de Certeau.²⁷⁵ Desde esta perspectiva, el desenlace producido en las intermediaciones de 1940 no resulta demasiado interesante, todos más o menos lo conocemos o en su defecto lo suponemos. En cambio, estas páginas prefieren reconstruir la cadena invisible de hechos insignificantes que con paciencia y discreción lo hicieron posible.

Plazas

En el último cuarto del siglo XIX, las plazas fructificaron junto a la urbanización de Rosario. El imaginario urbano de la ciudad siempre lamentó la escasez e insuficiencia

275 DE CERTEAU, Michel *La cultura en plural*, Nueva Visión, Buenos Aires, 1999.

de los espacios verdes en general. El centro religioso y burocrático de la ciudad fue señalado por las plazas 25 de Mayo y San Martín, que además cumplieron con dos funciones adicionales. La primera fue estética y se caracterizó por la plantación de especies ornamentales, el trazado de parterres redondeados y la ubicación de fuentes artísticas y escultóricas. La segunda fue representativa y consistió en la demarcación del área central y la ambientación de los complejos cívico-monumentales.

A la Plaza Belgrano se le destinó un futuro Monumento a la Bandera, completado recién cinco décadas después.²⁷⁶ En 1909 se elevó otro de Sarmiento en la conjunción de las plazas Urquiza e Iriondo. Poco tiempo después, ambas plazas se unieron y pasaron a llamarse Plaza Sarmiento.²⁷⁷ Dentro de la plaza San Martín se colocó una estatua ecuestre réplica de otra ubicada en Boulogne Sur Mer.²⁷⁸ Después de 1910, las plazas fueron nacionalizadas y escenificaron manifestaciones, como la organizada por la Liga Patriótica el 12 de octubre de 1919, que había sido declarado el Día de la Raza en 1917.²⁷⁹

Vecinales y periódicos reclamaron por el ajardinamiento de las plazas Sarmiento, Buratovich y las ubicadas en los barrios Belgrano, Alberdi, Sáenz Peña, “La Florida”, etc. Las solicitudes crecieron entre 1910 y 1929 y declinaron suavemente en la década siguiente. Con la irradiación de la urbanización perdieron vigor los pedidos de veredas, bancos, iluminación eléctrica, árboles, flores, etc. La belleza no fue la preocupación central de los habitantes de los suburbios, quienes preferían concentrarse en cuestiones más urgentes. Los servicios públicos absorbieron las energías de las asociaciones vecinales a partir de los años 1930s. En el imaginario suburbano, las plazas desestimaron la delicadeza y abrazaron cierto pragmatismo.

El arbolado fue pensado como un insumo pedagógico, el escolanovismo favoreció la educación a través de la experiencia y el catálogo. Esas premisas eran materializadas por un contacto con la naturaleza en el entorno urbano y por las celebraciones previstas para el “Día del Árbol”. Imágenes disonantes se produjeron acerca de la cantidad y calidad del arbolado urbano. Los funcionarios fueron optimistas,²⁸⁰ mientras que la prensa hizo gala de cautela.²⁸¹ Algunas partes del Parque de la Independencia y determinados paseos contaban con ajardinamientos eficientes, al mismo tiempo, ciertas plazas carecían de todo mantenimiento. De estos enunciados no se desprende un principio de exclusión entre el parque y las plazas, sino uno de complementariedad. Una observación más cercana corrobora que las plazas y el parque estaban simultáneamente bien y mal acondicionados.

276 ET HCD enero-diciembre 1903, f. 131.

277 ET HCD octubre 1909, f. 443.

278 ET HCD mayo 1911, t. 1, f. 86.

279 ET HCD octubre 1921, f. 56.

280 ET HCD marzo 1921, t. 2, f. 834.

281 *La Capital* 28/VIII/1920.

El estado de las plazas de los barrios Belgrano, Alberdi, Sáenz Peña motorizó reclamos en los primeros años 1920s. Eran los tres puntos de expansión de la trama urbana (Oeste, Norte y Sur), sumados a la jurisdicción de la ciudad entre 1870 y 1919. Todos poseían una historia y una identidad previa en torno a una vieja plaza central. Al integrarse a Rosario, ese núcleo, esa identidad y esa historia se transformaron en periferia, fragmento y anécdota. La materialidad de esa inclusión fue menos promisoría que las ilusiones que la habían animado, los equipamientos y las funciones urbanas demoraron más allá de lo tolerable, y la impaciencia de los vecinos nutrió los pedidos. Pilas de cartas se acumularon en la Mesa de Entradas del Concejo Deliberante de Rosario, angustiosas descripciones de la situación barrial intentaban movilizar a las autoridades.

La plaza de Barrio Alberdi, al norte de la ciudad, estaba "...totalmente cubierta de yuyos [...] era visitada día y noche por animales de todas las clases, que la convertían en un jardín zoológico [...] La ley de anexión [N° 1970 de 1919] hasta la fecha no ha traído ningún adelanto para este Barrio..."²⁸²

Los espacios verdes estaban sumidos en una notoria desprolijidad. Hasta hoy, Alberdi es el último territorio incorporado a la jurisdicción municipal. En 1919, fecha de la anexión, recién comenzaban los litigios con el municipio por la deficitaria prestación de los servicios públicos, como el tranvía, las aguas corrientes, las obras de salubridad, etc. A pesar de las peculiaridades del barrio, la situación se repetía en otros suburbios.

Tampoco eran envidiables las condiciones de la plaza del barrio Belgrano. Los vecinos demandaban la construcción de un jardín con juegos infantiles. Esa presión obtuvo resultados y el municipio trazó un plan de mejoras. No faltaba la flora, aunque su presencia beneficiaba muy poco a la estética. Las copas de los grandes árboles impedían el ingreso de la luz y, por lo tanto, la vegetación baja, posiblemente menos rústica, era asfixiada por esa muralla de troncos y hojas. Derribarlos era la forma de conseguir ajardinamientos acordes al progreso del barrio, incluso si esto provocaba un incremento en los costos de las mejoras.²⁸³ Años después solicitudes similares ganaron presencia y densidad.

a- Juegos infantiles y deportes

Los vecinos del barrio Roque Sáenz Peña manifestaron su incomodidad por el mal aspecto de la plaza Colón, la más antigua de la zona.²⁸⁴ El municipio planificó los acondicionamientos que el empréstito provincial de 1922 financiaría. Aunque las obras no

282 ET HCD enero-abril 1920, ff. 84-85.

283 ET HCD noviembre 1921, t. 2, f. 859.

284 ROLDÁN, Diego P. *Del ocio a la fábrica. Sociedad, espacio y cultura en barrio Saladillo (Rosario 1873-1940)*, Prohistoria, Rosario, 2005.

se ejecutaron, los planos atestiguaban una nueva perspectiva sobre la inserción de la cultura física en los espacios libres.

Antes de 1920, las plazas públicas eran sobre todo jardines públicos. En contadas ocasiones se sugirió la instalación de instrumentos gimnásticos en el Parque de la Independencia, tan solo pueden listarse el Jardín Infantil, en 1912 y Stadium Municipal, en 1924. El rediseño de la plaza Colón combinó la estética del jardín con la del cuerpo, el paisajismo con el vigor físico, la contemplación “pasiva” con la ejercitación “activa”. “Las necesidades modernas de la cultura física” eran el “punto de mira principal” del diseño que condicionaba “la distribución de las figuras”. Esta jerarquía no menoscabó el componente “estético no atlético”. La plaza debía agradar a niños, jóvenes y adultos. Si bien el eje estaba reservado “...para gimnasio y juegos para niños”, los bordes fueron “...adornados por jardines y arboledas para sombra”²⁸⁵

Las plazas suburbanas de los años 1930s. fueron valoradas más por sus funciones prácticas que por sus encantos estéticos y paisajísticos. Sólo los especuladores inmobiliarios fueron inflexibles admiradores de la belleza, las fuerzas del mercado determinaban esa fijación, una apreciación sospechosamente incondicional. Para ellos, engalanar la urbanización equivalía a cotizar las propiedades. Pero la mayor parte de los vecinos estaban interesados en otros atractivos y demandaban tareas algo diferentes. Las plazas requerían nivelación de terrenos y erradicación de ganados y quintas. Una vez alcanzados estos objetivos mínimos, los vecinos instaron a las autoridades a implantar juegos infantiles y gimnasios para el desarrollo físico y moral de niños y jóvenes.

En 1925, la preservación estética comprometió la utilización de los espacios verdes. Una ordenanza municipal vedó a las pisadas los parterres, las figuras y el césped en general. El placer vigiló el cumplimiento de esa disposición. En los atardeceres otoñales, las plazas quedaban vacías y silenciosas, eran “lugares tristes”. Los niños quedaron excluidos del césped “...porque las obras de jardinería experimentan destrozos”. La prensa anotaba este abandono con melancolía: “Las plazas han perdido la alegría y los guardianes mismos se han convertido en ogros.”²⁸⁶ En las calles el tráfico y en las plazas la conservación estética coincidieron para inhibir los juegos.

Parques y plazas ajardinadas sólo consentían la contemplación, a lo sumo admitían el paseo, la estancia sobre un banco o el descanso en el *solarium*. El placer mantenía los jardines libres de excursiones y de juegos. Sin embargo, los amantes de la contemplación eludían sus encantos, elegían sitios menos solitarios y silenciosos. “Una plaza en Rosario es una cosa solemne, triste, trágica. [...] Si al menos sirviesen de apartados refugios de poetas o filósofos, pero éstos prefieren las choperías.”²⁸⁷

285 ET HCD marzo 1928, Prescripción Reglamentaria, f. 249.

286 *La Capital* 24/VI/1929. Alusiones similares se reprodujeron a lo largo de la década de 1930.

287 *La Capital* 10/VI/1930. También puede revisarse el artículo publicado por *La Capital* el 20/X/1933.

La dedicación del placero y la veda de los jardines afectaron sobre todo al centro, en los suburbios, las plazas fueron organizadas para la higiene y el esparcimiento. Cuando existía, el césped no era lo primordial, el jardín no valía tanto como los juegos, frente al ejercicio físico y el recreo infantil, la estética era una cuestión marginal.

Uno de los temas centrales en los reclamos vecinales de los años 1920s. fueron las plazas. El patrocinio y el abandono eran las actitudes asumidas alternativamente por las autoridades. Tres objetivos legitimaban esas peticiones: traducir el progreso del barrio en espacios verdes, acceder a un buen número de plazas para el esparcimiento de los niños y procurar sitios para el desarrollo físico y moral de los residentes.

Temas y ritmos de estos intercambios entre los vecinos y el municipio respondieron a la falta de acondicionamientos acordes a la densidad demográfica, urbana, educativa y comercial del barrio. En esas páginas elevadas a la autoridad, la plaza encarnó los signos del adelanto suburbano. Se trataba de un bien material y simbólico que completaba y narraba el progreso barrial. Los servicios y equipamientos de Empalme Graneros, por ejemplo, requerían de "...una plaza que sirva como elemento estético, punto de reunión y de distracción."²⁸⁸ La vecinal de Barrio Arroyito expresó demandas similares. Los servicios públicos, los pavimentos, la luz eléctrica, el agua corriente y las escuelas, establecían una secuencia de logros que debía ser coronada con la construcción de espacios verdes. Según el concejal del Bosque, Arroyito era uno de los barrios "...más populosos y cuya población infantil aumenta día a día". Contaba con todos los servicios públicos y varias escuelas, pero carecía "...de un sitio adecuado para solaz de sus pobladores". Esa falta se hacía sentir más profundamente debido a la inminente construcción de una nueva estación del Ferrocarril Central Argentino (en adelante, FCCA). "Las autoridades edilicias deben prestar atención al barrio [...] velando por la salud moral y física de los pobladores, de sus obreros de escasos recursos..."²⁸⁹

En el imaginario demográfico barrial, los niños eran un grupo muy "numeroso". Consecuentemente, los barrios estaban urgidos de sitios para el desarrollo físico y moral de la infancia. La reforma de la plaza Colón indicó la relevancia de la cultura física en el diseño de estos espacios, una tendencia que fue ratificada por los clubes barriales. Desde entonces, las plazas y los baldíos se convirtieron en terrenos para el juego y eventuales campos futbolísticos.

El ciclo de las cesiones a los clubes deportivos en el Parque de la Independencia había concluido alrededor de 1920. Instituciones prestigiosas como Rosario Central (en adelante, CARC) o poco conocidas como Estudiantes de Barrio Mendoza solicitaron terrenos excéntricos.²⁹⁰ Las autoridades se resistieron a otorgar nuevas concesiones en el parque, renuencia que a veces se expresó bajo la forma de una crítica

288 ET HCD septiembre 1929, f. 149.

289 ET HCD marzo 1929, Prescripción Reglamentaria, f. 943.

290 ET HCD noviembre 1925, t. 2, ff. 791-793.

retroactiva a la gestión del espacio público de los gobiernos anteriores. Sin embargo, el carácter periférico y los beneficios colaterales de las cesiones contribuyeron a flexibilizar estas posiciones y a establecer nuevos puntos de acuerdo.²⁹¹

Ambas postulaciones, la de CARC y Estudiantes de Barrio Mendoza, ofrecían la construcción de un Jardín de Niños. CARC se obligaba a trasladarlo, desde su *field* en barrio Talleres, a un terreno de 30.000 m² en el Parque Arroyito. El campo de CARC debía relocalizarse, la superficie estaba afectada a las ampliaciones y reformas del FCCA iniciadas en 1925. La trayectoria del club deportivo fue avalada por el Jardín de Niños, "...abierto al uso de todos los hijos del barrio". La concesión municipal fue asegurada por el abandono en que estaba sumido del Parque Arroyito y la condición "popular" de CARC.²⁹² El Club Atlético Estudiantes de Barrio Mendoza cursó un pedido análogo en 1929, en el centro de su argumento había otro jardín de niños como artefacto legitimador. Pero la diferencia radicaba en la solicitud de una asignación de \$1000m/n para acondicionar los terrenos.²⁹³ La concesión fue aprobada, aunque con diferentes intenciones.

Los jardines infantiles eran muy apreciados por el municipio. Estas apropiaciones del espacio público permitían aplazar la multiplicación de instalaciones análogas a las del Parque de la Independencia y satisfacer las demandas de los barrios con recursos indirectos. Por su parte, los clubes y las asociaciones vecinales emplearon esos jardines como pretexto para fomentar otras actividades. Pocas veces, la vocación por los niños encabezó con sinceridad esos petitorios.²⁹⁴

Las autoridades coincidieron con la intención de localizar recreos infantiles en los suburbios. Esa dotación de precarios equipamientos barriales dependió de la ineficacia del sistema de transportes. Una profunda desconexión urbana envolvía a las periferias y explicaba relativamente la replicación de las instalaciones recreativas en muchos barrios. Esta situación de recíproco aislamiento provocó el estreñimiento espacial del tiempo libre en los suburbios y el reforzamiento de la exclusividad de ese tiempo en las áreas céntricas. Cerradas sobre sí mismas, las formaciones socio-espaciales periféricas construyeron subsistemas urbanos integrados aunque incompletos. En esos años, los barrios hicieron de necesidad virtud produciendo y consolidando identidades urbanas fraccionadas, cuya marca común y originaria era la privatización. Los equipamientos, servicios y distracciones próximas a la residencia les confirieron autonomía relativa respecto al centro de la ciudad.

Jardines infantiles barriales y colinas de vacaciones fueron instalaciones eugénicas. La creación de espacios para el ejercicio físico captó la atención del gobierno

291 Sobre el debate por el dictamen favorable a CARC, DS HCD 28/XI/1925, pp. 728-30.

292 ET HCD noviembre 1925, t. 2, ff. 791-792.

293 ET HCD mayo 1930, ff. 1404-1405.

294 Expedientes Terminados Comisión Administradora (en adelante ET CA) septiembre-octubre 1937, f. 299-300; ET HCD junio 1934, f. 2285.

local. Promediando los años 1930s., el cuidado de la salud espiritual y física de los niños resguardaba "...el patrimonio de la especie, cuyas manifestaciones aseguran el perfeccionamiento futuro." Esa tutela promovía la formación de "plazas y jardines" en los "barrios obreros del municipio". "La atención de las autoridades municipales [...] deja cumplida una vieja y unánime aspiración popular."²⁹⁵ Municipio y sociedad cooperarían en la tarea de optimizar la salud de sus hijos, aunque las intenciones que los animaban no fueran precisamente idénticas.

Los espacios verdes, los juegos y deportes sustraían a los niños y a los jóvenes de los vicios callejeros. Mientras las plazas estaban cuidadas (vigiladas) y los jóvenes contenidos (disciplinados), en las calles podían ser presas de la anomia, la incertidumbre y la circulación. Las plazas eran imaginadas como un remanso de paz, una ínsula regulada en el caótico océano del tráfico urbano. Fueron pensadas como espacios para el encausamiento popular, sin embargo corrieron el albur de escenificar, también, aquello que pretendían suprimir.

La prensa diseminó las metáforas de la ciudad como organismo y la plaza como pulmón. El verde mejoraba la salud de la población. Nutrir a la ciudad de plazas equivalía, entonces, a brindar más alvéolos a sus pulmones y purificar la atmósfera.²⁹⁶ Desarrollado allí, el ejercicio físico mejoraría la salud de los ciudadanos.²⁹⁷ Ciudades estadounidenses y europeas fueron invocadas a modo de ejemplos, la salud física y el futuro de la raza dependían de la multiplicación y el sostenimiento de estas medidas. La propagación de las plazas desactivaría enraizadas "enfermedades sociales" de la ciudad, como la "vagancia infantil".

El municipio se interesó en la difusión de las plazas y de los ejercicios físicos. Juan B. Arrospeigaray fue nombrado Inspector Municipal de Plazas para Ejercicios Físicos. Dos veces, una en 1925 y otra en 1934, solicitó la exoneración de impuestos para la matrícula de su auto particular. En la primera ocasión, la exención fue entendida como compensación del trabajo *ad-honorem*.²⁹⁸ Se mantuvo, sin embargo, que las inspecciones eran escasas e intermitentes, análogas al número y la calidad de las plazas de la ciudad. Por lo tanto, el mínimo trabajo del Inspector no ameritaba ninguna exención impositiva ni compensación económica.²⁹⁹ Estos reparos desaparecieron completamente en menos de una década, estando al frente del *Stadium* Municipal,

295 El decreto ordena se confeccionen presupuestos para colocar jardines infantiles en las siguientes áreas: Ludueña, Arroyito, Refinería, Samriente, Empalme Graneros, Alberdi, Fisherton, Belgrano, Azcuena-ga, Echesortu, Bella Vista, Las Delicias, Tiro Suizo, Tablada y Roque Sáenz Peña. Los considerados por el CD como barrios obreros. DS HCD 23/VIII/1935.

296 ARMUS, Diego "La idea del verde en la ciudad moderna. Buenos Aires, 1870-1940", en *Entrepassados*, núm. 10, 1996, pp. 9-22.

297 *La Capital* 4/IX/1929.

298 Este fue el argumento del concejal Antonio Cafferata, quien conocía a Juan Arrospeigaray como instructor de educación física de varios colegios católicos.

299 DS HCD 23/VI/1925, p. 313.

Arrospidegaray se convirtió en una figura de reconocida capacidad y solvencia en materia de cultura física. Su cargo amplió la nomenclatura, se lo conocía como Inspector de Plazas de Ejercicios Físicos y Torneos Atlético Municipales. Las prácticas deportivas y los lugares para realizarlas también habían prosperado. Hacia 1934, Arrospidegaray continuaba trabajando *ad-honorem*, aunque la patente vehicular gratuita ya no necesitaba ninguna justificación.³⁰⁰ La trayectoria del antiguo maestro de esgrima sintetizaba el recorrido de los deportes y la cultura física en la ciudad, ya no existían motivos para desconocer su valía.

Esos cambios fueron acompañados por las normativas municipales. La Comisión de Peticiones del Concejo Deliberante, abocada a los reclamos vecinales, agregó en 1932 a su ya clásica nomenclatura una especificación final: “y Cultura Popular”. El inciso 42 del artículo 6° de la Carta Orgánica de Rosario sancionada en 1933 atribuía al municipio la capacidad de “[f]omentar el deporte y establecer plazas, gimnasios, balnearios e instituciones que persigan finalidades deportivas.”³⁰¹ Sin comprometer los espacios públicos, debido a que “...la municipalidad no podrá [...] entregar sus bienes en usufructo gratuito u oneroso a particulares.”³⁰² Dos años después, la Carta Orgánica fue derogada y el municipio intervenido, pero la preocupación por la cultura física lejos de disminuir aumentó. La Comisión de Peticiones y Cultura Popular del Concejo Deliberante fue sustituida en 1938 por la Comisión de Peticiones y Cultura Física y Deportiva.

Estas metamorfosis no afectaron exclusivamente a la administración del municipio, antes puede afirmarse que ese fue el campo de su objetivación conceptual. El vocablo más estable a lo largo de la transformación, acaecida entre 1920 y 1943, fue “Peticiones”. Desde la modernidad, esa figura designa un “derecho necesario” para articular la relación entre sociedad y poder político.³⁰³ El fomento de la cultura física fue un tema que los sectores populares, a través de la multiplicación casi capilar de asociaciones y prácticas, instalaron en el debate público y no una creación estatal pura. Un asunto claramente político para otros gobiernos, pero que fue catalogado localmente como relevante a partir de las peticiones de las asociaciones civiles. La interacción y el diferencial de poder de ambas instancias borraron esos intercambios. Posteriormente, el municipio se apropió de toda la agencia del proceso y las asociaciones corrieron con un rol pasivo (el de beneficiarias) en el proceso de construcción pública de la cultura física.

300 DS HCD 29/V/1934, p. 229.

301 ROSELLI, Amadeo *Leyes orgánicas municipales. Cartas orgánicas de Santa Fe y Rosario – Régimen de las Comisiones de Fomento 1858-1939*, Rosario, Ediciones Oficiales, 1939., p. 218.

302 ROSELLI, Amadeo (recomp.) *Leyes orgánicas...*, cit., p. 218.

303 ROSANVALLON, Pierre *Le peuple introuvable. Histoire de la représentation démocratique en France*, Gallimard, Paris, 1998.

b- (Re)generaciones

Los espacios verdes fueron cargados con dos sentidos más en la década de 1930. Primero, se los pensó como el posible relevo de instalaciones productivas y comerciales de considerable extensión definitivamente clausuradas o que iniciaban un recorrido que culminaría en la decadencia material y simbólica. Segundo, se les atribuyó el sentido de un refugio de la vida social infantil contra la calle, que para la época encarnaba todos los peligros y vicios. En ambos casos, las prácticas al aire libre, el espacio verde y la armonía social de los agentes procurarían una regeneración de las relaciones sociales, producida a la sombra de los parques y las plazas.

Diversas explotaciones industriales y comerciales de la ciudad cerraron sus puertas debido a la crisis de 1930, al mismo tiempo dejaron abierto un proceso de reconfiguración de algunos distritos urbanos. La Refinería Argentina de Azúcar quebró en 1932. El mismo año, a instancias de los concejales socialistas, la prostitución fue prohibida en el municipio y el barrio de Pichincha lentamente declinó. Pocos meses antes, los viejos mataderos municipales fueron demolidos, relocalizados y modernizados. En los antiguos terrenos ocupados por el barrio de Pichincha y los Viejos Mataderos, se proyectó construir una cadena de parques y plazas. La idea era sanear materialmente y recuperar simbólicamente esos barrios estigmatizados por la faena de los animales y el comercio de los cuerpos. Mataderos y Pichincha eran imaginados, a menudo bastante erróneamente, como polos de atracción del *populacho* y costumbres *incultas*, en consecuencia los parques no sólo purificarían la atmósfera, también depurarían la moral y la higiene de lugares y hombres.

A continuación sólo se analizan los avatares del proyecto de reformulación de los antiguos mataderos, dejando de lado los ensayos de demolición de Pichincha, debido a que están relacionados con un proyecto más vasto de reestructuración de las estaciones de transporte en el norte de Rosario. Los Nuevos Mataderos estuvieron terminados en agosto de 1931, un artículo de *La Capital* afirmó la falta de intervención municipal en la urbanización aldeaña.³⁰⁴ La situación del barrio Tablada estaba amojonada por los escombros del viejo matadero y el vaciadero de basuras, en las inmediaciones, vivían los matarifes y sobrevivían los seleccionadores de desperdicios. Con la desaparición del matadero, nuevas urbanizaciones asomaron entre los materiales precarios y efímeros, pero el vaciadero persistió y la reforma urbana quedó inconclusa y postergada.

El parque venía a regularizar el espacio. Las actividades del matadero y el vaciadero indujeron cierta relegación urbana en la zona, un proceso que sería invertido por obra del parque. Eliminar el pasado y reconfigurar los flujos sociales, no resultó tan sencillo como plantar árboles. La demolición de los mataderos y el traslado de la Dirección de la Maestranza a las superficies remanentes fueron ordenados en agosto

304 "Terrenos Viejos Mataderos", *La Capital* 16/V/1931.

de 1931. Parecía que las condiciones de posibilidad para la formación de un parque estaban dadas,³⁰⁵ sin embargo la construcción se demoraba. Los vecinos de la Comisión Vecinal y el Club “La Unión” asumieron la obra, reduciéndola a sus capacidades materiales de intervención sobre el espacio público. En una parte del terreno construyeron un recreo infantil y en la otra el campo de fútbol del Club “La Unión”.³⁰⁶ Con animadas competencias deportivas y juegos recreativos, se inauguraron las instalaciones en 1933.³⁰⁷ Luego de producida la transformación más importante, la conversión del baldío en plaza, el municipio asumió la conservación del recreo infantil y cedió los terrenos al club.³⁰⁸

En menos de un año, ese espacio libre se deterioró y pasó a servir para el pastoreo de los animales de la zona. Cientos de ovejas, decenas de caballos y algunas vacas se apacentaban a diario en la plaza, la falta de inversión y vigilancia malograron los esfuerzos de las asociaciones. La inacción municipal y la acción destructiva de algunos vecinos anónimos se combinaron³⁰⁹ y dejaron a la plaza al borde del desmantelamiento. Los juegos infantiles estaban destrozados, la vegetación era inexistente, las ovejas la habían devorado por completo. Luego de la intervención de 1935, el intendente Culaciati refaccionó el paseo y lo reinauguró, con esa acción se ganó la indeclinable simpatía de los vecinos.³¹⁰

En 1942, se instruyó en la zona el emplazamiento del parque Rivadavia, que estaría formado por un área boscosa de eucaliptos y pinos. Las instalaciones cedidas al Club Atlético “La Unión”, que consistían en cancha de fútbol, basket y juegos infantiles, serían aprovechadas y los galpones de Maestranza, demolidos.³¹¹ Hubo también un intento de mantener la concesión en manos del Club “La Unión”, el concejal Susan enumeró los méritos de la asociación: extracción popular, apolitismo y trabajo desinteresado. Además, destacó la colocación de instalaciones deportivas con funciones “civilizatorias” sobre la población del barrio.³¹²

El club persistió en los terrenos de Tablada y la defensa de Susan contra los proyectos del DE³¹³ fue exitosa.³¹⁴ Algunos concejales parecían premiar las actividades desplegadas por el club, aunque con ese gesto se colocaran al margen de las intenciones del poder municipal. Una asociación que había alimentando el sistema de plazas

305 “10/VIII/1931 Parque sobre los terrenos de Viejos Mataderos”, DyRI julio-septiembre 1931, t. 3, 1502.

306 ET HCD mayo-agosto 1933, f. 1332.

307 *La Capital* 4/VI/1933.

308 ET HCD junio 1934, f. 2315.

309 *La Capital* 24/II/1934.

310 *La Capital* 13/III/1937.

311 DS HCD 10/III/1942, p. 49.

312 ET HCD enero-marzo 1942, f. 46.

313 ET HCD enero-marzo 1943, ff. 56-57.

314 DS HCD 02/III/1942, p. 46.

y la cultura física de un municipio ausente en las periferias de la ciudad merecía algún tipo de reconocimiento, como el de seguir desarrollando su labor.

En los imaginarios urbanos, las propiedades regenerativas de las plazas opuestas a las fuerzas corruptoras de la calle alcanzaron la apoteosis en 1940. Por entonces, los concejales socialistas Bodetto, Rossi y Visconti contestaron a una conferencia irradiada por LT 8 y firmada por Velmiro Ayala Gauna, el representante más notable de la Sociedad Progresista de Barrio Echesortu. Los argumentos producidos por las asociaciones y los mediadores culturales generaron el apoyo de los concejales a los proyectos que promovieran la diseminación de espacios verdes en la ciudad. El educador y escritor describió las escenas de la vida barrial de los años 1940s, su pluma tradujo las inquietudes sociales por las derivaciones de la vida callejera. Quizá convenga culminar estas reflexiones con sus palabras que condensan una experiencia social que estimuló, empleando afirmaciones bastante alarmistas y paranoides, la actividad del municipio y la sociedad civil en aras del mejoramiento de los espacios libres y la cultura física. Una política y una organización que se desplegó tardíamente, pero cuyo sentido estaba encaminado a acotar las condiciones de prosperidad de la llamada cultura callejera.

“La calle es un problema suburbano que afecta por igual a todas las barriadas de la ciudad. Quizá para los que viven en el ritmo vertiginoso del centro, estas dos palabras carezcan de significación, pero no para nosotros que vemos en ello el contrapeso de la obra escolar y las fuentes de múltiples molestias. En nuestras modestas calles de suburbios los niños encuentran el único placer de la existencia; en ellas improvisan un partido de fútbol y al mismo tiempo pista de carrera y lugar de reunión. Cuando cae la noche y agrupados en las esquinas discuten sobre deportes o narran aventuras. En la calle se aprenden las malas palabras, los términos lunfardos y los textos pornográficos. En la calle, el alma presa del niño, se roza con el vicio y las malas costumbres. El primer cigarrillo se fuma en un baldío, la primera blasfemia brota en la esquina, la primera guarangada se dice al amparo protector de la “barra” y a veces el primer hurto se planea sentado en el cordón de la vereda. En nombre de cientos, de miles de niños condenados a pasar su infancia en los baldíos y en la calzada, esquivando en sus juegos al adversario y a los vehículos, en nombre de las madres acongojadas que al saber de un accidente creen que el herido es su hijo, vengo a pedir a los poderes públicos la creación de plazas de ejercicios físicos en los barrios de la ciudad, pero espe-

cialmente para barrio Echesortu que en toda su enorme extensión no tiene un lugar apropiado para el esparcimiento de los niños.”³¹⁵

Parque(s) balneario(s)

a- Exclusividad

Rosario es una ciudad conocida por el río Paraná, pero no por sus balnearios. Durante casi todo el siglo XX, la costa estuvo destinada a las actividades de intercambio, exportación y almacenamiento. El puerto, las instalaciones ferroviarias y los elevadores de grano bloquearon diez kilómetros de las barrancas. Las primeras experiencias balnearias fueron protagonizadas por arroyos interiores, donde el ocio y la distinción prevalecieron sobre el tiempo libre y la higiene.

Al sur de la ciudad florecieron los Baños del Saladillo, Manuel Arijón y la Sociedad Anónima “El Saladillo” construyeron una especie de villa veraniega para el ocio de las elites. Menos exclusiva fue la “Isla de los Bañistas”, un banco de arena ubicado al norte de la ciudad. Funcionaba como una especie de balneario que carecía tanto de dispositivos de confort como de requisitos de admisión. A fines de los años 1930s., se perfeccionó el transporte público hacia la zona, entonces, la concurrencia de la “Isla de los Bañistas” se incrementó.³¹⁶

Hasta entonces, fueron contados los frequentadores de los balnearios, pero no faltaron propuestas democratizadoras. A fines del siglo XIX, Emilio Coni señaló que instalar baños populares en las ciudades era una medida trascendental para la higiene pública.³¹⁷ Después del *coup de chateur* de 1900, el municipio promovió unas Casas de Baños para las “clases menesterosas”. Y una ordenanza obligó a los dueños de conventillos a construir duchas individuales.³¹⁸ Los baños del inquilinato fueron estrechos y la caída de agua débil. Lejos del ocio de las elites, las casas de baño público se enfocaban sobre una higiene más pragmática y urgente, por lo tanto, su disponibilidad solía durar tanto como el verano.

La propuesta de formar un parque balneario en barrio Arroyito databa de 1910, “...donde pueda próximamente acudir a respirar aire puro la población que allí se densifica rápidamente.”³¹⁹ El diseño fue encargado a Charles Thays, pero rápidamente se confeccionó un plano alternativo, debido a que el “...del ingeniero Thays, por su abundancia de obras de mampostería resultaría costosísimo...”³²⁰ Las artes del pai-

315 DS HCD 26/III/1940, p. 76.

316 “La Isla de los Bañistas”, *La Capital* 22/X/1939.

317 CONI, Emilio R. *Higiene aplicada al saneamiento de la provincia de Mendoza. República Argentina*, Imprenta de Pablo Coni e Hijos, Buenos Aires, 1897.

318 “Clima” y “Casas de Baño”, *Primer Censo Municipal (1900)*...cit., pp. 33 y 389.

319 ET HCD mayo 1910, t. 2, f. 328. Sobre la compra de los terrenos ET HCD agosto-septiembre 1910, ff. 125-131.

320 ET HCD mayo 1913, t. 2, f. 165

sajista francés no apuntaban a saciar las necesidades de diversión de las multitudes populares. Un conjunto de instalaciones prefiguraban a sus frequentadores: varios pabellones de exposición, un *field de launch tennis-crickett*, numerosas estatuas ornamentales, un gimnasio, un teatro infantil y un cinematógrafo, juegos varios, una terraza, un restaurante y un salón de fiestas, dos pérgolas, una larga explanada y una playa sobre el Paraná, rematando el muelle en un establecimiento de baños, con una pileta para hombres y otra para mujeres, una confitería y un embarcadero.³²¹ Quienes utilizaran estos lugares no podían formar parte de los sectores populares, casi performativamente las líneas del proyecto de Thays los había excluido.

El Departamento de Obras Públicas Municipal (en adelante, DOPM) redujo las instalaciones del parque Arroyito, aunque se abstuvo de fomentar su popularización. Suprimió las canchas, una parte del arbolado, las ornamentaciones y el balneario. La crisis económica aplazó las obras hasta mayo de 1915,³²² cuando la inestabilidad del terreno obligó al apuntalamiento de la barranca.³²³ Terraplenes fueron levantados para paliar el asedio combinado de las crecidas del río Paraná y el arroyo Ludueña. El nuevo diseño del parque fue austero, los pocos recursos del municipio ratificaron ese minimalismo.

Casi al mismo tiempo, *La Capital* señaló la exclusión del “pueblo” de los balnearios, diseñados exclusivamente como ambientes para la ostentación de los grupos acomodados. Los baños populares eran deseables, pero diferían tanto de los balnearios aristocráticos como de las duchas populares, aunque, como estas últimas, se orientaban menos al placer que a la higiene. Debían construirse nuevos balnearios, patrocinados por los poderes públicos y accesibles a los grupos menos favorecidos de la sociedad. Allí, hombres y mujeres podrían exponerse a los efectos del sol, la brisa y el agua, benéficos tónicos que robustecerían sus cuerpos y salud.

Rosario era una ciudad sin “...baños públicos gratuitos, obligaba a sus habitantes a dirigirse al Saladillo, un establecimiento particular para poder bañarse a pesar de contemplar uno de los ríos más grandes del mundo...” Y el mismo artículo agregaba: “...los baños públicos no son un servicio de lujo, sino de suma necesidad para la conservación de la salud de la población.”³²⁴ La crítica apuntaba al gobierno municipal, el exclusivismo social pasaba algo más inadvertido. Crecía entre las percepciones urbanas la necesidad de generar balnearios abiertos, públicos y gratuitos. Algunos agentes intentaron paliar esos déficits, aunque no contaron con grandes recursos para poner en práctica esas intenciones.

321 ET HCD mayo 1913, t. 2, f. 166.

322 ET HCD mayo 1915, f. 201.

323 DMR 1914-1915-1916, p. 218.

324 *La Capital* 16/1/1925.

b- Ensayos

Sin mayor éxito, la expropiación de los baños del Saladillo fue propuesta en 1920. También, se instó a la construcción de cuatro piscinas flotantes en el río Paraná que conformarían un “Balneario Modelo” para el desarrollo de la cultura física e higiénica. Socialmente este proyecto era un híbrido que incluía muchos elementos de la cultura popular, pero aceptaba gustoso ciertos rasgos elitistas.³²⁵

En términos más pragmáticos, los concejales prefirieron la austeridad.³²⁶ El verano de 1922 se inauguró el Parque Balneario 4 de Febrero. Así llamado “...en homenaje a la agitación cívico patriótica del pueblo [...] culminada en 1905.”³²⁷ Un acontecimiento político más o menos reciente, las revoluciones radicales de 1905, daba nombre a un espacio público. El tiempo libre y la política partidaria se vinculaban quizá en uno de sus primeros encuentros que tenía por escenario a la nomenclatura de la ciudad. Cuatro casillas de madera, ningún árbol y un banco destartado componían el por lo menos discreto balneario municipal. El edil Dall’Orso se quejó amargamente del pésimo estado del paraje. “Es una vergüenza que esto lleve el nombre de “Balneario Municipal”, pues sirve para el comentario risueño de un núcleo importante de población que va todos los días a pasear por él.”³²⁸ Ese flamante balneario se estancó de forma irremediable, para 1927, no poseía “...obra alguna [...] era simplemente la margen del río con sus aguas y un gran letrero que lo anunciaba.”³²⁹ Falto de equipamiento e infraestructura, el balneario fue engullido por la desidia de las autoridades.

En 1929, se advirtió con mayor insistencia la necesidad de formar paseos en la ribera. Los vecinos no encontraban un “...lugar apropiado para descansar [...] entre un laberinto formado por galpones, guinches y vagones [...] Debido a esta falta de comodidades, la ciudad va desvinculándose de uno de los dones más grandes que le ha otorgado la naturaleza: su hermoso río.”³³⁰ Motivos y proyectos de nuevos balnearios fueron tan abundantes como escasos los recursos para realizarlos, aunque los motivó la expectativa de una Av. Costanera.

La familia Escauriza formó el balneario “La Peña” alrededor de 1928. Estas instalaciones realzaron las bondades del paisaje ribereño de “La Florida”. El carácter privado del establecimiento y su retirada localización, sobre el vértice norte de la jurisdicción municipal, no allanaron el acceso popular. La comisión vecinal del barrio fomentó la creación de un balneario público, su probable diseño apareció, junto a los consabidos argumentos higiénicos, en las planas de *La Capital*. Por el declive suave de sus costas, la ausencia de pozos, de corrientes y remansos, la composición arcillosa de

325 ET HCD marzo 1922, t. 2, f. 961.

326 ET HCD marzo 1922, t. 2, f. 969.

327 ET HCD septiembre 1924, f. 174.

328 DS HCD 21/III/1922.

329 *La Capital* 20/XI/1927.

330 ET HCD marzo 1932, Prescripción Reglamentaria, ff. 857-858.

la arena y la preexistencia de un establecimiento privado, “La Florida” debía ser el primer balneario público de Rosario. Una playa potencial de cuatrocientos metros con frente al río y ciento cincuenta de fondo, lo convertían en la “...única playa mejorable de la ciudad.” El espacio admitía una bajada para vehículos, un muelle de pescadores, un acuario, varios circuitos para automóviles, estaciones de *camping*, ramblas, etc. Los visitantes disfrutarían de las comodidades de esa infraestructura.³³¹ Sobre el río, en un territorio apto para bañarse, mantener relaciones sociales y aprovechar los rayos solares se crearía el balneario.

Con la cooperación de la Subprefectura Marítima, la vecinal de “La Florida” habilitó el balneario en 1932. El emparejamiento de la arena, el desmalezamiento, la colocación de boyas y de un vestuario gratuito fueron costeados por la asociación. Un éxito notable alcanzó al balneario: “...los domingos y días feriados el número de bañistas pasa los mil...”³³² Tan sólo era necesario mejorar las obras y el transporte público para poner las atracciones en valor.³³³ Las bondades de la naturaleza debían ser completadas por la acción del municipio.

A pesar de los reclamos a los poderes públicos, el módulo balneario continuó bajo la administración de la vecinal. La prensa invitaba a las autoridades a contribuir con “...uno de los sitios más pintorescos y accesibles al público”, donde “...en verano, se concentran a pasar el día grandes núcleos de vecinos acompañados de sus familias...”³³⁴ Finalmente, algún resultado obtuvo esa insistencia y el municipio asumió el control de las instalaciones, resguardando su estética y gratuidad. El 21 de febrero de 1933 fue oficialmente inaugurado el balneario “La Florida”, con un vestuario para hombres y señoras, baño para damas y demás dependencias. Esa fue la inversión más trascendental del gobierno local para mejorarlo.³³⁵ “La Florida” fue un suceso que alentó la evaluación de diferentes sitios como nuevos balnearios, mientras una embrionaria planificación urbana ganaba terreno sobre la improvisación de las vecinales y los operadores inmobiliarios.³³⁶

c- Urbanistas

Carlos María Della Paolera, urbanista argentino diplomado en París, analizó los espacios libres de la ciudad de Rosario. Contra la opinión de los periódicos, remarcó que su estado era satisfactorio. Una distribución anárquica e ineficiente era padecida por las plazas, pero el Parque de la Independencia estaba óptimamente localizado y no tenía rival entre las ciudades de argentinas. Los reglamentos de edificación debían

331 *La Capital* 25/X/1932.

332 *La Capital* 17/I/1933.

333 *La Capital* 23/I/1932.

334 *La Capital* 01/XI/1932.

335 *La Capital* 15/XI/1933.

336 *La Capital* 21/VII/1934.

resguardarlo del avance de dos procesos paralelos y negativos: el crecimiento edilicio circunvecino y las concesiones a entidades privadas, fundamentalmente a los clubes deportivos. De mantenerse estas dos tendencias, el proceso de urbanización alemana concluiría por ahogar al parque con una muralla de cemento. Además, el traslado de campos de deportes a sus superficies, con los consiguientes alambrados e instalaciones más o menos precarias, privatizaría y desmerecería la estética del paseo.

Della Paolera pronosticó que en poco tiempo la expansión urbana de Rosario volvería insuficiente al Parque de la Independencia. En un futuro inminente, el municipio tendría que abordar el diseño de espacios verdes, tarea para la que convenía, según el urbanista, basarse en una concepción orgánica y/o sistemática. La idea de un “Gran Rosario”, expresada por Della Paolera en 1928, suponía la constitución de reservas boscosas en “las zonas suburbanas”.

El imperio del parque central declinaba. No podía, ni debía haber un único parque como el Independencia. Una ciudad extensa demandaba la pluralización de los espacios verdes, el parque dejaría paso a los parques. Esa multiplicación sería acompañada por la urbanización y la densificación de los transportes. Nuevos parques se localizarían en la ribera de Alberdi y la isla el Espinillo, en ese sistema, el centro lo ocuparía el río: “...el pintoresco Paraná entraría a vivir y formar parte integrante del cuadro urbano de Rosario.”³³⁷ La ansiada fusión entre la ciudad y el río sería la obra que coronaría la Avenida Costanera.

En dos conferencias pronunciadas en 1931, Werner Hegemann consolidó el diagnóstico y la propedéutica de Carlos Della Paolera.³³⁸ El urbanista berlinés conocía las ciudades alemanas y estadounidenses, sus informaciones sobre las argentinas eran acaso más superficiales. Hegemann abogó por una cadena de parques y paseos, que superara la jurisdicción municipal y promoviera la primera planificación regional de Rosario. Discursivamente tradujo el modelo del *Groß Berlin* de 1920 a las pampas.

Juan Devoto presentó un proyecto de *Reservas Boscosas y Espacios Libres* sintetizando las directrices dadas por Hegemann. Limitar la pobreza de espacios libres de la ciudad fue su objetivo, inspirado en los principios básicos del urbanismo y las experiencias de planificación de Boston, Nueva York, Chicago, Londres, París, Río de Janeiro y Buenos Aires.³³⁹ El proyecto usufructuaba de un viaje a Viena, del conocimiento de la planificación regional berlinesa y de la vida en y el conocimiento de la ciudad de Rosario. La propuesta utilizaba como constantes para la localización de los nodos del sistema de parques a los cursos de agua. Asentándose sobre los arroyos Luedueña y Saladillo y la Ribera Norte, todo parque podría convertirse sin mediar grandes inversiones en un balneario con panorámica al río y las islas. Devoto intuía que la construcción de parques no beneficiaba sólo a “la salud”, también era “...una acción

337 ET HCD octubre 1929, f. 80.

338 HEGEMANN, Werner *Problemas Urbanos de Rosario*, Publicación Oficial, Rosario, 1931.

339 ET HCD mayo 1932, t. II, ff. 2786-2795.

sobre la cultura y el sentimiento de las personas”. Creía que los sitios de embellecimiento y descanso poseían “...una influencia directa sobre el carácter y el corazón.”³⁴⁰ El parque no sólo permitía una contemplación y un paseo agradable para los grupos acomodados de la sociedad. La belleza de los jardines y la armonización del ambiente servían, también, para contener los “impulsos instintivos de las multitudes populares”.

Firmado por tres urbanistas argentinos, el *Plan Regulador* de 1935, estableció que los espacios libres responderían a una traza y una ubicación sistemáticas y totales. Una premisa que desautorizaba la construcción de las pequeñas pero innumerables plazas barriales, producto de una voluntad civil descentralizadora y anárquica. El resultado de un plan central no podía exponerse a los caprichos de las comisiones vecinales. Debía limitarse la consulta a esas asociaciones, el urbanismo moderno era capaz de planificar sin requerir el concurso de sus opiniones. Quizá los políticos necesitaran de esos consensos prácticamente electoralistas, pero esas voces eran innecesarias para los técnicos. Las plazas de Rosario carecían de regularidad y equidistancia y afectaban la idea sistemática y orgánica que la ciudad regular quería transmitir. Enfrentados a esta multiplicidad sin orden, un sistema de parques (*park-system*) y uno vial (*park-way*) repicaron entre los consejos de los urbanistas.³⁴¹

d- Legislaciones

La ley de parques de 1935 destinó \$10 millones a la construcción de espacios verdes. De esa suma, una sexta parte fue acaparada por Rosario y un cuatro quedó en manos de la provincia.³⁴² Al igual que en 1922, la recuperación económica de la crisis no se produjo sin variaciones políticas. El Empréstito Provincial de 1922 y la Ley de Parques de 1935 contemplaron la realización de grandes obras públicas, que apuntaban a mejorar la infraestructura urbana y atenuar la desocupación. Posiblemente, ambas reconocieran motivaciones políticas dirigidas a mitigar la conflictividad de dos situaciones vinculadas una con el veto y la otra con la derogación de la Constitución reformista de 1921.

La fundamentación de la Ley de Parques transcribió párrafos completos del *Plan Regulador*, dejando asentado que, en materia de espacios verdes, la política se ajustaba al mandato del urbanismo. Sin embargo, el lenguaje de lo político difiere relativamente del cálculo y la precisión de la ingeniería. La ley añadió algunos proyectos omitidos por los urbanistas que contradecían el “Plan Ferro-Portuario”, esqueleto y base del

340 DS HCD 06/V/1932, p. 534.

341 PASCUAL, Cecilia M. *Enmascarar la ciudad. Intervenciones urbanas y debates políticos: El Plan Regulador de Rosario 1920-1938*, Seminario Regional, UNR-FHyA-EH, Rosario, 2008.

342 Las otras ciudades eran Rafaela, Esperanza, Casilda, Cañada de Gómez, Rufino y Reconquista. En la discusión Cassanello y Aleman disputaron sobre la distribución de los recursos. *Diario de Sesiones de la Cámara de Senadores de la Provincia de Santa Fe* (en adelante, DS CSPSF) 1935, p. 97.

Plan Regulador.³⁴³ En el cuerpo de la normativa, se definían los terrenos a expropiar, pero la ley se detenía allí, no especificaba el equipamiento y el uso que debía hacerse de los parques. Se trataba de una herramienta jurídica para tramitar las expropiaciones, ninguno de los parques previstos fue su creación original. Todos los espacios verdes de la Ley de Parques eran una copia de los establecidos por el *Plan Regulador* o retomaban añejos proyectos archivados entre las prescripciones reglamentarias del Concejo.

Así, fueron adquiridos los terrenos para el Parque Constitución de 1921, previstos por la ordenanza n° 61 de 1932. Eran 72 hectáreas, ubicadas en las inmediaciones del centro, entre Pellegrini y 27 de Febrero y con vista al río. El precio del metro cuadrado era notablemente bajo, la crisis económica de 1930 comprimió la demanda del mercado inmobiliario y aumentó la accesibilidad del metro cuadrado. Políticamente la propuesta contestaba al Parque Balneario “4 de Febrero” de 1922, era la oportunidad del Partido Demócrata Progresista (en adelante, PDP) para inmortalizar la derogada Constitución de 1921 que contenía el programa del reformismo liberal santafesino. La toponimia urbana ingresaba en una batalla política establecida entre el PDP y la Unión Cívica Radical (en adelante, UCR).³⁴⁴ Igualmente se expropiaron los terrenos meridionales del Parque General San Martín, señalados como espacio público por el decreto n° 350 de 1927.³⁴⁵

La Ley de Parques ordenaba la adquisición del Balneario Saladillo, un proyecto que fuera desestimado en 1920, y mandaba a expropiar nuevos terrenos para ampliar y acondicionar otro parque balneario a orillas del arroyo Ludueña. Asimismo, se instruyó la compra de los terrenos afectados por la ordenanza N° 41 de 1925 a la creación del Parque Belgrano, un espacio impulsado por el empréstito de 1922 y el presunto bicentenario de la ciudad que enmarcaría a un futuro, impactante y postergado Monumento a la Bandera.³⁴⁶

El espacio verde más ambicioso se emplazaría al norte, sobre el camino a Santa Fe. Los urbanistas querían emplear el área como camping para pic-nics y canchas de deportes y juegos. A partir de un sistema de espacios verdes que traspasaran la jurisdicción municipal se construiría el “Gran Rosario”. La adquisición del Balneario el Saladillo, la Construcción del Parque San Martín al sur y de un gran parque septentrional estimularían la extensión de Rosario. Esa cadena de parques delimitaba los primeros ensayos para una planificación regional, por completo ajena a los contornos industriales del plan desarrollista. La planificación de los años 1930s., al igual que la planificación estratégica actual, se concentraba sobre los parques y las instalaciones recreativas. Ambos períodos comparten el trasfondo de un proceso de modificación

343 DS CSPSF 1935, p. 96 y PASCUAL, Cecilia M. *Enmascarar la ciudad...*, cit.

344 ET HCD julio-agosto 1932, ff. 4440-1.

345 ET HCD noviembre 1927, t. 2, ff. 3183-98.

346 ET HCD junio-agosto 1925, t. 2, f. 486.

en los sectores productivos que quizá pueda funcionar como principio de explicación acerca de la coincidencia en los énfasis y los vectores de acción planificadora.

Hacia 1935, la inestabilidad política y la intervención provincial desestabilizaron las ambiciones creadoras y difusoras del verde. Miguel Culaciati, comisionado de la intervención nacional, interpretó a su modo la Ley de Parques. El Parque Constitución de 1921, por ejemplo, poseía un título cuanto menos incómodo para el gobierno que había derogado esa carta provincial, su postergación se explica más por motivos políticos que técnicos o financieros.³⁴⁷ A partir de esa reformulación selectiva, Culaciati, un activo colaborador tanto de la creación de ley de parques como de la posterior intervención, acumuló la mayor parte de su capital político local. Durante su administración, fueron ejecutadas una serie de importantes obras públicas; recuperar la ribera, una de las premisas instituyentes del *Plan Regulador* fue materializada sobre la Ribera Norte de Rosario. Fondos derivados directamente de la nación financiaron el tramo final de la Avenida Costanera, Culaciati los negoció personalmente con el Ministerio de Obras Públicas de la Nación y el presidente, Agustín P. Justo.

e- Multiplicidades

La infraestructura del Balneario “La Florida” se incrementó entre 1932 y 1938. Desde Punta Barranca hasta el Club Remeros Alberdi, las dragas del MOPN trasladaron la arena para formar una playa.³⁴⁸ Con el fin de evitar los riesgos de la bajante, se instalaron duchas en 1934³⁴⁹ y se refaccionó el camino que unía al balneario con el club.³⁵⁰

Durante las discusiones sobre el sistema de transporte urbano, se aludió a la desconexión de la zona norte. No desfilaron en los argumentos las clásicas imágenes del barrio obrero retirado y aislado del centro, muy por el contrario se invocaron las atracciones de la zona: los campos de deportes de Rosario Central, Sparta y Tiro Federal y el balneario “La Florida”. La extensión del transporte debía “...facilitar el acceso a gran cantidad de personas que [...] se dirigen al balneario municipal”³⁵¹ Atentas a esa popularidad de los espacios recreativos, las autoridades asumieron algunas obras.³⁵² El municipio dispuso la construcción de bajadas para peatones, la rebaja de la pendiente para el acceso de vehículos y la construcción de veredas. Además, vigiló la estética de los kioscos, que pronto se transformaron en importantes bares.³⁵³ Al culminar la entreguerras, “La Florida” era un balneario masivo, así lo atestiguaron los conflictos

347 ET HCD junio 1935, t. 1, f. 1305 y ET CA enero-abril 1938, f. 285-286.

348 ET HCD junio 1934, f. 1265.

349 ET HCD noviembre 1934, t. II, f. 4782.

350 ET HCD noviembre 1934, t. II, f. 4566.

351 DS HCD 30/X/1934, p. 1921.

352 DS HCD 8/III/1935, pp. 5-6.

353 ET HCD marzo 1939, Prescripción Reglamentaria, t. IV, f. 1847; ET HCD marzo 1934, Prescripción Reglamentaria, t. III, f. 1382.

suscitados por el desalojo de los bares,³⁵⁴ y la línea adicional de ómnibus que llegaba hasta el extremo norte de la ciudad en el verano y los días feriados.³⁵⁵ Las mejoras estuvieron a punto para la temporada 1937-1938, la playa quedó completamente rellena con arena y la Avenida Costanera superó la línea de la Bajada Puccio.³⁵⁶

En diciembre de 1937, Culaciati municipalizó el Balneario “El Saladillo”, invirtiendo \$315.154,48 m/n de los fondos previstos por la Ley de Parques. El municipio tomó posesión de las instalaciones al año siguiente.³⁵⁷ La concurrencia y el corte de entradas fueron abundantes. Los Baños del Saladillo superaron en recaudación a “La Florida” en 1938 y en 1939, el atractivo de su antiguo prestigio social contribuyó a producir ese desbalance.³⁵⁸ Al año siguiente, una inundación destruyó una parte del balneario recientemente municipalizado. La lentitud de las reparaciones, reformas y ampliaciones del Saladillo, posicionaron a “La Florida” como la mayor atracción balnearia de la ciudad.³⁵⁹

Entretanto, Culaciati ordenó la construcción del Parque Balneario Ludueña. El viejo proyecto de Thays del Parque Recreo de Arroyito fue actualizado, conjugando el balneario con un nuevo diseño de parque recreativo-paisajístico, semejante al de las propuestas vecinales de 1932. Las obras se aprobaron en 1936, convocándose a un concurso de proyectos y destinando \$800.000 m/n a la construcción. A este llamado comparecieron cinco iniciativas. En la evaluación del DOPM, se enfatizó la recuperación panorámica del río, la disposición de caminos interiores y la distribución de espacios para el entretenimiento masivo. Se valoró funcionalmente a las instalaciones, el hotel y el casino, módulos característicos de balnearios elitistas, fueron explícitamente eliminados de las bases y los pliegos de condiciones.³⁶⁰ El perfil del espacio que décadas atrás diseñara Thays había cambiado radicalmente, bajo el ritmo de una sociedad en proceso de masificación.

Luis Constantini e Hijos se adjudicó el concurso. El dictamen destacó la organización del espacio: inmejorable recuperación de la vista del río, formación de una playa artificial, construcción paralela a ésta de una gran y moderna pileta natatoria, emplazamiento de un extenso estacionamiento, instalación de juegos infantiles y es-

354 ET HCD mayo 1939, f. 1267.

355 ET HCD abril 1940, t. II, f. 561 y ET HCD noviembre 1940, f. 5020.

356 ET HCD noviembre 1940, t. I, f. 5242.

357 DRI, 18/IX/1937 - 31/XII/1937 y ET CA julio 1938, f. 815.

358 En 1938, el Balneario “La Florida” arrojó un déficit de \$7.000m/n. ET HCD mayo 1939, f. 1330. En 1938, el balneario La Florida recaudó \$ 4.607,40 y El Saladillo \$11.586,60, según las estimaciones de la intendencia, habrían concurrido unos 35.132 bañistas. ET HCD agosto 1939, f. 3478.

359 ET HCD diciembre 1939, t. III, f. 7337. También, en 1939, se propuso la ampliación de la pileta de Saladillo. ET HCD septiembre 1941, Prescripción Reglamentaria, t. III, f. 963. Finalmente, el último proyecto sobre el balneario presentado fue realizado poco antes del golpe de 1943. ET HCD enero-marzo 1943, f. 287.

360 *Obras de Parque Ludueña, Rosario, Su tramitación, s/d.*

pacios de esparcimiento popular correctamente conectados. La amplitud del parque quedó evidenciada por los datos del diseño: 206 cabinas de baño, 41 duchas completas, 22 WW CC completos.³⁶¹ Parque Ludueña satisfacía las aspiraciones de baños populares y públicos que los habitantes de Rosario alimentaron durante décadas.

El balneario apuntaba a un público popular, atracciones, instalaciones, personal y transportes reforzaron ese perfil. Con el doble propósito de incrementar el interés y mejorar la vigilancia fueron instaladas bandas de música de la policía.³⁶² Los focos de alumbrado público y los refuerzos policiales, los días domingos y feriados, mantendrían a raya a las manifestaciones de “incultura”. De esos cercamientos dependía el prestigio del paseo, un sitio para la convergencia de lo popular y lo civilizado.³⁶³ Confeiterías, bares y pistas de bailes se distribuyeron en el predio, dotando a sus instalaciones de una nueva y masiva animación.³⁶⁴ La formación de estas condiciones hizo posible que “... a la Florida los domingos y feriados concurren hasta 20.000 personas y en días comunes hasta 10.000.”³⁶⁵ Durante la temporada estival de 1941, la Empresa Mixta de Transportes Rosario estableció líneas especiales de tranvías y ómnibus con destino a los balnearios.³⁶⁶ Los bajos costos de las casillas hicieron, por entonces, muy accesibles las playas de “La Florida”³⁶⁷

Paralelamente, el intendente Culaciati gestionó el traspaso de unos terrenos del FCCA. Donde en 1925 se había proyectado una Estación Monumental de Pasajeros, quince años más tarde se establecería otro parque.³⁶⁸ Algunos urbanistas levantaron objeciones, el nuevo espacio verde no formaba sistema y obstruía varias calles con destino al río. Esas críticas, sin embargo, no hicieron ninguna mella. En la urbanística local, las obras públicas electoralistas y vecinales, como las plazas barriales, recuperaron su tradicional primacía.

Inicialmente, una fuente, rodeada por jardines, formaría el corazón del paseo. Los conceptos del embellecimiento paisajístico no tardaron en ser sustituidos por los de la cultura física. Culaciati percibió la insuficiencia de la pileta del Estadio Municipal, parques y plazas podían alojar con ventajas esas instalaciones.³⁶⁹ El balneario como modulo urbanístico y la natación como ejercicio total ganaron el favor de los funcionarios.³⁷⁰ Al promediar enero de 1938 se inauguró un Estanque de Juegos In-

361 *Obras de Parque Ludueña...*, cit. y *La Capital* 06/III/1939.

362 ET HCD enero marzo 1938, f. 321.

363 ET HCD enero-marzo 1939, f. 397.

364 ET HCD junio 1939, t. 1, f. 2841.

365 ET HCD diciembre 1939, t. 1, f. 6067.

366 *La Capital* 28/XI/1941 y ET HCD diciembre 1941, t. I, f. 7161.

367 ET HCD marzo 1942, Tomo destinado a Presupuesto, f. 854.

368 DRI 31/VIII/1936 a 7/IX/1936, f. 2567.

369 *La Capital* 29/X/1936.

370 Culaciati intentó convertir el Lago del Parque de la Independencia en una gran pileta de natación. *La Capital* 02/IV/1937.

fantiles, que ocupó el sitio previamente reservado a la fuente artística. Los materiales y la construcción fueron donados por la firma Angeleri, Jacuzzi & Cia. El Parque Norte y su estanque se popularizaron, "...diariamente sus jardines son frecuentados por un público numeroso..."³⁷¹

La figuración del paseo pese a todo quedó desmerecida, los partidos de fútbol disputados en los jardines del parque indicaron un conflicto en torno a sus usos. Para paliar la desvalorización estética y la afición deportiva de los paseantes, se plantaron árboles y construyeron veredas que obstaculizaron el desarrollo del juego con pelota.³⁷² El Concejo Deliberante, no obstante, destinó un sector del parque para la construcción de una pista de patinaje.³⁷³ La "...práctica del deporte, como medio de elevar el nivel moral y de salud de la población,..." halló el patrocinio del gobierno. Finalmente, el deliberativo municipal en la voz de uno de los concejales socialistas afirmó: el deporte "...tiene creado ya su ambiente en el pueblo".³⁷⁴ Cultura estética y cultura física podían convivir armónicamente, para ello el municipio planificaba la ubicación y la sectorialización del espacio público.

La descentralización y popularización de los espacios verdes se produjo durante los gobiernos conservadores de Miguel Culaciati en la ciudad, y de Manuel María Iriondo en la provincia. Sin embargo, en materia de parques, estos funcionarios ejecutaron, aún parcialmente y con modificaciones, las obras diseñadas durante el gobierno democrataprogresista, al que se oponían teórica y políticamente.

El desarrollo de los parques, plazas y balnearios en la ciudad pasó de una primera fase de localización concentrada a un despliegue multicéntrico. Esa diversificación fue acompañada por la diferenciación de los usuarios y la renovación de las prácticas. En la etapa de formación de los espacios libres fue medular la influencia de los discursos higienistas, vinculados a las epidemias y a la reproducción de la fuerza de trabajo. Posteriormente, los usos y los significados relacionados con la higiene, el ornato y el ocio tendieron a equilibrarse y complementarse.

El balneario de Saladillo presentó, hasta entrados los años 1910s., un contorno elitista. Al culminar esa década, Alfonsina Storni desde las estrofas de un poema advertía acerca de la variación de sus frecuentadores.³⁷⁵ Esas líneas representaban una apertura social incompleta, que sólo fue profundizada después de 1930 a consecuencia de las variaciones en los usos de ese espacio. Paralelamente, se proyectaron nuevos balnearios al norte de la ciudad que poseían una infraestructura moderna y estaban destinados al entretenimiento masivo. En el balneario de "La Florida", la participación

371 *La Capital* 14/II/1938.

372 DS HCD 07/XII/1939, p. 1886.

373 DS HCD 26/VI/1939, p. 1030; ET HCD diciembre 1940, f. 5855.

374 ET HCD abril 1941, f. 961.

375 STORNI, Alfonsina "Saladillo", en *Seis cantos a Rosario*, Biblioteca Argentina, Rosario, 1949.

del vecinalismo y de la prensa renovó el impulso de los abiertamente ineficaces proyectos municipales.³⁷⁶

La innovación aportada por las obras de Parque Ludueña, el Balneario “El Saladillo” y “La Florida” fueron relativas. Estos procesos contaron con antecedentes y articulaciones en la década de 1920, las modificaciones introducidas durante la intendencia de Manuel Pignetto desbrozaron el camino para la intervención municipal en la creación de dispositivos de esparcimiento popular, como el *Stadium* Municipal. El imaginario urbano de la entreguerra estableció el carácter tendencialmente masivo de la sociedad, los entretenimientos y las diversiones no podían restringirse a los grupos sociales minoritarios. Debía integrarse a los sectores populares a una trama social y nacional complejizada, institucionalmente los municipios emprendieron, aunque no sin dificultades esa tarea.

Los planes municipales, financiados por el empréstito provincial de 1922, tendían al mejoramiento del nivel de vida y la salud popular. Pretendían consolidar la tríada asistencia sanitaria, vivienda higiénica y cultura física. Estas estrategias se prolongaron en varios proyectos de organización urbana del esparcimiento. *Reservas Boscosas y Espacios Libres de Rosario* fue presentado en 1932, el *Plan Regulador* se aprobó en 1935, y *La ciudad nueva* de José Lo Valvo fue editado en 1936, tras un fallido intento de discusión en el CD a fines de 1929. A mediados de los años 1930s., estas tentativas de reforma recibieron el impulso cardinal de la Ley Provincial de Parques, promulgada por la democracia progresista y aplicada por la intervención y los gobiernos conservadores. Años después, estas proposiciones se materializaron en las modernas instalaciones del Parque Ludueña, que actualmente es conocido como Parque Alem.³⁷⁷

Tanto cuando los parques y los balnearios fueron el espacio idóneo para la socialización y la distinción de las elites, como cuando formaron parte del espectro de prácticas asociadas a los sectores populares, resultaron lugares higiénicos más en el plano discursivo que en el práctico. Abigarradas multitudes fueron convidadas a participar de baños que prometían eliminar las impurezas y toxinas del trabajo, a disfrutar de la tonificación del aire libre y la luz solar contra la tuberculosis y a beneficiarse de los ejercicios de la natación para fortificarse.³⁷⁸ No obstante, las imágenes que se desprenden de las piletas y de los baños los muestran más ocupados en actividades lúdicas que comprometidos con el cuidado consciente y sistemático de su salud física e integridad moral.

376 ET HCD octubre 1939, f. 5109.

377 DS HCD 17/X/1939.

378 AZEVEDO, Fernando “El problema de la higiene social por la educación física”, en *Cultura Física y Sexual*, año I, núm. 1, diciembre 1937, p. 262.

CAPÍTULO VI

Construcción, segregación y habitación

A penas una mirada rápida es suficiente para declarar que la formación de las periferias en Rosario necesita de estudios más minuciosos y comprometidos. Estas páginas indagan en las relaciones entre viviendas, barrios, asociaciones, identidades, municipio y políticas urbanas. El punto de observación son los conjuntos habitacionales de la Vivienda del Trabajador (en adelante, VT). Estudios precedentes han recalcado la excepcionalidad de esa experiencia y del municipio que la inició.³⁷⁹ Este capítulo, en cambio, intenta matizar esa imagen. Como fragmento urbano, la VT fue una parte del rompecabezas de la Rosario de entreguerras, acaso el cuadro completo sea inaccesible pero los encastrados de las piezas cifran la forma de esa totalidad.

Los intereses del municipio, las constructoras privadas y los especuladores inmobiliarios confluyeron en la VT. Tres módulos habitacionales se dispusieron en los bordes de la ciudad,³⁸⁰ las viviendas fueron construidas siguiendo una tipología jerárquica. El confort ascendía de una casa con pocas divisiones, un piso, modestos jardín y patio, hasta alcanzar múltiples habitaciones, dos plantas, dos baños y grandes superficies libres al frente y el fondo.

La urbanización del barrio Parque es la más integrada a la ciudad, barrio Sarmiento fue trazado a partir de diagonales peculiares y barrio Mendoza, sin resignar su especificidad molecular, se disuelve en el entorno. Esos tres conjuntos poseen una distribución equiparable: los tres están cerca del ferrocarril y las vías de descongestión, la colocación de las viviendas respecto a las avenidas responde a un patrón impuesto por el mercado inmobiliario: los mejores lugares se reservaron a las más acondicionadas y los menos visibles quedaron para las más humildes.

Las construcciones parecen participar de un juego de espejos dispersados por la ciudad, leves variaciones son anuladas por un observador que sacrifica el detalle al conjunto. Ese ojo no alcanza a entrever que detrás de esas analogías morfológicas descansan relaciones sociales y procesos históricos. En 1926, los concejales Morcillo y Diez de Andino proyectaron la construcción de viviendas para trabajadores y empleados, esa política fue conocida como “La Vivienda del Trabajador”. El emprendimiento avanzó en la urbanización del sud-oeste del Parque de la Independencia, estableció en el norte una conexión entre los barrios Refinería, Talleres, Arroyito y Alberdi y vinculó al oeste a Echessortu con Belgrano. Sus rasgos se extendieron por numerosas manzanas, formalmente emparentadas por la política y el pasado.

379 RIGOTTI, Ana María *Viviendas para los trabajadores. El municipio de Rosario frente a la cuestión social*, Prohistoria Ediciones, Rosario, 2011.

380 Norte: Barrio Arroyito (Sarmiento); Sur: Barrio Parque; Oeste: Barrio Mendoza.

El camino de la VT fue poco complaciente con sus promotores, los propósitos de otorgar habitaciones a obreros y empleados estuvieron lejos de cumplirse. Un sinuoso derrotero enmarca a esa experiencia urbana que produjo identidades híbridas y solapadas. Este capítulo se propone comprenderlas y explicarlas desde una perspectiva que elude la tentación de destacar la evidente particularidad de ese proyecto y sus efectos colindantes.

Estrategias habitacionales

Las descripciones de la habitación popular ofrecen una postal negativa,³⁸¹ esencializan los atributos y construyen estereotipos rígidos de sus ocupantes.³⁸² Esas operaciones discursivas brindaron larga vida a los esquemas culturales proyectados sobre el conventillo. “Oscuridad” y “suciedad” representaron durante muchos años al inquilinato, los subproductos de sus habitaciones fueron la “enfermedad”, el “vicio” y el “crimen”.

La Inspección General de Rosario, en 1895, contabilizó 959 conventillos y apenas 1500 piezas de baño.³⁸³ Un promedio de cinco familias vivían en esas construcciones “antihigiénicas”,³⁸⁴ la prensa y la literatura de la época subrayaron el carácter penoso de esa situación. La historiografía, en cambio, se ocupó de matizarla, por ejemplo, para Diego Armus y Jorge Hardoy, el conventillo no fue una realidad inevitable. Hubo otras estrategias habitacionales³⁸⁵ que quedaron tenuemente estampadas en el tejido urbano y el registro documental.³⁸⁶ Observemos algunas de esas huellas ligeras de la habitación evanescente.

Los rumores de una epidemia de fiebre amarilla recorrieron la ciudad en 1900. Una vez más, el intendente Lamas robusteció los mecanismos de intervención del municipio. En las áreas desprovistas de aguas corrientes, se obligó a “...muchas gentes pobres a abandonar sus casillas y ranchos, que [se decía] eran un peligro para la salud”.³⁸⁷ Los damnificados fueron trasladados “...a parajes más alejados”, Del núcleo

381 El Censo de Conventillos de 1895 mostró un cuadro difícil en hacinamiento y calidad de los servicios. *Memoria presentada al Honorable Concejo Deliberante por el Intendente Alberto J. Paz correspondiente al período 1895 y 1° de julio de 1896*, Rosario, 1896, pp. 276-324.

382 *Monos y Monadas*, año II, núm. XXXVI, 19/II/1911.

383 En 1895 se habían contabilizado 1026 conventillos.

384 ET HCD 1900, f. 501.

385 HARDOY, Jorge Enrique “La vivienda popular en el municipio de Rosario a fines del siglo XIX. El censo de conventillos de 1895”, en ARMUS, Diego (comp.) *Sectores populares y vida urbana*, CLACSO, Buenos Aires, 1984; ARMUS, Diego y HARDOY, Jorge Enrique “Conventillos, ranchos y casa propia en el mundo urbano del novecientos”, en *Mundo Urbano y Cultura popular. Estudios de historia social Argentina*, Sudamericana, Buenos Aires, 1990.

386 LIERNUR, Jorge Francisco “La ciudad efímera. Consideraciones sobre el aspecto material de Buenos Aires 1870-1910”, en LIERNUR, Jorge y SILVESTRI, Graciela *El umbral de la metrópolis. Transformaciones técnicas y cultura en la modernización de Buenos Aires (1870-1930)*, Sudamericana, Buenos Aires, 1993, pp. 177-222.

387 ET HCD 1900, f. 420.

urbano “regularizado”; de donde se concentraba la población “decente” había que extirpar las viviendas precarias. Lejos de preservar la salud de los grupos relocalizados, este movimiento segregativo pretendía salvaguardar a los habitantes del centro de la epidemia.³⁸⁸

Algunas viviendas eludieron los desalojos por no representar gran peligro a ojos de los inspectores o no hallarse a su dueño durante la inspección. La reubicación fuera del perímetro de los bulevares advierte sobre la formación de cordones sanitarios dentro la misma ciudad, frente a la quema de ranchos, ejecutada sin miramientos pocos años atrás, los traslados resultaron más civilizados y tolerantes. “Quemar casillas y ranchos y dejar familias enteras en la calle es cosa fácil para quienes las ordenan o las realizan, pero insoportables para los que sufren sus efectos...”³⁸⁹

El desplazamiento de casillas y mobiliario sugiere el carácter flotante de las construcciones, todavía en los umbrales del siglo XX, las viviendas podían tener una ubicación variable, dentro del casco urbano, en zonas oficialmente declaradas como consolidadas.³⁹⁰ El número de viajes y de carros insinúa la ineficacia de estos servicios, pero, también, la magnitud de la vivienda efímera y la diversidad de la habitación subalterna. Aquí, la documentación oficial contribuye a flexibilizar la imagen del conventillo producida por fuentes presuntamente más cualitativas, como las literarias.

Distintas zonas de la ciudad albergaron habitaciones subalternas. Cerca del vaciado de basuras, la población vivía en ranchos, entre los residuos y el gruñido de los cerdos del criadero. Los intentos de relocalización de estas poblaciones y actividades no fueron serios ni sistemáticos. Así lo aconsejó su lejanía del centro, nadie conocía con precisión aquel barrio y a nadie le importaba demasiado, incluso las autoridades municipales tenían nociones muy imprecisas y vagas acerca de su ubicación y situación. Según la escritora Rosa Wernicke, “[l]os callejones cruzan la barriada en distintas direcciones [...] puede contemplarse el rancharío de lata en el que habitan innumerables familias con su larga prole.”³⁹¹ Pero esa gente no poseía una representación en los asuntos locales, estaba allí pero carecía de importancia para el gobierno municipal. Al otro extremo, la zona norte acogió al barrio de “Las Latas”, donde la toponimia caracterizaba a las construcciones. En contraste con el asentamiento inmediato al vaciado, “Las Latas” no duraron demasiado y en su lugar, aparecieron las típicas urbanizaciones de obreros e inmigrantes de principios de siglo XX, caracterizadas por la casa chorizo.

388 ET HCD 1900, f. 420.

389 *La Capital* 2/II/1900. Citado por ARMUS, Diego y HARDOY, Jorge Enrique “Conventillos, ranchos...”, cit., p. 181.

390 Estas *incrustaciones* abundaban en zonas que según planos y censos estaban urbanizadas. La mayor parte de las viviendas se encontraban entre las calles Salta, Bv. Santafecino, Bv. Timbues y Av. Welwright. ET HCD 1900, f. 420.

391 WERNICKE, Rosa *Las colinas del hambre*, Claridad, Buenos Aires, 1943, p. 17.

Diego Armus halló una nota que ilustra de manera inmejorable la condición transitoria de esas edificaciones. Cuando no predominaban las construcciones de ladrillo, revoque o mampostería, los habitantes vivían en una comunidad de lazos y vínculos muy estrechos. Con la aparición de construcciones más perdurables, llegó la especulación inmobiliaria y la disolución de esas ligaduras. El mundo igualitario hecho de latas, cartones y maderas fue desbaratado por los adoquines, los ladrillos y las ambiciones. Esta representación condensó las dos caras morales de la urbanización y el progreso. Aparentemente, las construcciones de materiales volátiles eran toleradas y aún celebradas por la prensa, siempre y cuando estuvieran lejos de las urbanizaciones “regulares” del centro.³⁹²

Esos matices no menoscabaron la imagen hegemónica del conventillo como habitación popular. Nadie que deseara “normalizar” o “regularizar” los procedimientos higiénicos y urbanísticos pudo omitirlo de su discurso. Fue considerado como el atentado *par excellence* “...contra la salud del cuerpo y la moral.”³⁹³ Los intelectuales impulsaron una crítica tan punzante como estéril sobre sus condiciones,³⁹⁴ para los estándares de habitación y los parámetros del higienismo, los cuartos de alquiler eran inhumanos focos de infección.

Desplazada y con tópicos diferentes, esta valoración negativa, también, arraigó en los ocupantes de los conventillos. Entre septiembre y noviembre de 1907, los inquilinos de los conventillos declararon una huelga, se resistieron a pagar lo que reputaron alquileres usurarios y extorsivos. El evento se produjo en una coyuntura de carestía y sobrepoblación, Agustina Prieto asegura que ese año hubo una mala cosecha y muchos trabajadores rurales migraron a la ciudad. La población de Rosario creció exponencialmente entre 1890 y 1910, la urbanización y las locaciones resultaron insuficientes ante una demanda en franco ascenso. El gobierno incrementó los impuestos, y los alquileres se dispararon.³⁹⁵ Por entonces, el 30% del salario de un trabajador promedio era consumido por el alquiler de una pieza de conventillo.

La movilización fue politizada a partir de la participación e interpretación de grupos anarquistas y socialistas. El proceso de activación social perturbó los esquemas clasificatorios de ambos. Tanto para el socialismo como para el anarquismo una huelga de consumidores era un contrasentido. Sin embargo, introdujeron, quizá un poco forzosamente, al acontecimiento en sus esquemas perceptivos previos. Los anarquistas la visualizaron como el principio de una insurrección anti-estatal de carácter

392 *Monos y Monadas*, 4/V/1911. Citado en ARMUS, Diego “Conventillos, ranchos y...”, cit., pp. 167-168.

393 *La Capital* 23/06/1914.

394 RAWSON, Guillermo *Estudio sobre las casas de inquilinato de Buenos Aires*, Imprenta de la Vanguardia, Buenos Aires, 1942 [1876]; WILDE, Eduardo *Curso de Higiene...*, cit.; GACHE, Samuel *Les logements...*, cit.; BUNGE, Augusto *Las conquistas...*, cit.; CONI, Emilio *Memorias...*, cit.

395 PRIETO, Agustina “La Prensa y la Huelga de inquilinos de 1907”, en ARMUS, Diego (comp.) *Huelgas, Hábitat y salud en el Rosario del novecientos*, UNR-Editora, Rosario, 1995.

revolucionario y los socialistas le asignaron el rol de una demanda dirigida a atenuar la explotación de un capitalismo rentista y parasitario.³⁹⁶ Finalmente, la conflictividad cedió ante la represión policial y el agotamiento de la protesta.

Ocasionalmente, los sectores populares pudieron hacerse con una vivienda. La casa propia rotuló una parte importante del imaginario del ascenso social de la *Argentina moderna*.³⁹⁷ *Fueron variadas las formas de procurarse una modesta vivienda. En 1910, la modalidad más novedosa era la adquisición de lotes periféricos financiados en mensualidades sin interés.*³⁹⁸ Esas tierras fueron puestas en valor, ingresaron al mercado inmobiliario con la llegada de los tranvías eléctricos (1906-1909) y la mayor densidad de los servicios públicos en la zona céntrica. Las intenciones de los agentes inmobiliarios ensayaban revertir el sentido de la segregación espacial y las esperanzas de los subalternos estaban cifradas en mejorar sus condiciones de vida. Este juego de expectativas desempeñó un papel crucial en la reconfiguración de la trama urbana.

Sin embargo, el viaje del centro a los barrios no se caracterizó por modificaciones radicales. A veces, la vivienda suburbana resultó aún peor que los cuartos del inquilinato. La explotación económica pasó del casero a las sociedades urbanizadoras y las pésimas condiciones de higiene y el hacinamiento fueron reemplazadas por la ausencia (o irregularidad) de los servicios urbanos.

Un ejemplo quizá un poco extremo, pero por eso mismo muy esclarecedor de esas tendencias, fue la formación del barrio Mendoza impulsada, en 1909, por la Urbanizadora Infante y Arrillaga. En pocos años, esa fracción se transformó en el emergente de las más variadas irregularidades suburbanas. La sociedad urbanizadora corrió con la extensión de los servicios, en acuerdo con las ordenanzas vigentes.³⁹⁹ Pero las prolongaciones y el suministro se efectuaron sin la participación ni el control de las reparticiones municipales. El agua corriente fue extraída de napas sospechosamente potables, no se contrató la provisión de energía eléctrica con la concesionaria habilitada, sino con la empresa de tranvías eléctricos. Y la traza fue decidida unilateralmente por la urbanizadora, sin presentar ningún plano al municipio. Las edificaciones de madera, chapa, barro y residuos tuvieron funciones múltiples: gallinero, caballeriza y porqueriza. Todo estaba en perfecta transgresión al reglamento de edificación vigente desde 1890. Barrio Mendoza se transformó en una ciudad dentro de la ciudad, un

396 PRIETO, Agustina "La prensa y la huelga...", cit., p. 23.

397 GORELIK, Adrián "Lo local y lo global: un debate sobre el reformismo. Notas sobre sociabilidad popular, ciudadanía, espacio público y estado en la Buenos Aires de entreguerras", en *Cuadernos del CIESAL*, núms. 2 y 3, 1º y 2º semestre 1994.

398 *Monos y Monadas*, 1910, t. 1.

399 Existía una ordenanza por la cual el municipio no se comprometía a costear los servicios públicos de nuevas urbanizaciones ubicadas fuera de un radio determinado. Muchos operadores inmobiliarios solicitaban la dotación de servicios para valorizar sus tierras a expensas del tesoro comunal. ET HCD septiembre 1909, f. 561.

municipio que había declarado su autonomía política por la fuerza del mercado. Era una suerte de realidad paralela, fuera del alcance de las normativas locales.⁴⁰⁰

Por desarrollarse a distancia de los inquilinatos, las condiciones de vida de algunos barrios no variaban demasiado. La experiencia interiorizada en un hábitat precario estableció los recursos y las estrategias económicas, los urbanizadores fijaron las condiciones que favorecieron la persistencia de las dificultades higiénicas y sanitarias.

Por lo demás, la estrategia de la casa autoconstruida resultó bastante onerosa e improbable hasta la década de 1920. Y, aún entonces, sólo fue viable para quienes pudieran costear las mensualidades e hipotecar sus descansos en la construcción. La baja disponibilidad de la vivienda era el correlato de los magros salarios y los altos costos inmobiliarios. Según los censos, el crecimiento de la población sumó un factor capital, entre principios de siglo y mediados de los años 1920s., la ciudad creció en unos 100 mil habitantes.⁴⁰¹ Si bien la progresión demográfica posiblemente estuviera adulterada, el volumen de su imagen no alcanzaba a ser compensado por los equipamientos urbanos y la construcción de viviendas. La situación estimuló los desarrollos del mercado inmobiliario.

Además, la Gran Guerra europea desaceleró el proceso de suburbanización. Entre 1913 y 1917, la construcción quedó prácticamente paralizada, la escasez de materiales y el cese del crédito internacional disminuyeron la actividad. Una “carestía en los alquileres” aquejó a la ciudad desde 1919, nuevamente, las pocas viviendas en el mercado y la especulación inmobiliaria dispararon los precios de las locaciones. Para la construcción de viviendas baratas, la prensa solicitó la diagramación de políticas públicas.⁴⁰² El municipio de Rosario declaró la insuficiencia de recursos para acometer esa tarea, de forma intempestiva y brutal, la semana trágica mostró la urgencia de esa y otras intervenciones. A pesar de todo, los alquileres y las subsistencias continuaron en alza.

La reconquista del centro

La escalada de los alquileres dañaba el equilibrio social y dificultaba el acceso a la vivienda, pero, prescindiendo de sus defectos, permitía (re)diseñar el sentido de la segregación urbana. Ese *proto-zoning* fue enmascarado bajo la designación más con-

400 ET HCD mayo 1913, t. 1, ff. 242 y 244.

401 Los datos oficiales correspondientes a los censos municipales de 1910 y 1925, arrojan en el primer caso la cifra de 192.278 y en el segundo 406.469 habitantes. *Tercer Censo Municipal...cit.; Cuarto Censo Municipal. Levantado el 21/10/1926 bajo la dirección de Dr. Domingo Dall'Anese*, en *Revista de la Facultad de Ciencias Económicas, Comerciales y Políticas*, Tercera Serie, t. IV, Rosario, 1933. El salto demográfico se produciría luego de la Primera Guerra mundial. Según el Censo Nacional de 1914, Rosario contaba entonces con 222.592 habitantes. Tercer Censo Nacional Departamento Rosario, Bajo la dirección de Juan Álvarez. Documentación Manuscrita, 2 vols., Rosario, 1914. Las cifras han sido objeto de controversia y puede estimarse que la población de Rosario para 1925 era de 100.000 habitantes menos que los consignados en el recuento.

402 *La Capital* 14/II/1919.

veniente y aparentemente neutra de *descentralización*. Fue la prensa quien primero imaginó las soluciones para el alojamiento de los trabajadores y los empleados que estaban confinados en un centro, cuyos alquileres habían trepado casi “naturalmente” a niveles inimaginables. *La Capital* argumentaba: “...se impone promover la expansión urbana”, a fin de desconcentrar “...la población hacia la periferia y los pueblos cercanos.” Allí, el valor de la tierra “...jamás alcanzará los costos del centro, siendo más accesible a presupuestos domésticos.”⁴⁰³ El robustecimiento del sistema de transportes era la llave de ese proceso de extensión de la mancha urbana, las instalaciones ferro-portuarias no podrían ser (re)ubicadas tan rápidamente como la población. Garantizar los traslados de hombres y mujeres de la vivienda a su trabajo fue una tarea que los transportes públicos urbanos de la época no pudieron cumplir adecuadamente. En los años 1920s., la invocación de la inminente remodelación y modernización de la red tranviaria y del sistema de ómnibus fue una promesa permanente, aunque también incumplida.

La represión de 1919, conjuntamente con ciertas concesiones o su anuncio, consiguió sostener el orden. Paulatinamente, las elites comenzaron a reagruparse en el viejo casco urbano. Convenía hacer del centro un área segura y convertir a la primera ronda de bulevares en una fortaleza contra una improbable, pero atemorizadora, insurrección urbana. Las grandes obras de remodelación de estilo europeo eran poco factibles, en contextos más favorables no tuvieron ningún éxito.⁴⁰⁴ Promover una homogeneidad social (aunque solo fuera imaginaria) de la población residente entre los bulevares fue la estrategia más viable en el corto plazo. Por su intermedio, los dominantes retomarían una posición privilegiada en el área central, Manuel Castells denominó a este fenómeno social y urbano la reconquista del centro.⁴⁰⁵

Residencia y sentido construyeron, al menos en el imaginario del centro, un mundo cerrado y seguro, formado por agentes mutuamente conocidos y de rango social equivalente. Entre 1920 y 1940, el centro y los barrios fueron (re)definidos social y culturalmente. “La población de la ciudad ha debido encaminarse del centro a la periferia, de la congestión urbana a la descongestión.”⁴⁰⁶ Anteriormente, los grupos dominantes no consiguieron desalojar a los subalternos de la parte más antigua de la ciudad. El carácter inmigratorio y ferro-portuario de Rosario hizo inviable y hasta desaconsejable esa estrategia. La falta de funciones urbanas en la periferia y de transportes medianamente eficientes impidió la desconcentración. En consecuencia, fueron las elites quienes se dedicaron a la exploración de los suburbios. Desde 1870, los bordes de la ciudad se transformaron en residencias permanentes o transitorias para

403 *La Capital* 12/III/1920.

404 La referencia es al proyecto Bouvard. ET HCD mayo 1913, t. 1, ff. 349-352.

405 CASTELLS, Manuel *La cuestión urbana*, Siglo XXI, Madrid, 1974.

406 *La Capital* 15/III/1920.

estos grupos. De estas aventuras en pos del aislamiento social nacieron los barrios Saladillo, Alberdi y Fisherton.

La suba de los alquileres, la producción de desalojos y la clausura de conventillos permitió la recuperación del centro como área comercial, financiera y residencial. De una manera indirecta y casi también imprevista, esa (re)conquista del centro fue posible merced a la recuperación económica que se produjo después de la crisis. Elevar el costo de los alquileres y contener la protesta de los inquilinos fueron dos estrategias que se revelaron complementarias. Sin embargo, el disciplinamiento doble del mercado y la represión fue insuficiente. Para completar las condiciones de posibilidad de ese reordenamiento urbano, el municipio tuvo que extender los servicios públicos hasta los arrabales y el mercado inmobiliario debió mejorar la accesibilidad de los lotes pagaderos por mensualidades.

El abaratamiento y perfeccionamiento del transporte, diversificado a partir de 1923 en tranvías y ómnibus, permitió el éxodo de los sectores populares a los suburbios. Con la instalación de nuevas fábricas y talleres, algunas de las residencias vacacionales que caracterizaron la fase anterior de las periferias meridionales fueron transformadas en casas de inquilinatos. Estos procedimientos revitalizaron el mercado inmobiliario, prácticamente paralizado durante la guerra. Extensiones improductivas fueron valorizadas, la construcción se reavivó dejando a la demanda inmobiliaria más equilibrada. Por último, pero no menos importante, una buena porción de los sectores populares fueron extirpados de la primera ronda de bulevares, sino materialmente al menos sí en términos simbólicos. A partir de entonces, el centro fue imaginado como un área “socialmente homogénea y saneada”.⁴⁰⁷

Éstas fueron las condiciones de posibilidad de la (re)localización periférica de parte de los sectores populares. Allí, los alquileres serían menos extorsivos, las viviendas, más higiénicas, aunque los servicios públicos y los equipamientos colectivos fueran todavía una promesa.⁴⁰⁸

Durante los años 1920, la periferia fue el epicentro de loteos por mensualidades, de inquilinatos transitorios y ranchos emergentes. Posteriormente, se urbanizaron algunas fracciones de los terrenos vendidos, viviendas y barrios comenzaron a poblarse y ganar estabilidad. Las sociedades suburbanas reclamaron por los acondicionamientos indispensables, que llegaron lentamente. Sin embargo, al mejorar las funciones urbanas, los traslados al centro decrecieron, las poblaciones de los barrios iniciaron un proceso de incardinación, civilización y relativa auto-organización.

407 ARFINI, Alfredo “*El Gran Café de la Bolsa*” y *el precio de los alquileres*”, 1923; ARAYA, Ramón *Los altos alquileres y la política*, Talleres Gráficos “La Velocidad”, Rosario, 1927. Para Buenos Aires, BUNGE, Alejandro “La carestía de l vivienda”, en *Anales del Instituto Popular de Conferencias*, Buenos Aires, t. 6, 1925, pp. 47-68.

408 *La Capital* 12/IX/1920.

Entretanto, las elites aspiraban a convertir al centro en un mundo completo e imponerlo como el único y verdadero al resto de la ciudad. Esa intención negaba, tanto como necesitaba, a la periferia para autoafirmarse en una posición superior en la ciudad. Martín, un personaje de *Las colinas del hambre* de Rosa Wernicke, "...odiaba la barriada tanto como amaba el centro [...] Todo el centro era armonioso, rutilante y deslumbrador."⁴⁰⁹ En este pasaje, la autora hace que los dominados hablen la lengua de los dominantes que, dicho sea de paso, también es la suya, aunque con modulaciones peculiares. En esas páginas de una "novela realista y social", ambientada en 1937 y en un contexto urbano de relegación material y simbólica, emerge el juego de posiciones y relaciones existentes en la ciudad después la reconquista del centro.

Las elites esperaron ansiosamente que los sectores populares no volvieran al área central. Un mercado inmobiliario reconfigurado y la creciente extensión de los servicios públicos los mantendrían a distancia prudencial. Los réditos políticos y económicos de esas maniobras, aparentemente obligadas y naturales, no permanecieron tan ocultos como los suburbios construidos a partir de ellas.

Esas utopías diferenciadoras no fueron defraudadas por la vida cotidiana, ni por las relaciones sociales y las identidades de los barrios. Durante mucho tiempo, los habitantes de los suburbios no retornaron al centro, su dilatado regreso fue anunciado en la arena política. Las vecinales disputaron recursos antes que la ocupación de zonas urbanas, aunque, sin duda, fueron la primera creación institucional que permitió dotar y visibilizar una identidad en las periferias de Rosario.

El sueño de la casa propia

En 1920, José Lo Valvo formuló su proyecto *Viviendas Cómodas, Higiénicas y Baratas*, con la finalidad de edificar por cuenta del municipio cien casas, que se ubicarían de preferencia en "...barrios eminentemente obreros"⁴¹⁰ Tan pocas repercusiones como fuentes financieras confluyeron en esta iniciativa.⁴¹¹ Al año siguiente, J. B. Oroño presentó un contraproyecto que exoneraría de impuestos por cinco años a todas las construcciones valuadas en menos de \$5000m/n y que estuvieran implantadas fuera de la segunda ronda de bulevares, más allá de Bv. 27 de Febrero y Av. Francia.⁴¹² Lo Valvo sugería la intervención de los poderes públicos en el proceso de construcción, mientras que Oroño proponía mecanismos indirectos para favorecerlas. A pesar de estas diferencias, ambos ensayos corrieron la suerte del olvido. Tampoco arrojaron

409 WERNICKE, Rosa *Las colinas...*, cit., p. 31.

410 La mayor parte de las obras serían pagadas con un crédito del Banco Hipotecario, por los impuestos al cinematógrafo, subvenciones públicas, donaciones y parte de contribución directa de patentes. Versiónes Taquigráficas Honorable Concejo Deliberante (en adelante VT HCD) noviembre 1920, sesión del 30/X/1920, pp. 10-26.

411 LO VALVO, José *Acción Municipal*, J. L. Rosso & Cia., Buenos Aires, 1922.

412 ET HCD mayo 1922, t. II, f. 395.

novedades considerables, en materia de viviendas populares, las intervenciones pronunciadas en *El Congreso del Trabajo* de 1923.⁴¹³

Poco tiempo después, se presentó el proyecto de la VT con el objetivo de mejorar la accesibilidad de los trabajadores a la habitación, en un contexto de fuerte especulación inmobiliaria. El contrato se firmó en noviembre de 1926, pero hasta 1929 la inyección de capital público y la construcción seriada no arrojaron resultados.⁴¹⁴ Con las primeras adjudicaciones, los barrios se poblaron y los vecinos comenzaron a relacionarse y organizarse.

En una concurrída asamblea de marzo de 1928 se constituyó la Comisión Vecinal de la VT en Barrio Parque.⁴¹⁵ Ese mecanismo de formación era infrecuente, el municipio se abstuvo de nombrar a los integrantes del consorcio vecinal. Entre 1887 y 1920, las comisiones vecinales funcionaron como instrumentos del municipio y/o de los especuladores inmobiliarios.⁴¹⁶ El gobierno local las empleaba como emisarias del control higiénico y moral en los suburbios, mientras que los especuladores las aprovechaban para urbanizar y valorizar la propiedad. Al extenderse la ciudad y (re) localizarse la población en las periferias, los agrupamientos de vecinos reclamaron la provisión de servicios públicos.

Esa vecinal se constituyó en un clima particular. En su lanzamiento estuvieron presentes "...conspicuos miembros del Concejo": Marcelino Campana por la Unión Cívica Radical (en adelante, UCR) y Esteban Morcillo por el Partido Demócrata Progresista (en adelante PDP). Según los vecinos, la asistencia y "amabilidad" de los ediles garantizaba una "estrecha y amplia colaboración" entre la comisión y el deliberativo local.⁴¹⁷ El idilio de los adjudicatarios y el municipio fue un vínculo tan intenso como fugaz. Observemos uno de sus momentos más emblemáticos.

Aprovechando las potencialidades inmobiliarias del trazado, la empresa constructora abrió cuatro pasajes que, pese a contravenir el reglamento de edificaciones, le permitieron explotar el centro de las manzanas. Esas estrechas callejuelas fueron nombradas con números. Semejante nomenclatura se prestaba a confusiones con calles muy similares ubicadas en la zona norte de la ciudad, casualmente otro de los módulos de la VT, el barrio Sarmiento, bautizó numeralmente a sus calles. La vecinal de barrio Parque solicitó que las cifras fueran cambiadas por los nombres de "Juan Diez de Andino", "Esteban Morcillo", "Marcelino Campana", "Intendente Dr. Manuel Pig-

413 *Congreso del Trabajo*, Agosto de 1923, Santa Fe, Imprenta de la provincia de Santa Fe, 1923, pp. 138-139; 266-267; 275-276.

414 *Boletín Anuario Estadístico*, Municipalidad de Rosario, Rosario, 1934.

415 ET HCD enero-febrero-marzo 1928, f. 63.

416 *Compendio de Digesto Municipal*, Imprenta y Librería Scagnolari, Rosario, 1905, pp. 113-117.

417 ET HCD noviembre 1927, f. 63.

netto” e “Ingeniero Bugnone”. La proposición de las figuras de tres concejales, el intendente y el director del DOPM, certificaban el idilio del barrio con el municipio.⁴¹⁸

Los adjudicatarios no ocultaron una relación privilegiada con los funcionarios. El homenaje suponía de manera diferida la resolución de las dificultades del barrio con eficacia y sin demora, estas previsiones no estaban al tanto de la veloz circulación de los miembros del Concejo y de los intendentes. Las estrategias de los vecinos se construyeron sobre la base de un conocimiento que, como cualquier otro, era incompleto. No obstante, los primeros reclamos fueron atendidos con premura.

Construyendo identidades

No sólo la vecinal animó el circuito de sociabilidad del Barrio Parque, de esas actividades también participó el Club Social que abrió sus puertas a fines de 1928. Pronto se le adosó una pequeña biblioteca popular que aún funciona. Caía dentro de los objetivos del club “...ensanchar vínculos de sociabilidad como también [...] efectuar reuniones y entretenimientos de carácter cultural, físicos y deportivos.”⁴¹⁹ La mitad de la comisión directiva eran vocales en la vecinal. El club mantuvo una relación distante con respecto al municipio, sólo le solicitó reconocimiento institucional.

Las peticiones de la vecinal evidenciaron algunos de los problemas más frecuentes de los suburbios. Fueron centrales la extensión y la situación deficitaria de los servicios y la urbanización: mejorado del pavimento, ampliación de veredas, ensanche de pasajes,⁴²⁰ construcción de colectoras para desagües, modificación del recorrido y abaratamiento del transporte público,⁴²¹ instalación de servicios y comercios,⁴²² e incluso mantenimiento de criterios estéticos.⁴²³ Estas demandas perdieron vigencia al ingresar a la década de 1930, cuando el eje de las preocupaciones de los vecinos se desplazó hacia el interior de sus casas. Se estaba forjando una de las especificidades de los barrios de construcción pública. A diferencia del resto de la ciudad, en la VT procurar la reparación del piso de madera, discutir el ancho de los muros o la calidad

418 ET HCD enero-marzo-febrero 1929, f. 517.

419 ET HCD abril 1929, f. 580.

420 Estos tres problemas fueron contemplados por las comunicaciones de la Comisión Vecinal del año 1929 solicitando la extensión del pavimento hacia zonas donde no se construirían viviendas, pero que probablemente afectarían la durabilidad y calidad del área pavimentada: ET HCD enero-febrero-marzo 1929, f. 189 y ET HCD junio 1929 f. 2393.

421 Promediando 1929, la Comisión Vecinal de Barrio Parque solicitó el cambio de recorrido de la línea “E” de ómnibus, para que ingresase al barrio ET HCD septiembre 1929, t. 2, f. 263. Asimismo, pidió una rebaja de \$0,10 m/n del boleto de la línea “P”, que corría por Ovidio Lagos hasta el Centro. Esta modificación se fundaba en el carácter “obrero” del barrio. ET HCD septiembre 1929, t. 2, f. 310.

422 El 26/10/1928 el concejal socialista Rodolfo del Bosque envió a salas un proyecto de ordenanza para colocar servicios y comercios en la VT Barrio Parque. ET HCD enero-febrero-marzo 1929, f. 445.

423 El 13/04/1929 La Comisión Vecinal de la VT Barrio Parque pidió la demolición de viviendas de materiales precarios, entre las calles Av. Godoy, Ovidio Lagos, Avellaneda y 27 de febrero. Su presencia “afearía una de las iniciativas más felices del Honorable Concejo.”

de pinturas equivalía a las protestas de otros barrios por falta de alumbrado, imperfecciones del pavimento, o ausencia de desagües. En los módulos de la VT, por obra de la intervención del Estado en materia habitacional y de la construcción empresarial seriada de viviendas, por la acción combinada de dos dispositivos que encarnan el patrón fordista, lo privado se hizo público y lo individual colectivo.

Algunos reclamos, como los del costo de transporte, definieron a la VT como una política de vivienda obrera. Otros se enfocaron, sobre la erradicación de construcciones de madera y barro, en pro de la estética. Fuera del campo retórico, los vecinos de la VT difícilmente pudieran asimilarse a trabajadores no calificados, antes se parecieron a los propietarios preocupados por la imagen de su barrio. “El sueño de la casa propia” se concretaba en un espacio social ambiguo, movedizo e incierto, propicio para ejercitar la estigmatización lateral. Los adquirentes estaban dispuestos a recordar y olvidar sus orígenes y trayectorias selectivamente, según los intereses y las condiciones de presentación pública.⁴²⁴ Estas políticas de la identidad y las experiencias de los adquirentes en el mercado de consumo condicionaron su percepción del espacio urbano y del resto de sus ocupantes.

Posiciones fluidas

La creación de instituciones barriales respondió a los cánones preestablecidos, la historia de las relaciones sociales se impuso a las artes de hacer.⁴²⁵ En septiembre de 1929, la formación del Comité Pro-Defensa modificó ese curso prototípico. A partir de ese acontecimiento, las gramáticas políticas conocidas fueron alteradas y el universo cerrado de los barrios quedó abierto a nuevas estrategias de construcción política.⁴²⁶

El Comité Pro-Defensa se formó por votación asamblearia y tuvo la misión de exponer los reclamos e iniciar acciones ante el municipio. Los procedimientos de la construcción de la Comisión Vecinal y el Comité Pro-Defensa fueron idénticos, pero sus formas de vincularse al municipio y la constructora fueron distintas, a veces incluso parecieron opuestas.⁴²⁷ Con la creación del Pro-Defensa, el vínculo de gratitud y lealtad que había unido a los adquirentes con algunos funcionarios se quebró definitivamente.

El comité decía velar por los intereses barriales, tarea antes asumida por la vecinal. En el origen de esta nueva institución había una “extendida” situación de disconformidad, ocasionada por las incongruencias entre la ordenanza de la VT y su implementación. A ojos del comité, ese desplazamiento redundaba en costos adicionales y transgresiones en las que caían tanto el municipio como la constructora. Los adqui-

424 GOFFMAN, Erving *La presentación de la persona en la vida cotidiana*, Amorrortu, Buenos Aires, 1981.

425 DE CERTEAU, Michel *La Invención...*, cit.

426 SEWELL, William Jr. “Political events as transformation of structures: Inventing Revolution at Bastille”, en *Theory and Society*, núm. 26, 1996, pp. 841-881.

427 ET HCD septiembre 1929, t. 1, f. 2459.

rentes eran víctimas del municipio y de sus contratistas, representaron su situación como “...un extraño régimen de privilegio invertido.”⁴²⁸

Para los adjudicatarios, la VT no era una política pública orientada hacia el “bien común”,⁴²⁹ sino a la simple obtención de ganancias. La empresa y el municipio explotaban a los adquirentes, cobrando cuotas exageradas por viviendas de mala calidad. Esa disposición hacia el lucro y una fiscalización negligente permitieron a la constructora incurrir en reiteradas contravenciones al reglamento de edificación.⁴³⁰ Los adquirentes se sentían acorralados por un contratista ávido de dinero y por un grupo de funcionarios indolentes.⁴³¹

El municipio “...había defraudado las legítimas esperanzas de altruismo que el pueblo depositara en sus representantes.”⁴³² La relación adquirentes-municipio se desestabilizó y las identidades de sus términos cambiaron. El Comité Pro-Defensa produjo clasificaciones que afectaron su representación y sus relaciones con el gobierno local y la empresa contratista. Esas modificaciones respondieron más a la inestabilidad de las condiciones socioeconómicas, que a la transformación de la cultura política de estos agentes.

Las empresas en general pretendían obtener ganancias rápidas, pero Rossi e Hijo se las aseguraba al amparo del municipio. En vez de garantizar los derechos de los vecinos, el gobierno local aseguraba las rentas de los contratistas, comprometiendo con estas acciones el sentido social de la VT. Los integrantes del comité se referían a la ciudadanía de una forma ambivalente, se presentaron como “ciudadanos constitucionales”, pero también como “contribuyentes comunales”. Según la normativa, eran ambas cosas, ciudadanos en el ámbito nacional y provincial, y vecinos-contribuyentes en el municipal. Ese perfil tributario fue desdibujándose a medida que la crisis se hizo sentir. Inmersos en el contexto económico adverso que impuso la crisis, los adquirentes se describieron como “...pueblo humilde y numeroso” y repentinamente se descubrieron indefensos ante las fuerzas del mercado. Meses atrás, ellos mismos se había presentado y expresado como “contribuyentes defraudados”, jactándose de ser consumidores importantes que abonaban voluminosas patentes automotrices.

La ambigüedad del proceso de construcción identitaria era parcialmente el producto de una política que en su origen, también, resultó de una hibridación. Según la Ley Orgánica vigente desde 1900, el municipio, como ente administrador de los intereses vecinales, había iniciado un programa de construcción de viviendas populares que reconocía un derecho ciudadano próximo al concepto de “justicia social y

428 ET HCD diciembre 1929, f. 4297.

429 ET HCD diciembre 1929, f. 4297.

430 El reglamento de edificación que regía el municipio desde 1890 fue modificado sensiblemente en 1921. ET HCD septiembre 1921, t. 2, ff. 326-693.

431 HCD diciembre 1929, f. 4297.

432 ET HCD septiembre 1929, f. 4297.

distributiva”⁴³³ El municipio administrativo incursionaba en el campo de las políticas sociales más avanzadas, para las que incluso el Estado central se mostraba ineficiente.⁴³⁴ Los elevados costos de las unidades habitacionales transformaban a la VT en un complemento salarial para empleados municipales, antes que en una política social abocada a mejorar los estándares de vida de trabajadores u obreros.⁴³⁵ Esto fomentaba el perfil administrativo del municipio y el carácter tributario del vecino y, al mismo tiempo, menoscababa la imagen del Estado Municipal, la política social, las masas vulnerables y los ciudadanos. A esta constelación debe agregarse que el título del emprendimiento era la Vivienda del Trabajador. Por tanto, a pesar del elevado costo y las imperfecciones de las unidades, su construcción con dineros públicos era legítima por estar destinada a obreros o sectores de ingresos moderados o bajos. En este campo semántico, la VT se convertía en una política asistencial y social. Las polivalencias del emprendimiento y de los agentes involucrados conformaron una suerte de sedimento identitario superpuesto y, a veces, desarticulado que recorrió toda la trayectoria de esta experiencia.

En principio, las comunicaciones del comité englobaron a los adquirentes como contribuyentes respetuosos de sus obligaciones fiscales y fieles pagadores de la cuota. A partir de esos desembolsos exigieron al municipio un comportamiento equitativo. El contrato de adjudicación no era un simple acuerdo económico entre los adquirentes de las viviendas y la empresa constructora. La garantía prestada por el Municipio le agregaba al acuerdo un componente político, un pacto que no anulaba el carácter económico del contrato. Así, la VT pudo ser percibida alternativamente por los adjudicatarios, los funcionarios y los contratistas como una relación dual: política y económica.

Los pagos excesivos no formaron parte de las demandas sino hasta octubre de 1929. En un principio, los reclamos se concentraron en los defectos de edificación y solicitaron una reparación a la brevedad. El comité argumentaba que no podría enfrentar los pagos de pavimentos y ensanches de veredas, debido al “...contexto de la crisis.”⁴³⁶ Estas presentaciones demostraban que la finalidad de la VT fue desvirtuada en dos oportunidades. La primera, cuando los precios de las viviendas treparon a niveles inalcanzables para el salario de obreros con baja calificación. La segunda, cuando los grupos en ascenso que lograron acceder a las unidades fueron compelidos a pagar una cuota abultada, recibiendo a cambio una construcción mal ejecutada. Así,

433 LO VALVO, José *Acción Municipal...*, cit.

434 En 1915, la ley de Casas Baratas fue promulgada bajo el número 9677. El radio y el volumen de su acción fueron sensiblemente menguados: 391 viviendas construidas entre 1921 y 1934 y distribuidas en tres barrios de la Capital Federal. CAFFERATA, Juan *Casas baratas y bien de familia. Proyectos de ley*, Imprenta Alsina, Buenos Aires, 1914.

435 CASTELLS, Robert *La metamorfosis de la cuestión social*, Paidós, Buenos Aires, 1997.

436 ET HCD Vivienda del Trabajador, diciembre 1933, f. 6827.

el Comité Pro-Defensa denunció que la VT no era ni una política social y ni siquiera un complemento salarial, sino un emprendimiento económico que sólo apuntaba a incrementar las rentas de contratistas y hombres públicos. Ambos habían operado en Rosario como si fueran capitalistas y empresarios. Esta artillería discursiva intentaba desmontar los objetivos declarados de la VT, clasificándolos como espejismos, disfraces y simulacros.

¿Radicalización o dualización?

La virulencia de estos reclamos fue en aumento. Después del golpe de 1930, se escucharon los primeros rumores de rescisión del contrato de la VT. Esa operación exoneró a la constructora de toda obligación con las viviendas y colocó al municipio en el centro de los reclamos. Los adquirentes no desconocían que el gobierno local no corregiría los defectos. En consecuencia, se formaron las Comisiones Vecinales de Barrio Mendoza y Arroyito para advertir sobre las potenciales deficiencias de sus viviendas.⁴³⁷ La tibieza de estos reclamos todavía estaba muy lejos de las expresiones beligerantes del Comité Pro-Defensa de Barrio Parque, pero pronto las superó.

Alejandro Carrasco fue el Comisionado de la Intervención a cargo del DE desde septiembre de 1930. Mostró una buena predisposición en la tarea de solucionar los problemas vecinales. Recibió a los activistas en su despacho, donde les transmitió tranquilidad y les aseguró que no peligraba la continuidad del contrato. Finalmente, el comisionado les prometió formar una Comisión Investigadora para conocer a fondo y poder decidir sobre los defectos de las viviendas del trabajador.

A pesar de estas manifestaciones de buena voluntad y compromiso político, el contrato de la VT con Rossi e Hijo fue rescindido poco tiempo después.⁴³⁸ Muy claramente, los términos de la rescisión favorecieron a la empresa constructora. La municipalidad quedaba obligada a adquirir las viviendas deshabitadas y Rossi e Hijo se reservaba la propiedad de los terrenos remanentes. Las responsabilidades de la empresa sobre los desperfectos que pudieran aparecer no se extendían a más de un año, después de declarado el final de obra. Casualmente, todas las viviendas estaban a punto de atravesar ese tiempo de haber sido finalizadas.

¿Qué ocurrió entre la reunión de Carrasco con los vecinalistas y la rescisión del contrato con Rossi e Hijo? Ciertamente, no he podido saberlo, en cambio, trascendieron sus repercusiones y la respuesta de los vecinos no se hizo esperar. Los términos de la rescisión, la presunta “traición” del comisionado Carrasco y su evidente sordera ante los reclamos, desencadenaron una movilización de proporciones. En un nuevo nivel de realidad se expresaron las intuiciones del comité, los recursos acumulados durante los meses dominados por las formas de la reunión y el debate fueron pues-

437 ET HCD Vivienda del Trabajador, diciembre 1933, ff. 6851-6852.

438 *Compendio de Digestos municipal del año 1931, publicado durante la intendencia del Dr. Alejandro Carrasco*, Talleres Pomponio, Rosario, 1932, p. 24.

tos en acto y desplegados sobre las calles. Una multitudinaria asamblea reunió a los vecinos de los tres módulos de la VT y a comienzos de 1931, se resolvió adoptar la estrategia del no pago de las cuotas adeudadas.

Manuel Varón, uno de los líderes del movimiento, impulsó a la “desobediencia civil” en el Comité Pro-Defensa del barrio Sarmiento, ubicado sobre el norte de la ciudad. Su colega de Barrio Parque, Mariano Ferrer Más, sostuvo una estrategia de negociación semi-colaborativa y, por lo tanto, menos combativa. Ferrer Más consiguió poner en conocimiento del ingeniero Morgantini, que se hallaba al frente del DOPM, los desperfectos de una vivienda ubicada en Barrio Parque. Ante la comprobación de la veracidad de las denuncias, el DOPM organizó una encuesta en los tres barrios de la VT, acerca de la calidad y los niveles de conservación en que se hallaban las viviendas. Morgantini produjo un informe técnico que apoyaba sus resultados tanto en la encuesta como en los reclamos del Comité.

Los adquirentes movían la mitad de las piezas agresivamente. Varón exhortaba al no pago de las cuotas, violentaba la relación del municipio con los adjudicatarios y ponía bajo tela de juicio toda la política desplegada por la VT. La otra mitad de la fichas era jugaba cautelosamente. Ferrer Más mantenía el reclamo en un marco institucional más estricto, aceptando ciertas condiciones, reservando energías y proponiendo soluciones que el municipio pudiera evaluar como posibles. Durante algún tiempo, el tablero pareció dividirse en dos estrategias. A comienzo de la década de 1930, el municipio y las oficinas de la VT se enfrentaban con dos estilos de juego y quizá también con dos jugadores.

Los vecinos solicitaron la rebaja sobre el costo total de las viviendas,⁴³⁹ estipulando un porcentaje de retasa. Como justificación de esta medida, se invocó la amplitud y el agravamiento de la crisis. Una situación que perjudicaba directamente a las economías individuales de los adquirentes y que ellos intentaban transformar en una ventaja para profundizar las negociaciones con el municipio. El Informe del DOPM daba un nuevo umbral de legitimidad a los reclamos. Con más fieles e institucionalizadas certezas, los adjudicatarios avanzaron sobre la justeza de sus pedidos. Un funcionario y técnico del gobierno local, investido de capital simbólico (técnico-académico) y perteneciente a una burocracia en formación, respaldaba los pedidos de los residentes en la VT con sus informes. La capacidad de presión de los adquirentes había crecido. Entretanto, la situación financiera de la VT era delicada, el no pago de las cuotas alcanzaba al 80% de los adjudicatarios. Sería cuanto menos arduo y difícil ejecutar el rescate de los títulos de deuda pública emitidos por el municipio para aplazar el quebranto de la empresa.

439 ET HCD Vivienda del Trabajador, diciembre 1933, f. 6859.

La politización del vecinalismo

Durante la suspensión de las garantías constitucionales, las vecinales fueron instituidas como los interlocutores privilegiados del municipio. Una vez disueltos e ilegitalizados los partidos políticos, los interventores municipales indujeron un simulacro participativo. Pero la orquestación de ese consenso requirió de algunas condiciones, varias vecinales fueron intervenidas, su composición, régimen electoral y orientación política fueron cambiadas. Las autoridades vecinales que no hubieran sido elegidas por sus convecinos en asambleas públicas fueron revocadas. Con este movimiento, la intervención eliminaba a los especuladores inmobiliarios y a los operadores políticos del ex-intendente radical. Eran poderosas las sospechas de connivencia y acción concertada entre el radicalismo y las vecinales, articulaciones que muchas veces se expresaban en los nombramientos discrecionales de las autoridades barriales por parte del Departamento Ejecutivo Municipal (en adelante, DEM). El gobierno de facto promovió a las asambleas como el mejor procedimiento para designar a los presidentes de las asociaciones.⁴⁴⁰ La búsqueda de legitimidad no reconoció límites formales, el protocolo de selección (la forma), por sí mismo, era incapaz de controlar y producir el sentido político (el contenido). Durante la intervención de Carrasco y Lejarza, las vecinales ejercitaron una especie de “democracia directa” con la que apenas si habían coqueteado muy discretamente en su trayectoria anterior. El cambio de nomenclatura, que hacia 1920 abandonó definitivamente la designación de Comisiones Vecinales, se reforzó en la década siguiente. Entonces, las vecinales se reconocieron en y fueron reconocidas por el juego político como asociaciones de participación libre, abierta y tendencialmente horizontal.

Los interventores se mostraron accesibles a las demandas de las agrupaciones vecinales.⁴⁴¹ Una nueva relación entre las vecinales, los barrios y el municipio fue percibida por la prensa. Las vecinales se convirtieron en canales de mediación de demandas e intereses validados por la gestión local,⁴⁴² pero esa ponderación tenía una cara oculta: la condena a los partidos políticos. El fortalecimiento de las vecinales en las representaciones periodísticas tenía, en el imaginario de algunos sectores políticos entusiasmados por las consecuencias del golpe, la forma de una especie de punto final para la representación partidaria.

En los primeros años 1930s., la participación vecinal alcanzó los umbrales de la política institucional, los partidos proscriptos, la UCR y el Partido Socialista (en adelante, PS), se acercaron a las vecinales para socializar las demandas y mantenerse activos. Esa experiencia de colaboración transformó a los dos términos vinculados: los partidos actualizaron su agenda con reclamos vecinales y las vecinales politizaron sus demandas. Pese a esta aparentemente feliz confluencia, quienes apuntalaron el

440 *La Capital* 9/IX/1931.

441 *La Capital* 16/I/1931.

442 *La Capital* 11/IX/1930.

crecimiento de la política vecinal fueron los primeros en censurarlo. Las vecinales pusieron en juego estrategias políticas de baja formalización, pero de gran alcance y capaces de generar convicciones en el electorado. Asambleas, movilizaciones, marchas y petitorios con miles de firmas mostraron una efectividad creciente. Los dirigentes vecinales tampoco se privaron de producir algunas acciones espectaculares, como mítines y protestas frente a la Jefatura de Policía en plena intervención. Visualizadas como cualitativamente diferentes, las vecinales conformaron una serie de actividades y movilizaciones políticas. Esa distancia fenomenológica que establecieron tanto respecto a los partidos políticos como a los gobiernos municipales convirtió a las vecinales, paradójicamente, en actores políticos de peso.⁴⁴³

Numerosas experiencias sostuvieron este diagnóstico. La operatoria y el repertorio de los reclamos se reprodujo en las dos protestas más emblemáticas del vecinalismo: una con motivo del costo de los pavimentos de 1927 y otra por las evadas tarifas del agua corriente de Arroyito y Alberdi fijadas en 1924. La ambigüedad, como en los reclamos de la VT, no sólo era patrimonio de las políticas municipales. También esa vacilación e incertidumbre fue cultivada con ahínco por los esquemas de percepción de sus vecinos.

Perdidos en la traducción

El vecinalismo se fortaleció con el conflicto por la retasa de los pavimentos y el agua corriente. En 1932, cuando reabrió el Concejo Deliberante, las demandas vecinales ingresaron en la arena institucional, la representación de esos intereses fue asumida por Ceferino Campos. El edil socialista responsabilizó a las administraciones radicales, a cargo del DEM desde mediados de la década de 1910, y a la representación demócrataprogresista que controlaba el Concejo Deliberante, desde 1909, por los “malos negocios” que habían implicado los pavimentos, las aguas corrientes, la luz eléctrica y, por supuesto, la Vivienda del Trabajador.⁴⁴⁴

Según Campos, la VT no sólo benefició a la empresa contratista de las construcciones, también algunos de los funcionarios municipales compartieron de esas ganancias. Estas acusaciones fueron esquivadas con dificultad por algunos miembros del PDP, que intentaron mostrarse como completos legos en materia de fraudes. En todo caso, el “fracaso” de esa política de viviendas habría obedecido “...a autoridades inexpertas que intentaron introducir un sistema de protección social moderno, sin evaluar las consecuencias del mismo.”⁴⁴⁵ Los funcionarios habrían sucumbido frente a la desproporción de su creación. Era la VT una especie de Frankenstein y sus padres, inocentes criaturas que tan sólo habían ambicionado el bienestar de los demás. Las

443 Se destacaron las labores de las vecinales y se instó a multiplicar sus experiencias, *La Capital* 21/1/1931.

444 DS HCD 6/X/1933, p. 856.

445 DS HCD 24/IX/1933, p. 1165.

herramientas para regularizar a la VT no estaban a disposición ni tenían la escala de las instituciones que la idearon.

Mientras en el CD se deslindaban responsabilidades, el Comité Pro-Defensa solicitó una quita del 40% sobre las cuotas adeudadas. El problema de la deuda consolidada fue fuertemente discutido, tras varias jornadas de debate, la quita concedida no llenó las máximas aspiraciones del movimiento. Sin embargo, el descuento estuvo sólo diez puntos por debajo del reclamo y significó una victoria para los adjudicatarios.

Los impulsores de la VT, los miembros del PDP, Juan Diez de Andino y Esteban Morcillo, intentaron hacer de esa experiencia de gestión gubernamental un patrimonio político, una demostración tangible de la modernización del municipio. Esa ambición fue utilizada por la nueva oposición del PS para endilgarles sus fallos y malversaciones. Ceferino Campos subrayó esa tendencia a lucrar en desmedro de las arcas municipales y el bien común. Para el edil socialista, la UCR y el PDP habían gobernado sin control y en sordina con respecto a las demandas sociales.

La VT fue desnaturalizada y transformada en un negocio de “contratistas privados y funcionarios malintencionados.” Era una de las tantas irregularidades que existían en las concesiones de los servicios públicos. Campos intentó traducir los argumentos del vecinalismo al deliberativo local, pero la diferencia preexistente en los códigos perturbó esa transposición. Cuando las vecinales accedieron al sistema electoral, gracias a la sanción de la Carta Orgánica de 1933, las minorías como el PS abrieron una áspera competencia con ellas. El vecinalismo formó la Asociación Civil Liberación, colocando dos representantes en la Convención Constituyente para la redacción de la Carta Orgánica de Rosario de 1933 y en el CD en el período 1934-1935.

En la discusión sobre la Nueva Carta Orgánica, Liberación pugnó por mejores acondicionamientos urbanos y criticó la calidad administrativa, política y moral de los funcionarios públicos. Las analogías en el diagnóstico y la adjudicación de responsabilidades entre las vecinales y el PS eran notables. Ambos alegaron defectuosa y onerosa prestación de los servicios urbanos y culparon a las empresas concesionarias y a un grupo de funcionarios indolentes o corruptos. Mientras el vecinalismo se mantuvo al margen de la política partidaria y electoral, este acuerdo no resultó conflictivo para ninguna de las partes; pero todo cambió con la aparición Liberación.

Los representantes del PS, Bodetto, Martínez y Campos, hicieron cuanto estuvo a su alcance para evitar esa irrupción. Con la intención manifiesta de limitar el número, las actividades y el radio de acción de las asociaciones, los tres concejales promovieron una ordenanza “normalizadora” de las vecinales. En el articulado, las vecinales fueron explícitamente inhibidas de “...construir ligas, federaciones o confederaciones de carácter permanente, y de hacer manifestaciones de *carácter político*.”⁴⁴⁶

446 ET HCD abril 1932, f.1333. Énfasis añadido.

Una Nueva Carta Orgánica era la condición de posibilidad para que las vecinales hicieran política y se colaran en el proceso de apertura del juego institucional. La sanción de esta nueva disposición (re)orientó la producción de estrategias del grupo vecinal. Liberación fue una organización que permitió a las vecinales intervenir en la actividad política local, se convirtió en la traducción institucional de la acción vecinal al juego político. Manuel Varón construyó un híbrido con los pies apoyados en los barrios y las vecinales, pero con la cabeza dentro del sistema de partidos y la política local. Al ingresar a la Convención Constituyente de 1933, la alianza de Liberación con el PS estalló en mil pedazos. Una misma base electoral estaba en juego y a esa disputa obedeció el conflicto.

La formación de Liberación había comenzado en 1931, cuando el Comité Pro-Defensa patrocinó la estrategia del no pago de cuotas de la VT y avanzó instando a los vecinos a no abonar los servicios públicos que poseían prestaciones defectuosas y cobros leoninos: agua corriente y luz eléctrica. La cesación de pagos funcionó. En 1933, la municipalidad acusó un quebranto por más de un millón de pesos en cuotas impagas de la VT. Un año después, los vecinos obtuvieron una quita adicional del 10%, con la que alcanzaron el 40% reclamado inicialmente.

Al quedar satisfecho con la reducción de la deuda, el Comité Pro-Defensa adoptó una nueva postura y un tono menos agresivo caracterizó a sus peticiones. Las misivas propusieron un giro hacia una posición conciliadora y reformista que deponía definitivamente la intransigencia. El discurso regresaba a 1929, cuando se iniciaban las acciones del Comité Pro-Defensa y todavía regía el contrato con la constructora. Un “pueblo humilde y numeroso”, incapaz de cubrir sus deudas, cedía el paso a un grupo de presión que conocía los intrincados laberintos burocráticos, administrativos y económicos del municipio.⁴⁴⁷ La facultad de negociación del comité se había amplificado, sus demandas indicaban la racionalización de la finanzas del municipio. Casi con la misma velocidad con que había conquistado la voluntad de los vecinos, la actitud combativa desapareció, pero la posición de los reclamantes había cambiado. El grupo liderado por Ferrer Más y Liberación encabezado por Varón se separaron, estos dos jugadores consiguieron más contrincantes y amistosamente se dispusieron a enfrentar nuevas partidas. Con el correr de la década de 1930, Liberación se preocupó respecto a la VT. La Sociedad de Electricidad de Rosario, un enemigo gigantesco, conquistó su lugar y consumió las energías de esa asociación vecinal con pretensiones políticas. Pero la historia de esa bifurcación y sus ramificaciones forma parte de otro relato.

La conflictividad de la VT fue superada luego de la quita de 1935, sin embargo el saneamiento urbano de esos barrios siguió pendiente. La ordenanza N° 48 de 1939 permitió la ejecución de propiedades con deudas. Quedó previsto un protocolo se-

447 ET HCD junio 1935, f. 1486.

cuencial: primero, plan de pagos para deudores; segundo, intimación a morosos fuera de convenio; tercero, judicialización del no pago y cuarto y último, ejecución y remate. En menos de un año, treinta y tres casas fueron rematadas. La mayoría estaban en posesión de vecinos otrora movilizados del barrio Parque. El Director de la VT elogió el proceso de disciplinamiento de los adquirentes y ejemplificó su eficacia. Ante el inminente desalojo, uno de los antiguos militantes "...invitó a los vecinos a una reunión para renovar la resistencia, pero ni uno sólo concurrió a la proyectada reunión."⁴⁴⁸

La situación de la VT y su personal fue resuelta recién en 1948. Quien en 1920 impulsó un proyecto de vivienda con construcción directa por parte del municipio, fue el encargado de cerrar sus avatares, también, desde el CD. José Lo Valvo, luego de participar en las filas del PDP, la UCR y, entonces, ubicado en el peronismo, creó el Servicio Público de la Vivienda, que culminó las peripecias de un emprendimiento tan complicado como costoso.⁴⁴⁹

Más allá del discurso, la VT hizo poco y nada para transformar las condiciones de vida populares. En 1939, en el Congreso Panamericano de la Vivienda Popular, los concejales Bodetto y Martínez del PS denunciaron la pésima situación de la habitación popular en los suburbios de Rosario. Las experiencias de intervención del Estado y de las instituciones crediticias habían demostrado "...que los que más necesitan de la vivienda no pueden alcanzarla..." Sólo los habitantes del centro pudieron creer que "...con la disminución del conventillo se había resuelto el problema [...] en realidad sólo se consiguió trasladarlo del centro a la periferia de la ciudad." Los lotes por mensualidades promovieron construcciones precarias e insuficientes, donde también el hacinamiento impuso sus condiciones. Políticas nacionales, provinciales y municipales apenas contaban con la realización de la VT, cuyo saldo fue insignificante. Bodetto y Martínez la inscribieron entre "...las urbanizaciones periódicas llevadas a cabo con fines exclusivos de lucro y autorizadas sin dirección planificada que defiende individual y colectivamente los intereses de las clases trabajadoras."⁴⁵⁰

Una estricta ordenanza para encausar a las vecinales fue sancionada en 1939. No tardaron estas asociaciones en discutirla y resistirse a sus exigencias más radicales. Con todo, esa efervescencia duró hasta 1943, el golpe de estado aplacó la agitación. Poco después, las vecinales fueron convocadas para reanimar el universo político y popular de Rosario. En algunos casos, terminaron por convertirse en células básicas para la organización del peronismo. Manuel Varón y José Lo Valvo concluyeron sus carreras políticas militando activamente en esas filas, uno fue el Director Interventor de la Empresa de Electricidad en Tucumán y el otro, el Intendente Interventor de Rosario en 1952.

448 ET HCD septiembre 1942, t. 2, ff. 2023-2024.

449 LO VALVO, José *Planificación y urbanismo*, Rosario, s/e, 1948, pp. 119-144.

450 ET HCD diciembre 1939, t. VII, ff. 1-3 y 10.

Tercera parte

Atracciones, espectáculos y multitudes

CAPÍTULO VII

El deporte, el espectáculo y las masas

The foot-ball & la Argentina

Inicialmente el fútbol fue un deporte trasplantado, junto con el ferrocarril y otros adelantos técnicos y civilizatorios llegó desde Inglaterra. En la *cuna de los deportes*, la aristocracia impulsó inicialmente esta práctica deportiva⁴⁵¹ que durante la segunda mitad del siglo XIX se difundió socialmente. Ese proceso fue atestiguado por la construcción de estadios con mayores capacidades y comodidades para el público, el reclutamiento de un más extenso espectro de socios, la federación de equipos obreros y los ensayos en pos de profesionalizar la actividad.⁴⁵² Más recientes fueron los procesos actualmente bien conocidos de internacionalización y masificación del balompié.⁴⁵³

Los ingleses importaron el fútbol y los deportes a las pampas. Durante el último cuarto del siglo XIX, se incrementó la visibilidad de esas prácticas sociales y corporales. Fundado en 1867, "...por caballeros británicos, mayormente dedicados a la construcción del ferrocarril Rosario-Córdoba,"⁴⁵⁴ el Rosario Cricket Club fue uno de los más antiguos clubes deportivos del territorio nacional y su primer campo de deportes se ubicó en el corazón de la ciudad. En 1899, esos terrenos fueron cedidos a la congregación salesiana que construyó allí una iglesia y un colegio.⁴⁵⁵ El club se separó de las inmediaciones del puerto y del centro de Rosario, el ocio requería de un espacio-tiempo más retirado, fuera del alcance de los rumores del trabajo y el comercio.

En 1927, a raíz de una retaza de pavimentos, esta misma asociación intentó eludir sus obligaciones vecinales arrojándose el mérito de ser *pionner* en el deporte local, pero jamás reclamó un protagonismo análogo en la difusión del fútbol. El lanzamiento de los deportes fue temporalmente exclusivo y se restringió a unos pocos círculos caballerescos. En el mediano plazo, el fomento de la competencia se reveló contra esa exclusividad. ¿Cuáles fueron las gramáticas y las estrategias socioculturales que permitieron esa transformación? ¿Cómo un deporte inglés y exclusivo devino una

451 ELIAS, Norbert y DUNNING, Eric "El fútbol en Gran Bretaña durante la Edad Media y comienzos de la Edad Moderna", en ELIAS, Norbert y DUNNING, Eric *El Deporte y el Ocio en el Proceso de la Civilización*, FCE, México, 1995.

452 HOLT, Richard "Anglaterra: le 'foot', l'ouvrier et le bourgeois", en *L'Histoire*, núm. 38, octubre 1981.

453 GUTTMANN, Allen *Games & Empires: Modern Sport and Cultural Imperialism*, Columbia University Press, New York, 1994.

454 *Centenario del Club Atlético del Rosario - Plaza Jewell Historia de 100 años de deporte amateur 1867-1967*, Rosario, 1967, p. 104.

455 Los salesianos abrieron una escuela de Artes y Oficios en 1890. Nueve años después, fue trasladada a los terrenos de referencia. ET HCD mayo 1920, t. 1, f. 337.

práctica identificada con lo nacional y lo popular?⁴⁵⁶ Capturar algunas instantáneas de ese movimiento complejísimo, explorar algunas de las energías que lo promueven, inquirir en sus lógicas y paradojas forman los objetivos de este capítulo.

Interiores

El entorno sociocultural del fútbol de fines del siglo XIX difiere radicalmente del actual. Los directivos se encargaron de apuntalar el carácter británico y excluyente de los primeros clubes,⁴⁵⁷ el nombre de Rosario Cricket Club se conservó hasta 1888.⁴⁵⁸ Por entonces, se lo rebautizó como Club Atlético de Rosario (en adelante, AR), con el simple, pero trascendental objetivo de obtener la personería jurídica del gobierno provincial y, de ese modo, poder participar en ligas y torneos.

El nomenclador de socios y la arquitectura de la institución dejaron que esa exclusividad se inscribiera en las relaciones y las materialidades. Una tribuna de medidas exiguas, aunque contundentemente ornamentada, se colocó a un lado del campo deportivo. Muchos espectadores abarrotados contra el campo de juego, apostados como participando de un alegre desorden carnavalesco era una postal indeseable para los patrocinadores del AR, un pequeño espacio para albergar a una concurrencia minoritaria y selecta era suficiente. No hubo alambradas ni fosos que separaran al público de los deportistas. Un solo cerco rodeó las instalaciones, como una barrera casi infranqueable, infinitas recomendaciones y requisitos fueron solicitados a los aspirantes a socios. En tributo a la lógica del mutuo (re)conocimiento se organizó el círculo íntimo del AR. Un grupo de parientes, allegados y amigos disfrutó allí del ocio y la sociabilidad de sus instalaciones. Las prácticas deportivas dominaron esos momentos ajenos al calor y el estruendo de las multitudes.

El AR mantuvo una morfología social británica casi inalterada hasta 1930.⁴⁵⁹ Al iniciarse el siglo XX, disputó *matches* de *foot-ball* con equipos rioplatenses. Lomas, Flores, Quilmes, Belgrano, Retiro, *English High Scholl* (Alumni) y Peñarol de Montevideo desfilaron por su *field*. El AR obtuvo un campeonato en 1902, derrotando a Alumni ante seiscientos espectadores.⁴⁶⁰ Los *matches* de Plaza Jewell fueron matizados con reuniones sociales y fiestas, propuestas por regla como coronación de las jor-

456 Una pregunta semejante, aunque con una respuesta posiblemente más lograda, orienta la investigación de FRYDENBERG, Julio *Historia Social del Fútbol. Del amateurismo a la profesionalización*, Siglo XXI, Buenos Aires, 2011.

457 La asamblea de constitución se celebró bajo rigurosa intimidación. Estuvieron presentes A. Wilcox, G. Middleton; W. Penman; V. Parr, A. Le Bas; H. Robinson; Miguel Green; J. Prer; Alberto Le Bas; E. Jewell; G. Topping; Warner y Boardman. DELLACASA, Juan (h.) *Puntapié Penal, s/e*, Rosario, 1939, p. 16.

458 El cricket fue uno de los deportes ingleses de gran difusión en la India y Australia. BAILEY, Trevor A *History of Cricket*, Allen & Unwin, Wintchester, 1979.

459 DELLACASA, Juan (h) *Puntapié penal...*, cit. p. 13.

460 *Centenario del Club Atlético del Rosario...*, cit., p. 81.

nadas deportivas. El contacto con los grupos británicos y las elites porteñas fue muy apreciado por los socios del atlético. Estas afinidades se plasmaron en su afiliación a la *Argentine Football Association*, pero posteriormente impulsaron al AR a promover una Liga Rosarina de Fútbol (LRF), de marcado tono local.

Paralelismos y divergencias

Clubes menos exclusivos crecieron luego de la fundación del AR, sus patrones de agregación fueron laborales, inmigratorios y educativos. Al (re)configurarse la ciudad, un nuevo índice relacional se congregó alrededor de los barrios, que contribuyeron a la formación de nuevos clubes e identidades urbanas. Esas asociaciones fueron sumariamente clasificadas como populares, sobre todo, cuando eran objeto de comparación con el exclusivo *pionner* del deporte rosarino.

El *Central Argentine Railway Club* fue fundado en 1889, ese nombre reconocía al Ferrocarril Central Argentino (en adelante, FCCA) como parámetro comunitario. Ciertas exclusiones aparecieron, las primeras reuniones fueron protagonizadas sólo por británicos. Hasta 1903, no se aceptaban socios que no fueran directivos, empleados y, en menor medida, obreros del FCCA.⁴⁶¹ Posteriormente, el club se concentró en la popularización y desarrollo del fútbol, la patronal ensayó integrar a directivos, personal y obreros en las canchas. Avanzar sobre el tiempo libre de los trabajadores era uno de los objetivos de la firma. Los directivos supusieron que los triunfos del equipo metaforizarían a las ganancias de la empresa. Así, fútbol y ferrocarril construirían una comunidad indivisa, esa búsqueda de la adhesión obrera fue clave para popularizar el juego de la asociación. El nombre del club fue castellanizado y los requisitos de asociación se flexibilizaron a partir de 1903. Por entonces, el *Central Argentine Railway Club* pasó a ser conocido como Club Atlético Rosario Central (en adelante, RC).

En noviembre de ese mismo año se creó el Club Atlético Newell's Old Boy's (en adelante, NOB). La iniciativa perteneció a los ex-alumnos del *Anglo Argentine Comercial Scholl* dirigida por Isaac Newell, que obtuvieron del gobierno provincial la personería jurídica para la asociación. NOB disputó el campeonato local desde 1905, convirtiéndose en el ganador sistemático de sus primeras ediciones y el clásico rival de RC. La designación de NOB, aunque en verdad bastante exótica, resistió al paso del tiempo,⁴⁶² casi tan lenta como la nacionalización de su nombre, fue la popularización del club. Por toda la primera fase organizativa, las relaciones fundacionales de la asociación permanecieron prácticamente inalteradas.

461 E. B. Salder, C. Chamberlain, Whitbet, Muthon, H. Cooper, W Malhoil y T. Muton. Se trataba de un club que en principio reunió a superiores y empleados. DELLACASA, Juan (h) *Puntapié penal...*, cit., p. 20.

462 ALABARCES, Pablo *Fútbol y patria. El fútbol y las narrativas de la nación en la Argentina*, Prometeo Libros, Buenos Aires, 2002, p. 49, nt. 29.

RC fue creado por una empresa ferrocarrilera e incluyó a una parte considerable del personal, tratando de vincular a los trabajadores de los talleres. NOB derivó de un colegio inglés, formado bajo la célebre máxima latina *mens sana in corpore sano*. Sin alcanzar los extremos del AR, NOB sostuvo ciertos niveles de exclusión y diferenciación. Esa tendencia fue acreditada por la composición de las comisiones directivas y la de los primeros equipos.⁴⁶³ En cambio, RC contó con el primer *player criollo* de la ciudad: Zenón Díaz. Sin dudas, la figura de este futbolista ha sido objeto de una mistificación, pero su trayectoria ilustra una importante fracción del proceso de popularización del fútbol y la afición de RC. De orígenes humildes, Zenón trabajó en los talleres del FCCA y desde muy joven jugó en la primera división del club. Las comisiones directivas de RC, más lentamente que los equipos, abrieron paso a nacionales o extranjeros naturalizados.⁴⁶⁴ Este proceso evidenció la flexibilidad institucional de un club originalmente empresarial y la integración de los aficionados al fútbol.

Los equipos de NOB se diversificaron socialmente, pero los directivos sostuvieron cierta homogeneidad que podríamos designar como elitista o socialmente caracterizada. En las décadas de 1910 y 1920, los jugadores argentinos de orígenes populares fueron las mayores reservas de talento futbolístico. De este grupo, Humberto Libonatti y Ernesto Celli se destacaron en las canchas de NOB e integraron, en reiteradas ocasiones, la selección argentina.⁴⁶⁵

Fundaciones multicéntricas

No todos los clubes contaron con el respaldo de empresas o de acaudalados adherentes. A veces, la creación de estos círculos dependió de un “voluntarismo desinteresado” y de las ansias de competencia. La calle y los descampados se convirtieron en improvisados campos futbolísticos. Algunas de esas apropiaciones del espacio torcieron el orden normativo de sus usos. Además de partidos, casi espontáneos, los baldíos acogieron “vaciaderos ilegales” y “burdeles a cielo abierto”.⁴⁶⁶

Los depósitos de desperdicios y el comercio sexual preocuparon al municipio. El fútbol no perturbaba la regularidad urbana, pero practicado de forma para-institucional multiplicaba las asociaciones que solicitaban subsidios y entorpecían el control municipal. En una ciudad marcadamente inmigratoria, la sociabilidad masculina se concertó sobre todo en las esquinas, las calles y los bares. Tan efímeros como poco documentados, una miríada de círculos surgió de esos encuentros parcialmente fortui-

463 Apellidos ingleses en mayoría; españoles, italianos y suizos-italianos en franca minoría compusieron la formación NOB en 1908. DELLACASA, Juan (h) *Puntapié penal...*, cit. p. 39.

464 DELLACASA, Juan (h) *Puntapié penal...*, cit., p. 33 y p. 155.

465 Estos jugadores que habían prestado sus servicios a Gimnasia y Esgrima en 1917, fueron reclutados por NOB al año siguiente. En la cuarta división de Gimnasia y Esgrima jugaba Julio Libonatti, hermano de Humberto, quien fue recordado por ser el primer jugador de América transferido a Europa (AC Milán) en 1925.

466 ET HCD octubre 1915, f. 371.

tos, acaso sea esta tenue huella la evidencia más contundente de la difusión del fútbol en la ciudad. Con sus escasos testimonios y la vehemencia del silencio, la experiencia de los primeros clubes, de esas sociabilidades y encuentros evanescentes forjados en relaciones cara a cara desafían el instrumental y la capacidad del análisis historiográfico para reconstruir el pasado.⁴⁶⁷

Esos círculos apenas poseían camisetas, pelota y, eventualmente, podían contar con un inflador. No había sede social ni lugar de funcionamiento, las reuniones se efectuaban en un bar o almacén inmediato al campo deportivo.⁴⁶⁸ Las instalaciones consistían en un campito, la mayor parte de las veces usurpado, con algunos postes colocados a modo de arcos. Esos escenarios fueron esquivos a la regulación y el estándar, los juegos empleaban horas y días libres de trabajo, varios partidos se concertaban en una sola tarde, una serie de encuentros se producía en el mismo campo, pero con diversos protagonistas.⁴⁶⁹ En las primeras décadas del siglo XX, formar una asociación deportiva no requería de grandes trámites ni demasiados recursos.⁴⁷⁰

La casi permanente e insistente fundación de clubes entre 1900 y 1915 atestiguó la difusión del fútbol, sus nombres a veces articularon el inglés y se vincularon a los ferrocarriles, las instituciones educativas y comunidades barriales.⁴⁷¹ Los círculos británicos con veleidades aristocráticas, como el Atlético de Rosario, ganaron singularidad y se volvieron escasos. Nuevas voces comenzaron a articular el lenguaje de la pelota.

Competir y fomentar

El ciclo de formación institucional de los clubes fue acompañado, a partir de 1905, por la construcción de la Liga Rosarina de Fútbol (en adelante, LRF). La multiplicación de clubes alertó sobre las posibilidades de establecer un circuito de competencia local. Al estabilizarse, la Liga promovió la institucionalización de nuevos clubes y el fortalecimiento de los existentes.

Pocas asociaciones acordaron la LRF. En la primera reunión estuvieron presentes los representantes de AR, RC, NOB y Argentino (desde 1914, Gimnasia y Esgrima de Rosario). El proceso fue dirigido por el AR, este club aparentemente diseñó el certamen local para poder lucirse ante rivales conjeturablemente más débiles y menos experimentados. Además, AR esperaba ampliar sus bases de reclutamiento futbolístico para enfrentar a los equipos porteños o internacionales. Pero los hechos se distancia-

467 GAYOL, Sandra *Sociabilidad en Buenos Aires. Hombres, Honor y Cafés 1862-1910*, Buenos Aires, Ediciones del Signo, 2000.

468 DELLACASA, Juan (h) *Puntapié penal...*, cit., p. 119.

469 ROLDÁN, Cipriano *Anales del fútbol Rosarino*, Talleres San José, Rosario, 1959, p. 25.

470 *Monos y Monadas* 25/XII/1911, p. 20.

471 Estudiantes (1902) (llamado Argentino en 1904 y desde 1914 Gimnasia y Esgrima); Club Atlético Provincial (CAP, 1903); Sparta Athletic Club (1904; popular como Sparta); *The Cordoba and Rosario Railway Athletic Club* (1905; popular como Central Córdoba); el nacionalista Tiro Federal Argentino (1905); Embarcadero (1906; desde 1915 Nacional) y Belgrano (1911).

ron de las suposiciones y AR tan sólo conquistó el campeonato de segunda división en 1909. Sucesivos triunfos de NOB y RC lo marginaron y desbarataron prácticamente sus intenciones. Otros clubes también participaron de la LRF, pero con el objetivo de elevar el número de asociados y fortalecerse institucionalmente. De su actividad se benefició el fútbol que adquirió mayor visibilidad en la ciudad.

Clubés, socios, directivos, aficionados y jugadores de distintos rangos sociales, cooperaron en la difusión del deporte. Rápidamente, la competencia estimuló el interés social que se tradujo en el apoyo recibido por el deporte de la mano de notables hombres públicos. Los nombres de Santiago Pinasco, Nicasio Vila, Miguel Culaciati, Lisandro de la Torre, Claudio Newell, Manuel Pignetto y Luciano Molinas, todos políticos de proyección local, provincial y hasta nacional, instituyeron los premios de varios torneos rosarinos.⁴⁷²

A poco de fundarse, la LRF se unió a la Asociación Argentina de *Football* (en adelante AAF). Según sus estatutos, la copa "Intendente Santiago Pinasco" se disputaría a perpetuidad, pero en los hechos tan sólo se jugó por dos años. En numerosos encuentros y campeonatos se establecieron antagonismos irreductibles, que fueron conocidos como partidos clásicos. NOB y RC, durante la primera década de competencia, obtuvieron el mayor número de títulos, la rivalidad de estos dos equipos fue haciéndose más marcada con cada campeonato. Ambos compusieron el clásico local y ganaron la atención de los aficionados de la ciudad. Ese antagonismo, resuelto en componendas disputadas en espacios abiertos y con una entrada mínima, captó la energía popular.

Distinción y Guerra

Con el crecimiento de la expectativa social, aparecieron los reparos del AR que abandonó las competencias futbolísticas en 1917 y ya no volvió a las canchas de ninguna otra liga. Tan sólo mantuvo, a instancias de los socios cadetes, un mínimo torneo interno, eligiendo concentrarse en otros deportes como el rugby o el tenis.

Dos hipótesis intentaron explicar la deserción del club pionero en la práctica del fútbol local. La primera sostiene que el AR fue afectado por la partida de sus mejores *players* a la Guerra de 1914. Debido a esta mengua en los planteles, la dirección afrontó la decisión de retirarse para no arriesgar el prestigio deportivo de AR.⁴⁷³ La segunda hipótesis afirma que la primera oleada de popularización futbolística (c. 1905-1915)

472 La Copa Pinasco fue organizada por la LRF y se disputó entre 1905 y 1907. Luego pasó a ser la copa de la Segunda División jugada entre 1908 y 1930, inaugurada a raíz de la gran cantidad de jugadores que cada club había logrado reclutar. La Copa Nicasio Vila fue instituida entre 1908-1930. Entre los afiliados de la LRF fue la copa de mayor perdurabilidad. La Copa Miguel J. Culaciati se jugó entre combinados rosarinos y porteños entre 1912 y 1939. Entre 1913 y 1924, la Copa Lisandro de la Torre enfrentó a los equipos de la segunda división para establecer la eliminatoria que promovería el ascenso.

473 DELLACASA, Juan (h.) *Puntapié Penal...*, cit.; BOSSIO, Andrés *Los orígenes del fútbol en Rosario*, Ediciones de Aquí a la Vuelta, Rosario, 1990.

contaminó a ojos de los miembros del Atlético el deporte. Nuevos aficionados desafiaron la distinción social y las pautas caballerescas del AR y el club se creyó obligado a refugiarse en deportes más selectos.⁴⁷⁴

La recluta de los jugadores del atlético fue contundente, algunos de esos futbolistas murieron en el frente.⁴⁷⁵ Los *players* fueron sensibles al llamado a las filas, *your country needs you*. Para 1917, el AR contabilizaba trescientos veintiséis socios, de los que se enrolaron ciento cuatro voluntarios, diez de ellos murieron y uno cayó prisionero.⁴⁷⁶ Sin embargo, este fenómeno no fue privativo del club. J. Johnson "...discretísimo elemento de la defensa de Rosario Central, murió en la guerra europea en 1917."⁴⁷⁷ El amateurismo hizo de los jugadores hombres dedicados a otras actividades y muchas veces a varios deportes,⁴⁷⁸ para ellos el fútbol fue un pasatiempo entre otros. Las ausencias provocadas por la guerra aumentaron la participación de los elementos criollos en los elencos futbolísticos. Una encrucijada se abrió en la trayectoria de los clubes británicos: o emprendían ese camino de integración con las sociedades locales o bien abdicaban de la práctica futbolística.

El resto de los deportes también cedió jugadores al enrolamiento, sin embargo el rugby recibió mayor impulso justo cuando el fútbol declinaba. La guerra no fue en este caso el único determinante del éxodo. El fútbol amplió la composición social de los aficionados durante la década de 1910, aún sin alcanzar el rango de espectáculo masivo, ese proceso trastrocó la inicial intimidad de los *matches*. En 1915, dejó de ser una práctica distintiva, transformándose en una sensiblemente más profana. Restringir o verticalizar la interacción con los grupos dominados es, en sociedades urbanas en expansión, una estrategia habitualmente utilizada para obtener reconocimiento social.⁴⁷⁹ Manteniéndose en contacto con los campos de fútbol, los miembros del AR arriesgaban su capital social. Al retirarse del fútbol, el AR preservó al estilo deportivo caballeresco de la profanación popular. El rugby, un deporte amateur y de cualidades diferenciadoras, mantuvo la distinción de sus socios a salvo, quienes fueron seducidos por un deporte de contacto y productor de masculinidades.⁴⁸⁰ Frente a un fútbol popularizado, los *sportsmen* hallaron al rugby más elegante y sublime, pese (o justamente debido) a sus reglamentados rigores y rudezas.

474 FARIAS, Daniel y GAUNA, José *Masas y Élités: en los orígenes del fútbol Rosarino (1870-1943)*, Seminario Regional, FHya – UNR, Rosario, 1994.

475 Este fue el caso de Duck, guardavalla del atlético. DELLACASA, Juan (h.) *Puntapié Penal...*, cit., p. 16.

476 *Centenario del Club Atlético...*, cit. pp. 49-50.

477 DELLACASA, Juan (h) *Puntapié Penal...*, cit., p. 157.

478 Ernesto Jewell integró desde muy joven los equipos de rugby (1899) pero también fue, entre 1902 y 1904, centre-half del primer equipo de fútbol. *Centenario del Club Atlético*, p. 28.

479 BOURDIEU, Pierre *La Distinción. Criterios y bases sociales del gusto*, Taurus, Madrid, 2004.

480 NAURIGHT, John y CHANDLER, Timothy (eds) *Making men. Rugby and Masculine Identity*, Frank Cass, London, 1996.

Conflictos

Un domingo de septiembre de 1914, AR enfrentaba a Tiro Federal (en adelante, TF). La pequeña tribuna de Plaza Jewell estaba repleta, los aficionados visitantes se apostaron rodeando el campo. El match comenzó parejo, pero pronto las acciones se desnivelaron. Cuando el juego fue adverso a TF, el clima civilizado se desvaneció y el tono del encuentro adquirió otros matices. Primero, los jugadores de Tiro cometieron faltas innecesarias y alevosas, esas jugadas que atentaban contra el ideal británico del *fair play*, la contención y la caballerosidad. La incapacidad del árbitro para controlar las incidencias del juego desató la violencia. Naranjas mordisqueadas fueron arrojadas al terreno por los simpatizantes de TF, escandalizando a las damas del AR que presenciaban el cotejo. Poco después, al no revertirse el trámite del partido, los fanáticos invadieron la cancha, adoptando actitudes pugilísticas frente al árbitro y los adversarios. Los directivos del AR fueron violentamente empujados por intentar "... salvar la integridad y el buen tono del encuentro". Cuando todo parecía ingobernable, la policía desalojó la cancha, precipitando la conclusión del partido.

Un año antes, AR enfrentaba a Sportsman Alberdi, ese cotejo también fue suspendido por invasión de campo y golpes al *referee*. Estos incidentes muestran conductas "indecorosas" o "incultas", negativamente percibidas por el AR. Sus miembros las achacaron a la "excesiva popularización" del deporte, había muchos espectadores que "...por su desmedido apasionamiento cometían actos reñidos con el orden [...] aficionados al fútbol, que pagan entrada, los seguidores sin afiliarse a ningún club, aún cuando son fanáticos partidarios de los colores de alguna casaca, lo que se ha dado en llamar *hinchas*." Este grupo convirtió a los distinguidos *fields* en escenarios vecinos a los tablados carnavalescos.

NOB denunció el profesionalismo encubierto, durante el campeonato de 1917, los mejores jugadores de GER revistaban como empleados del club. Libonatti y Celli cobraron un sueldo a cambio de sus servicios futbolísticos. No cumplían otra función que la presunta limpieza de las instalaciones, aunque nadie pudo hallarlos nunca en sus puestos de trabajo. Esas remuneraciones diferidas eran anti-reglamentarias e ilegales y recibieron la designación popular de "marronismo". Malquistada con la de GER, la dirigencia de NOB impulsó las acusaciones para obtener puntos suplementarios en el torneo. El AR se manifestó contrario a estas acciones, corruptoras del *deber ser* del *sport*. Al año siguiente, las imputaciones se aquietaron, cuando los jugadores en litigio pasaron a las filas de NOB, mostrando los objetivos prácticos de aquella condena moral.

Las manifestaciones de (*in*)cultura de los hinchas y las sospechas de "profesionalización encubierta" justificaron el éxodo de los *sportsmen* ingleses. El AR se sintió acorralado por la popularización de las tribunas y la proto-profesionalización del espectáculo futbolístico. Al rescindir el vínculo con la LRF, el club no se inscribió en otros certámenes y abandonó de manera indeclinable la práctica futbolística.

Sin embargo, esta desafección no fue en absoluto excepcional, en 1920, GER también renunció a la LRF. A partir de 1917, la LRF estableció que los encuentros interprovinciales, internacionales y excepcionales se jugarían alternativamente en las canchas de GER y NOB. Eran los partidos que mayores recaudaciones arrojaban y los que concentraban el máximo número de espectadores. Todos los encuentros, no obstante lo convenido, se desarrollaron en el estadio de NOB. Según GER, ese favoritismo obedecía a la *familiaridad* de NOB con la LRF, cuya presidencia era ocupada por hombres de su núcleo: Claudio Newell y Sebastián García.⁴⁸¹

El 22 de junio de 1919, falleció José Schiavini de la quinta división de GER, el funeral se realizó en el horario previsto para un partido de esa divisional con la análoga de RC. Naturalmente, los clubes convinieron en suspenderlo, pero la LRF otorgó los puntos a RC.⁴⁸² Esa resolución enfrentó dos maneras de entender el deporte y la existencia, la LRF sostuvo que de no presentarse uno de los contendientes, los puntos eran capitalizados por el rival. Nada significaba la muerte de un jugador, las causas de la ausencia eran irrelevantes.

La maquinaria tendencialmente profesionalizada, espectacular y anónima del fútbol siguió avanzando y el honor de los *sportsmen* quedó desautorizado. Al reclamar un fallo más justo, GER subrayó "...la cultura y nobleza ingénita de nuestros sportsmen", la misma que había sido mancillada por la decisión LRF y su "resultadismo".

En el partido de GER y NOB de 1919, una mala actuación del árbitro produjo algunas jugadas bruscas. Un futbolista fastidiado se quitó la camiseta, ruborizando al "...numeroso público de señoras y señoritas que presenciaban el espectáculo." El subsecretario de NOB "...estuvo provocando durante el partido con expresiones gruesas, hasta llegar al insulto y el pugilato."⁴⁸³ Un año después, la final de la Copa Vila enfrentó a RC y NOB en un campo neutral y lo suficientemente acondicionado: la cancha de GER. Al invadir los hinchas el campo de juego la victoria de RC fue rubricada por numerosos destrozos. Los alambrados y la casilla de jugadores visitantes fueron literalmente arrasados a puntapiés. Ante la "pérdida" de pelotas e infladores, GER solicitó un resarcimiento a la LRF. RC cubrió los daños, pero el perdedor objetó el monto. La LRF, dirigida por miembros de NOB, hizo lugar a ese reclamo. GER jamás pudo cobrar las reparaciones y, en consecuencia, presentó su renuncia indeclinable a la LRF, en nombre de la "cultura deportiva honorable" y en contra del "inculto hinchismo resultadista."⁴⁸⁴

Estos conflictos visibilizan las posiciones acerca de la popularización y proto-mercantilización deportiva. Eliminados clubes como AR y GER, se activaron las gra-

481 DELLACASA, Juan (h) *Puntapié penal...*, cit., p. 8.

482 CLUB GIMNASIA Y ESGRIMA DE ROSARIO *Documentación de Antecedentes que motivaron su separación voluntaria de la Liga Rosarina de Foot-ball*, Woelfin & Cia., Rosario, 1920, p. 15.

483 CLUB GER *Documentación de Antecedentes...*, cit. p. 16.

484 CLUB GER *Documentación de Antecedentes...*, cit. p. 9.

máticas de la popularización futbolística. Las actitudes de los cultores y espectadores del deporte abrieron un camino de transformación.

Mitologías narrativas

A comienzos de los años 1920s., Cesar Viale y Ricardo Lorenzo Borocotó construyeron potentes parábolas deportivas. Esos relatos están sostenidos por estructuras analógicas que estabilizan y refuerzan las identidades. La trayectoria de jóvenes y humildes deportistas argentinos forma el núcleo narrativo. Hombres que lograron altos rendimientos a pesar de un físico endeble (Tesorieri), una potencia no estilizada (Firpo) o dificultades económicas (Fangio). Las conquistas instituyeron la imagen del “pibe” formado en los “potreros” de la Boca, del boxeador que se ganaba la vida a las “piñas” o el adolescente que trabajaba en el taller mecánico para dominar los secretos de los “fierros”. Voluntad, deseo, disciplina y “amor propio” o “vergüenza”, variantes populares del honor, modelan esas imágenes literarias. Valores esenciales y esencializados aparecen como las condiciones para el éxito de personajes que sortearon todas las adversidades en pos de conquistar sus sueños.⁴⁸⁵ La trayectoria es anticipada por una *ilusión biográfica* que imperceptiblemente sustituye al punto de partida por el de llegada.⁴⁸⁶

En relatos menos singulares y, por eso mismo, más proteicos, Cesar Viale presentó “Al Atleta” (Juancito). Un joven delgado “...aunque modesto era un muchacho de *vergüenza* [...] y siempre quedó atrás y jamás fue mencionado en las crónicas de sport...” Ese desconocido, triunfó ante un rival de perfectas líneas, depurada técnica y “la serenidad del que se sabe campeón”. Su contrincante era un *motor humano* perfecto, pero incapaz de sentir y desear.

Los sacrificios e incertidumbres previos a la victoria reforzaron el clímax. Luego del triunfo, amigos y admiradores intentaron financiar la profesionalización del atleta, sustraerlo del trabajo de canillita, juntando “...níquel sobre níquel, cobre sobre cobre.”⁴⁸⁷ El imperativo amateur era sostenible para jóvenes acomodados, mientras que el resto no podía dedicarse de lleno al deporte. Entrenamiento y competencia estaban sometidos al gobierno del tiempo de trabajo. Estas narrativas, que al mismo tiempo eran intervenciones, acerca del deporte argentino apuntalaron el camino de su profesionalización, mostrando las limitaciones y exclusiones que para el desarrollo de formas deportivas populares poseía el amateurismo como sistema hegemónico.

485 LORENZO, Ricardo (Borocotó) *30 años con el deporte*, Editorial Atlántida, Buenos Aires, 1951 [1946], pp. 8-10; 72-86 y 141-147.

486 BOURDIEU, Pierre “La ilusión biográfica”, en *Historia y fuente oral*, núm. 2, pp. 27-33.

487 VIALE, César “El atleta”, *Caras y Caretas* 5/VI/1920. Reproducido en *Monos y Monadas* 19/VII/1920 y en *Deporte Argentino...*, cit., pp. 95. La biografía de Fangio replica este esquema, incluso su primer auto fue comprado con dinero recolectado por sus amigos de Balcarce.

La escritura de estas prácticas formó parábolas y, a su vez, esas parábolas debían informar nuevas prácticas. Sirviéndose de un espacio acotado por reglas y recursos específicos, el deporte intentaba reponer miméticamente las alternativas de la vida. Esas narraciones construyeron identidades operativas para vincular prácticas y grupos. El “estilo criollo” y el “deporte nacional”, como los tropos disponibles para la comprensión de esas estructuras narrativas, se forjaron también por obra de esos relatos reiterativos. Performativamente, el lector imaginario de esas glosas se identificaba con los protagonistas de las parábolas y en ese ejercicio de mimesis emocional sería capaz de absorber sin tedio sus duplicaciones. Trazada por el derrotero ideal del deportista *nacional* y *popular*, esta estructura narrativa determinaba los orígenes legendarios y enfatizaba el destino triunfal del deporte argentino.

Desplazamientos

La expectativa depositada en el fútbol creció a lo largo de los años 1920s. Aunque no del todo numerosos, los partidos de los combinados rosarinos con equipos extranjeros fascinaron a la afición. Esa relevancia polimorfa produjo las condiciones múltiples que la profesionalización capturó y subordinó a su lógica.

El equipo de Boca, luego de una exitosa gira europea de 1925, visitó la ciudad para medirse con el combinado de la LRF. El público que acudió al estadio de NOB fue tan nutrido como variado. Sin ambigüedades la prensa narró la masificación de un espectáculo capaz de atraer a un público cuya diversidad social abarcaba a peatones y automovilistas.⁴⁸⁸ El municipio donó la copa “Sol y Tierra” y el intendente Pignetto, caracterizado higienista y promotor de la cultura física nacional, dio el puntapié inicial, atando simbólicamente y tempranamente la política y el deporte.

Antes de comenzar, los jugadores homenajearon con un minuto de silencio al recientemente desaparecido Ernesto Celli, que pasó por Colón de Santa Fe, GER, NOB y el Seleccionado Argentino. El jugador internacional fue sorprendido por una muerte prematura en la cúspide de su carrera. Una multitud se congregó en el sepelio, hombres enlutados patentizaron la atracción ejercida por el deporte en la ciudad. “Pocas veces habrase tributado un homenaje tan general y hondamente sentido a un cultor del sport.” El futbolista fue trasladado en un “...féretro cubierto por los colores del Club Newell’s Old Boys [...] Por media hora fue interrumpido el tráfico al paso de la larga columna que habría alcanzado el aspecto de una manifestación popular.”⁴⁸⁹

Celli murió en Rosario, después de un amistoso con Nacional de Montevideo. La prensa se reservó las circunstancias del deceso. Dos cuestiones quedaron remarcadas con sus exequias, por una parte, se hizo visible la cantidad de aficionados y la devoción que tributaban a un jugador destacado. Por otra, se puso de relieve las condiciones de

488 *La Capital* 26/VIII/1925.

489 *La Capital* 5/III/1925.

construcción social y cultural del héroe de masas, nacidas en el tráfico suspendido de las calles de Rosario, en medio del recorrido de ese cortejo interminable.

Luego de una exhibición futbolística, Celli "...bebió una cerveza helada y al día siguiente moría víctima de su última travesura infantil."⁴⁹⁰ La disciplina estaba lejos de regular la vida de los futbolistas y los exámenes de salud, también, eran rudimentarios. Celli murió por una tuberculosis no diagnosticada, hecho que tomó estado público muchos años después, cuando esa enfermedad ya no era un tabú sociocultural. En tiempos de Celli, la interiorización del entrenamiento era sensiblemente menor que capital técnico de los jugadores. Como es visible, los excesos y la (*in*)cultura no fueron privativos de los hinchas enardecidos, las diferencias entre estos y los jugadores no eran tan profundas ni decisivas, tanto las canchas como las tribunas habían sufrido un proceso de masificación.

Esa ausencia de rigor y ascesis produjo la imagen del jugador nacido, forjado y dotado por el potrero y sus ardidés. Lejos de la disciplina y el entrenamiento; en la espontaneidad del baldío floreció el talento ingénito del futbolista argentino. Estas formulaciones no contradicen las parábolas deportivas de Viale y Borocotó, antes las complementan y potencian. El sacrificio del futbolista fue socioeconómico, determinado por la falta de recursos y por las condiciones del amateurismo. Entretanto, su cuerpo estaba naturalmente dotado o tonificado por "la voluntad" y "el corazón". Así, la destreza deportiva permaneció (y muchas veces permanece) inexplicable e inexplicada, esencial y esencializada, organizada y resguardada en los esquemas culturales por narraciones mitológicas. Los efectos performativos del relato contribuyeron a la formación de los estereotipos deportivos, y de formas de percepción que devotas de la idea de un "talento sin trabajo" renunciaron sin pesar a las "fatigas del entrenamiento".

Paralelamente, la reglamentación que prohibía el acceso a las zonas sembradas de las plazas obligó a que los juegos migrasen a otros sitios. El fútbol también fue practicado en la "libertad" de las calles, partidos improvisados comprometieron el tráfico y la urbanidad. En las imágenes de la prensa, sus jóvenes protagonistas sustituyeron a los niños mendicantes. Pero las autoridades subrayaron reiterativamente la (*in*)cultura propia de esas prácticas.⁴⁹¹ La pelota trascendió al potrero y el baldío, llegando a las calles centrales de la ciudad, pero esa localización no fue admitida. El cielo del municipio se movía en un terreno inestable. No era bueno que los niños jugaran al fútbol en la calle, aunque los partidos eran preferibles al vagabundeo y la mendicidad.

Los jóvenes aficionados experimentaron el deporte *desde* el cuerpo, inventaron conexiones carnales con la pelota, los adversarios, las reglas y las estrategias.⁴⁹² La

490 LORENZO, Ricardo (Borocotó) *30 años con...*, cit., p. 160.

491 *La Capital* 14/VIII/1920.

492 WACQUANT, Loïc "Conexiones carnales: sobre corporización, aprendizaje y pertenencia", en *Pensar. Epistemología, política y ciencias sociales*, núms. 3 y 4, 2008-2009, pp. 11-41. (Traducción Julieta Rinaldi).

cultura física, impulsada por Romero Brest en el sentido de una disciplina razonada y por Arrospidegaray en el de una obediencia ciega, finalmente enraizó y floreció entre los sectores populares, pero su eje estuvo en los deportes estandarizados y no en los ejercicios higiénicos o marciales. El juego obtuvo gran influencia popular, su hechizo también se apoderó de agentes con posiciones sociales aventajadas. Era una práctica cuya circulación social describía un avance transversal.⁴⁹³ El fútbol configuró el triunfo paradójico de la cultura física. Los deportes arraigaban entre los hábitos de la juventud, aunque bajo formas parcialmente (*in*)cultas.

Ordenadas para la circulación de mercancías, las vías de comunicación urbana se convertían en teatros futbolísticos. Los partidos callejeros suspendían el ritmo y las regulaciones que regían a la ciudad. El “mayor peligro” del fútbol callejero fue la ausencia de organización. Si el deporte federado solía producir conflictos en los estadios, en los *matches* callejeros, esas disputas poseían una frecuencia abrumadora. Las reglas formaron el componente disciplinario del deporte, un entramado que debía respetarse para alcanzar la victoria legítima. Con la subversión de estos supuestos, los efectos benéficos de la emulación deportiva quedaban anulados. El dispositivo disciplinario fue torcido por los usos populares del deporte, los agentes disciplinarios creyeron ver en esas lagunas, huecos y vacíos, una ausencia de control y de sistema. Incapaz de producir disposiciones que mejoraran la utilidad social de sus participantes, la práctica para-normativa del deporte se ganó la censura de las autoridades.⁴⁹⁴

Sin embargo, el “apasionamiento descontrolado” no se restringió al fútbol callejero, algunos partidos de la LRF también lo actualizaron.⁴⁹⁵ A esta presunta “falta de cultura” se imputó la carencia de un “espíritu deportivo sólido”, los espectadores cargaban con una excesiva vehemencia, una desproporcionada atención sobre el resultado y una mala decodificación de la relación entre las reglas y las estrategias. Ese componente “irracional” fue achacado al proceso de difusión social del deporte, jugadores y espectadores de “...orígenes sociales dudosos no supieron controlar sus impulsos”. Habían aprendido a valorar al fútbol en las calles, los potreros, los huecos y baldíos, amaban un fútbol con reglas maleables, libre de ataduras, sin estilo colectivo y entregado exclusivamente al triunfo. Ni los futbolistas ni los aficionados asignaron a su práctica dilecta el sentido de la cultura física o de las justas caballerescas. Por obra de una mimesis descontrolada o de un oscuro proceso de contaminación, los estadios también se transformaban en territorios de confrontación más o menos violenta.

Según la prensa, “...el deber primordial de los espectadores era la serenidad. El apasionamiento deformaba la medida de las cosas...” Pero, paradójicamente, se trataba del mismo apasionamiento que, según las narrativas del deporte argentino, condujo a los hijos de familias humildes, a hombres poco dotados y a talentos apenas promi-

493 *La Capital* 5/X/1927.

494 *La Capital* 7/XI/1927 y *La Capital* 20/X/1928.

495 *La Capital* 10/X/1928.

sorios a la cumbre del deporte nacional. En esos casos exitosos y casi melodramáticos, el deseo, sin suprimirse, se amoldó al orden regulado o fue capaz de trastocarlo bajo formas vanguardistas. Las parábolas deportivas confrontaron, discutieron y a veces hasta negociaron con las restricciones disciplinarias. Sin embargo, el resultado, que ocultó las trayectorias, terminó por completarlas. Los constructores de estos relatos míticos fomentaban la difusión del deporte, mientras que los agentes disciplinarios y reguladores se mostrarían ante todo como irrenunciables partidarios del orden. La profesionalización satisfaría las inquietudes de ambos, tan sólo los abogados de la cultura física la observarían con recelo.

Los otros

El centenario difundió la devoción patriótica, esa sensibilidad se ligó tempranamente al fútbol. Entonces, la Argentina invitó a los combinados uruguayo y chileno a Buenos Aires, el brasileño fue convidado a los festejos de 1916. Un año después se instituyó el campeonato sudamericano de selecciones, en que el equipo Argentino triunfó en sus ediciones de 1919, 1925 y 1929, siempre como local.

En las olimpiadas de Ámsterdam de 1928, Argentina obtuvo el segundo puesto; el arquero del seleccionado nacional fue Octavio Díaz que habitualmente jugaba en RC. Esa participación fortaleció el interés local por las competencias internacionales. El golero manifestó su impresión sobre la coordinación del juego europeo, sus comentarios elogiaron de forma indirecta al estilo rioplatense (criollo).⁴⁹⁶

La Copa Mundial de 1930 se organizó de espaldas a la cuna británica del deporte y a los Juegos Olímpicos franceses. Sudamérica declaró la autonomía del torneo y con ese gesto mostró el carácter multicéntrico del fútbol, un deporte que rápidamente se ramificó en la periferia del capitalismo. Europa tomó revancha organizando los certámenes subsiguientes; uno en la Italia fascista en 1934 y otro en Francia en 1938, entre ambos se desarrollaron, bajo los auspicios del nazismo, las Olimpiadas de Berlín de 1936. Esos episodios dejaron soldadas, en el plano internacional, las relaciones entre el deporte y la política de masas.⁴⁹⁷

La internacionalización impulsó a los aficionados a interrogarse por el nivel del fútbol local, para forjar una identidad no existe nada mejor que ponerla en juego. En los últimos años de la década de 1920, los combinados rosarinos enfrentaron a equipos extranjeros de la talla de Barcelona y Chelsea. En ambos partidos, Octavio Díaz fue suplantado en la valla por un joven del club Belgrano, Carlos Guida. El equipo no fomentaba pronósticos demasiado optimistas, Barcelona había derrotado al poderoso

496 *La Capital* 17/VII/1928.

497 VIGARELLO, George "Les premières coupes du monde, ou l'installation du sport moderne", *Vingtième Siècle. Revue d'histoire*, vol. 26, núm. 1, 1990, pp. 5-10. TOMLINSON, Alan y YOUNG, Christopher (ed.) *National identity and global sport events. Culture, politics, and spectacle in the Olympics and the football world cup*, State University of New York Press, Nueva York, 2006.

equipo de Boca en Buenos Aires. Todo indicaba que los rosarinos perderían sin atenuantes, pero contra todas las predicciones ganaron por cuatro a cero.

El arquero de Barcelona declaró "...no hay disparidad entre el juego que se practica aquí con el de Buenos Aires. A mi juicio la misma técnica, la misma modalidad e igualdad de decisión."⁴⁹⁸ Además, aseguró que el desempeño y la regularidad de juego lo sorprendieron, destacó especialmente la concentración de los defensores y el arquero. Por la noche, hubo una cena de camaradería, un jugador catalán preguntó a Indaco, el goleador de RC, sobre la cabriola con patada llamada chilena. Forjado en los campeonatos sudamericanos, el estilo rioplatense entusiasmaba a los europeos y en ese trayecto el fútbol rosarino se integraba al mítico estilo criollo. La competencia, las identidades y los rivales internacionales lo ubicaron en paridad con el fútbol platense.

El juego local se emparentó con el bonaerense y fue reconocido como parte del fútbol argentino. En 1925, Julio Libonatti de NOB fue transferido al CA Milan. Octavio Díaz, pocos años después, alcanzó la titularidad en el arco de la selección y Gabino Sosa encarnó el estilo criollo en la ciudad, todos estos hechos forjaron cierta trascendencia, lo local y lo nacional se interconectaron.

El Combinado Rosarino se midió con Chelsea Football Club en 1929. La identidad del juego local se definió por oposición. En los días previos se ponderó indirectamente al estilo autóctono, a través de interpretaciones que enfatizaron la estandarización de la táctica británica. La efectividad, la velocidad y serenidad anglosajonas contrastaron con las virtudes y el apasionamiento argentino.⁴⁹⁹ Posteriormente, la crónica adjudicó la victoria del equipo local al "amor propio", el "orgullo" y el "tesón", todas eran formas de la "vergüenza deportiva", la clave del encuentro habría estado en "...no sentirse vencido ni aún vencido", como sentenció el poeta popular Almafuerte. Como acontecimiento, la derrota del Chelsea a manos del combinado rosarino activó y tradujo a un plano concreto, a un espacio local y tangible, las parábolas que Viale y Borocotó construyeron en 1920 para el deporte nacional.

La valoración del juego del combinado Rosarino ante Barcelona y Chelsea hizo gala de algunos estereotipos sobre el estilo criollo. Pero, como lo insinúa *La historia social del fútbol* de Julio Frydenberg, esos valores no eran precisamente puros.⁵⁰⁰ Las descripciones que tematizan el estilo de juego en dos partidos disputados casi por el mismo equipo, uno frente a los catalanes y otro ante los ingleses, poseen un carácter eminentemente híbrido. En la primera, se insiste mucho en la idea de talento, refinamiento y estética del juego local que arrancó a un equipo difícil un resultado extraordinario e inesperado. Las maneras del fútbol rosarino, entonces, privilegiarían el despliegue vistoso y audaz, por encima de la coordinación sistémica. Por el contrario, en la otra narración se invocaba el empeño, la pertinacia y la obstinación de los juga-

498 *La Capital* 18/VIII/1928.

499 *La Capital* 17/VI/1929.

500 FRYDENBERG, Julio *La historia social del fútbol...*, cit.

dores rosarinos, un tesón que nunca se dejó doblegar y que resultó en una forma de juego poco vistosa pero aguerrida y eficaz. Como lo exponen estas dos recapitulaciones, el fútbol rosarino, pero también el nacional, transitaban por un terreno incierto a la hora de fraguar su propia identidad, los valores con los que se identificaron fueron a veces tan cambiantes y flexibles como las condiciones de cada partido.

Posiciones y esquemas

El tránsito del amateurismo al profesionalismo generó discusiones que permiten analizar las relaciones entre el deporte y la moral; entre el grupo social y el mercado. Brindan la oportunidad de comprender ese vínculo invisible que se tiende entre las posiciones sociales y los esquemas culturales.

La Liga Argentina de *Football* (en adelante, LAF) se formó en 1931. Luego de una huelga de jugadores, convocó a profesionalizar los equipos de los principales clubes porteños.⁵⁰¹ Poco después y con propósito idéntico, se fundó la Asociación Rosarina de *Football* (en adelante, ARF), que sustituyó a la antigua LRF. Esa simultaneidad obedeció a conflictos análogos registrados entre clubes y equipos, la ARF intuyó la necesidad de profesionalizar el fútbol, para evitar la migración de jugadores a Buenos Aires. El juego profesional era una oportunidad seductora para los futbolistas, pero el dinero tan sólo era una ínfima parte del convite, quizá el prestigio de los equipos porteños resultara más magnético.

La Asociación de *Football* Amateur de Rosario (AFAR) se creó para frenar el impulso de la profesionalización. Desde 1929, en diez canchas de barrio Moderno se jugó un torneo de clubes independientes. La iniciativa "...tiende exclusivamente a fomentar el cultivo viril del deporte [...] existe el firme propósito de excluir de tales reuniones toda idea y espíritu de profesionalismo."⁵⁰² Ese torneo enfrentó a cincuenta clubes carentes de campo y de afiliación a otras ligas. Deliot, el urbanizador del barrio, cedió los terrenos "...a los aficionados del deporte, siempre que lo practiquen con *cultura y desinterés*."⁵⁰³ Del encuentro de estos clubes con los excluidos de la LRF surgió la AFAR, pero si el torneo no sirvió para cotizar jugadores, procuró, en cambio, la valorización de los terrenos aledaños a las canchas, los mismos que el urbanizador vendía por mensualidades. El empresario había solicitado personalmente la extensión de transportes para el público y los jugadores, la estrategia económica de Deliot mostró cómo el "desinterés deportivo" camuflaba a los "intereses inmobiliarios".

Mientras el amateurismo exhibía sus endebles convicciones, los adversarios de la profesionalización empleaban otros argumentos. Ellos indicaron que la monetización del deporte lo envilecería, los clubes se convertirían en los amos de los jugadores que

501 FRYDENBERG, Julio D. "La profesionalización del fútbol argentino: entre la huelga de jugadores y la reestructuración del espectáculo", en *Entrepasados*, núm. 27, 2005, pp. 73-94.

502 *La Capital* 15/VI/1929.

503 ET HCD noviembre 1934, t. 1, f. 3702. Énfasis añadido.

formarían legiones de esclavos. El deporte sería deshumanizado a manos del mercado y la competencia, perdiendo todo componente de nobleza y honorabilidad. Los defensores de estas posturas clamaron por un retorno "...al deporte por el deporte mismo. Su industrialización e internacionalización ha determinado prejuicios físicos, morales y espirituales."⁵⁰⁴

Con matices, esas ideas fueron impulsadas por las elites, algunos segmentos que ascendían en el espacio social, los higienistas y la izquierda. Para todos ellos, la profesionalización constituía un hecho aberrante y criticable. Por una posición conquistada, el afán de obtenerla o la aversión al mercado, estos grupos repudiaron el salario deportivo. Los de posición asegurada valoraron al deporte como signo de distinción cultural, sus argumentos fueron absolutistas y excluyentes: pocos debían consagrarse en cuerpo y alma al *sport*, participando de una lucha caballeresca y regulada. La victoria carecía de importancia, más relevante era la orquestación del ritual de encuentro. Para los miembros de los clubes de origen inglés, como el AR, el deporte era un juego de honor, masculinidad, refinamiento y sofisticación, regido por el *fair play* y del que convenía excluir a las "multitudes intemperantes". Los menos encumbrados se deleitaron con los elementos sacrificiales del deporte, lo entendieron como una escuela de moralización. A sus ojos, las prácticas corporales acéticas y sistemáticas eran vecinas de las virtudes laborales que, en el imaginario de algunos grupos, compartían elementos sacrificiales, aquellos que conducían al ascenso social. Asimismo, la "futbolización" de la cultura física, impulsada por la profesionalización, fue criticada por los higienistas y los educadores físicos, quienes condenaron su introducción en las escuelas, como el relevo mono-deportivo de la gimnasia racional.

La izquierda percibió en la profesionalización del fútbol un síntoma de la decadencia del capitalismo. Simultáneamente, los espectáculos masivos se revelaron capaces de perpetuar el orden y, en esta interpretación, el fútbol resultó un dispositivo alienante. La devoción por las iglesias fue reemplazada por las atracciones del estadio y los partidos se ubicaron bajo las brumas del antiguo "opio de los pueblos". No en vano, intuían los comunistas, los directores del ferrocarril utilizaron el fútbol para armonizar las relaciones laborales.

Muñoz Diez atacó el proceso de mercantilización del deporte y subrayó la complicidad del Estado capitalista a la hora de prestarle sustentos y auspicios. Sin embargo, el concejal comunista no repudió la práctica en sí misma. En su concepto, el deporte era una herramienta de concientización y politización, pero también un cascarón vacío capaz de captar los atributos de quienes lo organizaran. El fútbol no era una relación social sino un instrumento; al igual que el Estado burgués, en la interpretación leninista, podía utilizárselo como garantía de la perpetuación del sistema y herramienta represiva o como la llave de una revolución proletaria.

504 *La Capital* 21/X/1933.

A ojos de Muñoz, las justas por el honor o el sacrificio burgueses y la cultura física nacionalista-higienista eran por completo irrelevantes. El deporte *debía ser* antes que nada una antesala para la lucha de clases. Paralelamente, los nacionalistas, como Juan Bautista Arrospeigaray y Manuel Esteban Pignetto, creyeron que el deporte era un apresto para la guerra de trincheras, el trabajo fabril y un vector para mejoramiento racial y moral. En cambio, los comunistas consideraban que produciría militantes sanos, fuertes y convencidos para combatir por la revolución y trabajar en la construcción del socialismo. El mejoramiento de la raza y el hombre nuevo surgirían de la cultura física higienista y el deporte socialista. En ambos casos estaba en juego una preparación para la guerra y el trabajo, la divergencia radicaba en si estos procesos se llevarían a cabo en el campo nacional o en el socialista.

Una parcialidad importante de los sectores populares era ajena a las apreciaciones del *ethos* sacrificial, caballeresco o contestatario del deporte. Por lo tanto, ellos se dejaron tentar por la profesionalización. La existencia de deportistas talentosos fue su condición necesaria, la dedicación exclusiva al deporte apuntaba a preservar, aunque solo fuera relativamente, a esos virtuosos de otras labores. El horizonte de trabajo de muchos jóvenes fue plegado por la crisis económica de 1929. Aunque posiblemente las compensaciones económicas no fueran demasiado abultadas, el fútbol profesional forjó la esperanza de un puesto de trabajo socialmente reconocido y agradable. La vinculación del fútbol al mercado promovió analogías entre el club y la empresa, entre los jugadores y los asalariados. Esa compensación económica organizó los intereses de los dirigentes, los jugadores y los entrenadores alrededor de la victoria. La profesionalización formó las condiciones de absorción del juego en el trabajo. Un contrapunto entre fuerza y habilidad informó los debates alrededor del fútbol. Los juegos de honor fueron subalternizados, exigiéndose el cultivo de nuevas aptitudes y la morigeración de otras. La *emotividad desordenada* fue tendencialmente reprimida y la *illusio* del juego fue encausada hacia el resultado. El jugador se transformó en un empleado del club, ya no jugaría tan solo por placer, por honor o diversión, lo haría por encima de todo para conquistar más puntos y prestigio.

El adiestramiento supuso un ajuste en la coordinación, una idea que fue bastante resistida por los jugadores, quienes en su mayoría prefería continuar con el *estilo criollo*, basado en el toque, la gambeta y, sobre todo, en la improvisación. Muy lentamente y con dificultades, los entrenamientos se introdujeron en el fútbol. La profesionalización impulsó ensayos para el acople de formaciones variables, procuradas por el mercado de pases. Esos simulacros, al igual que los ensayos teatrales, permitieron a los jugadores (actores) ejecutar velozmente movimientos preparados. Para la maduración y la eficacia del juego colectivo, los entrenamientos supusieron un atajo. Aquí existe un tema que permitiría observar desde otro punto de vista, acaso directamente inverso, los temores que los higienistas proyectaban en la futbolización de la cultura física. Esa grieta constituye el intersticio por el que la cultura física, lentamente, se infiltró hasta

inocularse en la cultura futbolística profesionalizada, ese punto de contacto es precisamente el entrenamiento. El entrenamiento significó una subordinación del juego a sus aprestos, del estilo al sistema o al menos a cierta condición física. Pero imponerlo como práctica regular no fue sencillo, hubo numerosas resistencias interpuestas por los jugadores al régimen alimentario y la ejercitación periódica.

En los años 1930s., el futbolista fue (re)conocido como el dominador de un arte, de una técnica que podía ser ingénita o conquistada con esfuerzo. La infancia era decisiva para el futuro del jugador. El proceso de selección deportiva alcanzó las divisiones inferiores de los clubes, unos pocos llegarían a la primera.⁵⁰⁵ Jugar como profesional se transformó en “el sueño del pibe”, ese niño de condición humilde forjado por los picaditos del potrero y retratado por Borocotó en *El Gráfico*. Los amateuristas cedieron ante el avance de la profesionalización que fue ratificado y promovido en otra escala por el *fútbol-espectáculo*.

El nacimiento del espectáculo

La legalización del pago a jugadores y la mercantilización del fútbol potenciaron la expectativa social depositada en el deporte, las tribunas se poblaron de más y más espectadores. En la década de 1920, un conglomerado de agencias había construido trabajosamente, pero no necesariamente de modo consciente y/o cooperativo, las condiciones de posibilidad de lo que una década después se consagró como un espectáculo masivo. El transporte es un buen indicador de las derivas generadas por los nuevos rituales populares. Prestado desde 1928 por Farot y Baboni, el servicio de “Ómnibus de Excursión” contaba entre sus atractivos a los rincones más pintorescos de Rosario: Saladillo, Fisherton, Alberdi, y al Parque de la Independencia. Tan solo dos años más tarde, los recorridos de esos coches recalaban en otros centros de interés.⁵⁰⁶ Las denominaciones de esos itinerarios eran “a Cancha de Rosario Central”, “a Cancha de Newell’s Old Boys”, “a Cancha de Central Córdoba” y “a Cancha de Tiro Federal”, cuatro clubes que, en 1931, formaron parte de la ARF, la asociación que impulsó la profesionalización del fútbol. Cuando el capitalismo avanza hacia el consumo masivo, la red de transportes urbanos comienza a reconfigurarse siguiendo las localizaciones de las nuevas atracciones capaces de movilizar a multitudes e incrementar el corte de boletos. A partir de los años 1930s., las excursiones dominicales no se dirigieron hacia los barrios alejados del centro, sino que se encaminaron a los campos de fútbol de Rosario.⁵⁰⁷

A los concejales Hernández y Dall’Orso, la dotación de ómnibus especialmente destinados a servir las canchas de los clubes más representativos de la ciudad les pareció una medida muy adecuada e incluso urgente. Ambos comprendían que el flujo

505 ONGAY, Oscar *Rosario, fútbol y recuerdos*, Editorial Amalevi, Rosario, 1991, p. 19.

506 “Ómnibus de Excursión”, DS HCD 14/IX/1928, p. 596-598.

507 “Circulación de ómnibus de excursión”, DS HCD 21/V/1930.

de espectadores no podía ser encausado correctamente por los transportes regulares, era necesario disponer de un servicio excepcional y de refuerzo. Cuando finalizaban los partidos, en las calles adyacentes a los estadios se daba cita una asombrosa concentración de peatones, todos se agitaban nerviosos en pos de un medio de transporte que los condujera a sus hogares. Después de las decepciones de rigor, establecidas por tranvías y ómnibus completos que no sin calculada pericia esquivaban las paradas, los peatones se resignaban a emprender una marcha por lo general interminable.⁵⁰⁸

Había que acondicionar el transporte y subordinarlo a las nuevas exigencias de los espectáculos dominicales que cobraban una envergadura creciente. Estadísticamente los partidos de fútbol se coronaban como una de las atracciones más favorecidas por los rosarinos, las otras eran el cinematógrafo y las carreras de caballos.

Distintas evidencias concurren a demostrar las características masivas que entornaron al espectáculo futbolístico en los años 1930s. La edificación de los estadios fue modificada, las tribunas tradicionalmente de madera pasaron a ser construidas a base de cemento para dotar de firmeza a las instalaciones, brindar seguridad a los concurrentes y acogerlos en mayor número. En 1932, se obligó a los clubes a levantar en sus estadios, especialmente en el área de las tribunas populares, numerosos mingitorios y baños.⁵⁰⁹ Asimismo se impulsó la colocación de sistemas lumínicos de relativa potencia para los encuentros nocturnos de verano. Estas innovaciones respondieron a la interdicción, instaurada en 1926, respecto a los partidos de fútbol durante los meses estivales.⁵¹⁰ La iluminación artificial cumplió un rol parcial, la mayor parte de los clubes eran incapaces de asumir los costos que presuponian estas innovaciones. En general, estas nuevas, pero no demasiado difundidas, instalaciones sirvieron para la celebración de partidos amistosos con equipos que disputaban otros torneos y que, como los planteles rosarinos, transitaban el verano sin obligaciones deportivas.

No pasó inadvertida la masividad del fútbol. El número de espectadores concentrados en los estadios alertó al municipio sobre posibles recaudaciones tributarias. La declaración del profesionalismo incrementó la legitimidad de las tentativas para gravar los espectáculos del deporte más popular de la ciudad.⁵¹¹ También, el municipio intentó regular la edificación de los estadios, sobre todo en lo concerniente a su desalojo. Reglamentó un incremento considerable en el ancho y la cantidad de puertas de ingreso y egreso a los estadios. Esta normativa obedecía a la manifestación casi siempre intempestiva y a veces también violenta de las pasiones vinculadas al fútbol.

508 DS HCD 21/V/1930, pp. 204-205.

509 "7/IV/1932 Proyecto del Concejal De Sanctis mingitorios en espectáculos al aire libre", ET HCD mayo 1932, t. II, f. 2897.

510 La prohibición se había ampliado en 1933, la nueva ordenanza no se autorizaba partidos en el municipio entre las 8 y las 20 hs. De modo que fuera de un sistema de iluminación artificial quedaban pocas salidas para continuar con el desarrollo del fútbol en verano. DS HCD 30/11/1934, t. 2, p. 1895.

511 ET HCD octubre 1932, ff. 6566-8.

En las precarias condiciones arquitectónicas que imperaban en los estadios, desalojar las canchas cuando ocurrieran incidentes, tanto en las tribunas como en el campo de juego, no resultaba nada sencillo. De manera que para evitar posteriores trastornos, que complicasen aún más la situación de los espectadores y su inestable relación con la policía, se procurarían grandes puertas que oficiarian de ser necesario como salidas de emergencia. La ampliación de las entradas y salidas no fue establecida en razón de posibles catástrofes, como los incendios o los derrumbes, frecuentemente invocados en las reglamentaciones de salas teatrales y cinematógrafos. En cambio, su construcción obedeció a conseguir desalojar con premura las tribunas ante la irrupción de la violencia y la represión.⁵¹²

La obsesión por el fútbol creció junto con la disponibilidad de nuevos y más tradicionales medios de comunicación consagrados a cubrir sus alternativas. Por una parte, la prensa gráfica, los diarios *Reflejos* y la sección deportiva de *Tribuna* destinaron una fracción muy importante de sus ediciones de los lunes a reseñar las alternativas del campeonato local y porteño. Incluso existían pequeñas columnas que recogían las opiniones de los aficionados, en las que aparecían “simpáticas e ingeniosas” referencias y semblanzas de las figuras más destacadas de los diversos equipos. El trabajo radiofónico, concentrado por *La Voz del Deporte*, programa transmitido por LT3 y conducido por Cipriano Roldán, estimulaba el interés de la afición por los partidos y contribuía a difundir y crear gran expectativa en torno a los encuentros internacionales y los clásicos locales.

El espectador futbolístico participó verbal y corporalmente del espectáculo. Sus performances quedaron excluidas del corsé normativo, más propicio para las celebraciones oficiales y religiosas. Las tribunas disputaron el protagonismo con el campo de juego, el comportamiento de los aficionados fue observado por periodistas e intelectuales como un hecho “irracional”. Quienes quedaron fuera de la *illusio* del juego creyeron que el fútbol apenas disimulaba un “combate corporal bárbaro”. Las explosiones de violencia dentro y fuera del terreno fueron adjudicadas a la *incultura* y a la excesiva atención que espectadores y jugadores tributaron al resultado. Ambas inclinaciones fueron entendidas como parte de las consecuencias de la popularización del deporte.

Esa concentración en la victoria y la revancha esculpieron la figura del hincha, un hombre sometido a los rituales de la “espontaneidad futbolera”. El fútbol de tribuna exige la puesta en juego de variadas formas de expresión, de un repertorio de performances en las que se compromete todo el cuerpo. En ese espectáculo total que es el fútbol, los hinchas son actores, espectadores y objetos.⁵¹³ Los atributos miméticos del drama y la lucha ritual se enmarañan, en las tribunas los hinchas traspasan la agresión

512 ET HCD junio 1943, f. 1904 y DS HCD 17/07/1934, p. 779.

513 BROMBERGER, Christian *Le match de football. Ethnologie d'une passion partisane à Marseille, Naples et Turin*, Maison des sciences de l'homme, Paris, 1995.

verbal hasta alcanzar, a veces, la violencia física.⁵¹⁴ Entonces, el rostro del *proceso de la civilización* se desdibuja en las tribunas y el campo de juego. Como se ha visto, fueron los árbitros el temprano y privilegiado blanco de innumerables agresiones. A menudo, los exabruptos y algunos episodios más o menos violentos producidos dentro y fuera del campo precipitaron la represión policial.

Para la prensa, la masividad y la popularización del fútbol resultaron inquietantes, se les achacó la “degeneración del deporte”. La cultura popular habría trasladado a los estadios su “esencial intemperancia”, la estigmatización periodística instó a ese tipo de público a una pasividad y una tranquilidad, férreamente vigilada por la policía. Sin embargo, tanto las regulaciones deportivas como las extra-deportivas fueron insuficientes cuando se trató de encausar esos hábitos.

Pero la sensibilidad de los hinchas no sólo tendió a la violencia y la agresividad, acaso las crónicas de periódicos discursivamente alejados de las sensibilidades populares como *La Capital* hayan exagerado esa faceta. La mayor parte del tiempo, los aficionados experimentaron una confraternidad simbólica y materialmente apuntalada por la identidad. Los simpatizantes de un mismo equipo fueron atraídos por una devoción común hacia el club. Iniciar una conversación entre aficionados en una tribuna fue sencillo, los interlocutores quizá fueran desconocidos, ignorantes de sus nombres y señas particulares y posiblemente al salir del estadio ni siquiera se dirían adiós.⁵¹⁵ No obstante, espacio-temporalmente compartieron algo intangible, aunque acotado, eran los miembros de una *comunidad imaginada* sostenida por el club de fútbol.

Esa “comunidad de la hinchada” se formó en un sinfín de intercambios y encuentros replicados, en el tiempo por los campeonatos y los partidos, y en el espacio por la infraestructura del club, por los sitios de reunión y la comunidad barrial. La afición construyó una historia mitológica, incierta y discutible, pero trasmisible y operativa. Esas narrativas fecundaron una identidad cerrada y purificada, destinada a una glorificación tan amplia como improbable. En esos relatos, las mitologías nacionales y futbolísticas no sólo se intersecan, sino que responden a una analogía estructural. Esa comparación propone simetrías capaces de explicar parcialmente las proximidades prácticas entre los significantes *fútbol* y *nación*.⁵¹⁶

Los hinchas no sólo construyeron mitos y confraternizaciones, las comunidades siempre fueron y son imaginadas, incluso las futbolísticas. En el aglutinante del ritual, se diluyeron las diferencias aunque algunos de sus fragmentos pervivieron solapados y ocultos.⁵¹⁷ “Las tribunas oficial [de socios] y popular [de aficionados no socios] es-

514 *La Capital* 25/V/1934.

515 GOFFMAN, Erving *Encounters. Two Studies in the sociology of interaction*, Merril, Indianapolis, 1961.

516 LEVI-STRAUSS, Claude “La estructura de los mitos”, en *Antropología estructural*, Paidós, Barcelona, 1995 [1955], pp. 229-252.

517 TURNER, Victor *La selva de símbolos*, Siglo XXI, Madrid, 1990.

tán separadas por alambres y tabiques, que impiden su comunicación, evitando así que los de una categoría pasen a otra.²⁵¹⁸ Es posible formar parte de una comunidad, pero los capitales amasados en otros campos rigen la distribución espacial de los agentes aún dentro de ella. El alambrado de la tribuna fractura, clasifica, reordena, lo masivo también reconoce diferenciaciones internas, las mismas con las que los aficionados deben reencontrarse al salir de la cancha. Quizá sea por eso que muchas veces se separen en silencio y jamás se despidan.

La incorporación de RC y NOB al campeonato nacional de fútbol, en 1939, exacerbó el fanatismo y sumó nuevos seguidores. Finalmente, el fútbol de la ciudad obtenía la ansiada carta de ciudadanía en el nivel nacional. La práctica se argentinizó ostensiblemente, la Asociación del Fútbol Argentino, fundada en 1934, eliminó la denominación inglesa del deporte. En el proceso de nacionalización de los significantes futbolísticos, la prensa colaboró con relativo éxito. Algunos términos sobrevivieron en el imaginario y *la lengua popular*. Ciertas jugadas fueron fonéticamente castellanizadas: *foull* (ful); *throwin* (trogiin); *corner* (corne); *hand* (and), etc. Destino idéntico cupo a las posiciones en el campo: *inside* (insai); *centre-half* (centrojas), etc. El término *goalkeeper*, en cambio, rápidamente fue suplantado por el de arquero, mientras que algunas virtudes mantuvieron el inglés, todavía en los años 1930s. se escribía acerca de la sobresaliente actuación del *scorer*. La inercia de los significantes fue afectada por la apresurada fonética cotidiana y una lengua que prescindió de algunas consonantes e hibridó el inglés, el español y el italiano.

La popularización y la nacionalización del fútbol fueron un hecho para 1940. Los sectores populares se apropiaron del deporte, cargándolo con sus códigos de masculinidad y dignidad. El resultado del proceso de difusión social fue un efecto no deseado para los amantes del *sport pour le sport* y de la cultura física, pero, tanto para unos como para otros, ese proceso sociocultural resultó irreversible. Los intercambios entre tribunas construyeron multitudes, donde las identidades sociales fueron debilitadas y circunstancialmente sustituidas por las deportivas.

Los guardianes del orden comprendieron que esos enfrentamientos rituales eran preferibles a otras formas de la (*in*)cultura. Si bien los sectores populares se apropiaron, desplazaron y modificaron la cultura física construida para ellos, los deportes masivos los mantuvieron alejados de relaciones sociales y políticas refractarias al orden social. En el campo de las diversiones populares, el fútbol los integró, aunque subordinadamente, a una sociedad urbana que rondaba en el umbral discursivo de la masividad.

Los defensores de la cultura física, críticos de la profesionalización y de la popularización del fútbol, debieron afrontar la irrevocabilidad de ese proceso. Sus valores fueron conmovidos por la maquinaria del mercado que organizó el deporte. En no-

518 ET HCD mayo 1932, t. II, f. 2897.

viembre de 1938, Ricardo Martínez Carbonell escribía en la revista socialista *Cultura Sexual y Física*: “La palabra deporte parece que siempre lleva algo de competencia [...] es un inconveniente para que los adopte como mediada de educación física, cuyo único objeto es el desarrollo armónico del cuerpo.”⁵¹⁹ Quince años después, Martínez Carbonell fue el director técnico de NOB. La cultura física había perdido la pulseada, el mercado, las masas y el deporte profesional la acorralaron hasta hacerla asimilable al espectáculo futbolístico.

Los jugadores fueron envueltos por la difusión por lo alto y lo bajo del campo deportivo, generado por la interacción secuencial y cruzada de la popularización, la profesionalización y la masificación. Buscaron vestir las camisetas más populares, combinando la afición con la notoriedad y el reconocimiento prestado a ese deporte. La adscripción institucional de los primeros futbolistas profesionales se resolvió en una ecuación de dos términos. Uno dictado por las afinidades, en el sentido clásico, y otro por el cálculo y la conveniencia, en el sentido capitalista. Desde una perspectiva purificadora, estas actitudes eran contradictorias, pero las urbanizaciones modernas las hicieron complementarias.

Leo Löwenthal y Pablo Alabarces estudiaron la reconfiguración de las relaciones de producción y consumo en los campos económico y cultural de la entreguerra.⁵²⁰ Ese proceso diseñó un puente que condujo del “héroe de la producción” al “héroe del consumo”. Como parte de la cultura física y caballeresca, el deporte fue opacado por las luces que proyectaron la difusión social, la profesionalización y el espectáculo masivo. El mercado construyó un sistema de estrellas-deportivas, desde fines de la década de 1920, las figuritas de jugadores se vendían en los kioscos junto a las más variadas golosinas.⁵²¹ La fantasmagórica maquinaria de la industria cultural se puso en marcha, su combustible inmaterial fue el ensueño y el deseo de los hombres y las mujeres que ansiaban extraviarse en los polimorfos laberintos del consumo y el tiempo libre.

519 *Cultura Sexual y Física*, año II, vol. II, Claridad, Buenos Aires, noviembre 1938, p. 198.

520 LÖWENTHAL, Leo *Literature and Mass Culture*, Transaction Books, New Brunswick (USA) – London (UK), 1984.

521 ET HCD enero-marzo 1930, f. 320.

CAPÍTULO VIII

Bibliotecas populares: dilemas iluministas

En la década de 1920 la ciudad se expandió notablemente. Como se ha visto, la edificación de los suburbios estimuló en pocos años la creación de instituciones locales, sostenidas por un conjunto de nuevos vínculos tejidos entre los recientes habitantes de los barrios. La carencia de servicios convocó demandas que formaron y fortalecieron las identidades urbanas de los vecinos. Clubes sociales y asociaciones vecinales instituyeron ambas tendencias, algunos de estos círculos asumieron, también, labores de promoción cultural. Por entonces, la cultura popular estaba en formación y exhibía una trama porosa y maleable.

Mucho tiempo antes de 1920, anarquistas y católicos percibieron el carácter magmático de esas formas de la cultura barrial.⁵²² Los primeros reconocieron al tiempo libre como un terreno importante, en las bibliotecas, las veladas y los teatros montaron escenarios para la politización de sus asistentes. Esos espacios culturales fueron forjados como lugares para la construcción de una cultura racionalista, contestataria, humanista y revolucionaria.⁵²³ A pesar del entusiasmo reinante en las primeras organizaciones, la mayor parte de esas experiencias no trascendió después de las décadas iniciales del siglo XX.

Un ejemplo de esas disputas culturales se produjo en el barrio Refinería, ubicado al norte de la ciudad y cuya población estaba compuesta por un importante número de obreros y obreras. Allí, varias instituciones intervinieron en el proceso de formación de una cultura barrial. Entre ellas se destacó una Escuela de Artes y Oficios con cuatrocientos alumnos diurnos y doscientos estudiantes nocturnos,⁵²⁴ en total acudían hacia 1915 quinientas niñas y un número equivalente de jovencitos.⁵²⁵ De las formaciones educativas del lugar, el establecimiento fijó un umbral de reconocimiento asociado a una marcada orientación salesiana en la instrucción de artes y oficios.⁵²⁶

522 PRIETO, Agustina “Condiciones de vida en el barrio Refinería de Rosario: la vivienda de los trabajadores (1890-1914)”, en *Anuario de la Escuela de Historia*, núm. 14, UNR.-FHyA, 1989-1990 y FALCÓN, Ricardo *La Barcelona Argentina: migrantes, obreros y militantes en Rosario 1870-1914*, Laborde Editor, Rosario, 2005.

523 SURIANO, Juan “Tiempo libre, fiestas y teatro”, en *Anarquistas. Cultura y política en Buenos Aires, 1890-1910*, Manantial, Buenos Aires, 2004, pp. 145-178.

524 ET HCD enero-abril 1911, f. 179.

525 ET HCD noviembre de 1915, f. 724.

526 ET HCD junio-agosto 1916, f. 228. En 1926 la “oferta cultural” del barrio Refinería se había diversificado, los evangélicos bautistas también poseían un Colegio de Artes y Oficios que contaba con “...700 niños de la clase obrera que viven muy precariamente”. Se pretendía dotar a las instalaciones de un taller electromecánico. ET HCD noviembre 1926, t. II, f. 631.

El colegio competía por la formación de la infancia con las sociedades anarquistas de la zona, incrementadas notablemente después de la huelga de 1902. La educación impartida por las Sociedades de Resistencia desatendía a la pragmática, que ocupaba el corazón de la currícula de los Colegios de Artes y Oficios. A partir de esa subordinación al imperativo de las relaciones sociales dominantes, el instituto salesiano ejerció cierta seducción sobre los habitantes del barrio que se interesaran en el ascenso social. Por el contrario, el anarquismo se concibió a sí mismo como un movimiento anti-sistema, anti-estado y revolucionario, el portador de una razón humanista que combinaba iluminismo, evolucionismo y positivismo, sin contradicciones visibles.⁵²⁷

Luego del centenario, la impregnación social del anarquismo decayó.⁵²⁸ Según Gutiérrez y Romero, desde 1920, el componente contestatario y combativo de la identidad de los sectores populares se habría debilitado.⁵²⁹ Posiblemente fuese entonces cuando los católicos ganasen más terreno en el campo cultural.⁵³⁰ De cualquier modo, las bibliotecas populares ocuparon un sitio preponderante en el horizonte de la cultura barrial. Luciano de Privitellio sostuvo que la "...presencia física de la biblioteca y los libros conformaba los altares de una *religión laica* que hacía de la cultura erudita un aspecto por demás valorado de la vida social..."⁵³¹

Justamente, en esos años se crearon numerosas instituciones barriales. Los socialistas pusieron en marcha pequeñas bibliotecas populares y, también, emergieron experiencias culturales que carecían de vínculos políticos.⁵³² Al recorrer las fuentes da la impresión de que de Privitellio no se equivoca: las bibliotecas parecen haber sido un espacio de gran trascendencia social. Pero el acierto mayor acaso haya sido el de definir las como "altares de una *religión laica*", con toda la ambientación fetichista que la frase sugiere acerca del culto a los libros. Con guarismos posiblemente certeros, los *Anuarios Estadísticos* municipales aseguraron que los libros de acceso público rivali-

527 EISENZWEIG, Uri *Ficciones del anarquismo*, FCE, México, 2004. Joseph Conrad criticó estas combinaciones: *El agente secreto*, Ediciones BSA, Santiago de Chile, 1998 [1905].

528 FALCÓN, Ricardo "Izquierda, régimen político, cuestión étnica y cuestión social en Argentina 1890-1912", en *Anuario de la Escuela de Historia*, núm. 12, UNR-FHyA, Rosario, 1987.

529 GUTIÉRREZ, Leandro y ROMERO, Luis Alberto *Sectores populares cultura y política. Buenos Aires en la entreguerra*, Buenos Aires, Sudamericana, 1996, pp. 45-105 y 173-193. GONZÁLEZ, Ricardo "Lo propio y lo ajeno. Actividades culturales y fomentismo en una asociación vecinal. Barrio Nazca (1925-1930)", en ARMUS, Diego (comp.) *Mundo urbano...*, cit.

530 MAURO, Diego A. *De los templos a las calles: Catolicismo, sociedad y política. Santa Fe, 1900-1937*, Ediciones de la UNL, Santa Fe, 2010.

531 DE PRIVITELLIO, Luciano *Vecinos y ciudadanos. Política y sociedad en la Buenos Aires de entreguerra*, Siglo XXI, Buenos Aires, 2003. Cursivas en el original.

532 *Biblioteca Popular "Estímulo al Estudio"*. *Institución de Instrucción Mutua. Catálogo General de Libros*, Rosario, 1930.

zaron con el fútbol y el cine. Aún sin superar a esos espectáculos masivos, en 1941 las bibliotecas atraieron cerca de 450 mil lectores que consultaron unas 200 mil obras.⁵³³

En verdad, no parece tan interesante saber cuántos lectores asistían o cuántas obras examinaban, no ejerce gran seducción la tarea de un relevamiento cuantitativo, operando sobre estadísticas cuya construcción es cuanto menos sospechable de inexactitudes. Quizá sea más importe conocer cómo estas instituciones se insertaron en la cultura urbana de la entreguerra y cómo sus patrocinadores y usuarios edificaron su identidad en relación con otras prácticas sociales. Antes que sondear las formas y el contenido de la lectura, posiblemente interese más intentar escrutar las gramáticas socioculturales de esas asociaciones y de las relaciones que las rodearon y que, también, las produjeron.

Las demandas del “lector” y las necesidades materiales frecuentemente excedieron los objetivos imaginados por los mediadores culturales que animaron las bibliotecas. No sólo las ideologías políticas, la vulgarización científica y la erudición humanista guiaron el destino de los asociados y las asociaciones bibliófilas. La imagen de ese “lector omnívoro”, construido por la historiografía sobre la entreguerra, no se ajusta por completo a todas las actividades desplegadas por las bibliotecas. Otras prácticas menos relacionadas con la lectura disputaron el uso de las salas y las relaciones que se produjeron en ellas.

Estas páginas intentan reconstruir indiciariamente esas experiencias de creación, organización, reproducción y transformación institucional de la cultura popular a través de la trayectoria de algunas bibliotecas rosarinas. Goffman ha enseñado que los ensayos en pos de programar la interacción social no son menos abundantes que jactanciosos.⁵³⁴ Las bibliotecas populares de entreguerras eventualmente podrían contribuir con un ejemplo específico y localizado de esa gramática sociocultural.

El centro

El estado de las bibliotecas públicas preocupó a las autoridades locales en 1910. Desde 1872 existía la Biblioteca Mariano Moreno, pero paulatinamente sus instalaciones resultaron insuficientes para la que se vanagloriaba de ser “segunda ciudad de la República”. En 1909 se pensó establecer una Biblioteca Argentina, que sería la “biblioteca central” de la ciudad.⁵³⁵ El Comité Juventud del Centenario indicó la necesidad de fundar lo que denominó sumaria y enfáticamente: “...una Biblioteca Popular a la altura de la ciudad.”⁵³⁶

La imponentia del edificio y la presencia de obras relevantes establecieron un consenso, las discrepancias se formaron alrededor del objetivo de la biblioteca. El

533 *Anuario Estadístico de 1941*, Emilio Fenner SRL, Rosario, 1943.

534 GOFFMAN, Erving *Estigma. La identidad deteriorada*, Amorrortu, Buenos Aires, 1995.

535 ET HCD octubre 1909, f. 119.

536 *La Capital* 21/1/1910.

anhelo del Comité Juventud del Centenario era una biblioteca popular, creada y reproducida por fondos públicos. Para las autoridades, la tarea era menos general y su entronque con el centenario resultaba más directo. La Biblioteca Argentina, finalmente inaugurada en 1912, era una institución que además de proveer conocimientos generales estaba encargada de difundir la cultura nacional.

Como proyecto y realización, la biblioteca fue deudora de la necesidad de nacionalizar a la ciudad cosmopolita, aquella que Manuel Gálvez había descrito con un tono ácido y despiadado en el *Diario de Gabriel Quiroga*. En ese terreno, los éxitos de la biblioteca fueron menores, aunque consiguió instaurarse como el centro cultural de la ciudad. Donaciones y compras nutrieron al fondo bibliográfico, además, la biblioteca contó con talleres propios, en los que se editaron catálogos, memorias, libros y cuadernillos. La imprenta de la Biblioteca Argentina realizó trabajos por encargo, obteniendo financiamiento para la adquisición de nuevas obras y la realización de labores culturales.⁵³⁷

No hubo diferencias notables en las actividades de la biblioteca central y las que informaron a sus símiles en los suburbios. Antes que en las fórmulas organizativas, las disparidades radicaron en la disponibilidad de recursos. De las conferencias de la Biblioteca Argentina participaron renombrados científicos, escritores, educadores y hombres públicos, más ignotos fueron los disertantes de las bibliotecas barriales, cuyo rol era el de mediadores culturales.⁵³⁸ Aun aceptando esta asimetría, los temas de las conferencias no variaron demasiado. La Biblioteca Argentina instruía en conocimientos científicos, médicos, morales y prácticos, entre los eventos no hubo, sin embargo, talleres de manualidades u oficios. Un sentido más pragmático fue suficiente para las bibliotecas populares, respondiendo más directamente al perfil de sus usuarios impartieron talleres de costura, labores, etc. La infraestructura y la influencia cultural que ejercieron fueron las diferencias más visibles. Por ejemplo, la Biblioteca Argentina incorporó en 1913 el cinematógrafo como medio de instrucción, un dispositivo de uso pedagógico que era inalcanzable para las más humildes bibliotecas barriales.⁵³⁹

En los primeros años, la Biblioteca Argentina alcanzó cierto éxito. Al contabilizar las cifras, los funcionarios aseguraron que promover la cultura no era una empresa infecunda. El funcionamiento de la biblioteca generaba evidencias contra el escepticismo cultural, Rosario no "...estaba abstraída exclusivamente en el lucro".⁵⁴⁰ También, había entre sus habitantes cierto interés por la lectura. Esa prédica de una variante del humanismo cultural se distanciaba obsesivamente del materialismo económico. Por

537 CIGNOLI, Francisco *Las bodas de diamante de la Biblioteca Argentina* Dr. Juan Álvarez, Rosario, 1970.

538 "Productor", "difusor" y "mediador cultural" son conceptos purificados. Todos los agentes culturales cumplen estos tres roles. Pero en determinadas circunstancias, uno de ellos se impone a los demás.

539 ET HCD octubre 1914, ff. 394-395.

540 ET HCD octubre 1914, f. 396.

entonces, las actividades vinculadas con la cultura declaraban a viva voz su altruismo, ocultando rigurosamente sus medios financieros.

Una vez más fueron las cifras las encargadas de evidenciar los errores de Gabriel Quiroga, y acreditar que no sólo había en Rosario una ciudad fenicia.⁵⁴¹ En 1913, la Biblioteca Argentina fue visitada por 10.885 lectores, de los que 10.035 eran hombres y tan sólo 850, mujeres. Las proporciones indican el privilegio del género masculino en las actividades culturales, tendencia frecuentemente invertida en las bibliotecas populares de los barrios. En estas últimas, talleres de costura, conferencias y cursos impartieron saberes prácticos a los que se asoció la presencia y la sociabilidad de las mujeres. La excepción más evidente de esta tendencia fue la Biblioteca del Consejo de Mujeres que comenzó a funcionar en 1926.

La concurrencia de la Biblioteca Argentina continuó en ascenso, consta en la *Memoria* de 1915 la quintuplicación de sus lectores, en el trienio 1912-1915 hubo 51.711 visitantes. Estos “censos institucionales” acompañados por *Memorias* constituyen un material publicitario impreso y divulgado en pos de obtener nuevos recursos para la institución. Tales documentos son un ejemplo de los intentos de invención discursiva de la realidad, mediante la combinación de la narración y la estadística.⁵⁴²

Formaciones laterales

Mientras la Biblioteca Argentina crecía, a una prudencial distancia de su influencia se formaban algunas sucedáneas. En 1910, el municipio recibió los estatutos de la Biblioteca Infantil que deseaba obtener un pequeño subsidio. Más interesante que el “apoyo escolar”, eran las condiciones fijadas para la asociación, según el reglamento, estos espacios eran “infiltrados” por “sectores radicalizados”. Una subvención de las Damas de la Caridad era la condición fundamental para su funcionamiento y para fijar restricciones en los criterios de admisión: “...puede ser socio todo el que quiera, siempre que su conducta sea buena y merecedora de confianza, *siempre que no sea de ideas anárquicas y revolucionarias*.”⁵⁴³ Política, moral, conducta y cultura estaban atravesadas por un conjunto de presunciones, que establecían un juego de etiquetación negativa sobre algunos socios potenciales.⁵⁴⁴ La inclinación de esta política de admisión se irradiaba metonímicamente al individuo completo, comprometido por su radicalismo político.

Estas limitaciones para el ingreso fueron refinadas por el Estado Provincial. Las normativas compeleron a las bibliotecas y asociaciones civiles en general a obtener una personería jurídica. En los estatutos, debía explicitarse la prescindencia de la ins-

541 GÁLVEZ, Manuel *El diario...*, cit.

542 ET HCD octubre 1915, f. 226.

543 ET HCD Octubre 1910, f. 4, énfasis añadido.

544 BECKER, Howard *Outsiders. Hacia una sociología de la desviación*, Siglo XXI, Buenos Aires, 2009.

titución en las materias políticas y religiosas, a cambio de esa renuncia podían aspirar al apoyo de la Comisión Protectora de Bibliotecas Populares.⁵⁴⁵

Otras experiencias prosperaron en los bordes de la ciudad, bajo el amparo de prácticas educativas formales e informales y de los clubes sociales y/o deportivos y las sociedades vecinales. Los contados recursos organizativos y materiales las ligaron con otros círculos de mayor trayectoria social. Con el entramado de otros juegos sociales más arraigados, se apuntalaron las ilusiones y la distinción que irradiaba la cultura letrada. Estas hibridaciones, a las que algunas bibliotecas se sometieron con pesar, revelan la escasa autonomía de las prácticas librescas en la época, aunque ello no obrara en desmedro de su reconocido prestigio social.

Por ejemplo, la Biblioteca Pública de Barrio Saladillo se formó junto al Club Social. Toda la especificidad de la institución radicaba en que en el lugar habitualmente ocupado por la voz “popular” aparecía la palabra “pública”. La biblioteca se instaló en los salones del Club, compartiendo no sólo el espacio sino también las actividades y parte del público. Los atributos específicos de ese barrio periférico, poblado por algunas familias distinguidas, influyeron en la clasificación institucional de la biblioteca. Su objetivo era la difusión de la cultura y la sociabilidad, de sus finalidades se omitió la instrucción popular.⁵⁴⁶ El club y la biblioteca fueron presentados como índices de formalización del tejido barrial, consecuentemente los intereses que animaron a esa “biblioteca pública” fueron más vecinales que culturales, más cercanos a la especulación inmobiliaria que a la dotación de un equipamiento urbano estable y variado.

Hacia 1917, el declarado perfil público de la biblioteca se modificó y adquirió algunas aristas más definidamente populares. Hicieron parte de las nuevas funciones, el complemento de la educación común y la formación de los ciudadanos.⁵⁴⁷ Las repercusiones económicas de la guerra mermaron los recursos materiales de los sostenedores del Club Saladillo, fue entonces cuando varió la cartilla de actividades.⁵⁴⁸ Se estaban produciendo las condiciones para una modificación del perfil del barrio y los discursos de los animadores de las bibliotecas expresaron con matices y desplazamientos estos cambios. Una educación popular que superara la instrucción por oficio era fundamentada por la reforma electoral de 1912, que justificó la separación de la biblioteca del club social y su ulterior transformación en un centro de congregación popular.

545 Los beneficios era la compra de libros a precios preferenciales. Fuera de eso, la Comisión no fue demasiado prodiga en subsidios. El reconocimiento del Estado provincial, a través de la personería jurídica, colocaba a estas instituciones en condiciones para recibir apoyo financiero.

546 ET HCD mayo 1914, t. 2, f. 119.

547 ET HCD junio-septiembre 1917, ff. 472-473.

548 Estudié este proceso en *Del ocio a la fábrica...*, cit. y *Chimeneas de Carne. Una historia del frigorífico Swift de Rosario, 1907-1943*, Prohistoria Ediciones, Rosario, 2009.

La crisis de 1914 activó experiencias educativas auxiliadas por Bibliotecas Populares. Una de ellas fue Escuelas Gratuitas para Hijos de Obreros que cobijaba a 3.458 niños de ambos sexos y era apoyada por la Biblioteca Dalmacio Vélez Sarsfield. Numerosos pedidos de subsidios fueron antepuestos al municipio por emprendimientos pedagógicos análogos. Algunas entidades buscaban apartar a los niños/as de las calles, que eran, según sus portavoces, los epicentros de la mendicidad y de todos los vicios imaginables.⁵⁴⁹ Quizá debido a esas premisas, sus actividades culturales se concentraron en la instrucción práctica para hijos de obreros, desestimando casi por completo la posibilidad de contar con una oferta cultural más amplia. Antes que como repositorio bibliográfico para la educación formal y la cultura general, la Biblioteca Vélez Sarsfield funcionaba como marco para impartir algunos cursos prácticos y aprovisionar con manuales muy básicos a los alumnos.⁵⁵⁰

Otra institución activada por la crisis fue la Biblioteca Pro-Estudiantes Pobres que prestó apoyo material y cultural a los niños sin recursos para el desempeño escolar. Hermana inseparable de la crisis se declaró disuelta en 1920. Mientras duró, se afaná por socorrer a los estudiantes pauperizados, a los hijos de familias pobres que no podían costear sus estudios, las actividades de la biblioteca se desarrollaron en el marco de una instrucción integral, que trascendía la formación práctica por oficio.⁵⁵¹

La Biblioteca “Estímulo al Estudio”, fundada en 1911 en el barrio Arroyito, fue animada por intenciones más ambiciosas, aunque despojadas de orientación política. Al igual que otras iniciativas culturales, la biblioteca fue próspera durante la entreguerra. En 1907, el Centro Progresista de barrio Echesortu fundó la Biblioteca Agustín Álvarez que protagonizó una experiencia similar. Ambas entidades detentaron un perfil popular y barrial.

Hibridaciones

En 1922 se inauguró la biblioteca “Amor al Estudio” que subsistió con muchas dificultades, pero pese a todo no renunció a ser autónoma. Diferente fue el destino de “Amor a la Verdad”, creada en 1926, que tan solo cinco años después se integró al Club “Unión Central”. Esa trayectoria era ejemplar de una fracción de bibliotecas con baja densidad organizativa. En esas instituciones, los vínculos con la cultura letrada fueron sustituidos por otros, estimulados por la cultura física, política y vecinal.

549 AVERSA, María Marta “Infancia abandonada y delincuente. De la tutela provisoria al Patronato Público (1910-1931)”, en LVOVICH, Daniel y SURIANO, Juan (comps.) *Las políticas sociales en perspectiva histórica*, UGS-Prometeo, Buenos Aires, 2006, pp. 91-108 y ZAPIOLA, Carolina “Niños en las calles: imágenes literarias y representaciones oficiales en la Argentina del Centenario”, en GAYOL, Sandra y MADERO, Marta (eds.) *Formas de Historia Cultural*, Prometeo, Buenos Aires, 2007, pp. 305-332.

550 ET HCD junio-septiembre 1917, f. 442.

551 ET HCD junio-septiembre 1917, f. 493.

La difusión del fútbol promovió la integración de la cultura física con la letrada. Por caso, en la Biblioteca Homero, creada en 1936, el fomento del universo lúdico se expresó a través de animadas partidas de ajedrez y damas. Estos juegos requerían un repertorio de actitudes y hábitos vecinos a la manipulación del libro, pero también introducían y utilizaban a la competencia como factor de atracción. Otras bibliotecas se relacionaron con los centros socialistas, así lo atestiguan sobre todo sus nombres: “José Ingenieros” y “Esteban Echeverría”. Finalmente, hubo iniciativas más puramente vecinales: la Biblioteca Plenitud de barrio Triángulo (1936) y la Juan B. Alberdi de Refinería (1919). El desplazamiento hacia la producción de identidades y la sociabilidad alcanzó a la más antigua de las bibliotecas de Rosario. Desde 1925, la Biblioteca “Mariano Moreno” se llamó Biblioteca Nacional del Consejo de Mujeres⁵⁵² y sus puertas quedaron abiertas un año más tarde para atender con preferencia la consulta de socias.

El crecimiento de las asociaciones culturales fue advertido por el municipio. En 1926 se formuló un proyecto para crear cinco Bibliotecas Populares “...en barrios suburbanos con el objeto de fomentar el desarrollo de la lectura.”⁵⁵³ El redactor de la iniciativa fue Juan Dellacasa (h), estrechamente vinculado con la cultura futbolística y deportiva.⁵⁵⁴ Hoy, la polivalencia de este agente cultural tal vez pudiera resultar un poco paradójal. En un proceso doble y paralelo, las esferas del deporte y la cultura se escindieron y purificaron, el deporte a partir de la profesionalización del fútbol y la cultura letrada al distinguirse de los sentidos populares. Durante la entreguerra, la cultura física y la ilustración popular formaban parte de un mismo campo y compartían una sola finalidad disciplinaria. Una ciudad extensa reclamaba bibliotecas populares suburbanas, “...donde la gente de trabajo pueda acudir en procura de un libro una revista o un diario. Las bibliotecas populares alejan del vicio a muchos hombres haciéndolos fuertes de espíritu y sanos de sentimientos.”⁵⁵⁵

Consagradas a la moralización de sus frequentadores, las bibliotecas populares y los campos deportivos no ocultaron su coherencia organizativa. Modular el carácter y desalentar el vicio eran las cualidades compartidas por la lectura y el entrenamiento. Esas prácticas se desarrollaron en espacios sociales normativos y diferenciados, aunque ambos fueran capaces de interiorizar patrones conductuales.

El material de las bibliotecas populares no sólo era literario o científico, también, se podían extraer de sus anaqueles diarios y revistas. La biblioteca “Libertad” de Empalme Graneros, inaugurada en 1922, era una fiel suscriptora de la revista *El*

552 ET HCD octubre 1926, f. 462.

553 Los barrios designados a tales efectos fueron: Echesortu (oeste), Refinería (Norte), Talleres (Norte), Calzada (Sur) y la zona comprendida por las calles 3 de Febrero, Buenos Aires, 27 de Febrero y Ayacucho (Centro-Sur). ET HCD noviembre 1926, t. 1, f. 92.

554 En el capítulo anterior citamos su historia del fútbol rosarino, titulada *Puntapie Penal...*, cit.

555 DS HCD 4/XI/1926, p. 195.

Gráfico,⁵⁵⁶ publicación que estaba casi por entero consagrada a cubrir las alternativas de distintas actividades deportivas, con privilegio del fútbol.⁵⁵⁷ Della Casa y otros periodistas producían sentido sobre los deportes sirviéndose de la escritura. Si bien la letra era incapaz de sustituir la práctica carnal del deporte, satisfacía ciertas inquietudes de los aficionados y favorecía su impregnación social.⁵⁵⁸

Las iniciativas culturales recibieron el impulso de la prensa, que se compelió a las autoridades a formar y patrocinar bibliotecas suburbanas. Eran planteadas como formaciones institucionales capaces de contener la “incultura popular” e irradiar la “cultura letrada” en los barrios alejados del centro. El registro periodístico adjudicaba a las bibliotecas el carácter de pilar de una cultura popular caracterizada por la moderación, la templanza y el ahorro. Desde ese punto de vista, las bibliotecas eran una herramienta “normalizadora” y “civilizatoria” que, además de contrarrestar la imagen comercial de la ciudad, prestaba un servicio al disciplinamiento social, la propagación de la civilización y la formación de una cultura cívica entre los segmentos populares. Las bibliotecas contribuían a la “domesticación del pueblo” a partir de la lectura, en tanto dispositivos de encausamiento, compusieron un espacio social para (re)orientar a sus frequentadores más allá de la literatura y más acá de la vida.⁵⁵⁹

Además, estas bibliotecas podían constituir una fuente de instrucción, eran la base de la movilidad social ascendente que garantizaría el “progreso” de los nuevos trabajadores. En sus anaqueles y mesas, se fabricarían nuevos ciudadanos de espíritu nacional y se completaría el proceso de nacionalización de la cultura iniciado por la alfabetización escolar. Los ciudadanos debían ser, también, consumidores con criterio en un mercado de bienes culturales en franca ampliación.⁵⁶⁰ Para la prensa, las bibliotecas populares serían centros de educación integral y de cultura cívica, funciones que se les imponían debido a la creciente masificación de las campañas y los actos electorales. Las bibliotecas fueron imaginadas como la contracara de los comités. Aunque muchas veces sus animadores fueran los caudillos vecinales o directamente los representantes del radicalismo, la presencia del socialismo los desenfocó y subsumió en una especie de segundo plano histórico.

Aventuras de catálogo

La Comisión Nacional Pro-Bibliotecas Populares no cumplió con sus promesas de financiamiento, para la supervivencia de las bibliotecas fue crucial el esfuerzo “des-

556 “7/III/1930 Biblioteca Popular “Libertad” solicita subvención”, ET HCD enero-marzo 1932, ff. 640-641.

557 ARCHETTI, Eduardo “Estilo y virtudes masculinas en *El Gráfico*: la creación del imaginario del fútbol argentino”, en *Desarrollo económico*, vol. 35, núm. 139, Buenos Aires, octubre-diciembre 1995, pp. 419-442.

558 CSORDAS, Thomas J. *Embodiment and experience: the existential ground of culture and self*, Cambridge, Cambridge University Press, 1994.

559 *La Capital* 13/III/1922.

560 *La Capital* 21/V/1927.

interesado” de las asociaciones privadas. No hubo una traducción política coherente de la valoración positiva de estos ámbitos volcada en los medios periodísticos,⁵⁶¹ el municipio apenas subsidiaba a contadas actividades culturales.

De cualquier modo, una biblioteca era relativamente fácil de montar. Al comienzo, podía funcionar en un local prestado y sin grandes comodidades. Con frecuencia, la invariabilidad de esas limitaciones y la escasez de los recursos materiales comprometieron la continuidad institucional de estos lugares. El aumento de socios contribuía con nuevas cuotas, pero también con mayores demandas. Paradójicamente, el éxito social de la biblioteca, a veces, puso en riesgo las fórmulas de su reproducción y ampliación.

Las bibliotecas pidieron con obstinación subsidios y ayudas materiales al municipio. Si en los años 1920s. tan sólo “Estímulo al Estudio” elevó una solicitud, a lo largo de la década siguiente muchas la imitaron, provocando una sostenida demanda social sobre estos ámbitos. En esas comunicaciones, las bibliotecas populares se auto-representaban como iniciativas civiles sin apoyo gubernamental, pero henchidas de buenas intenciones. Algunas, para justificar la inversión de los dineros públicos, enfatizaron las características y el número de sus lectores.

En 1928, “Estímulo al Estudio” declaró recibir sesenta lectores a diario, subrayó la recurrente presencia de escolares, cuyas familias no podían adquirir los libros de estudio. La biblioteca facilitaba esos materiales y algunas obras de consulta, básicamente manuales y enciclopedias. Asimismo, la institución destacó su labor en aras del perfeccionamiento moral y espiritual de la juventud del barrio.⁵⁶²

Los catálogos de estas bibliotecas tientan al investigador, luego de analizarlos quizá pueda decirse oblicuamente algo respecto al misterioso mundo que formó las preferencias de los lectores. Pero esas atribuciones de aptitudes y gustos culturales sobre los agentes del pasado siempre serán parciales y vecinas a la conjetura. En esas listas había obras de consulta general, enciclopedias y colecciones bibliográficas de las más diversas materias: geografía, historia, astronomía, química, matemáticas, geometría, física, antologías poéticas, etc. La biblioteca, además, poseía textos de matriz científico-política y sus autores eran Ingenieros, Kropotkin, Marx, Kautsky, Bakunin, Lenin y Trotsky. Entre todos, estos libros no superan la veintena. La historia argentina estaba representada por los emblemáticos libros de Mitre sobre San Martín y Belgrano, había una *Historia de la Revolución Francesa* de Thiers y una *Historia Universal* cuyo autor no mereció una mención específica en el catálogo. En el campo de la literatura, los intereses fueron menos restringidos. Tal y como ocurría en casi todas las

561 *La Capital* 25/X/1927.

562 La biblioteca contaba con 275 asociados y cobraba una cuota de \$0,50. ET HCD noviembre 1928, t. 1, f. 3479. En la ocasión, la biblioteca solicitó un subsidio mensual de \$50, igual a la cuota de cien asociados. Para el municipio era una cifra menor. Aún así, debió reiterar su pedido en 1929, pues el dinero le fue adjudicado. ET HCD junio 1929, f. 2254.

bibliotecas populares de la época, el escritor de mayor éxito o recurrencia era Alejandro Dumas.⁵⁶³ El único que contaba con más de veinte volúmenes, algunos de ellos duplicados, el tamaño de su obra superaba a todas las de naturaleza científico-política. Los románticos, los realistas y los naturalistas del siglo XIX gozaron de cierto predicamento entre los lectores. De los franceses se destacaron Honoré de Balzac, Victor Hugo, Gustav Flaubert, Guy de Maupassant, Émile Zola y Anatole France, y entre los ingleses Charles Dickens y William Thackeray eran los más relevantes. Descollaron en filosofía Schopenhauer y Nietzsche y en la divulgación de una “filosofía blanda”, Max Nordeau. El género de aventuras fue dominado por Julio Verne, Emilio Salgari y James Fennimore Cooper. Dostoievsky, Tolstoi, Andreiev y Gorki encabezaban la literatura rusa. Nombres como los de Knut Hamsun, E. A. Poe y Gastón Leroux estaban asociados al cuento y la novela policial. Era llamativa la cantidad de libros semi-esotéricos y cuasi-científicos de Camille Flammarion. Por el contrario, había pocas obras de literatura nacional, las de Manuel Gálvez, Joaquín V. González y Ricardo Güiraldes poseen un lugar peculiar, añadiéndose un ejemplar de *Don Segundo Sombra* de Güiraldes y algunos cuentos dispersos de Lugones. La obra nacionalista del autor de *Las fuerzas extrañas* no formaba parte de la colección.⁵⁶⁴

Casi tres mil volúmenes componían un fondo bibliográfico pacientemente acopiado a lo largo de dos décadas, entre 1911 y 1930. De esta serie, sin duda analizada aquí apenas superficialmente, podemos extraer orientaciones e intereses muy diversificados. Al parecer, la literatura de aventuras y el realismo acaparaban la atención, las obras políticas, la novela y el cuento policial y la literatura nacional eran menos relevantes. La biblioteca era un artefacto y un objeto cultural diversificado y polifónico, pero el núcleo se componía de lo que frecuentemente se ha llamado “literatura de evasión”. No se trata de ningún descubrimiento, otros historiadores han efectuado la misma comprobación en espacios análogos.⁵⁶⁵ En los catálogos, la preeminencia de la novela de aventuras era evidente. “Estímulo al Estudio” era una biblioteca desvinculada de instituciones educativas, sin el patrocinio de entidades gubernamentales ni una orientación política demasiado estricta. Esa trayectoria hacía de la lectura una práctica para el tiempo libre imaginativo, tan ajeno a la utilidad como a las obligaciones culturales o políticas. Una tendencia que fue confirmada también por las fichas de préstamo.

563 QUIROGA, Nicolás “Lectura y política. Los lectores de la Biblioteca Popular Juventud Moderna de Mar del Plata (fines de los años treinta y principios de los cuarenta)”, en *Anuario del IEHS*, núm. 18, 2003, pp. 449-474.

564 *Biblioteca Popular “Estímulo al Estudio”*..., cit.

565 PASSOLINI, Ricardo “Entre la evasión y el humanismo. Lecturas, lectores y cultura de los sectores populares: la Biblioteca Juan B. Justo de Tandil, 1928-1945”, en *Anuario del IEHS*, núm. 12, 1997, pp. 373-401.

Juegos combinatorios

La cultura de masas y la literatura de evasión imperaban en la bibliografía de “Estímulo al Estudio”. Mientras, en otras bibliotecas, las mismas tendencias se instalaron pero empleando otras artes. La prensa estableció los patrones iniciales de esa relación. Al referirse a los vínculos entre las bibliotecas y el poder político, los periodistas criticaron cierta preferencia por los deportes. Mayoritariamente, destinados a sufragar la construcción y, ocasionalmente, el funcionamiento de nuevas plazas de ejercicios físicos, la intervención de los subsidios municipales interactuó con esa zona, con la parte física de la cultura popular de los barrios. Esa disputa por los recursos económicos, entre otros factores, comenzó a trazar la escisión y, luego, la oposición entre la cultura libresca y la cultura deportiva, entre una sociedad ilustrada y una sociedad de masas, entre la “alta cultura” y la “cultura popular”.

Con la profesionalización, el fútbol dejó de formar parte de la cultura física, a la que por otra parte sólo estuvo débilmente asociado, y se convirtió en un entretenimiento mercantilizado. La prensa reprochó al municipio encausar sus recursos y energías al fomento de esas prácticas, manteniéndose indiferente ante las bibliotecas populares que eran incapaces de mercantilizarse o conseguir grandes presupuestos. Para fundamentar la oposición de esa premisa se emplearon argumentos contundentes, se dijo que “...en los barrios suburbanos se crean amplios campos deportivos [...] no se advierten en ellos ni una sola biblioteca [...] el gobierno subvenciona a las instituciones deportivas que, por otra parte, tienen sobrados recursos propios creemos lógico también que se ayude a las bibliotecas populares.” Las bibliotecas representaban un adelanto cultural para los suburbios y, también, eran una barrera contra los “malos hábitos”, como el alcoholismo. “Aunque esta afirmación parezca paradójica, es así, sin embargo, toda vez el que asiste a una biblioteca, rara vez es también cliente de una taberna.”⁵⁶⁶

Las bibliotecas eran entidades moralizantes, sus lectores no podían ser alcohólicos, ni estar corrompidos, ni atentar contra el orden. El nombre de las bibliotecas populares anunciaba sus capacidades transformadoras, quizá la cumbre de esta tendencia haya sido alcanzada por “Amor a la Verdad”. En el primer artículo de sus estatutos, la comisión directiva manifestaba una vocación por el mejoramiento moral y corporal, apelando a la hibridación entre la cultura física y la intelectual.⁵⁶⁷ A la sala de lectura podían ingresar hombres aquejados por los rigores de la vida, hombres envueltos en dificultades, pero entre sus muros esos atribulados se convertían en ciu-

566 “Bibliotecas Populares”, *La Capital* 27/1/1929.

567 “Propender por medio de la instrucción mutua al levantamiento intelectual de sus asociados y facilitar al pueblo en general la instrucción por medio de la *lectura* de sus libros [...] Propender al adelanto físico, moral e intelectual de sus asociados por medios culturales, abogando por la creación e implantación de *deportes* y recreos sanos.” *Biblioteca Popular “Estímulo al Estudio”*..., cit. pp. 5-6. Énfasis añadido.

dadanos socialmente útiles. “Amor a la Verdad” era una obra moralizadora efectuada por intermedio de la cultura y la razón.

Los reglamentos de las bibliotecas y la prensa moralizaron a la cultura, esa operación estuvo destinada a perdurar en el sentido común. Se invistió a las bibliotecas de las habilidades necesarias para implantar un régimen de comportamiento entre sus frequentadores. Esas disposiciones tenían vinculación con el amor a los hombres y a los conocimientos y simétricamente estimulaban el alejamiento de los vicios. La frase de Joaquín V. González, pronunciada en la Universidad de la Plata y estampada como divisa fundacional de la Biblioteca Argentina, la biblioteca central de la ciudad, atravesaba con determinación a muchos de estos espacios: “Conocer es amar. Ignorar es odiar”.

Los debates y las aporías entre la cultura deportiva y la cultura intelectual, también, recorrieron a las bibliotecas. En 1914, el reglamento de “Estímulo al Estudio” ignoró esos desencuentros. No hubo contradicción entre las actividades físicas e intelectuales. Los patrocinadores de la biblioteca se interesaron en la divisa: *mens sana in corpore sano*. En el campo cultural, el cuerpo y la mente no conformaban una antítesis, antes, la cultura, tanto fuera intelectual o física, hallaba su polo de oposición en el mercado y el interés. La *virtus*, atesorada por el juego noble, aristocrático, desinteresado y ritual se desvanecía por obra del contacto con el dinero. El profesionalismo desplazaba la atención hacia la cultura de masas y el mercado del entretenimiento, donde existía un doble interés: el del dinero proveniente de las entradas cortadas y la resolución de la competencia en términos de *score*. La *illusio* del juego se concentraba en la magnitud de la afición y en la cuantificación de los resultados. Esas preferencias opacaron relativamente en los campos deportivos las finalidades cualitativas de los encuentros.⁵⁶⁸

Los animadores de las bibliotecas no se oponían al fútbol o al cine. Pero se resistían a su proliferación como entretenimientos mercantilizados, como espectáculos de masas alienantes y anti-pedagógicos, cuyo efecto sería, según ellos, el “embrutecimiento irreversible” del público. Esta posición fue asumida y defendida, aunque con algunas variaciones, por las bibliotecas socialistas, el resto de estas instituciones no fue tan reactivo respecto al uso del tiempo libre de sus lectores. La biblioteca, entonces, era un lugar de sociabilidad acotado que no exigía una entrega total de los asociados. Entre sus finalidades se contaba “...organizar periódicamente veladas literarias, artísticas, musicales y cualquier fiesta con el propósito de estrechar vínculos sociales entre sus asociados y a beneficio de la institución.”⁵⁶⁹

No todos los mediadores culturales embarcaron por completo sus energías en estas empresas. Las bibliotecas necesitaban nuevos recursos y más asociados, pero

568 BOURDIEU, Pierre *Razones prácticas. Sobre la teoría de la acción*, Anagrama, Barcelona, 1997.

569 *Biblioteca Popular “Estímulo al Estudio”*..., cit. p. 6.

las atracciones y la disipación no eran el único camino para conseguirlos. Torneos y fiestas fueron resistidos por la organización, los anarquistas primero y los socialistas después se manifestaron contrarios a esas actividades. En sus esquemas culturales, la biblioteca era un espacio de politización y reforma, una herramienta para fabricar al *hombre nuevo*. Algunos socialistas, los más ortodoxos, hicieron de la biblioteca una “institución omnívora”, cuyas demandas, a veces, mortificaron y redujeron la existencia de sus miembros.⁵⁷⁰ Al avanzar la década de 1920, la rigidez de la codificación de algunas bibliotecas socialistas se convirtió en una variable inversamente proporcional al número de los afiliados. Las actividades no se caracterizaron por la diversidad, los recursos no podían obtenerse contraviniendo a los protocolos de conducta. De forma muy gradual, los socialistas se mostraron menos inflexibles en materia de programación cultural.⁵⁷¹

La prosperidad de las atracciones masivas enfrentó a las bibliotecas con una encrucijada. En ese contexto sociocultural se plantearon por lo menos dos opciones. La primera consistía en predicar en el desierto y alienarse de una base social potencial. Atraer nuevos asociados y acogerse a ciertos elementos de la cultura de masas, era la segunda. Las discusiones invadieron ámbitos diseñados con criterios educativos sarmientinos y políticos reformistas o revolucionarios. Hubo una disputa entre los defensores el *deber ser* abstracto de la fundación institucional y los abogados pragmáticos de las razones inmanentes que contribuían a la reproducción y ampliación de las instalaciones. Algunos no deseaban claudicar ante el canto de sirenas del “... entretenimiento embrutecedor y mercantilizado.”⁵⁷²

Hacia los años 1930s., ciertas bibliotecas populares se transformaron en una especie de *refugio de la cultura*. En el imaginario de sus impulsores, la “verdadera cultura” era asediada por las formas-experiencias de la cultura de masas que se desplegaban en los campos de fútbol, las salas de cine y las orquestas típicas de tango. El tríptico narrativo del film *Los tres berretines* (Susini, 1933) recortó la poderosa sombra de lo masivo, sobre la que se proyectaron casi en la misma proporción apologías y rechazos.

Algunas bibliotecas se imaginaron como una fortificación que hacía una guerra de resistencia a las prácticas que difundían la cultura de masas, eran las abanderadas de una cruzada civilizatoria. En 1934, la Asociación de Bibliotecas Infantiles se consagró a combatir la “degradación” de los gustos populares. La biblioteca se oponía a la calle, donde los niños adquirirían la pasión por el fútbol y junto a ella los primeros

570 COSER, Lewis *Instituciones voraces*, Fondo de Cultura Económica, México, 1978.

571 Completamente antitética fue la prédica de los clubes sociales y deportivos. Los estatutos del Club Atlético La Unión del barrio Tablada afirmaban: “Esta institución fomentará el espíritu de unión entre sus socios y la virtud de la sociabilidad entre el vecindario, empleando para ello todos los medios lícitos a su alcance atrayendo el mayor número de posible de asociados.” *Estatutos del Club Atlético “La Unión”, Cultural, deportivo y recreativo*, Imprenta M. Corrales Ruiz, Rosario, 1927, p. 4.

572 PICONE, José “La función esencial de la cultura física”, en *Cultura Sexual y Física*, vol. 1, núm. 13, 1938, p. 20.

vicios.⁵⁷³ Ese imaginario ubicaba a la institución libresca como la antagonista de la “incultura espontánea” y la promotora de una “cultura decente”.⁵⁷⁴

Durante los años 1930s., las relaciones del municipio con las asociaciones civiles se fortalecieron. Esos vínculos fueron lubricados por subsidios y mejoras urbanas, pero las esperanzas de financiamiento cultural reverdecieron en vano, ni el municipio ni el Estado le prestaron el apoyo necesario. Todos los subsidios que las bibliotecas percibían eran irregulares.⁵⁷⁵ Sitiadas por la crisis que perforó el tejido socioeconómico en los años 1930s., las bibliotecas para obtener recursos no tuvieron más opción que continuar modificando el tablero de sus actividades. Ante el declive de los socios, las dificultades para cobrar las cuotas y la penuria material generalizada, esencialismos y convicciones fueron depuestos. Las comisiones directivas acataron el *diktat* del mercado, olvidando momentáneamente sus preferencias políticas y culturales.

Espacios menos protegidos por corazas ideológico-políticas e imbuidos en un iluminismo menos radical complementaron sus actividades con fragmentos de cultura popular y masiva. A pesar de tener reservas y sin aceptar que las bibliotecas fueran agentes de la mercantilización de la cultura, sus animadores comprendieron que el proceso de masificación era irreversible.⁵⁷⁶ Un ejemplo de esta modificación del patrón de actividades fue la biblioteca “Esteban Echeverría” de sesgo socialista. Con motivo de la primavera, la biblioteca se comprometió en la organización de pic-nics a orillas del río y reuniones danzantes nocturnas. Fueron relegadas las tradicionales veladas literarias, las conferencias y puestas teatrales de “profundo contenido social o anticlerical”. Esos cambios permitieron a algunas bibliotecas prosperar en los años 1930s., a pesar de y gracias a la irrefrenable difusión de las atracciones masivas. En el plano de las relaciones sociales, las bibliotecas se convirtieron en un agente difusor de la cultura masiva, aunque, en el plano de las representaciones culturales, se resistieron a aceptar esa nueva posición, un tanto incomoda respecto a su trayectoria y prédica anterior.

Claudicaciones de la pureza

La comisión de censura cinematográfica anunció, en 1935, la derrota del teatro y las bibliotecas a manos de ese “nuevo entretenimiento mecánico”.⁵⁷⁷ Sin embargo, no debe olvidarse que las bibliotecas populares habían conseguido algunas victorias parciales. Entre finales de la década de 1930 y comienzos de la siguiente, muchas ampliaron públicos y edificios. Paralelamente, las demandas de los lectores en pos de otras actividades se consolidaron y ensancharon. Esa expansión del horizonte material y de las

573 *La Capital*, 5/XII/1934.

574 ET HCD abril 1932.

575 *La Capital* 13/X/1933.

576 BARRANCOS, Dora *Educación, cultura y trabajadores (1890-1930)*, CEAL, Buenos Aires, 1991, p. 108.

577 DS HCD 14/V/1935, p. 562.

expectativas posiblemente fuera un hecho trabajoso, pero las bibliotecas mantuvieron su número estable y parecieron destinadas a crecer.

Si el cine se había transformado en un medio cultural y así era percibido por los funcionarios del municipio, las bibliotecas también habían mutado. Sobrevivir a la cultura de masas con una organización centrada en la lectura política, racionalista y científica fue una proeza que pocos espacios pudieron permitirse. Las bibliotecas populares auspiciaron cada vez más torneos futbolísticos (pero amateurs) y bailes nocturnos (pero decentes). Esas actividades fueron justificadas a partir de una finalidad encaminada a suministrar fondos para prácticas “altruistas” y “literarias”. Luego de 1935, ese circuito de retroalimentación se quebró y la promoción “pura” de la cultura racionalista y libresca se hizo cada vez más infrecuente.⁵⁷⁸

Las hibridaciones de las bibliotecas populares respecto a la cultura deportiva y festiva continuaron en marcha. Por las noches, “Amor al Estudio” se transformaba en “Amor al Baile”. A pesar de una continua labor educativa, la biblioteca se vinculaba a un club social con el que patrocinaba fiestas y deportes. Los bailes de “Amor al Estudio” fueron muy frecuentados a comienzos de los años 1940s., junto con los subsidios y las cuotas de sus asociados, representaban el principal soporte material de la biblioteca.⁵⁷⁹ La cultura popular festiva y las atracciones de feria eran puestas al servicio del patrocinio y la difusión del libro. Sin ser siempre los mismos, los hombres y las mujeres que participaban de unas y otras actividades a veces se repetían.

Las estrategias del municipio para intentar controlar a las bibliotecas, fueron análogas a las empleadas con las asociaciones vecinales y los clubes deportivos.⁵⁸⁰ El entrelazamiento de las instancias administrativas y las tramas capilares de la sociabilidad institucionalizadas en bibliotecas, clubes y vecinales, se tensaron y conformaron conflictos. Pero también, en el transcurso de los años 1930s, se afianzaron.

Fueron más frecuentes las peticiones de equipamiento, especialmente cuando las actividades festivas y lúdicas atraerán mayor público a las bibliotecas. En 1939, “Estímulo al Estudio” solicitó un subsidio para construir un segundo piso, se habían incrementado su área de influencia, cantidad de lectores y capital bibliográfico. La biblioteca se jactaba de tener arraigo en casi todos los barrios del norte, de ser frecuentada a diario por más de cien estudiantes, de contar con un fondo de cinco mil volúmenes y efectuar reuniones culturales y de extensión. El edificio en el que revisaba era suyo y podía acoger a un máximo de cuarenta lectores y ocho mil libros. Las reformas duplicarían esas cantidades, la ampliación había sido impuesta por la demanda que pesaba sobre la biblioteca.⁵⁸¹

578 DS HCD 27/XII/1939, p. 2105.

579 ET HCD octubre 1941, t. II, f. 5893.

580 DS HCD 19/XI/1940, t. II, p. 1468.

581 ET HCD diciembre 1939, t. V, ff. 8685-8887.

“Amor al Estudio” también acercó al municipio inquietudes similares, aunque su punto de partida fuera más modesto. El local de la biblioteca era alquilado. La Comisión Directiva deseaba tener un espacio propio y más amplio, para incrementar las comodidades y disminuir los gastos. Lo recaudado en distintos festivales sólo alcanzaba a cubrir una parte muy pequeña del nuevo edificio. La municipalidad fue instada a contribuir con esta “...obra de progreso moral e intelectual.”⁵⁸²

No fueron el libro y la lectura los estímulos exclusivos de las nuevas necesidades y ampliaciones. El mercado del entretenimiento y las prácticas de la cultura masiva, como el fútbol, el cinematógrafo y los bailes, invadieron los anaqueles y desplazaron a los libros. Programadas como instituciones para la reforma de la cultura de los sectores populares, las bibliotecas sólo cumplieron parcialmente con ese cometido. Si bien sus funciones políticas y culturales fueron ejercidas con cierto éxito durante los años 1900-1920s., a partir de esa década pueden percibirse dos procesos paralelos. El primero se caracterizó por una implicación de las bibliotecas con las organizaciones sociales establecidas, como el municipio, en aras de conseguir fuentes de financiamiento diversas a las cuotas. El segundo involucró la producción de actividades lúdicas y festivas basadas en atracciones de amplio predicamento sociocultural. En el marco de una interacción social cada vez más amplia y por eso mismo menos panificable, las bibliotecas populares fueron presa de una modificación de gran envergadura. Ellas habían sido diseñadas como instituciones desiderativamente activas en la lid por la reforma sociocultural, pero terminaron siendo, a su vez, objeto y receptáculo de las transformaciones de una cultura popular que fue capturada por las luces, las fantasmagorías y atracciones de lo masivo.

582 ET HCD septiembre 1942, t. 1, ff. 2521-2522.

CAPÍTULO IX

El cine, los censores y el público

Al iniciarse el siglo pasado, entre otras atracciones modernas, las calles de la ciudad acogieron algunas exhibiciones de imágenes en movimiento. Al comienzo, las vistas se desarrollaron en espacios bastante diversos entre sí, el abanico de lugares abarcaba desde predios al aire libre hasta diminutos cafés con biógrafos. El marco y el tipo de exhibiciones provocaron que las funciones se asociaran a otras actividades, por entonces, las cintas disponibles privilegiaban el carácter mostrativo sobre el narrativo de las proyecciones.⁵⁸³ Los cuadros eran más importantes que el corrido de la secuencia, la audiencia se sentía atraída por lo que la novedad técnica permitía visualizar. Todavía era precaria la capacidad del cine para narrar historias, bajo el imperio del sistema de atracciones mostrativas, el cinematógrafo apeló con insistencia a las tomas unipuntuales sobre noticias europeas, paisajes exóticos, composiciones cómicas o acrobáticas, etc.

Los cafés con cinematógrafo estuvieron rodeados por una audiencia restringida, mientras que las exhibiciones al aire libre gozaron de gran predicamento social. Generalmente, las películas fueron complementadas por otros entretenimientos. En los cafés y los parques, la diversidad de atracciones se ensanchó tanto en razón del contexto de la exhibición como por la brevedad de los carretes. Atendidos frecuentemente por camareras, los cafés con biógrafos fueron ámbitos sospechados de fomentar la “vida ligera”. Para las autoridades, la estimulación voyerista de las vistas se vinculaban directamente con el comercio carnal. Con la misma sencillez que se imaginó ese enlace mimético, pudo conjeturarse que las camareras estaban dedicadas a la prostitución por entonces reglamentada, de modo que sus cuerpos debían ser objeto de la revisión y el control de la Asistencia Pública.⁵⁸⁴ La musicalización en vivo, los recitados y presentaciones de cantantes completaron el programa de esos ámbitos primarios de circulación de la imagen en movimiento.

Durante las conmemoraciones patrióticas, los grandes espacios públicos fueron el teatro propicio para exhibiciones deportivas, circenses y fílmicas.⁵⁸⁵ Claramente la descripción de esta serie de espectáculos, los colocaba en una vecindad cultural con

583 GUNNING, Tom “The cinema of Attraction[s]: Early Films, Its Spectator and the *Avant-Garde*”, en STRAUVEN, Wanda (ed.) *The Cinema of Attractions Reloaded*, University of Amsterdam Press, Amsterdam, 2006, pp. 381-388.

584 MUGICA, María Luisa *Sexo bajo control. La prostitución reglamentada. Rosario 1900-1912* Universidad Nacional de Rosario Editora, Rosario, 2001.

585 “Conmemoración del Centenario”, en *Memoria presentada al Honorable Concejo Deliberante por el Intendente Municipal Dr. Isidro Quiroga. Correspondiente al año 1910*, Talleres de la Biblioteca Argentina, Rosario, 1910.

las atracciones de feria. El sistema de atracciones mostrativas garantizaba una concurrencia abundante, pero el sentido de la puesta era inestable y el proceso de recepción del espectador estaba rodeado por un aura de incertidumbre.⁵⁸⁶ Recursos externos, como la música, los discursos y las narraciones, enmarcaron la escena intentando fijar el sentido de las actividades. Convencidos de los efectos miméticos de los espectáculos, los funcionarios locales se entregaron a la difusión del cinematógrafo.⁵⁸⁷

La vinculación analógica y el condicionamiento comportamental propuesto entre la proyección y el público, fuera éste el de un café con camareras o el de un acto patriótico, se convierten en dos indicios respecto a la atracción y el influjo que las autoridades atribuían a la proyección de las imágenes móviles. Fueron enfatizadas las propiedades pedagógicas y civilizatorias del cine, pero, al mismo tiempo, se percibieron algunas de sus potencialidades corruptoras y degradantes para la cultura de los espectadores. En la documentación oficial, el umbral de comprensión de estos fenómenos aparece muy vecino a la teoría hipodérmica cuyo desarrollo es casi contemporáneo y posiblemente paralelo.

Las autoridades fomentaron un uso instrumental-patriótico del cine, el film *La Revolución de Mayo* de Mario Gallo ejemplificó esa tendencia. Paralelamente, se preocuparon por el avance de los salones con biógrafos. En los primeros años de la década de 1910, la intendencia fue facultada para prohibir las representaciones culturalmente “indecorosas” y clausurar las salas ediliciamente “peligrosas”. Debía preservarse al público tanto de las representaciones obscenas como de la ausencia de una ventilación adecuada, de suficientes salidas de emergencia y de materiales ignífugos.⁵⁸⁸ En gran medida, la baratura de las entradas amplió considerablemente la población de las salas. Cuando esa concurrencia resultó socialmente inocultable, los grupos letrados se mostraron preocupados y calificaron al cine de “diversión fácil”, un entretenimiento de “poca monta”.⁵⁸⁹ Reputadas como incapaces de desarrollar un sentido crítico frente al verosímil filmico, las mujeres, los niños y otros grupos de escasos recursos económicos y/o culturales, a criterio de las autoridades, serían presa fácil para el canto de sirenas del cinematógrafo.⁵⁹⁰ Estos tres agentes se hallaban incluidos en una relación de dependencia sociocultural y debían ser protegidos de ciertas vistas fílmicas.

Detrás de las justificaciones racionalizadoras de estos argumentos, se ocultaba la creencia en la capacidad del cine para reproducir la realidad e incidir sobre la conciencia y la conducta de sus espectadores. Un grupo de notables fue el depositario de la prerrogativa de decidir respecto a quienes debían exponerse a esas influencias.

586 GAUDREAULT, André y JOST, François *El relato cinematográfico. Cine y Narratología*, Paidós, Barcelona, 1995, pp. 72-74.

587 *La Capital* 7/IV/1910.

588 ET HCD diciembre 1912, t. 1, f. 95.

589 *La Capital* 6/VI/1910.

590 *La Capital* 4/2/1916.

Tres constelaciones normativo-discursivas diseminaron las consecuencias prácticas de esta perspectiva, algunas de ellas subsistieron largo tiempo en las operaciones de clasificación y censura cinematográfica. La primera fue la crítica del cine como “un entretenimiento peligroso”. La segunda, apuntó a la censura de ciertos films en atención a la relación mimética, analógica y automática del encadenamiento contenido-recepción-comportamiento. Finalmente, la tercera estuvo enmarcada por las disposiciones que tendían a controlar la conducta del público en las salas. Este triple dispositivo rigió sobre una parte de la historia de la exhibición fílmica en Rosario. El objetivo de este capítulo es analizar localmente su construcción histórica y su despliegue relacional, para evidenciar algunas de las razones prácticas de su formación, reproducción e impacto.

Difusión y percepción

El periódico *La Capital*, a mediados del año 1910, estimó preocupante la preferencia del gran público por las “...precarias exhibiciones cinematográficas...” frente al “...teatro de gran nivel”.⁵⁹¹ Desde los inicios del siglo XX, el municipio auspiciaba a las compañías operísticas y teatrales destacadas,⁵⁹² sin embargo, la mayoría del público elegía espectáculos algo diferentes. Con referencias a la decadencia cultural de las grandes ciudades, los periodistas apostrofaron esas preferencias; los redactores sentenciaron: “...atravesamos un período de subversión de los gustos artísticos”.⁵⁹³ Una amenaza fue percibida por los *guardianes de la cultura*, el cine podía rivalizar con las performances en vivo. Lentamente, se le atribuyó un tono “familiar” al espectáculo, la calidad y la cantidad del público variaron. Para 1914, podía afirmarse que las salas habían cosechado cierta reputación, de esa nueva imagen fueron escrupulosamente excluidos los “prostibularios” cafés con cinematógrafo de comienzos del siglo XX.⁵⁹⁴

La transformación de las salas fue el producto de un proceso complejo, en el que los pequeños exhibidores sufrieron el asedio de la presión tributaria. En 1915, la ordenanza de impuestos movilizó al propietario del Cine-Bar “La Plata” a requerir una revisión de la categoría fiscal que se le había otorgado. Una rogativa dirigida al Concejo Deliberante afirmaba que el local en cuestión estaba ubicado lejos del centro y “...en un barrio de gente trabajadora y pobre”.⁵⁹⁵ El dueño declaró que no correspondía incluirlo junto a los grandes salones céntricos de primera categoría, donde se organizaban espectáculos múltiples rotulados como varietés. Allí, se daba cita un público diferente del popular, mientras que a los cines barriales acudía “...gente humilde y trabajadora”. Alegaba que las recaudaciones de unos y otros espacios eran

591 *La Capital* 6/VI/1910.

592 ET HCD 1899, t. 1, ff. 45-46.

593 *La Capital*, 6/VI/1910.

594 *La Capital*, 9/V/1914.

595 ET HCD octubre 1915, f. 213.

muy diferentes, los únicos cines que reunían las condiciones de la primera categoría estaban domiciliados en el centro de la ciudad. El municipio desestimó la primera presentación de ese recurso. Sin embargo, pocos meses después, otros empresarios en situación semejante multiplicaron las peticiones. Recién entonces, el gobierno local accedió a los reclamos y revisó la clasificación tributaria.⁵⁹⁶

Estas solicitudes fueron el índice del proceso de popularización del cinematógrafo y de la mayor autonomía de las proyecciones respecto a otras atracciones. Al mismo tiempo que se diversificaban el público y las salas, los films se hacían cada vez más largos y las atracciones mostrativas eran integradas a un sistema crecientemente narrativo. Esto ocurría con muy poca dilación respecto al centro del universo cinematográfico, ubicado en los Estados Unidos.⁵⁹⁷ El encadenamiento de algunos datos contextuales permite explicar esta sincronía. Luego de la guerra de 1914, los precios del alquiler y venta de las películas descendieron, la contracción del mercado europeo y la hegemonía de las distribuidoras integradas estadounidenses contribuyeron a esa caída. El mercado interno americano cubría los costos de producción y generaba las ganancias de la flamante industria filmica. Especialmente dirigida a la Argentina, Brasil y México, la importación a América Latina se realizó a muy bajo precio, su rentabilidad radicaba en la formación de nuevos mercados y la desarticulación de potenciales industrias competidoras.⁵⁹⁸

La paulatina “institucionalización” del cine motorizó una nueva expectativa socioeconómica, sensibles a esa variación del mercado, los empresarios habilitaron locales más amplios y mejor equipados. Entre 1910 y 1925, los cafés con cinematógrafos y los biógrafos fueron suplantados por salas exclusivamente dedicadas a la proyección filmica. Estos espacios emergieron como discontinuidades arquitectónicas respecto a sus antecesores, morfológicamente asimilables a los *nickelodeon* americanos. El estilo de esos nuevos edificios puede dividirse en dos grandes variedades. La primera estaba formada por los denominados *Palaces* que colocaban al alcance del gran público la sofisticación decorativa de los teatros decimonónicos. La segunda enmarcaba las mostraciones exóticas de la pantalla con motivos de la arquitectura del norte de África, la India o China. A veces, el éxito de pequeños cine-bares permitió su demolición y posterior construcción de estos “palacios de las proyecciones”. Ese fue el caso del *Café y Cine La Plata* y de su sucesor el *Palace La Plata Cine*.⁵⁹⁹ También, nuevos capitales provenientes de Buenos Aires renovaron la plaza. En los años 1920s., el conocido empresario del medio radial, discográfico y cinematográfico y con inversiones

596 ET HCD octubre 1915, f. 216.

597 GUNNING, Tom *Griffith and the Origins of American Narrative Film: The Early Years at Biograph*, University of Illinois Press, Urbana, 1991.

598 KING, John *El carrete mágico. Una historia del cine latinoamericano*, Tercer Mundo Editores, Bogotá, 1994, pp. 25-27.

599 PARALIEU, Sidney *Los cines de Rosario. Ayer y Hoy*, Editorial Fundación Ross, Rosario, 1996.

a escala latinoamericana, Max Glucksmann, abrió el *Cine Palace Theatre* de Rosario,⁶⁰⁰ por largo tiempo, el salón fue de los más imponentes en la ciudad. La prosperidad del negocio quedó acreditada en 1932, cuando Glucksmann, a la sazón propietario del primer cine sonoro de la ciudad, apareció listado como el tercer mayor contribuyente del municipio.⁶⁰¹

La difusión social del cinematógrafo, sin embargo, no amortiguó los reproches de la prensa a las proyecciones, potenciales peligros morales y culturales opacaron los beneficios de este entretenimiento. Según sus críticos, la deriva comercial y masiva del cine, aunada a la competencia entre las empresas “...degradaba el espectáculo”. El público, sin embargo, no era la parte pasiva de ese proceso. A medida que el cine se popularizaba, *La Capital* detallaba los síntomas de su “degeneración”, evidenciada en una identificación con el “entretenimiento vulgar”. En esta lógica, la “ambición de los empresarios” y “la escasa cultura de los espectadores” se combinaron para anular “las potencialidades culturales y pedagógicas del cine”.⁶⁰² “Elevar la cultura” tanto de las exhibiciones como de las salas era una exigencia de la prensa. De esas apelaciones, el municipio y sus agentes no pudieron sustraerse: primero intentaron controlar los contenidos de las cintas y luego impartir normas de comportamiento para el público.

Censura

Regimentar la mostración de los films, intentando sostener los temas dentro de un ámbito “cultural saludable” fue una tarea a la que se consagraron algunos agentes socio-culturales. Los contenidos de las exhibiciones filmicas fueron objeto de vigilancia y control. Para tratar de impedir la propagación de “vistas obscenas”, la Inspección Pública comenzó por examinar algunas cintas.⁶⁰³

La Comisión de Inspección de los locales cinematográficos se formó en 1913 y estuvo abocada más a fiscalizar la edilicia de los establecimientos que a intervenir sobre los contenidos irradiados por la pantalla. Los mayores problemas radicaban en la ventilación de los locales, las salidas de emergencia y los materiales ignífugos de la cabina de proyecciones y demás instalaciones.⁶⁰⁴ Para 1914, la censura construyó un discurso específico sobre el cine, su campo de aplicación fueron los informativos de la guerra europea. A criterio de los funcionarios locales, esas imágenes poseían dos inconvenientes remarcables. Primero, exaltaban extranjerismos que el Estado argentino deseaba desterrar de una población marcadamente inmigratoria, de muy

600 ET HCD septiembre, 1924, f. 46.

601 ET HCD julio-agosto 1932, f. 4315.

602 *La Capital*, 8/II/1916 y *La Capital* 12/II/1916.

603 DMR 1911, p. 458.

604 La Comisión estaría integrada por el Sub-Inspector General (Emilio Peralta Lescano); el Jefe de Sección Profilaxis (Dr. Julio B. Valdez), el Jefe de la Sección Alumbrado del Departamento de Obras Públicas (DOP) (D. José Ignacio Otero) y el miembro del HCD Ing. Héctor Thedy. DMR 1913.

alto porcentaje en Rosario. Segundo, cuando esas fibras se activaban, las proyecciones ocasionaban disturbios en la sala, la escenificación del conflicto se reproducía entre la concurrencia. Una psicología que imaginaba masas emotivas y capaces de conjeturar analogías descontroladas fue puesta a la orden del día. Los atributos miméticos de los films que reponían la guerra fueron juzgados culpables exclusivos de las grescas entre los espectadores. De manera que hasta su culminación en 1918, la guerra europea se convirtió en un tema tabú para las exhibiciones locales.⁶⁰⁵ Entre el film y la realidad, los censores infirieron una relación de acoplamiento directo, uno y otro campo se atravesaban, les parecían homogéneos e indiferenciados.⁶⁰⁶ Sin embargo, los episodios violentos acaecidos en los salones no obedecían tanto al abordaje mostrativo de las acciones bélicas, sino al tratamiento del tema, a las intervenciones narrativas de los habituales carteles, muchos de ellos escritos en idiomas extranjeros y sobreimpresos a los cortes de la proyección.⁶⁰⁷

La popularización del cine indujo el refinamiento y el reforzamiento de los mecanismos de intervención. El nivel del espectáculo fue asimilado a los atributos morales de los contenidos proyectados. Así, las formulaciones diegéticas fueron encubiertas y se reforzó el control sobre los aspectos miméticos.⁶⁰⁸ La censura salvaguardaría el “buen gusto” de la exhibición, eliminando las “desviaciones y exaltaciones” de la moral y el comportamiento. En ese discurso, los componentes morales y proto-estéticos del juicio se enmarañaban.

Las regulaciones se prepararon en 1916 y fueron formalizadas tres años después. En la producción de esos dispositivos, la intervención de los católicos fue relevante. Los representantes de la Iglesia mostraron una actitud ambivalente respecto al cine,⁶⁰⁹ entendieron que era muy provechoso utilizarlo con fines evangelizadores, testimonio de ello fue, por ejemplo, la temprana proyección de *La pasión de Cristo*, el 15 de abril de 1905 en el Salón Biógrafo de Rosario. Pero, al mismo tiempo, consideraron que convenía hacer de ese uso un monopolio, cuya finalidad era tender a controlar la totalidad de los contenidos. Los católicos se preocuparon por lo que podía verse en la penumbra del cine, hallando varios puntos de contacto con los liberales laicos. Entre

605 DMR 1914-15-16, p. 298.

606 Las diferencias entre cine y realidad remarcadas por Laffy fueron introducidas mucho tiempo después. LAFFY, Albert *Logique du cinéma*, Masson, Paris, 1964.

607 Algunas imágenes iban acompañadas por textos notablemente tendenciosos, muchos no estaban escritos siquiera en español. Sidney Paraliu, *Los cines...*, cit., p. 45.

608 André Gaudreault, *From Plato to Lumière: Narration and mostration in the Literature and Cinema*, University of Toronto Press, Toronto, 2009.

609 Para un estudio sobre la relación ambigua entre el cine y la iglesia véase: COSANDEY, Roland et al., *Une invention du diable? Cinéma des premier temps et religion*, Presses de l'Université Laval - Editions Payot, Lusanne, 1990.

ambos, las valoraciones positivas diferían, pero las aversiones fueron convergentes.⁶¹⁰ No obstante, los partidarios del reformismo liberal prefirieron omitir las referencias teológicas en su cruzada por resguardar la “moral social”.⁶¹¹

La comisión de censura cinematográfica estaría formada por cuatro “vecinos respetables” y el secretario de la intendencia. Este grupo se aseguraría de revisar las películas destinadas a la proyección pública, que serían facilitadas por sus introductores al municipio y los exhibidores que se autoabastecieran. La comisión clasificó al público en un sistema binario que discernía la aptitud crítica para el visionado. Una película con escenas “inconvenientes” podía ser interpretada con mayor discernimiento por una especie de elite social, económica y cultural de varones adultos. Simétricamente, se construyó otra categoría de público que se encontraba temporal o permanentemente privada de juicio y que era muy sensible a las proyecciones: niños, mujeres, y otros sujetos en situación de “minoridad” o subalternidad, definidos todos ellos por su posición sociocultural dominada. Como el mayor número de espectadores provenía de esos grupos, inspeccionar el contenido de las películas fue una forma de tutelar el consumo de imágenes móviles de esos sectores aparentemente privados de criterio.⁶¹²

Las cintas también fueron clasificadas. Básicamente se las agrupó por género o temática, lo más relevante para establecer parámetros de discriminación eran los contenidos. Quedaron prohibidas por la comisión las películas que “...ofendan la moral y las buenas costumbres, y las que por ser inmorales contengan actitudes o leyendas incultas o groseras.”⁶¹³ El plano de la mostración filmica comenzaba a ser complementado por la narración, una producción de sentido adicional diseñada para guiar la decodificación del auditorio. Este segundo relato, añadido por un narrador o maestro de ceremonias a la secuencia de imágenes, también, mereció la atención de las autoridades, aunque su control resultó casi impracticable. No sólo lo que se veía, sino también lo que se escuchaba podía ser objeto de vigilancia.

Las funciones fueron separadas según el género de la película, el horario de la proyección y la edad de los asistentes. En las matinées, destinadas a niños y mujeres, no podían exhibirse films “...inmorales, trágicos, dramáticos, policiales, pasionales o románticos”. Se trató de proscribir “...las películas cuyo argumento pueda excitar vivamente la imaginación o la sensibilidad de los niños y que no sean moralmente instructivas...”⁶¹⁴ A pesar de su complejidad y relativa precisión, el proyecto no tuvo un destino afortunado. Junto con las diatribas periodísticas contra el “cine popular

610 Una coincidencia similar se dio entre protestantes y liberales laicos en Estados Unidos de Norteamérica BLACK, Gregory *Hollywood censurado*, Cambridge Univeristy Press, Madrid, 1999, pp. 16-19.

611 MAURO, Diego A. *De los templos...*, cit.

612 ET HCD junio 1916, t. 1, f. 179.

613 ET HCD diciembre 1916, ff. 401-403.

614 ET HCD diciembre 1916, ff. 401-403.

y degenerado”, el nombramiento de la comisión de censura fue aplazado. La crisis económica, derivada de la Gran Guerra, ralentizó temporalmente el desarrollo de las exhibiciones cinematográficas. En esas condiciones, formar una institución para la censura pareció prematuro a las autoridades. Unos pocos años después la situación se modificó.

Las condiciones para instalar una comisión de censura se restablecieron en 1919. Cuando la industria cinematográfica y el poder adquisitivo de la población reiniciaron las condiciones de difusión y expansión del consumo de las imágenes móviles. El patrocinador de la organización censora fue un católico militante, ex-alumno del colegio salesiano de la ciudad y miembro activo del Círculo Católico de Obreros. Bartolomé Morra argumentó sobre la mimesis fílmica y la emulación psicosocial con cierta vehemencia, basada en el mecanicismo y el automatismo deterministas.

“...la representación del cine tiene efectos en el espectador, si uno se entrega a la contemplación de historias sublimes termina por adoptar conductas sublimes, si en cambio nos regodeamos con narraciones morbosas en las que se cometen toda suerte de atrocidades hacia la comisión de las mismas se encaminará nuestra conducta. Y a este *poder diabólico de la representación*, se añade la falta de vergüenza de los actores...”⁶¹⁵

La pantalla se asemejaba a un pedestal del que convenía excluir las escenas de la “mala vida”. Allí, eran soberanos los efectos miméticos de la representación y el público formaba una especie de *tabula rasa* cultural, con consumos simbólicos por entero pasivos. El mensaje era reforzado por los espectadores, quienes no conseguían asumir una actitud crítica ni desplegar alguna estrategia para evadirse o cuestionar el verosímil.

Podía ser el cine una “expresión sublime”, atenta a conquistar la gracia católica, pero utilizada de forma inconveniente, esto es para irradiar contenidos inmorales, era pasible de transformarse en una “maquinaria infernal”. “Diabólico” o “celestial” el poder de la representación de esa industria se mantenía ambivalente. Para controlar el espectro abierto por los extremos de esa duplicidad, se hizo necesario fiscalizar los contenidos. Los argumentos dieron en el blanco y la comisión de censura, finalmente, quedó constituida.⁶¹⁶ Las especificaciones respecto a sus tareas y alcances, la clasificación de los films, de las funciones y el público usufructuaron de la reglamentación que tres años atrás había sido diferida.

El imperio realista y el crimen

En la década de 1920, la concurrencia a los cines se incrementó. La magnitud del fenómeno hizo reflexionar a los funcionarios sobre la posibilidad de establecer im-

615 VT HCD 30/XI/1919, ff. 675-679. Énfasis añadido.

616 DMR 1919-1920, 554-59.

puestos sobre las entradas.⁶¹⁷ Nuevos atractivos, como la musicalización orquestal de los entreactos, y ocasionalmente durante la proyección, sostuvieron en alza esa tendencia.⁶¹⁸ A pesar de la mayor afluencia de público, no todas las películas fueron habilitadas. Por dos veces, una en 1921 y otra en 1922, se prohibió la proyección de *El Crimen de Azul*, basado en un hecho de sangre muy comentado por los periódicos y que adquirió transcendencia nacional. La Comisión de Censura aconsejó su reprobación, "...debido a la excitación que su acerbo realismo podía ocasionar."⁶¹⁹

Sin haber visto la película, los concejales la consideraron una "estafa". No se opusieron tanto a la exhibición de imágenes cruentas, al contrario aseguraron que la cinta no mostraba nada de lo ocurrido: "...aparece una fotografía del paraje donde se cometió el suceso y unos retratos de manera que se trata de explotar el nombre sensacional del asesinato...".⁶²⁰ La censura se ejecutó por "falta de realismo", por no estar la película a la altura del hecho. Realidad y relato se disociaban, la construcción fílmica difería de las impresiones del asesinato, también, formadas por otros relatos, en este caso, los de la prensa sensacionalista. El supuesto interés del público por un realismo exacerbado era compartido por los concejales que, también, deseaban ver "policiales realistas (sangrientos)"; poco podía importar la tutela de un espectador "sin discernimiento". Las valoraciones de la Comisión de Censura Cinematográfica y de la mayoría del Concejo Deliberante diferían, pero el efecto sobre la película fue el mismo: prohibirla.

A fines de los años 1920s., los juicios vertidos sobre la proyección de policiales se especificaron. Así lo acreditó la discusión sobre *El horrendo crimen de la Calle Bustamante* de 1929. El film no podía ser objeto de censura por su simple participación en un género ni por la exageración realista anunciada en el título. Debían reunirse más elementos para discernir.⁶²¹ La película fue prohibida, pero el debate suscitado resultó sintomático. Algunos policiales, especialmente los extranjeros, podían producir "efectos menos negativos" en los espectadores, entre los que se destacaba la aversión por el crimen. El film lograría concientizar al auditorio de la necesidad de "...defender a la sociedad de los violentos habitantes de los bajos fondos." Esta cualidad obedecía a que las películas importadas eran el efecto de un doble proceso de censura y autocensura que regía a la industria en los Estados Unidos.⁶²²

Los policiales aceptables debían producir la identificación del espectador con la víctima, evitando cualquier simpatía por el criminal. Sin mediación, el acto cometido (crimen) se transfería al sujeto de la acción (criminal). La víctima era representada

617 ET HCD Complementario de Archivo 1921, ff. 33-34.

618 *La Capital*, 28/1/1930.

619 ET HCD mayo 1922, t.1, f. 121.

620 DS HCD 1922, p. 24.

621 *La Capital*, Rosario, 9 de septiembre, 1929.

622 BLACK, Gregory *Hollywood censurado...*, cit.

como alguien corriente y sobre todo inocente. Entonces, dos procesos metonímicos se ponían en juego. El primero identificaba al criminal con una aberración social, una parte minoritaria y corrompida de la sociedad que la acción combinada de la policía y la justicia debía extinguir. La víctima se convertía en un paradigma, una representación de cualquier punto de la sociedad, incluido el espectador.

En cambio, los policiales censurables transformaban en “héroes” o “víctimas de la sociedad” a los criminales o a los hombres y mujeres de “mala vida”. Estas cintas generarían una identificación inconveniente entre el espectador y el criminal. Los censores especulaban con los poderes de la representación, para ellos la exposición filmica produciría criminales entre el público. La mimesis del formato y la emulación de la concurrencia dispararon las prohibiciones sobre las vistas de la Guerra de 1914; ese mismo umbral de inteligibilidad continuó obrando, aunque con leves desplazamientos, en las posteriores interdicciones giradas sobre la violencia y la sensualidad.

Durante años, el público fue objeto de la preocupación y la tutela de las autoridades. Según ellas, las películas eran mercancías que difundían el “vicio”, la “porno-grafía” y las “costumbres licenciosas”. Todas prácticas capaces de ocasionar un daño irreparable, que podían “...comprometer sobre todo en la juventud la estabilidad de los sentimientos tan sagrados como son los de decencia, el pudor y la moral.”⁶²³

A pesar de estas precisiones y las guías para la acción, la censura no fue una tarea demasiado sencilla. Las casas distribuidoras eran empujadas a poner sus novedades a disposición del público con velocidad. En un solo día, una misma copia fraccionada en partes podía proyectarse hasta en ocho salas, lo nuevo alimentaba al cine y el cartel variaba incontrolablemente. Al año se exhibían casi ochocientas cintas, el 95% de las cuales habían sido producidas en Hollywood.⁶²⁴ Esa velocidad de circulación y sustitución de los films entorpeció las tareas de fiscalización de sus contenidos. Muchas veces, la Comisión de Censura debió basarse en los dictámenes de su homóloga de Buenos Aires, a raíz de que usualmente las películas se presentaban al público antes que a ella. Incluso, algunas cintas fueron prohibidas después de varias semanas de exhibición y de consagrarse como éxitos de taquilla. Casi siempre, la censura se desplegó con demora e ineficacia.⁶²⁵

Prohibido fumar y llevar sombrero

Al promediar los años 1920s., comenzó a reglamentarse el comportamiento en los salones. Las prácticas de los espectadores fueron lentamente constreñidas, el hábito de fumar fue el primero en reprimirse. Esta interdicción no reparaba aún en los problemas de salud del fumador o del entorno inmediato. Si bien había una cuestión

623 *La Capital* 9/VI/1929.

624 ET HCD (Prescripción Reglamentaria) marzo 1939, ff. 421-426.

625 *La Capital*, Rosario, 29/IX/1932.

higiénica y otra vinculada a las relaciones de género, el asunto poseía un sentido bastante distinto del actual.

El cine como atracción de sala cautivó fundamentalmente al público femenino. Socialmente se consideraba de buen tono que los hombres fumaran fuera de la vista de las mujeres. Si ellas se entregaban a esos placeres eran consideradas “mujeres excesivamente sofisticadas o de vida ligera”, alejadas de su por entonces casi excluyente rol de madres.⁶²⁶ Los vicios y los placeres estaban permitidos entre los hombres, pero quedaban vedados a las mujeres, era la expresión de una de las aristas de la dominación masculina.⁶²⁷ Según los contemporáneos, niños y mujeres carecían de todo criterio, fumar delante de ellos era inapropiado porque la imitación sería inevitable.

La justificación racionalizadora de esas inhibiciones no tardó en aparecer,⁶²⁸ la prohibición del cigarrillo se relacionó con la tuberculosis.⁶²⁹ Paralelamente, se subrayó la necesidad de construir salivaderas en las salas de espectáculos públicos, unas canaletas ubicadas al borde de las butacas por las que circularía permanentemente agua. En esos sumideros, bastante improbables en razón de los contratiempos que suponían semejantes remodelaciones, la concurrencia “escupiría ordenadamente”. Pero los costos adicionales de estos servicios disuadieron a los dueños de las salas. Fumado sin filtro el tabaco propicia el esputo que poseía altas concentraciones bacilares, detener la propagación de la tuberculosis y cuidar las economías de los exhibidores de reformas onerosas dictaminó la prohibición del fumar. No se pretendía evitar el empeoramiento de las condiciones respiratorias de los enfermos, sino impedir que salivaran produciendo un fluido corporal tan indecoroso como contaminante.⁶³⁰

Una campaña de higienización de las salas se inició en 1926. Por entonces, había treinta cines en la ciudad, que en pocos años pudieron acoger entre seiscientos y mil doscientos espectadores.⁶³¹ La difusión del espectáculo comportó la ampliación y la diversificación del público, hecho que, como se anticipó, obtuvo su contraparte arquitectónica en la cantidad y variedad de edificios.⁶³² Un año después de la cruzada higiénica, se prohibió taxativamente usar sombreros y fumar en las salas. El sombrero fue proscrito debido a la falta de urbanidad implícita en conservarlo puesto dentro de espacios cerrados.⁶³³ También esta normativa fue recubierta de justificaciones más

626 GUY, Donna *Sexo peligroso. La prostitución legal en la Argentina 1875-1955*, Sudamericana, Buenos Aires, 1994.

627 BOURDIEU, Pierre *La dominación masculina*, Anagrama, Barcelona, 2000.

628 Una relación analógica puede forjarse entre la prohibición de este hábito y los modales en la mesa, véase: ELIAS, Norbert *El proceso de civilización...*, cit., pp. 201-215.

629 ARMUS, Diego *La ciudad impura...*, cit.

630 DS HCD 13/IV/1923, 87.

631 ET HCD abril 1933, ff. 943-946.

632 PARALIEU, Sidney *Los cines...*, cit., pp. 63-65.

633 En las bibliotecas populares prohibió permanecer en el salón de lectura con sombrero desde 1920. *Reglamento de la biblioteca del Concejo Municipal de Mujeres*, 1926.

pragmáticas, como la visibilidad de la pantalla para los espectadores ubicados en las filas posteriores. Ambas medidas arrancaron airados reclamos entre el auditorio de los todavía extraoficialmente llamados “cines populares”. A pesar de las multas que gravitaban sobre las infracciones, los propietarios alegaron que sería imposible hacer cumplir la ordenanza.

“No se pueden cumplir las ordenanzas respecto al uso del sombrero y el fumar en la sala, puesto que nuestro público en su mayoría trabajadores, no nos hace caso, a pesar de todos los avisos prohibitivos colocados en las salas, no quieren desprenderse de esa costumbre tan antigua y arraigada entre ellos, tampoco nosotros estamos dispuestos a sostener incidentes con ellos, ni a correr el riesgo de serias consecuencias para nuestras vidas, debido a la clase de elementos con los que tenemos que tratar...”⁶³⁴

Cuando se estrenó la placa con el aviso restrictivo, el público se mostró incómodo y reaccionó protestando. Durante largos minutos, se oyeron “...silbidos y pateos prolongados” y las mujeres, en un gesto de iconoclasia radical, comenzaron a fumar desafiando a los encargados para que les quitaran el cigarrillo de la boca. Hacer observar la ordenanza sería imposible sin el concurso de la fuerza pública, y desalojar a los/las fumadores/as podía provocar otras incidencias. Los empresarios solicitaron al municipio la derogación de esa disposición.

El pedido tuvo éxito. Con arreglo a la categoría del cine, las autoridades establecieron un sistema diferencial para el comportamiento del público. Dentro de los “cines populares” se permitió usar sombrero y fumar, siempre y cuando contaran con extractores de aire y carteles visibles sobre la entrada con la leyenda: “Cine Popular”.⁶³⁵ Los espectadores no pudieron ser sustraídos por completo de sus hábitos, unas formas de hacer que los agentes disciplinarios caracterizaron como “vicios”. Por otra parte, los dueños de los cines no querían enemistarse con el público, ni cargar con la responsabilidad y las derivaciones de su control. Finalmente, los funcionarios locales prefirieron etiquetar negativamente algunas salas a imaginar otras soluciones.⁶³⁶ La diferenciación y el estigma fueron las tácticas de control indirecto ejercidas por el municipio.

Quédense sentados, quietos y callados

La ubicación del público en los cines resultaba inquietante. En contra de la reglamentación, numerosos espectadores se apostaban en los pasillos, algunos aprovechaban esas locaciones para entregarse a “conductas licenciosas”. *La Capital* denunció elípticamente esos comportamientos “lascivos”. Al parecer, la “obsesión femenina” por el cine no se restringió al magnetismo del *star-system*, también, ocupaban un lugar

634 ET HCD octubre 1928, f. 2745.

635 ET HCD octubre 1928, f. 2750.

636 Sobre el proceso de etiquetación social: BECKER, Howard *Outsiders. Hacia una sociología de la desviación*, Siglo XXI, Buenos Aires, 2009.

importante los placeres carnales dispensados entre las sombras. Roberto Arlt anotó crítica y un poco patriarcalmente esta tendencia en *El Amor Brujo*, publicado por primera vez en 1932. Afirmó que el cine era "...deliberadamente ñoño con los argumentos de sus películas, y depravado hasta fomentar la masturbación de ambos sexos..."⁶³⁷

El comportamiento del público fue problematizado en los cines barriales. Esas salas eran ocupadas mayoritariamente por "elementos populares", sus "faltas" consistían en aligerarse de ropas, quitarse el calzado, fumar, comentar las películas, reproducir los diálogos, arrojar objetos, e insultar a la pantalla y a otros circunstantes. Estas prácticas reforzaban la "etiqueta de populares" exhibida en los accesos a esos cines.

Los cambios en el formato y en la tecnología incidieron parcialmente en la irrupción de esos comportamientos. Durante el período dominado por el sistema de atracciones mostrativas, las proyecciones eran introducidas y comentadas por animadores o narradores y la velada era amenizada con música en vivo.⁶³⁸ Cuando el cine viró hacia el sistema de integración narrativa perdió, paulatinamente, esos componentes. El público fue compelido a desarrollar otras aptitudes para decodificar el sentido de la proyección. Primero debió abocarse a la lectura de carteles y, luego a la audición de la banda de sonido que incorporó diálogos o narración. A comienzos de la década de 1930, Max Gluksmann fue el introductor de los aparatos para reproducir películas sonoras en el *Palace Theatre* de Rosario. Al difundirse esta novedad, muchos espectadores quedaron desconcertados y se aferraron a su gusto por el formato del cine que privilegiaba las atracciones mostrativas. Posiblemente, a la no del todo aceptada asimilación de esas transformaciones, obedecieran muchos de los comentarios y duplicaciones de los diálogos.⁶³⁹

Uno de los problemas de la industria fílmica de esos años eran los subtítulos. La mayoría estaban plagados de errores ortográficos, algunas copias no los tenían y frecuentemente el maestro de ceremonias o narrador comentaba el guión arbitrariamente. Cuando irrumpió el sonido, los primeros doblajes fueron efectuados por mexicanos o cubanos y no recibieron el favor del público argentino. Auditorios poco dispuestos a comprender las diferencias de entonación del español encontraron aquellos acentos algo ridículos. Un intelectual de la talla de Jorge Luis Borges expresó estas cuestiones sin reservar su indignación. Integró al doblaje a un imaginario museo teratológico y anunció que la sustitución no sólo alcanzaría a las voces sino también a las figuras.⁶⁴⁰

637 ARLT, Roberto *El amor brujo*, Losada, Buenos Aires, 2000, p. 28.

638 ET HCD mayo 1932, t. 3, f. 3624.

639 RICHARD, Abel y ATMAN, Rick (eds.), *The sounds of early cinema*, Blomington & Indianapolis, Indiana University Press, 2001.

640 BORGES, Jorge Luis "Sobre el doblaje", en *Sur*, núm. 128, junio 1945, pp. 88-90. Sobre estas cuestiones ver: AGUILAR, Gonzalo y JELICIÉ, Emiliano "Avatares de la palabra. *Talkies*, subtítulos y doblajes", en *Borges va al cine*, Librería, Buenos Aires, 2010, pp. 69-88.

Las conductas reñidas con el “espectador moderno”, el cinéfilo soñado por la prensa, no sólo afectaban a las salas barriales, las que habían sido declaradas de índole popular. También los grandes cines céntricos franqueaban el acceso a grupos que perturbaban el curso del espectáculo con intervenciones abruptas y aparentemente injustificadas. Esas conductas fueron atribuidas por los periodistas a la afirmación de una “...masculinidad mal comprendida”. Se trataba de una definición de género similar a la imperante en los espectáculos futbolísticos masificados, donde era necesario afirmar la conducta del individuo a partir de los códigos del grupo.⁶⁴¹

Esta forma de presentación grupal pública no sólo ofrecía una incomodidad al resto del auditorio. Sus cultores afirmaban unas prácticas distintivas en espacios sociales alternos, donde esas formas de comportamiento estaban proscriptas. A menudo, esas tácticas de la identidad operaban como una coraza defensiva frente a la intervención de gestos tan sutiles como agraviantes: miradas displicentes, muecas de burla, desprecio e indiferencia.

Esas acciones intempestivas y reñidas con los códigos de comportamiento aceptable eran un indicador de la ocupación masificada del cine. El intento de desestructurar las reglas de un juego social que algunos agentes no dominaban y que pertenecía a un espacio social que los interpelaba segregativamente. Un ensayo capaz de mostrar que el orden normativo no puede conocer ni conjurar todas las posibilidades y las grietas de los juegos sociales que intenta vigilar. Mediante denuncias y reconveniones, las planas de los periódicos instaban a las autoridades a reprimir esas expresiones, que en ámbitos regidos por protocolos tácitos resultaban inconvenientes y molestas.

Esos “comportamientos inadecuados” no desaparecieron, apenas pasaron algo más inadvertidos. Los simulacros disciplinarios fueron doblegados por un conjunto de circunstancias convergentes: el crecido número de cines, la cantidad de asistentes, la complicidad de las penumbras y los acomodadores, y los pocos recursos humanos y materiales del municipio para afrontar inspecciones minuciosas y sostenidas. El ascenso del cinematógrafo prosiguió en los años 1940s., aunque con algunas ralentizaciones. Los *Anuarios Estadísticos* de Rosario acreditaron que se vendían entre cuatro y cinco millones de entradas en 1940 y 1941 respectivamente.⁶⁴² El cine se consagraba como uno de los entretenimientos masivos que mayor atención concitó en la Rosario de entreguerras.

Motivos y obstáculos del control

Los agentes que pretendían intervenir sobre las vistas proyectaron sus temores y esperanzas en la representación fílmica, atribuyéndole capacidades para orientar la conducta. Quienes entendieron a la letra como la cifra de toda la cultura, desarrollaron

641 *La Capital*, Rosario, 7 de agosto, 1933.

642 En 1940 habrían concurrido al cine 4.174.000 de espectadores y al año siguiente 5.034.000. *Anuario estadístico de 1941*, Rosario, 1943

una cautela algo desproporcionada ante la novedad de las imágenes móviles. Junto al cinematógrafo se difundieron sus hipotéticos poderes hipodérmicos.⁶⁴³ La amplia circulación de películas acompañada por la devoción del público femenino e infantil alertó a los censores. En la afluencia de espectadores y la etiquetación de contenidos “inconvenientes”, se asentó la legitimidad sociocultural del control, ambas condiciones eran el producto de la convergencia de dos supuestos. Por un lado, el envilecido gusto de un público *culturalmente discapacitado* y, por otro, la avidez de divisas de distribuidores y propietarios de salas.

La censura podía recortar de las cintas contenidos de “incidencia negativa” y, al mismo tiempo, sostener “criterios pedagógico-estético”. Primero se juzgó a las películas “moralmente”, la evaluación del cine como medio cultural dependió ante todo de su valor moral-educativo. Asimismo, el control recayó sobre el auditorio e intentó constreñir sus comportamientos. Esa “domesticación” corrió paralela a la censura. Si el espectador adoptaba la pasividad implícita en quitarse el sombrero, mantenerse en silencio, sentado y sin fumar quedaba a merced del verosímil filmico, la actitud reposada del cuerpo incrementaba la proyección afectiva del espectador, su identificación con la imagen.⁶⁴⁴ Esos cuerpos dóciles eran incapaces de descargar, en forma de movimiento o lenguaje, las sensaciones, de ansiedad, angustia, tensión, tristeza, etc., provocadas por las imágenes y el relato. Si las figuras no guardaban “criterios morales”, ese espectador corporalmente disciplinado sería una presa fácil de la carga imaginaria del cinematógrafo.⁶⁴⁵ Igualmente, si los contenidos irradiados eran “convenientes”, el espectador también era efectiva y decisivamente influido por ellos, aunque de manera opuesta. Entonces, el efecto mimético del cine y su capacidad hipodérmica coincidirían con las intenciones de la Comisión de Censura. En estas operaciones no se dividió al film del público, proyección y recepción no formaron cada uno un sistema clausurado. Los censores lejos de mantener la escisión entre difusión y consumo, entre proyección y visionado se preocuparon por controlar los dos términos de esa relación y dispusieron reglamentos capaces de producir efectos convergentes.

No obstante, las dificultades y, en suma, la ineficacia de las regulaciones en el corto plazo fueron muy evidentes. La censura cinematográfica estuvo rodeada de una pesada aura de ineficacia, de impotencia e ineptitud. Entonces, su repetición posiblemente estuviera asociada a un ritual de producción y reforzamiento de la diferencia social y cultural. Durante la primera mitad del siglo XX, en Rosario, ese “ritual” de la censura filmica estableció un sistema de clasificaciones y posiciones asimétricas, que

643 Las teorías hipodérmicas de la comunicación, muy influenciadas por el conductismo, la aparición de la sociedad de masas y los nuevos medios de comunicación, postularon en las primeras décadas del siglo XX la eficacia desmedida de los medios para influir su audiencia.

644 MORIN, Edgard *El cine o el hombre imaginario*, Paidós, Buenos Aires, 2001, 91.

645 METZ, Christian *Psychoanalysis and Cinema. The Imaginary Signifier*, The Macmillan Press, London, 1983pp. 46-48.

distinguió a quiénes podían decidir qué debía verse de otros que tenían que aceptar esas decisiones. Entre unos ojos educados y otros incultos, entre hombres portadores de juicio crítico y aquellos/as que serían incapaces permanentes (mujeres y niñas) o momentáneos (niños varones) de desarrollarlo. Utilizando un criterio complementario, los censores clasificaban a los públicos y a los géneros cinematográficos. Pero la censura, también, fue el indicador de un cambio, de la tendencia hacia a la masificación de los entretenimientos, y de las escasas posibilidades de las formulas disciplinarias del control por invertir o alterar su dirección.

No obstante, las dificultades y, en suma, la ineficacia de las regulaciones en el corto plazo fueron ostensibles. Entonces, ¿a qué obedecía esa repetición obsesiva y prácticamente permanente? Posiblemente esa reiteración estuviera asociada a un ritual de producción y reforzamiento de la diferencia social y cultural.⁶⁴⁶ Durante la primera mitad del siglo XX, en Rosario, ese aparente “ritual de la censura” fílmica estableció un sistema de clasificaciones y posiciones asimétricas, que distinguió a quiénes podían decidir qué debía verse de los que tenían que aceptar esas decisiones. Entre unos ojos educados y otros incultos, entre hombres portadores de juicio crítico y aquellos/as que serían incapaces permanente (mujeres y niñas) o momentáneamente (niños varones) de desarrollarlo. Utilizando un criterio complementario, los censores clasificaban a los públicos y a los géneros cinematográficos. La censura fue un indicador de ese cambio, de la tendencia hacia a la masificación de los entretenimientos, y de las escasas posibilidades de las formulas disciplinarias del control por invertir o corregir su dirección.

646 BOURDIEU, Pierre *La Distinción...*, cit.

Cuarta parte

Interacciones, resistencias y rituales

CAPÍTULO X

(In)cultura y (sin)sentido

Es poco probable analizar la cultura de los sectores populares durante la entreguerra sin toparse con la palabra “incultura”, sin embargo esa recurrencia en la prensa y en la documentación oficial puede pasar más o menos inadvertida. De hecho, al parecer esa fue la regla. Sólo se refieren a este vocablo los análisis de los carnavales, de las relaciones elites-sectores populares y de la sociabilidad masculina de los cafés, pero lo hacen de un modo lateral y casi superficial.⁶⁴⁷ Por encima de los encuentros sociales calificados por los agentes culturalmente dominantes como “incultura”, las trayectorias historiográficas han preferido los ámbitos regulados y normativos.⁶⁴⁸ Al delimitar la observación fuera de esos espacios, la entidad de la *(in)cultura* crece y su presencia cobra nuevos contornos. Las páginas que siguen son testimonio de esa deriva, de una perspectiva que construye un objeto a pesar de los límites que le impone la documentación.

Este capítulo aborda un entramado de formas de presentación, interacción y conflicto desplegadas en las relaciones *cortas*, cara a cara, entre algunos grupos que podríamos clasificar, quizá un poco abreviadamente, como dominantes y subalternos. La prensa etiquetó esos comportamientos como “manifestaciones de (in)cultura”, una clasificación que planteó el carácter “ilógico” e “irracional” de estas conductas. A partir de una lectura de los códigos y relaciones presentes en estas intersecciones, la indagación se propone “desexotizar” las prácticas de la denominada “incultura”. Los redactores de la prensa percibieron estos encuentros como formas del sinsentido y la desarticulación, fueron vistas como una especie de barbarismos. Por el contrario, estas líneas demuestran la relación de la “incultura” con ciertas tácticas de codificación y decodificación de la identidad social. El foco se establecerá en los escenarios donde se teatralizaron esas *artes de hacer*: las calles, las plazas y los paseos y en los transportes públicos: tranvías y ómnibus.

Contrastando con las visiones que etiquetaron esas conductas bajo el prisma de la desviación, la *(in)cultura* fue un ritual de autoafirmación de la cultura juvenil y popular. Los términos simbólicos de las relaciones sociales, fijados por los imperativos de una cultura que se pretendía hegemónica, fueron renegociados y tensados por los

647 FALCÓN, Ricardo “La larga batalla por el carnaval. La cuestión del orden social, urbano y laboral en el Rosario del siglo XIX”, en *Anuario de la Escuela de Historia*, núm. 14, UNR, Rosario, 1989-90, pp. 207-226; GAYOL, Sandra *Sociabilidad...*, cit.

648 ARMUS, Diego *Sectores populares...*, cit.; ARMUS, Diego (comp.) *Mundo urbano...*, cit.; GUTIÉRREZ, Leandro y ROMERO, Luis Alberto *Sectores populares...*, cit.; ROMERO, Luis Alberto y KORN, Francis (compiladores) *Buenos Aires/entreguerras. La callada transformación*, Buenos Aires, Alianza, 2006.

estallidos de *incultura*. Esas interacciones dinámicas y fragmentarias permiten escudriñar los significados, reglas, códigos y juegos de la cultura urbana de la Rosario de entreguerras.

El juego social y los ojos del otro

(In)cultura fue una palabra socialmente construida y difundida por la prensa. En la primera mitad del siglo XX, definía un conjunto de prácticas a las que se adhirió una valoración negativa. *Cultura* e *(in)cultura* eran, en el léxico de la época, los polos clasificatorios de prácticas moralmente connotadas. El primero era “ordenado”, “sistemático” y “valioso” y el segundo, “espontáneo”, “caótico”, “insentido” y “despreciable”. La palabra cultura distinguía las actividades “reguladas”, “racionales”, “encomiables” de sus negativos. El sentido de la cultura era amplio, pero siempre respaldó el carácter normalizado y positivamente valorado de ciertas actividades.

La voz *(in)cultura* enmarcó las prácticas representadas como formas (ir)racionales e (in)explicables. Esta definición impulsó una cruzada en pos de la erradicación de esas maneras *(in)cultas*, el objetivo era sustituirlas por formas “populares”, esto es, diferenciadas e inferiores, pero aceptables. La “cultura” construyó una barrera invisible, el límite hermenéutico que operaba entre unas elites y unos sectores populares. Esa interpretación tabicó las posiciones sociales y ontologizó los atributos de los agentes. Desde el punto de vista de los representantes de la cultura, la *(in)cultura* era “impentrabable”, “exótica” e “incomprensible”, por lo tanto, convenía confinarla a una especie de difamación diferenciadora. Esas atribuciones de sentido fabricaban las distinciones que reforzaban las distancias socioculturales de la ciudad.

Traducida al lenguaje de la lógica formal, la *(in)cultura* era una tautología. Automáticamente la explicitación del contenido del término se reducía a la práctica de enunciarlo. Esa reiteración garantizaba la homogeneidad social o simbólica de quienes la expresaban. Así, la *lógica de la (in)cultura* estaba precedida por la sustitución del principio de explicación por el ciclo permanente de su formulación. Se trataba de una ritualidad organizada como un reforzamiento simbólico, una de esas fórmulas lingüísticas capaz de encubrir y exorcizar las incertidumbres identitarias producidas en contextos urbanos masificados.

El negativo de la cultura era la *(in)cultura*. Con cada repetición, ese leitmotiv, que pretendía transformarse en un “razonamiento” polarizado, ganaba fuerza, se instalaba en los esquemas clasificatorios. Ese vigor era procurado por el ocultamiento del principio de construcción del anatema “incultura”. La fórmula retórica de la “incultura” ensayaba dotar de estatuto explicativo a clasificaciones descriptivas. De circulación y alcance estrechos, la reforma social jamás fue su objetivo y sus consumidores no fueron los etiquetados sino los etiquetadores. La potencia de estos significantes residía en la repetición-sustancialización de significante y significado. Esos dos procesos se retroalimentaban, fijando a un sujeto u objeto sus producciones de verdad. En una

secuencia reiterada y acumulativa, los discursos aspiran a convertirse en atributos socioculturales reales. Los efectos discursivos comprometieron a la esfera valorativa, la *(in)cultura* determinó una carencia de “disciplina”, “control”, “urbanidad” y “civilización”. Valores que eran indispensables para la vida en comunidad. Además, violentó estándares y protocolos de comportamiento que aspiraban a la dignificarse, a partir de fijar la indignidad de otros.

La *(in)cultura* fue empleada para englobar las prácticas que no se ajustaban o que contradecían las reglas de juego (normas) de un espacio determinado. Se expresó en las acciones que resquebrajaban las expectativas proyectadas sobre los sectores populares y los jóvenes. Este imaginario modelaba a éstos como un alter fabricado con los elementos negativos de la autoimagen de las elites. Esa elaboración requería de la disminución de algunos atributos, sobre todo de los que implicaban potencia y actividad. La auto-representación de las elites se sobreimprimía a los sectores populares, aunque en una versión subyugada y pasiva.

Los sectores populares pudieron asemejarse sólo bajo formas imperfectas (impuras) a los agentes mejor poseionados en el espacio social, un excedente diferenciador imposibilitaba la homología plena. La asimilación de los subalternos a los dominantes fue indirecta, las marcas (estigmas) de origen quedaron en latencia, pudiendo reconocerse a lo largo del tiempo. No siempre se logró borrarlas con trayectorias sociales y morales exitosas.

Las expectativas de una *adaptación diferenciada* fueron desbaratadas por las interacciones sociales de la entreguerra. Estas ocurrieron frecuentemente donde la concentración, proximidad y diversidad de los agentes permitieron ampararse en el anonimato o producir interacciones espacio-temporalmente acotadas. Casi nunca esos contactos fueron el resultado de la voluntad de sus protagonistas. Casi siempre los impusieron las reglas de ingreso y egreso a ciertos espacios, la difusión social de algunas prácticas y la imposibilidad de tabicar los espacios públicos. Allí se generaron proximidades y fricciones no planificadas, aunque bastante ritualizadas. Esos conflictos fueron menos evidentes, pero más permanentes que las confrontaciones abiertas entre los grupos sociales. Pusieron en juego esquemas culturales y principios de agencia y establecieron relaciones que comprometían juegos del lenguaje y la teatralización.

La *(in)cultura* apareció en los espacios públicos y medios de transporte, emergió encarnada en un agente social con derecho a transitar esos espacios, pero sin conocimientos profundos acerca de las maneras adecuadas de hacerlo. La *(in)cultura* fue protagonizada por hombres, sus víctimas fueron mujeres, niños, animales o cosas; todos ocupaban un segundo orden y eran incapaces de ejercer su propia defensa. Es cierto que se trataba de prácticas concretas, pero su existencia dependió antes de sus productores simbólicos que de sus protagonistas de carne y hueso, de quienes fueron capaces de *hacer cosas con las palabras* y producir estabilidad allí donde impera el

movimiento. Ellos consiguieron nombrar lo desconocido y atemorizador, articularon y moderaron los ecos enervantes del “caos” urbano.⁶⁴⁹

El único insumo para el tratamiento de estos encuentros son esas huellas escritas, marcas narrativas que no especifican la singularidad de los eventos y que se mueven dentro de patrones estereotipados. La voz que censura esos comportamientos y encuentros culturales es todo lo que hoy se oye, el resto es un murmullo de reconstrucción fatigosa y seductora, pero quizá imposible.

Interacciones abiertas

Uno de los teatros para las (a)puestas de la (*in*)cultura fueron las calles, donde estas prácticas encarnaron en la patota, un escuadrón aleatorio de jóvenes o menores que recorría la ciudad. Deambulaban sin rumbo, provocando a terceros y atentando contra la propiedad. Estos grupos son difíciles de asir, accionan como un destello en la oscuridad que ilumina tanto como oculta, poco podemos saber sobre ellos, quizá tan sólo conjeturas. Puede conocerse a qué actividades se entregaban y cuánto daño causaban, pero se ignora quiénes eran, qué sentido tenían sus acciones y tantos otros detalles. Estas páginas inquietan sobre puntos que forman la ceguera de los clasificadores de las prácticas sociales. Se proponen interrogar las condiciones de posibilidad y multiplicidad de los enunciados referidos a la (*in*)cultura como el comienzo de una búsqueda. La intención es hacer de los datos un problema, transformar a las fuentes de seguridad en pantanos de incertidumbre.

Desde 1916, la patota deambula con certeza por las páginas de *La Capital* y probablemente también las calles de Rosario. La prensa llamó la atención de las autoridades. Grupos de “muchachos traviesos” causaban algún que otro destrozo y especialmente intranquilizaban por estruendos y ruidos intempestivos a los vecinos. Por regla, sus recorridos eran nocturnos y sus atentados no del todo graves, tan sólo esporádicamente rozaban el delito. Las patotas frecuentaban distintas áreas de la ciudad, aunque preferían el centro o quizá la prensa escogía narrar los episodios de esos itinerarios. No se sentían atemorizadas por las fuerzas del orden, en más de una ocasión actuaron abiertamente frente a la comisaría.⁶⁵⁰ Por ineficacia o desidia, las autoridades evitaban reprimirlas. El periodismo tematizó estos hechos como “...disturbios menores de jóvenes traviesos”.

Para 1927, esa condescendencia declinó. Entonces, los redactores intuyeron en la patota el germen del crimen. Detrás de un aparente esparcimiento de jóvenes aburridos, bulliciosos e improductivos se ocultaban las claves de un submundo tan sórdido como temible. Los comportamientos reñidos con las normas constituyeron indicios

649 AUSTIN, John L. *Como hacer cosas con palabras*, Escuela de Filosofía Universidad Arcis, Edición Electrónica, www.philosophia.cl.

650 *La Capital* 19/II/1916.

inequívocos de prácticas delictivas. No sólo alteraban la paz del vecindario, las reuniones juveniles eran pequeñas “escuelas del crimen”.

En diez años, la patota se representó como un fenómeno diferente. La consideración de la prensa se modificó en consonancia al radio de acción. El aumento de la vigilancia en el centro y el sentido de la segregación urbana, tratada en capítulos anteriores, limitaron las apariciones de patotas en la primera ronda de bulevares. Por el contrario, los suburbios se ofrecieron como un sector más propicio. En los años 1920s., las patotas se apostaron en las esquinas de los barrios, casi en un ademán propio de la demarcación territorial asociado a las masculinidades. La multiplicidad de sus prácticas y recorridos se constriñeron, el comportamiento de las patotas barriales fue menos agresivo que el de “los muchachos traviesos” que recorría el centro en 1916. En la periferia urbana, los patoteros se limitaron a insultar y molestar a algunos transeúntes.⁶⁵¹

La actividad y localización de las patotas se retraía, pero las representaciones periodísticas alertaban sobre el incremento de su peligrosidad criminal. ¿Este es un cambio en el objeto observado (la patota) o en el sujeto que observa y representa (la prensa)? ¿Enfrentamos un problema semántico o semiótico? ¿Es el objeto o el sujeto del enunciado lo que se modifica? Las presuposiciones cerradas difícilmente puedan dar una respuesta aceptable, movimientos múltiples evidencian la insuficiencia de una representación sintagmática unívoca.

Otra de las actividades frecuentes de las patotas fue pronunciar piropos. La supuesta (*in*)cultura de estos grupos hacía que la galantería derivara en grosería.⁶⁵² Se afirmaba que el centro había sido invadido por los “...piropeadores faltos de toda caballerosidad.” Cuando al atardecer, la calle Córdoba se convertía en peatonal era un escenario inmejorable “...para observar los desfiles vespertinos de jovencitas” e interactuar verbalmente con su paso apresurado.⁶⁵³ En los barrios, las patotas abundaban pero la prensa tendió a magnificar sus esporádicas incursiones céntricas.⁶⁵⁴

La extensión urbana y la segregación social implicaron el desplazamiento de la patota del centro a los barrios. Esa (re)localización periférica potenció vínculos con la sociedad circundante, indicando otras reglas de comportamiento. En el centro, los jóvenes de los barrios podían actuar menos escrupulosamente que cerca de su residencia. Este patrón conductual espacialmente diferenciado obedecía a los lazos forjados *en y por* la ciudad.

En algún momento de los años 1920s., el centro se convirtió en un espacio tendencialmente scópico e impersonal, sus habitantes representaron a la periferia como un sitio desconocido, oscuro y hostil. Los barrios estaban en formación, la prensa los

651 *La Capital* 20/X/1927.

652 *La Capital* 28/VII/1933.

653 *La Capital* 12/IV/1920.

654 *La Capital* 16/IX/1934.

conocía poco y las autoridades menos, para los agentes letrados, los márgenes compusieron un mundo ignoto y misterioso. Formaban parte de la ciudad sin acondicionamientos, donde civilización y urbanización serían tareas del futuro. Las periferias segregadas preocupaban antes por incertidumbre e ignorancia que por problemas sociales constatables.

Un discreto traje de domingo servía para sumergirse en el anónimo tráfico peatonal. Los habitantes del barrio experimentaban a la multitud como un cobijo, cualquier desmán eran inadmisibles en el centro. Allí, la patota era localizable, aparecía tan irracional como desamparada, en la comunidad barrial, en cambio, los vínculos se tejían cara a cara (personalmente) y las relaciones eran más estables. El (re)conocimiento mutuo de los habitantes disminuía el accionar potencial de las patotas, la vida del barrio sostenía a la vez que limitaba las fórmulas de la *(in)cultura*. No convenía dañar ese vínculo social comunitario. Por lo regular, las acciones quedaron confinadas a la violencia simbólica. Si la provocación verbal era contestada con fórmulas ajenas al juego, era posible que se impusiera otro tipo de componenda. Una acción decidida por la salvaguarda del honor grupal, los parámetros de identidad, las expectativas de rol, la alienación del agente en el grupo y el repertorio de retruécanos. Pero, sobre todo, por las circunstancias del encuentro, la mayor parte de las veces indescifrables para los historiadores.

La codificación de estos intercambios era tácita, aunque rigurosamente actualizada. Para los excluidos de esos códigos, las patotas eran “impredecibles”, “irracionales”, “peligrosas” y “violentas”. Este excedente de sentido contaminó la lectura de la prensa sobre la patota. La incompreensión de estos juegos los transformó en la antesala del crimen. Además, la presuntamente recíproca exclusión de los códigos subalternos y dominantes elevó las posibilidades de una resolución violenta para sus interacciones.

Los altercados no siempre fueron promovidos por estos agentes aparentemente “disolutos”. Muchas veces, las víctimas de agresiones verbales no soportaban que un subalterno los humillara en el espacio público, a la vista de sus pares. Ante el cuestionamiento de su autoridad simbólica y de su posición social, siempre en nombre de la cultura y la civilización, podía recurrirse a la violencia. Ésta era el último, aunque siempre disponible, recurso para corregir el desorden social, una fórmula capaz de imponer la urbanidad y el buen gusto a la *(in)cultura* y sus promotores.

Hacia 1935, las patotas reaparecieron en la primera ronda de bulevares y en las portadas de *La Capital*. Cambió el tono de las notas, los redactores guardaban silencio sobre derivaciones delictuosas de la patota. Estos grupos no preocuparon, sus acciones atacaban bienes y no personas. Tampoco utilizaban la palabra, antes disfrutaban

de desordenar y dañar algunos objetos. Frente a los transeúntes, continuaban inmutables enfrascados en sus asuntos, “sin vergüenza ni temor.”⁶⁵⁵

Referencias de este tipo se prolongaron. Puede decirse en beneficio de los cronistas que cada vez describían con más detalle a la patota. Esta abundancia de datos, sin embargo, no amplió el umbral de inteligibilidad de la mirada. Tan sólo se afinaron las escenas, pero la abundancia de pormenores confundió tanto a periodistas como a lectores. Las patotas modificaban sus hábitos y los redactores las conocían mejor. Sabían cómo empleaban la ciudad, los días, lugares y horas en que sus actividades eran más frecuentes, pero la lógica de estos comportamientos se mantuvo esquiva, casi inaccesible. Los motivos y el sentido de la patota permanecieron inciertos. Alejándose de la intervención social, la prensa encubrió su papel de (re)productora de la oposición binaria entre cultura e incultura. Por obra de la impresión de novedades, *La Capital* metamorfoseó categorías descriptivas y morales en explicaciones cerradas y verídicas de algunos comportamientos humanos.

Honor, masculinidad y ritual

La evanescencia del lenguaje agravante y de los actos indecorosos dificultó reprimirlos. Contra esas expresiones, la prescriptiva no pasaba de ser un formalismo incapaz de interiorizar disposiciones.⁶⁵⁶ La (*in*)cultura viajó en la palabra, el gesto y, ocasionalmente, encarnó en la agresión física. Esos intercambios no sólo evidenciaron “irracionalidad y mala educación”, sino que señalaron la activación de esquemas y recursos socioculturales inscriptos y aprendidos en las interacciones culturales.

En general, los embistes de la (*in*)cultura recaían sobre los “indefensos”: mujeres, niños y ancianos. Cuando se dirigían a confrontadores más hábiles (varones adultos o jóvenes), el encuentro no necesariamente culminaba a los golpes o las cuchilladas. La provocación planteaba un duelo inicialmente discursivo, sostenible mientras los rivales se mantuvieran en ese terreno. Un público abundante y juegos de lenguaje asimétricos podían impulsar una restitución del equilibrio mediante otras armas. La resolución física de un duelo verbal se asoció a los códigos del honor masculino. Entre los sectores populares, la restitución del honor sólo podía alcanzarse mediante una victoria contundente, que en general comportaba alguna forma de anulación del oponente.⁶⁵⁷ La exhibición de destrezas que no obtuvieran resultados más o menos tangibles carecía de valor. El juego necesitaba resolverse, terminar, establecer con claridad el ganador, no podía mantenerse como un circuito cerrado en constante retroalimentación, su tensión necesitaba liberarse.

655 *La Capital* 22/III/1935.

656 Desde 1911 quedó prohibido por ordenanza proferir palabras obscenas, orinar en las calles o en cualquier paraje público, destruir árboles o plantas en las calles, plazas o paseos públicos. *Compendio de digestos municipal de 1931*, Talleres Pomponio, Rosario, 1932, p. 838.

657 GAYOL, Sandra *Honor y duelo en la Argentina Moderna*, Siglo XXI, Buenos Aires, 2007.

La *(in)cultura* transitó calles, plazas, paseos y parques. Hubo altercados, pero, también, “escenas vergonzosas”: exhibición de genitales, algunos “actos inapropiados” y gestos catalogados como obscenos. Todos eran comportamientos voluntarios, producidos y calculados para escandalizar y ofender a sus testigos. Una acción que contemplaba los esquemas culturales de los receptores de la agresión: elites y fracciones populares que deseaban diferenciarse. Esas teatralizaciones caricaturizaron el estereotipo que estos grupos habían elaborado sobre los sectores populares.⁶⁵⁸

Las acciones pudieron ser incidentales y azarosas. Por ejemplo, la carencia de baños públicos fomentó la comisión de “acciones impropias”. Como se ha observado en capítulos anteriores, durante el año 1932, el Concejo Deliberante ordenó plantar arbustos frente a los mingitorios del Parque de la Independencia, para evitar “...la contemplación de actos inmorales e indecorosos.”⁶⁵⁹ Una disposición que coincidía con la apertura y democratización de ese paseo.

La *(in)cultura* no sólo se manifestó en los parques. En la plaza Sarmiento, los jóvenes se entregaban a flirteos con las alumnas de la Escuela Normal de Señoritas.⁶⁶⁰ Ubicada a pocas calles del Mercado Central, sitio del comercio mayorista y acceso a la ciudad para el transporte de media y larga distancia. La plaza configuraba una especie de *no lugar*, donde los frequentadores no tenían relaciones sociales estables y permanecían más o menos en el anonimato. Además, la iluminación era providencialmente mala, allí se reunían las mejores condiciones para contravenir las normativas y relajar la moral. Durante la noche, el tupido ramaje ocultaba bancos amatorios y a ciertas horas, el muro de la Escuela Normal se transformaba por la obra de “...personas inescrupulosas en un extenso mingitorio.”⁶⁶¹

Muchos varones jóvenes disfrutaban de entorpecer los desplazamientos de las mujeres. Más allá de los rangos sociales de sus protagonistas, estos encuentros actualizaban la dominación masculina.⁶⁶² Por ejemplo, los vendedores de rifas de posición social poco promisoria, molestaban a las paseantes con “...actitudes incorrectas y frases hirientes. Las principales víctimas suelen ser las mujeres acaso porque no son susceptibles de reacciones enérgicas”⁶⁶³ A pasatiempos similares, durante las arduas mañanas de descarga, se entregaban los puesteros del Mercado Central.⁶⁶⁴

Estas acciones ridiculizaban o incomodaban a paseantes circunstanciales. La estigma social del agresor se sostenía o incrementaba ante el grupo que era testigo de las incidencias, descartada quedaba cualquier intención de galanteo o conquista. Aun

658 VT DS HCD 8/I/1918, f. 398. *La Capital* 20/XI/1933.

659 ET HCD enero-marzo 1932, f. 620.

660 *La Capital* 19/V/1934.

661 DS HCD 06/11/1934, t. II, p. 1529.

662 BOURDIEU, Pierre *La Dominación...*, cit.

663 *La Capital* 24/X/1927.

664 *La Capital* 11/X/1928.

cuando la asimetría social de los protagonistas no fuera demasiado pronunciada, los medios utilizados la incrementaban y hacían improbable cualquier tipo de relación. Con estas prácticas, los jóvenes afirmaban su masculinidad, que como cualquier identidad, era construida, inestable e histórica y necesitaba reforzamientos y actualizaciones permanentes. La exteriorización de la atracción por el sexo opuesto se dirigía antes a los cófrades masculinos que a las transeúntes. Sin embargo, estas manifestaciones implicaban la humillación del género femenino, expresaban ciertas formulas de la dominación masculina que construían la identidad de una comunidad de “varones viriles”. Afirmación de la masculinidad, alienación grupal y cierto homoerotismo modelaba esas interacciones.

Los episodios de *(in)cultura* (re)afirmaban la masculinidad, pero podían, también, prologar ciertos momentos de expropiación o atenuación de sus atributos. Uno de esos instantes de peligro para la virilidad era la conscripción obligatoria. En sus vísperas, los jóvenes percibieron la amenaza que pesaba sobre su hombría. La potencia, la libertad y el desenfreno masculinos eran absorbidos y (re)encausados por las demandas de una institución total: los cuarteles del ejército.⁶⁶⁵ Los futuros conscriptos se entregaban al relajamiento de las costumbres, todo aquello que la institución castrense reprimiría era dejado en libertad pocas horas antes. Debían exteriorizarse las potencias asociadas con la masculinidad como si se tratara de la última vez.⁶⁶⁶

De camino al enrolamiento, en el tren, los jóvenes “agredieron de palabra y obra” a los viajeros. Les destrozaron “...los sombreros, manoseándoles y escarneciéndolos prevalidos de la impunidad que les asegura la circunstancia de ser más numeroso el grupo de conscriptos que el de pasajeros. Por cierto que el incidente estuvo a punto de tener un desenlace trágico, pues sólo a costa de grandes esfuerzos se evitó que uno de los pasajeros agredidos hiciera uso de un revolver que esgrimió con la intención de hacerle justicia a su honor por su mano.”⁶⁶⁷

Los futuros custodios de la patria atacaron a los pasajeros disminuidos en número y aprisionados en los vagones. Como en un especie de revancha anticipada, las agresiones compensaban las humillaciones que los conscriptos sufrirían en el batallón. Sombreros y trajes, partes del atuendo urbano digno, fueron el blanco de los ataques. Pronto, los jóvenes agresores lucirían uniformes idénticos y sus cabezas rapadas.⁶⁶⁸

Interacciones acotadas

La ciudad poseyó tranvías eléctricos desde 1905 y ómnibus desde 1924, ambos medios fueron apropiados para ejercitar las artes de la *(in)cultura*. La extensión de la ciudad

665 GOFFMAN, Erving *Internados...*, cit.

666 *La Capital* 24/I/1930.

667 *La Capital* 24/I/1930.

668 PAULS, Alan *Historia del Pelo*, Anagrama, Barcelona, 2010.

construyó y diversificó las periferias, las poblaciones allí asentadas estaban obligadas a servirse del transporte público. Barrios lejanos, recorridos extensos, boletos baratos, pocos y pequeños coches contribuyeron a diversificar social, etaria y genéricamente la composición de un pasaje que por regla era multitudinario. La coexistencia acotada de esta multiplicidad activó las interacciones sociales.

El transporte se masificó al promediar los años 1920s. En 1908, la red tranviaria alcanzó su plenitud, según las estadísticas, ese año se cortaron casi 15 millones de boletos. La cifra se duplicó en 1920 y cinco años después, se pagaron 53 millones de viajes.⁶⁶⁹ Este crecimiento de la materia transportada por los flujos tranviarios provocó atascos y demoras. Los trayectos fueron accidentados. La lentitud, el cambio de coches, el mal estado de las vías, las huelgas y *lock-outs* produjeron interacciones tipificadas negativamente por la prensa.

En 1923, se cobraban 47 millones de viajes al año. Los periódicos reseñaron algunos problemas, la (*in*)cultura fue puesta de relieve como una cuestión urgente. Sin embargo, las principales dificultades radicaban en la insuficiencia y mala calidad de la infraestructura. Repudiar periodísticamente los actos de (*in*)cultura, al parecer, evitaría su generalización, entretanto los defectos del sistema de transporte se mantenían, sin perspectivas de solución.

Domingos y días festivos, los tranvías eran susceptibles a la (*in*)cultura. Los asistentes a encuentros futbolísticos copaban los habitáculos, los estribos y hasta el techo de los coches estaban también repletos. *La Capital* representó a "...individuos inadecuados" que "...daban rienda suelta a sus instintos, entregándose a procaces expansiones." Los jóvenes aficionados seguían dominados por el código futbolístico, una forma de comportamiento impropio en el transporte público. Si en los estadios el lenguaje grueso era parte del juego entre los simpatizantes, al ingresar en los transportes ese repertorio lingüístico debía suspenderse y suprimirse. No obstante, los hombres no ascendían solos a los tranvías, consigo trasladaban la sociabilidad del estadio. El respeto debido, especialmente, a las niñas y a las mujeres hacía inadecuadas esas formas. Varios giros sirvieron para etiquetar a los propagadores de esos comportamientos: "gente desprovista de toda cultura", "elementos cuya compañía resulta desagradable", "desvergonzados" y, "cafres" o "incultos".⁶⁷⁰

La lentitud y la insuficiencia de las líneas hacían obsoleto al tranvía, era demasiado tarde y no había capitales interesados en construir una red subterránea, pero los ómnibus podían implementarse.⁶⁷¹ Este servicio fue librado al uso público en 1925, tan sólo cuatro años después, se pautaron los recorridos, horarios y tarifas.⁶⁷² Algu-

669 Los datos estadísticos han sido extraídos de una comunicación de la Empresa de Tranvías Eléctricos de Rosario al CD. ET HCD Conflicto Tranviario 1932, f. 11.

670 *La Capital* 12/1/1923.

671 ET HCD noviembre 1922, t. 1, ff. 201-203 y 234; ET HCD noviembre 1923, ff. 90 y 319-369.

672 ET HCD septiembre 1929, t. II, f. 3043.

nos signos de *(in)cultura* también pudieron apreciarse en estos nuevos medios de transporte público.⁶⁷³ Paradójicamente, cuanto más se reglamentaba el servicio menos podía controlarse al pasaje. Los relatos de estos episodios apenas modificaron el escenario respecto a las notas sobre los tranvías, la prensa propuso que los choferes y los guardas mantuvieran a raya a los pasajeros. Para esos menesteres los conductores poseían destrezas mínimas, rutinariamente utilizaban modos y lenguajes poco prudentes con los pasajeros. En los coches, damas y niñas no sólo lidiaron con la *(in)cultura* del pasaje, también con la de los guardas y los conductores.⁶⁷⁴

Los empleados prefirieron abstenerse de intervenir en los altercados y las groserías producidas entre los miembros del pasaje. Apenas eran capaces de mantener su propia disciplina y poco podían hacer por el orden de los coches. Al filo del verano de 1934, un violento aunque poco frecuente episodio explicó las razones de esa prescindencia.

“...cuatro individuos menores de edad que subieron a un ómnibus de la línea 11 obligaron a las mujeres a descender, por su conducta desorbitada, y luego, francamente hostil para con el guarda, que pretendía imponerse. Una vez en el término del viaje, en el Barrio Sáenz Peña al querer el guarda del ómnibus hacerlos detener por un agente de policía, resultó víctima de la agresión a golpes de puño de los patoteros, que no respetaron la presencia del vigilante y por el contrario agredieron a ambos, valiéndose de piedras que arrojaron desde corta distancia. Uno de esos proyectiles causó al guarda del ómnibus la fractura del cráneo, y sólo con la presencia de varios policías fueron reducidos y detenidos.”⁶⁷⁵

La *(in)cultura* podía generar violencia, pero esa no fue la regla. Ni la conflictividad ni la sobrecarga estival de la línea 11 fueron fortuitas. Luego de 1930, ese tranvía era el único vínculo entre el centro, los Nuevos Mataderos Municipales, los baños del arroyo Saladillo y el frigorífico Swift. En verano, el público de los baños salía desde el centro hacia el sur de la ciudad. El objetivo del viaje difería del que tenía el recorrido de los obreros que iban al matadero o al frigorífico. Unos se dirigían a disfrutar del tiempo libre, mientras los otros se encaminaban a padecer el tiempo de trabajo, unos viajaban hacia el ocio y los otros a la fábrica. No obstante, ambos descendían del mismo coche a menos de un kilómetro de distancia, después de compartir un largo y casi tan interminable como incómodo trayecto. Una variedad de agentes pobló los interiores de esos vehículos. Larga y accidentada, la travesía no fue matizada por las buenas maneras y la urbanidad, pasos a nivel y barreras dilataron el viaje e impa-

673 *La Capital* 5/I/1929.

674 *La Capital* 19/VIII/1932.

675 *La Capital*, 5/XII/1934.

cientaron al pasaje.⁶⁷⁶ Los ánimos se crisparon. Había quienes estaban ansiosos por llegar al balneario y terminar la indeseable convivencia de vagón con los obreros, pero también había algunos hastiados de la rutina laboral que les aguardaba y celosos de quienes se bañarían en las piletas del arroyo.

Estos episodios se repitieron, adoptando características muy similares. Los comportamientos anexos continuaron aquejando a damas y señoritas, y a esa fracción del pasaje que por diversos motivos deseaba apartarse de la *(in)cultura*. Sin embargo, siguieron siendo los redactores de *La Capital* los más perturbados por unos comportamientos que juzgaban excesivos.

Espejismos circulares

En la entreguerra, la prensa hizo constar que muchos lugares de encuentro y reunión eran ámbitos de *(in)cultura*. A esos rituales, formalizados y estables, se le oponía el ritual de publicación de su reprobación.⁶⁷⁷ En ningún caso el orden estaba amenazado, hasta cierto punto, el ciclo y la alternancia de ambas liturgias (prácticas y discursos) aseguraban su perduración.

Los sectores populares y algunos jóvenes de procedencia social y conducta más o menos indeterminada desconocían voluntaria o involuntariamente las reglas vigentes en ciertos ámbitos. Simétricamente, la prensa etiquetó negativamente esa impericia que era producto de una distancia sociocultural. En esas notas, la cultura popular se construía a partir de su negación. La posición de la prensa condenaba, pero con cierta flexibilidad. Era una defensa de las reglas y de las “relaciones sociales correctas”, antes que del cuerpo social, como la que caracterizaba la sanción del crimen. La amenaza de la *(in)cultura* era crónica, pero su potencia era relativa, sólo podía acarrear inversiones parciales y localizadas del orden. Ese carácter de los hechos no era desconocido por *La Capital*.

Los grupos letrados cargaron de una “contra-aura” a las prácticas asociadas con la *(in)cultura*. Según ese punto de vista, no había en ella reglas, todo estaba librado a la espontaneidad, la risa, el cuerpo y la sinrazón. Derivados del cartesianismo dominaban la interpretación, pero esas interacciones no eran ni tan claras ni tan distintas. Sólo en el sistema de signos y atribuciones de sentido ideado por los agentes letrados, la *(in)cultura* y la *cultura* fueron pares purificados y opuestos. Las prácticas que ellos representaron circularon en un espacio social ubicado en medio y debajo de estas oposiciones, un plano, que con el transcurso de los años, se ha hecho menos nítido y asible.

Los sectores populares, motejados como *(in)temperantes*, *(in)continentes*, *(in)disciplinados* y *(a)morales* adoptaban todas esas características “*(in)deseables*” cuan-

676 *Boletín Informativo de la Empresa Municipal Mixta de Transporte*, v.2, n. 26, abril, 1934.

677 GOFFMAN, Erving *Interaction ritual. Essays on Face to Face Behavior*. New York: Anchor Book, 1967.

do compartían el espacio público con sus estigmatizadores. Precisamente, en los lugares y momentos en que debían desmentir esa clasificación, comportarse correctamente y aceptar la subordinación social, estos grupos ejecutaban *artes de hacer* que afirmaban los rótulos que se le habían impuesto. La composición circular de la cultura permitía la comunicación entre grupos sociales diferenciados. Y hoy hace posible interpretar ambos términos conociendo en profundidad sólo uno de ellos.

Las lógicas de la (*in*)cultura se nutrían del caos ordenado por los rituales de encuentro e interacción. Allí, la dinámica conflicto-equilibrio se desestabilizaba y se volvía a estabilizar. Estas formas de interacción social podrían ser nombradas con el título de un libro de Carlos Monsivais: *los rituales del caos*.⁶⁷⁸ Formas de interacción cotidiana que afectan la vida de esas ciudades que se hallan en el umbral de la vida metropolitana y de la sociedad de masas. Los agentes anónimos que transitaban esas calles intuyeron bajo sus pies las dimensiones del abismo que comunicaba ese pasaje.

678 MONSIVAIS, Carlos *Los rituales del caos*. México: Editorial Era, 1995.

CAPÍTULO XI

Carnaval: inversiones afirmativas

El carnaval es calificado como un ritual cíclico, el eterno retorno de lo mismo-diferente. Está confinado a un tiempo fuera del tiempo, donde el *uroborus* retuerce la dinámica social. Durante su reinado, la *lógica del juicio* se suspende, se aniquilan las clasificaciones, se embrolla el orden y el sentido de las culturas. El nacimiento, la muerte y la resurrección se mezclan y las formas lineales de percibir el tiempo-espacio reposan, se toman un descanso. Disciplinas, encausamientos y auto-coacciones se desactivan. La fiesta invierte el orden binario de las interdicciones: lo prohibido es correcto y lo correcto está prohibido. Ese mundo invita a reír hasta de las pesadillas, las interdependencias, las obsesiones y la muerte. Aquel que diariamente es objeto de temor y de riguroso respeto puede devenir en motivo de alegría y burla.

El Combate entre Don Carnaval y Doña Cuaresma, pintado por Brueghel en 1559, representa la lucha entre el “desorden pagano”, una libertina liturgia del caos y el “orden religioso”, un ritual coercitivo y civilizado.⁶⁷⁹ Una disputa entre el goce desenfadado y la constricción dolorosa, entre los cuerpos redondeados por la glotonería y el espectro ayunante de la ascesis. La cuaresma involucra una expiación de los pecados del carnaval, en ayunas se afrontan las tentaciones del desierto. El carnaval es interrumpido por la cuaresma, la abundancia prepara la ascesis que precede a la crucifixión, una muerte ritual que (re)presenta y anticipa a la verdadera.

Hace cuatro décadas, Bajtin afirmó que los elementos de la cultura popular y burlesca no habían sido estudiados con suficiente rigor,⁶⁸⁰ hoy la historia de las ciencias sociales muestra un panorama bien distinto.⁶⁸¹ Para el caso argentino, Micol Sei-

679 BRUEGHEL, Pieter *El combate entre don Carnaval y doña Cuaresma (Het Gevecht tussen Carnival en Vasten)*, Oleo sobre tabla, 118cm x 164 cm., Museo de Historia del Arte de Viena.

680 BAJTIN, Mijail *La cultura popular en la edad media y el renacimiento. El contexto de François Rabelais*, Alianza Madrid, 1998;

681 ECO, Umberto et al. *¡Carnavall!*, FCE, México, 1989; ZEMON DAVIES, Natalie *Sociedad y cultura en la Francia Moderna*, Crítica, Barcelona, 1993; THOMPSON, E. P. “La cerradura”, en *Costumbres en común*, Crítica, Barcelona, 1993; TURNER, Víctor *The anthropology of performance*, Performing Art Journal, New York, 1988; LE ROY LADURIE, Emmanuel *El carnaval de Roman. De la candelaria al miércoles de ceniza 1579-1580*, Instituto Mora, México, 1994; BURKE, Peter *La cultura popular en Europa moderna*, Alianza, Madrid, 1989; DARNTON, Robert *La gran matanza de gatos y otros episodios de la historia cultural francesa*, Fondo de Cultura Económica, México, 1987; SEWELL, William Jr. *Trabajo y revolución en Francia. El lenguaje del movimiento obrero desde el antiguo régimen hasta 1848*,

gel⁶⁸² y, más recientemente, Andrés Bisso⁶⁸³ se han concentrado en las performances, estableciendo un puente entre la fiesta y lo nacional, entre lo frívolo y lo serio, entre la dramatización carnavalesca, la nación y la política. Pero, antes que ellos, Ricardo Falcón redactó dos artículos notables sobre el tema. El primero analizaba los infructuosos intentos de la Jefatura Política de Rosario para controlar el carnaval en la segunda mitad del siglo XIX y las expresiones revulsivas de la cultura popular.⁶⁸⁴ El otro, de naturaleza más teórica, proponía un repaso y un debate sobre la relación entre las fiestas (destacando al carnaval) y las formas del poder.⁶⁸⁵ Algunos pasajes de su último libro, *La Barcelona Argentina*, también, rozan la temática.⁶⁸⁶ Entonces, ¿para qué otro análisis del carnaval de entreguerras en una ciudad periférica?

Este capítulo desea mostrar que el carnaval puede funcionar como un rito de diferenciación o inversión sociocultural, pero que también es capaz de articular afirmaciones comunitarias.⁶⁸⁷ No sólo se examinan las inversiones rituales y la cultura burlesca como formas de resistencia. Además, se intenta proponer que esa cultura existe, en tanto que afirmación subalterna, bajo las condiciones que le impone el gesto que la subordina. Al atenuarse esa dominación, las expresiones de la subalternidad se modifican. El carnaval puede afirmar la distinción de los dominantes y la (*in*)cultura de los subalternos, construyendo un juego de símbolos que se rechazan y oponen en sus secuencias relacionales. Pero, ocasionalmente y sin proponérselo, los agentes y las estrategias consiguen desplazar las reglas del juego. El propósito de estas páginas estriba en mostrar las formas que adoptan esos juegos en contextos históricos específicos, la producción y la variación de las estrategias en ellos involucradas.

Taurus, Madrid, 1992. DAMATTA, Roberto, *Carnavales, malandros y héroes. Hacia una sociología del dilema brasileño*, México, FCE, 2002.

682 SEIGEL, Micol “Cocoliche’s Romp: Fun with Nationalism at Argentina’s Carnival”, en *The Drama Review*, Vol. 44, núm. 2, 2000.

683 BISSO, Andrés “El lugar de los carnavales en las fiestas cívico-patrióticas en las ciudades y los pueblos de la Provincia de Buenos Aires durante la década de 1930”, en *VI Jornadas de Sociología de la UNLP. Debates y Perspectivas sobre Argentina y América Latina en el marco del Bicentenario. Reflexiones desde las ciencias sociales*”, La Plata, 2010 y BISSO, Andrés *Sociabilidad, política y movilización. Cuatro recorridos bonaerenses (1932-1943)*, CEDINCI-Editorial Buenos Libros, Buenos Aires, 2009.

684 FALCÓN, Ricardo “La larga batalla por el carnaval: la cuestión del orden social, urbano y laboral; en el Rosario del siglo XIX”, en *Anuario de la escuela de historia*, núm. 14, FHyA, UNR, Rosario, 1989-1990.

685 FALCÓN, Ricardo “Rituales, fiestas y poder. (Una aproximación historiográfica a un debate sobre su pasado y su presente)”, en *Estudios Sociales*, núm. 18, Santa Fe, primer semestre, 2000.

686 FALCÓN, Ricardo *La Barcelona Argentina. Migrantes, obreros y militantes en Rosario, 1870-1912*, Laborde Editor, Rosario, 2005.

687 En esta hipótesis sigo el trabajo de COZART RIGGIO, Milla (ed.) “Carnival culture in action –The Trinidad Experience”, Routledge, New York and London, 2004.

El reverso de ese mundo disparatado del carnaval son las normas que ensayan regularlo. Las mayores ambiciones normativas jamás fueron alcanzadas, una de las características del poder y la dominación es su imperfección. El movimiento que persigue alcanzar la anulación de ciertas manifestaciones suele estar inevitablemente asociado al que resiste, bajo formas diversas, esa supresión.⁶⁸⁸ La asimetría poder-resistencia admite puntos intermedios (adaptación, integración, negociación, etc.), esos juegos de fuerza se analizan fuera de una lógica de resultados, más allá de su relación con el éxito o el fracaso.

Primeramente, se estudiará la urdimbre de las normativas. El proceso de construcción y despliegue de los campos de interdicción permitirá vislumbrar un juego de energías interminablemente desplazado. Metodológicamente se efectúa una lectura directa y otra oblicua de los discursos y las prácticas que instituyen prohibiciones. La primera indaga sobre los intereses de las agencias disciplinarias en pos de la regulación, mientras que la segunda lo hace sobre las tácticas de la resistencia, la desviación y el desplazamiento que se interpusieron frente a esos encausamientos.

Disciplinas y separaciones

Desde mediados del siglo XIX, los carnavales fueron un campo de regulaciones, pero, como se ha anticipado, el éxito no siempre acompañó a las vigilancias. Ricardo Falcón observó penetrantemente las dificultades de esos primeros controles,⁶⁸⁹ cuando encausar el excedente de energía liberado en los carnavales fue imposible. Las celebraciones instauraron una interferencia en los “códigos normales” de la producción y el intercambio. El “caos carnalesco” y el “orden laboral” se disociaron e incluso llegaron a oponerse en algunos aspectos, pero en otros se complementaron como, por ejemplo, en la venta de artículos festivos.

La normativa intentó prefabricar el sentido de la fiesta desde fines del siglo XIX. Se establecieron lugares y horarios; y para el desfile de las carrozas se clausuraron algunas calles. El centro y la plaza principal fueron el teatro de los corsos, en teoría, la limitación espacial del carnaval permitió su control. Los recursos burocráticos disponibles sólo podían operar en un área muy acotada. A partir de 1900, el Parque de la Independencia se impuso como nuevo escenario de los carnavales, hubo un desplazamiento de las fiestas.

Los disfraces que “...afrentaran a la moral y afectaran a las jerarquías o dignidades civiles, militares y/o eclesiásticas” fueron proscritos. Quedó prohibido el uso de vestimentas reputadas como “infamantes”. La “ofensa moral” del atuendo fue definida a través de la exhibición de ciertas partes del cuerpo, genéricamente rotuladas como

688 FOUCAULT, Michel *Microfísica del poder*, La Piqueta, Madrid, 1993.

689 FALCÓN, Ricardo “La larga batalla...”, cit.

“inconvenientes”, y de la hibridación de las categorías de clasificación de los géneros masculino y femenino.

El vestido como signo y el vestuario como sistema de signos constituyen un código que establece valores relativos por (o)posición y relación.⁶⁹⁰ En muchas sociedades, el vestuario es uno de los principales flujos de información social. La naturaleza referencial de ese sistema implica ciertas jerarquías y dignidades. Una relación de correspondencia entre vestimenta, usuario y contexto, por ejemplo, los uniformes en las celebraciones oficiales, era muy bien recibida, pero las metáforas fueron objeto de preocupación y censura. Las relaciones incongruentes entre los términos anteriores, frecuentemente teatralizadas con motivo del carnaval, fueron estrictamente limitadas.⁶⁹¹

En las performances de simulacros y metáforas, los guardianes del orden conjeturaron amenazas, pensaron que no todos los espectadores podrían distinguir “adecuadamente” la escenificación carnavalesca. A un vestido digno podían adherirse los atributos inapropiados de sus portadores y las burlas de los espectadores. La inestabilidad de los signos de información social y la escasa capacidad de decodificación de sus observadores permitían que el rito oficial se confundiese con el festivo. Sin embargo, los argumentos esgrimidos para oficiar la proscripción fueron otros y apelaron a la racionalidad. La interdicción sobre los disfraces militares fue instaurada por su supuesta peligrosidad para la integridad física de los festejantes.⁶⁹² Así, por ejemplo, se prohibió el uso de armas de fantasía por el riesgo que suponía, pero dejando establecido la contravención implicada en el uso de disfraces militares.

Los juegos con agua, también, fueron obstaculizados. En este sentido, el Jefe Político obró una imposición recurrente, cuyas variaciones exponen una flexibilidad selectiva. Hubo una especie de segregación espacio-temporal de los juegos con agua. Arrojar pomos y globos de goma estaba prohibido, pero echar flores y confites pequeños eran expansiones más “civilizadas” que podían tolerarse.⁶⁹³ El juego con agua era capaz de dañar la (re)presentación de la fiesta, se trataba de formas lúdicas que embrollaban las secuencias normalizadas de las relaciones sociales. Con variaciones y novedades, las interdicciones de las fiestas fueron espejos que reflejaron su simetría ritual. Al caos latente del carnaval, lo acompañó la efectiva, aunque quizá tan sólo en la letra, normalización de sus prácticas. A un ritual de inversión del orden se le anexó uno de reforzamiento. Infatigablemente, fiestas-ordenanzas y ordenanzas-fiestas se reprodujeron durante la entreguerra.

690 BARTHES, Roland *El sistema de la moda y otros escritos*, Paidós, Buneos Aires, 2003 y ENTWISTLE, Joanne *El cuerpo y la moda*, Paidós, Barcelona, 2002.

691 DAMATA, Roberto *Carnavales, malandros y héroes. Hacia una sociología del dilema brasileño*, FCE, México, 2002.

692 ELIAS, Norbert *El proceso...*, cit.

693 DMR 1892, pp. 636-637.

Esa (re)afirmación del orden fue ratificada por los criterios de distinción y construcción social de las jerarquías. Desde 1895, una comisión de notables estuvo encargada de la logística del festejo oficial. Esa medida prestó brillo y distinción a las fiestas y las convirtió en una barrera más o menos efectiva frente a la *(in)cultura*.

El uso del espacio contribuyó al lucimiento festivo y desmanteló las condiciones de posibilidad para la aparición de la *(in)cultura*. En 1899, los trayectos se (re)orientaron, favoreciendo la circulación de carros adornados por calles con pavimentos de madera. Ese cambio respondió a dos cuestiones, por un parte, al embellecimiento de la fiesta y, por otra, a la seguridad de los ocupantes de las carrozas. El pavimento de madera era poco durable, pero poseía un alto valor estético, su estructura compacta, además, impedía que el público alzara piedras para arrojarlas contra las carrozas.

Las interdicciones sobre el juego con agua y la detonación de bombas y petardos intentaron controlar el lanzamiento de objetos contundentes durante los festejos. En 1900, los juegos con agua fueron habilitados en los suburbios y únicamente se los proscribió en la primera ronda de bulevares. Este régimen de tolerancia segregativo obedeció a la convergencia no cooperativa de mecanismos materiales de control ineficientes y de arraigadas prácticas populares. En el centro, los juegos con agua fueron prohibidos; no tanto porque no hubiese quienes quisieran entregarse a ellos como porque allí el control resultaba notablemente más eficaz.

La organización de los usos del espacio se inscribió en la oficialización de los recorridos, la circunscripción y el aislamiento de los festejos. Una pauta de días y horarios estableció tres jornadas en la franja vespertino-nocturna. Para normalizar las prácticas se prohibieron algunos vestuarios, los juegos con agua y las detonaciones de explosivos. Estas tres operaciones sobre el espacio urbano, el tiempo de la ciudad y las prácticas festivas delinearón los contornos del territorio diseñado por y para el control de los carnavales.

Oposiciones circulares

En 1910, la ciudad se aprestaba a festejar el centenario, durante el verano, se difundieron las consignas que instruían las celebraciones. Quizá debería aguardarse un carnaval morigerado, disciplinado, regular y articulado con las fiestas patrias. Pero a pesar de la proximidad de las celebraciones oficiales, ocurrió todo lo contrario.

Los periódicos reseñaron cuidadosamente las alternativas de esos carnavales y se exhibaron en la descripción de las prácticas callejeras que ignoraban el rigor oficial. Después del mediodía, en los barrios y el centro se libraron juegos con agua, esos que la ordenanza del carnaval había prohibido taxativamente. Estos juegos formaban parte de una tradición que el municipio consiguió domesticar tan solo a medias. Regidas por los mismos protocolos de la *(in)cultura*, las expansiones atentaban contra grupos de personas que ordinariamente serían reverenciables, fundamentalmente damas y ancianos. Las pelucas y los afeites quedaron maltrechos, "...se habían dilui-

do en el agua carnavalesca los revoques y los estucos artificiales de los rostros.”⁶⁹⁴ El agua descubría las diplomacias de las interacciones cotidianas. Una máscara no podía aplicarse sobre otra sin revelar la incomodidad de la rutina, los antifaces del carnaval descartaban las simulaciones de la vida. Ese teatro del grotesco renegó de esa cotidianeidad repetitiva, debido a que sus reglas y máscaras eran otras.

Momo sancionó la vigencia de otros códigos. La arquitectura social, formada por cadenas de interdependencia, se transformaba bajo el pulso del gran caricaturista de la vida. Se anulaban las jerarquías y claudicaban los medios de control de los guardianes del orden. La policía se retiraba para no incrementar las tensiones, puesto que la diversión apenas si contravenía ordenanzas; los festejos del carnaval no suponían un peligro real para el orden. Entonces, la discreción dominó a la vigilancia policial, sin embargo, no todos comprendieron la codificación festiva. Algunos se mantuvieron al margen de los juegos, reverenciando el status quo, riñeron a quienes no tenían más armas que un balde, una manguera y agua para revolucionar el orden social.⁶⁹⁵

Distintos agentes sociales animaron los festejos. En 1910, pocos podían aspirar a la propiedad de un automóvil, pero ese grupo minoritario protagonizó varios combates carnavalescos. En un tributo a su edad, los jóvenes acomodados participaron de conductas coincidentes con la *(in)cultura* adjudicada como característica distintiva de los sectores populares. Esos episodios fueron narrados por la prensa con todo detalle, aunque esta vez se reservaran las críticas y los reproches habituales.⁶⁹⁶

Los embistes de los automovilistas hacían parte de un simulacro de cortejo, un grupo de señoritas de los barrios septentrionales resistían a esas cargas automotrices. Esta literatura registra dos inversiones del patrón de comportamiento socio-cultural “normalizado”. Primero, las elites, supuestamente compuestas y disciplinadas, participaron de un juego desenfrenado y por lo tanto intemperante y, en definitiva, “inculto”. Solamente, la máquina que conducían acreditaba la diferencia de su estatus social. En el corazón de esas prácticas, los jóvenes de las más “conocidas familias” se sumergieron en los códigos de la fiesta popular. Segundo, las muchachas del suburbio septentrional, presuntas “víctimas pasivas”, en atención a su subordinación socio-espacial y genérica, intentaron detener el auto con una cuerda y mojar a sus ocupantes. Asumiendo esas prácticas activas, las jovencitas desconocieron su posición doblemente sometida.

La interacción cruzada de jóvenes socioculturalmente dominantes y jovencitas subalternas puso a rodar la circularidad cultural. El carnaval era codificado y decodificado por agentes sociales que pertenecían a mundos muy distintos, cuyas matrices culturales eran diversas, pero que se relacionaban *en y por* el mismo juego social. Compensando los excesos vespertinos, las celebraciones nocturnas no violaron las

694 *La Capital* 07/II/1910.

695 *La Capital* 07/II/1910.

696 *La Capital* 07/II/1910.

disposiciones. Al caer el sol, quienes mojaban a las señoritas de los barrios podían encausar y auto-regular sus comportamientos. A esa hora, los carros transitaban lentos, las luces eran tenues y las máscaras tímidas. El palco oficial albergaba lo más selecto de la ciudad, la elite bruñía socialmente al carnaval, inhibiendo una “indeseable” popularización. La distinción surtiría efecto contrastada con la animación del elemento popular, que debía aparecer entonces como un alegre paisaje humano. Estos espectadores tenían que mantenerse sonrientes y pasivos, les correspondía afectar corporalmente los efectos del disciplinamiento.⁶⁹⁷

El imperativo de la corrección ganaba el panorama nocturno, la vigilancia era difícil, pero de todas formas el encausamiento fue pregonado. “Concurrencia nutrida”, “participación popular mesurada”, “animación festiva”, “lucimiento de decoraciones”, “cultura imperante” eran los retratos construidos por los periódicos para describir los corsos oficiales. Se trata de un conjunto reiterativo de figuras retóricas que compusieron una imagen del público. Las acciones de ese *pueblo* estaban limitadas a risas discretas (y no altisonantes), chistes de buen tono (y no procaces), canciones selectas (y no burlescas), disfraces elegantes (y no obscenos). Una animación “sana” y “ordenada” opacaba a otra “enferma” y “caótica”, los juegos se imaginaron saturados de normativas. Detrás de ese carnaval nocturno (*civilizado*) se ocultaban las tardes mojadas (*incultas*), el alegato a favor del orden encubrió el temor al caos. En ese campo de oposiciones, la afirmación y la negación son operaciones intercambiables, aunque siempre se instauran como fórmulas defensivas.

La evidencia construida sobre los carnavales del centenario produce dos series simétricas y formalmente excluyentes. *Noche-centro-cultura-dominación* es la primera y la segunda *tarde-barrios-incultura-subalternidad*, a pesar de ese juego binario, quienes las habitaron fueron agentes intercambiables y la fiesta que celebraron los identificó circularmente.

Juegos de distinción

En 1914, se habilitó el primer corso barrial,⁶⁹⁸ una expansión que ciertamente no fue azarosa. El suburbio escogido para la fiesta era un “...caracterizado *faubourg* de la elite”. Bajo la tutela de las fuerzas del orden, las fiestas oficiales se desarrollaron armónica y civilizadamente, los periodistas enfatizaron la distinción social que dominó en esos encuentros.⁶⁹⁹

El corso de barrio Saladillo se desplegaba a ocho kilómetros del centro, los medios de transporte que conducían hasta allí no eran abundantes ni veloces. Hacía seis años que los tranvías eléctricos unían ambos puntos de la ciudad. El arribo no era dificultoso, debido a que se realizaba en oleadas sucesivas. Con un regreso simultáneo

697 *La Capital* 07/02/1910.

698 DMR 1914, p. 216.

699 *Gestos y Muecas*, año II, núm. 20, 27/III/1914.

y sobrecargado, se produjeron algunos incidentes. La concentración de pasajeros fue tal que hubo disputas para acceder a coches repletos. Ante tranvías que no se detenían ni aminoraban su velocidad, "...un grupo de muchachos amontonó serpentinas en las vías y les prendió fuego, mientras una multitud invadía los techos..."⁷⁰⁰

El teatro de la distinguida civilización fue ensombrecido por la (*in*)cultura. Pero entre uno y otro episodio, la composición social del público no se había alterado. No eran los sectores populares los encargados de esos desmanes incendiarios, por el contrario sus intérpretes eran miembros de grupos menos sospechados de semejantes conductas. La prensa evidenció su posición social afirmando que eran "...hechos *normales* que se producen en las grandes aglomeraciones de gentes."⁷⁰¹

Los comportamientos de las elites no fueron tan unidimensionales como los sentidos que les atribuyeron esas notas. Durante el carnaval, la (*in*)cultura recorría el campo cultural sin reparar en distinciones arriba-abajo; culto-popular; letrado-iletrado. Frente a un regreso difícil, los jóvenes socializados fuera de los ámbitos populares actuaron como lo hubiesen hecho los subalternos. Sólo que a ellos los amparaba cierta legitimidad social, la que hace "razonables" conductas que de ser ejecutadas por otros serían "insensatas". Estos episodios muestran la activación de una poderosa circularidad cultural, evidencian que la (*in*)cultura era una construcción retórica. Por eso mismo eran los inventores y difusores del término quienes mejor conocían sus ardidés.

En la década de 1920, los carnavales fueron consagrados como fiesta elitista, su ritmo fue pautado por las ordenanzas que aquietaron las potencias revulsivas. La fiesta afirmó las jerarquías y la separación de los grupos sociales, normativamente las inversiones simbólicas fueron rechazadas. Quedaron acorralados por la etiqueta el juego con agua y las risas, los festejos populares del carnaval debían transformarse en espectáculos regulares. El consumo de artículos festivos y la diversión sin excesos se institucionalizaron como pauta regulatoria.

A mediano plazo, los dispositivos de la violencia física y simbólica consiguieron "normalizar" a la (*in*)cultura. Montadas a suntuosas carrozas y automóviles, las elites transformaron al carnaval en un espejo que amplificaba su preponderancia social. Entretanto, los sectores populares fueron reducidos a pasivas masas espectadoras, la fiesta les fue expropiada.⁷⁰²

Su papel en el corso consistía en colocarse al borde de la acción, admirar a las elites, aplaudirlas, arrojándoles flores y serpentinas. Ninguna tergiversación de la relación significado-significante-contexto fue consentida en cánticos, disfraces o acciones. El carnaval de la distinción no jaqueaba al orden, antes afirmaba su indefinida persistencia. A la organización del corso se transfirieron las jerarquías y la dominación, pero la omnipresencia de esas reglas restrictivas traducía la inestable posición

700 *La Capital* 26/II/1914.

701 *La Capital* 26/II/1914.

702 *La Capital*, 1920.

social de unas elites rodeadas por una ciudad sin pasado colonial y llena de inmigrantes.

La imposición de ese rol popular pasivo perturbó el desenvolvimiento de los carnavales. En 1923, los organizadores decidieron incluir un concurso de disfraces infantiles. Esa novedad retrasó la aparición de la conflictividad sociocultural en unas festividades de diseño excluyente. La atmósfera familiar era una compensación regulatoria de la distancia social pautada entre la conjunción carruajes-palcos y la dupla espectadores-populares.⁷⁰³ El concurso era una posibilidad de celebrar e identificarse con pequeñas islas comunitarias, rodeadas y amenazadas por las furiosas aguas del mar de la distinción.

Con todo, las resistencias al carnaval de la distinción no desaparecieron y continuaron descansando, esperando el intersticio adecuado para ejecutar una última pirueta. Esa cabriola capaz de poner otra vez, aunque quizá sólo por un instante, el orden del mundo en tensión.

Resistencias e iconoclasias

En los corsos céntricos y periféricos de 1923, grupos de jóvenes produjeron algunas incidencias. Sus expresiones y acciones habían "...ofendido de palabra a señoras y niñas, dando motivo a cambio de palabras y altercados...". La policía reprimió esos abusos, pero la prensa criticó la desproporción de las medidas. *La Capital* aseguró que la policía no reparó en "...la calidad de las personas..."⁷⁰⁴ Los integrantes de estos conjuntos no eran sospechosos, sino jóvenes de las más prestigiosas familias que "...por su posición deberían dar ejemplo de cultura..." El matutino de Rosario solicitó la represión policial de las patotas, pero era necesario que las fuerzas del orden tuvieran en cuenta su composición social.⁷⁰⁵

Dos años después, varios hechos de violencia involucraron a los sectores populares. Esos episodios no obtuvieron comentarios extensos, pero sí merecieron una reprobación generalizada. Un hombre fue atropellado en el carnaval por "...un camión de dudosa categoría y adornado con pésimo sentido del gusto." El peatón quedó en grave estado y fue hospitalizado. Mientras, en el corso de "...un aristocrático *faubourg* [barrio Saladillo]" se produjo "...un caso bochornoso". "Una niña fue enlazada sacándose la violentamente del coche en que viajaba al centro [...] Se trata de un exponente de la incultura que la policía debe reprimir."⁷⁰⁶

El atropello de un hombre pasó inadvertido, diferente fue la situación de la niña enlazada, la acción era inusual y la víctima "una inocente". Pocos meses atrás, el Frigorífico Swift abrió sus puertas en las inmediaciones del barrio. La fábrica reconfiguró

703 *La Capital* 3/II/1923.

704 *La Capital* 3/II/1923.

705 *La Capital* 3/II/1923.

706 *La Capital* 2/III/1925.

el espacio social de un *faubourg* que cada vez era menos propicio para estimular la distinción residencial de las elites. Los medios locales atribuyeron la responsabilidad del suceso a obreros acostumbrados a faenar reses. No importa la certeza de la proposición, en cambio interesa el razonamiento por analogía que coloca en igualdad semántica al frigorífico y al carnaval, a las reses y a la niña. Este esquema cultural convierte a los trabajadores en especies de “cajas negras” capaces de establecer una relación simbólica entre estímulo-respuesta automática y descontextualizada. Retóricamente los sectores populares fueron despojados de toda reflexividad. Mientras, las elites fueron “disculpadas” por los pequeños “atentados contra el bien común y las buenas costumbres”. La prensa amplificó y reforzó la distancia recíproca de estos grupos, representó a la cultura dominante como “autónoma” y “pura”, libre de contactos con la subalterna.

Entre 1928 y 1929, el clima civilizado de los carnavales periféricos comenzó a resquebrajarse. Entonces, las delicadas tardes tocaron a su fin. La instalación de Swift y las transformaciones de la población del barrio afectaron la continuidad de fiestas lujosas y cerradas. Lejos del protocolo y la etiqueta, los nuevos vecinos pasaban sus horas dentro de la fábrica.

El carnaval descubría un nuevo perfil. Y aunque los corsos continuaron atrayendo gran público, ese año los asistentes llegaron a pié. Los coches menguaron y no desfilaron por cientos ni provocaron embotellamientos, aunque los juegos se efectuaron en orden, los envolvió cierto clima de tensión. Las siluetas de a pié no encajaban en el mundo que la elite reservó para sus esparcimientos, nuevos rostros y actitudes colisionaron con los rasgos “civilizados” y “selectos”, que fueron por años dominantes en esos carnavales. Una década atrás, la reunión era una fiesta fastuosa, una “expansión de apreciable distinción”, “lúcida fiesta social” y “brillante reunión”. Hacia 1930, ingresó en un círculo de decadencia del que ya no pudo librarse.

Las reprochables costumbres de los barrios suburbanos, los aspectos cómicos y lúdicos del carnaval, los juegos con agua y las brutales inmersiones de los vecinos regresaron. Ese “retorno de lo reprimido” apareció bajo nuevas vestiduras. Fue la irrupción violenta de la tensión contenida por la convergencia de reglamentos y guardias restrictivos. Los nuevos agitadores del carnaval levantaban las serpentinas que yacían en tierra y las arrojaban sucias sobre los elegantes disfraces. Camuflaban piedras entre el papel picado para lanzarlas a los miembros de las más selectas familias.⁷⁰⁷ Hechos semejantes se produjeron en el corso oficial. Al ser imposible reír de las jerarquías y ridiculizar el orden, el “buen tono” fue amenazado por violencias menos discretas. La iconoclasia y la inversión fueron dos estrategias desplegadas por una cultura popular sitiada y deshonrada.⁷⁰⁸

707 *La Capital* 20/II/1928.

708 *La Capital* 24/II/1931. Párrafo consagrado a recordar las maneras incultas con que se festejaba el carnaval en los años anteriores.

Los carnavales suburbanos se suspendieron. La última edición, en 1929, acusó los síntomas de un espectáculo masivo. Una animosidad *(in)civilizada* pululaba en el ambiente.⁷⁰⁹ El hormigueo de la cultura popular transformaba el *faubourg* refinado en terreno para la diversión “*(in)temperante*” de los trabajadores. Esos hombres, acostumbrados al rigor y la alienación de la fábrica, desconocían el protocolo hegemónico.⁷¹⁰ Con una lentitud nostálgica, la elite se resignó a olvidar aquellos paisajes, su antiguo vergel quedó en manos de otros agentes y fue escenario de otras prácticas.

De la disciplina a la seguridad

Los carnavales se popularizaron y, al mismo tiempo, los sectores populares fueron segregados del centro que fue relativamente (re)conquistado por las elites. La trama urbana reforzó las distancias sociales, los sectores populares se volvieron suburbanos y sus movimientos se circunscribieron más a los barrios. Pocas veces y por motivos específicos viajaron al centro, sus contactos con las elites y los grupos medios se hicieron esporádicos, infrecuentes, circunstanciales. La existencia de los sectores populares se cubrió de una capa de misterio, la estigmatización sociocultural se convirtió en el mecanismo de conocimiento, defensa y control que les aplicaron las elites. Los clasificaron como portadores exclusivos de la *(in)cultura*, sus modos *(in)civilizados* fueron contrastados con la imagen de una “ciudad progresista” creada por una “elite comercial educada”.

Desde 1920, esa configuración pautó los carnavales, las manifestaciones de *(in)cultura* de 1928 prestaron la evidencia para la exacerbación de estas divisiones. La iluminación artificial realzó los corsos, asegurándolos contra la *(in)cultura*. Un año después, los carnavales oficiales se celebraron durante el día y los barriales se prohibieron. La oscuridad, la distancia y la multiplicidad entorpecían la vigilancia, pero ese incremento del control se erigió a expensas de la animación de la fiesta.

La prensa abogó por el mantenimiento de corsos barriales diurnos y uno nocturno en el Parque de la Independencia.⁷¹¹ De esa manera, los suburbios se concentrarían en sus propios carnavales. La multiplicación de escenarios desalentaba (sin prohibir) la concurrencia de los habitantes de los barrios al corso oficial. Se reservó la noche a las familias eminentes, sus integrantes podrían lucirse en público sin asumir los riesgos de unas interacciones indeseables. Los barrios fueron dotados de los atractivos de una ciudad pequeña, aunque mantuvieron su inconfundible carácter de realidades de segundo orden, se convirtieron en comunidades crecientemente aisladas. Las dificultades de los transportes, la extensión de acondicionamientos y equipamientos completaron esta imagen. Al mismo tiempo, el proceso de duplicación de las funcio-

709 *La Capital* 11/II/1929.

710 ROLDÁN, Diego P. *Chimeneas...*, cit.

711 *La Capital* 11/I/1930.

nes urbanas y de algunas formas institucionales fomentó el progreso y la segregación espacial de los barrios.

No fue unilateral ese complejo movimiento; el centro fue incapaz de controlar y ordenar a las periferias urbanas. Las comisiones vecinales se concentraron en sus propios carnavales, sus intenciones estaban lejos de querer asegurar el curso oficial contra la (*in*)cultura. En eso y en otras cuestiones se diferenciaron claramente del municipio. Las vecinales querían realzar el barrio, establecerlo como espacio de encuentro, favorecer la integración y la sociabilidad de los habitantes y reavivar el comercio de distintas zonas, en una época de crisis económica. El municipio, los barrios y los habitantes del centro desarrollaron expectativas complementarias, pero ninguno de ellos mantuvo una actitud de cooperación consciente. Unos deseaban mantener la exclusividad de los carnavales céntricos, los otros preferían promover su propia fiesta y organizarla según sus gustos y sin dependencias.

Los carnavales de los primeros años 1930s. epitomizaron ciertos elementos de la *larga batalla por el carnaval* que analizó Ricardo Falcón. De un lado, las costumbres populares renacieron: en los carnavales barriales se habilitaron los juegos con agua. Del otro, la alarma se robusteció, los periódicos instaron a "...reprimir la desvergüenza insolente de las murgas [...] que ofenden la moral y la cultura con canturrias ridículas que se ajustan a una letra estúpida e indecente."⁷¹² Estos reclamos fueron oídos en 1931. La intervención deparada por el golpe de estado desactivó las potencialidades "subversivas" del carnaval. El tiempo de los festejos se redujo y su espacio se unificó,⁷¹³ las celebraciones se concentraron en un día y sólo se habilitó el curso oficial. No se mencionaron juegos con agua, procacidades o disfraces inconvenientes, en contraste dominó el "sano esparcimiento" y la "diversión moderada". El comportamiento del público revelaba "un síntoma de mayor educación."⁷¹⁴ "El pueblo dio muestras de animación *sin llegar a los excesos de otras épocas...*"⁷¹⁵ Detrás de esas postales civilizadas, se ocultaba la sombra del control social desplegado por el gobierno militar. A diferencia de ediciones anteriores, los carnavales de 1931 fueron custodiados por la policía y algunos miembros del ejército.

Las fiestas incrementaron su disciplina, para la intervención allí radicaba la clave del éxito. Contrariamente a sus previsiones, en ese marco constrictivo la concurrencia y la animación de los carnavales decayeron. En 1932, el PDP accedió al gobierno provincial y al municipal, entonces, los carnavales fueron modificados.⁷¹⁶ Los corsos barriales se restablecieron con éxito, en las calles del barrio Arroyito hubo una concurrencia multitudinaria. Nuevas necesidades de esparcimiento fueron canalizadas

712 *La Capital* 10/III/1930.

713 *La Capital* 19/II/1931. Los gobiernos militares tendieron a proscribir los feriados del carnaval.

714 *La Capital* 19/II/1931.

715 *La Capital* 24/II/1931.

716 *La Capital* 20/I/1932.

por las relaciones de las vecinales con el municipio. Por cuenta de estas asociaciones corrió la organización de los corsos excéntricos.

Ese año, no se publicó el edicto policial contra el juego con agua, el gobierno local dejó transcurrir las fiestas sin imponer restricciones severas. Las vecinales organizaron y controlaron los corsos. Fue evidente que la supervivencia del carnaval dependía de atender a los reclamos populares. El municipio asumió esa situación y concluyó que la autonomía organizativa y la flexibilización normativa eran centrales para la subsistencia de las fiestas. Las autoridades debían reglamentar y organizar "... las fiestas de acuerdo a los gustos de la población y no al paladar de unas cuantas personas comisionadas para organizar las carnestolendas."⁷¹⁷ El "entusiasmo de las muchedumbres" y la "emoción espontánea del pueblo" eran las llaves de la animación festiva. En la localización y organización de los corsos, compitieron los usos sociales del espacio más marcadamente espontáneos y los usos políticos del territorio relativamente programados. Unos eran definidos por las costumbres, las relaciones sociales y la actividad comercial, mientras que los otros estaban dirigidos a maximizar la vigilancia y el control. Los diarios exigían al gobierno que transformara sus imposiciones en consensos. No era posible gobernar de espaldas a una sociedad que se masificaba, decidir los recorridos del carnaval requería del acuerdo de sus protagonistas.

El Concejo Deliberante reconoció el carácter masivo de las celebraciones y subrayó la necesidad de disminuir los controles y abaratar las tarifas. El carnaval estaba amenazado por la extinción, pero, todo parecía indicar que el público se incrementaría si el protocolo se relajaba y los precios de las entradas descendían. Las formalidades del carnaval debían tolerar a la cultura de los sectores populares. No podían continuar alimentando la vanidad de la elite, ni reducir lo popular al rango de "paisaje humano". El rumor de las calles, el tráfico frenético, el lleno de los lugares debían ser acogidos por la organización de las fiestas, aunque todo fuera regulado dentro de la cultura, la civilización y el respeto que merecía la ciudad.⁷¹⁸

Las ordenanzas se renovaron. Luego de muchos años de inmovilidad, los reglamentos integraron a la diversión popular. Finalmente, la identidad y la cultura de los sectores populares pudieron afirmarse a través de los festejos. Al cumplir un rol activo, estos grupos prescindieron de la iconoclasia que había caracterizado sus acciones previas. Conculcar el orden resultó, entonces, innecesario, acompasadamente, los sectores populares conquistaron el sentido polimorfo y múltiple de los carnavales. Esa invasión disparatada y descabellada programó los festejos de un amanaera menos destemplada y agresiva. Como es de suponer, la "pacificación" de las fiestas no fue instantánea, pero en el mediano plazo, la desregulación rindió sus frutos disciplinarios.

717 *La Capital* 6/II/1932.

718 ET HCD abril 1933, ff. 645-646.

El carnaval se descentralizó definitivamente en 1933, cuando la intendencia dejó a los vecinos organizar los corsos.⁷¹⁹ Las vecinales prepararon las celebraciones en los barrios, se esperaba una gran concurrencia popular en los carnavales del norte: Talleres, Refinería, Ludueña, Sarmiento y Empalme Graneros. Gran éxito obtuvieron los corsos organizados por la Sociedad Progresista de Echesortu y las Vecinales de “La República” y Belgrano. Hubo “...algunas faltas al orden y la cultura”, pero la policía fue innecesaria “...bastó que los vecinos no les formaran ambiente, con aislarlas exteriorizando así el desagrado con que se observa su conducta para que quienes se creen graciosos sin serlo, abandonen sus repudiables proceder.”⁷²⁰ En el norte y el oeste, los carnavales, también, se consolidaron, allí los excesos pasaron inadvertidos. Los barrios estabilizaron un corpus cultural menos reactivo, con ritmos, formas y reglas propias. Esa cultura se formó en las interacciones barriales impuestas por el aislamiento suburbano y la desidia municipal.

Ciudad y masividad

Las convocatorias a los carnavales de 1940 expresaron mayor cordura y regulación del público. Junto a estas expresiones, mermaron las acostumbradas condenas de la prensa. Sin exabruptos, los corsos transitaron unas calles ajenas a la distinción social de los bulevares de comienzos del siglo XX. Toleraron las autoridades el juego con agua en los barrios, pero continuaron proscribiéndolo en el centro. Nuevas zonas fueron habilitadas para los festejos: “La Florida” en 1935, Av. Belgrano en 1939 y Parque Alem desde 1940. La aplicación de algunos fragmentos del Plan Regulador y la Ley de Parques, ambos aprobados en 1935, provocó un corrimiento del centro recreativo de la ciudad. Los balnearios del norte y la Avenida Costanera pusieron en discusión la tradicional hegemonía de la primera ronda de bulevares y el Parque de la Independencia.

El entramado del tiempo libre se complejizó, desenfocó y diversificó en agentes, espacios y prácticas. Abiertamente se manifestó el antes larvado multicentrismo, su construcción fue el fruto de un proceso enmarañado y curvo. La ciudad y las masas iniciaron un largo camino que trabajosamente aún hoy intenta colocar a Rosario “de cara al río”. Una planificación tendiente a relocalizar los centros de atracción y modernización de la ciudad, la sustitución de instalaciones industriales y portuarias por centros recreativos y de consumo, ubicados al norte de Rosario, nació alrededor de 1940.

Los carnavales, el municipio, los barrios y las vecinales fueron agentes y productos de ese proceso. Alternativamente, las fiestas se convirtieron en rituales de identificación y de autoafirmación, primero de la elite y luego de una cultura masiva que difumina los límites entre lo culto y lo popular. *La larga batalla por el carnaval*, estu-

719 *La Capital* 5/II/1933.

720 *La Capital* 27/II/1933.

diada por Falcón para el siglo XIX, culminó a mediados de la centuria siguiente, pero ninguno de los agentes que protagonizó los primeros combates se alzó con la victoria.

El proceso social y las configuraciones del carnaval expresaron una lucha no planificada, un juego de reglas cambiantes incidió sobre las fuerzas en pugna. Esos elementos combinados pudieron incluso provocar la desaparición o disolución de esas energías primordiales. En los numerosos y poblados corsos de 1947, la sociedad de masas se celebró a sí misma con rituales que no eran de inversión ni de separación, sino de autoafirmación comunitaria. La sociedad se soldaba en la fiesta y se dividía en otros campos. El peronismo rediseñó el tablero, torneó las piezas y reestructuró algunas de las reglas del juego. La masificación de la sociedad, en parte, fue completada por sus políticas.

CONCLUSIONES

Nadie puede decir de donde proviene un libro, y menos que nadie la persona que lo escribe. Los libros nacen de la ignorancia, y si continúan viviendo después de escritos es sólo en la medida en que no pueden entenderse.

Paul Auster

Este libro es una versión sintética, casi podría decir que es un extracto formalizado, profundizado, repensado y, sobre todo, reescrito, de mi tesis doctoral defendida hace algunos años, a comienzos de 2009. El primer capítulo, sobre el centenario, fue presentado con la intención de analizar la fiesta nacional de una Argentina extranjerizada y extranjerizante. Pero, también, quiso mostrar a partir de la narración y el análisis dinámico a la ciudad donde se desarrollan las acciones. A simple vista, puede reconocerse que su concepción difiere del resto, debido a que se concentra en un acontecimiento puntual y lo analiza como un proceso cerrado. Luego, predomina otra forma de organizar las argumentaciones, otra manera de narrar la ciudad y su tempo. Los capítulos restantes son independientes e interdependientes, se dedican a la explicación de distintos problemas y procesos que abarcan la periodización 1910-1945. A veces no reniego de buscar sus objetos más atrás y más lejos.

La arquitectura textual no plantea, entonces, un *decurso cronológico* organizado por *problemas relevantes*. Por el contrario, cada capítulo pretende iluminar imperfectamente una cara posible de un poliedro inagotable, que configura las condiciones de posibilidad de una sociedad de masas. Las intersecciones de los temas son propuestas (explícitamente), pero su orden (implícitamente) permite al lector establecer conexiones. Y, seguramente, hallar otras que no percibí ni ponderé adecuadamente o que directamente creí improbables. El hilo y las constantes, quizá, no radiquen tanto ni en los temas propuestos ni en el material estudiado, como sí en los procedimientos analíticos y los montajes practicados sobre ellos.

Desde las primeras páginas hasta las últimas, aparece el núcleo de este estudio. Se trata de un tríptico jerarquizado: las relaciones entre los sectores populares y las elites, la disputa por la construcción de un tiempo-ciudad y una corporalidad configurada por y para las masas. La dinámica de la dominación-resistencia y sus formas intermedias se focaliza sobre la construcción social del tiempo libre, la producción de una sociedad de masas, la fabricación de los cuerpos, de la cultura y las interacciones

sociales. Todos esos procesos son los responsables de la configuración de la ciudad como relación social.

La visita del Halley permite analizar las relaciones entre los sectores populares y las elites en la ciudad. Imágenes literarias, estadísticas y publicitarias son escrutadas a partir de una desconfianza analítica respecto a un pacto tácito de referencialidad. En este punto, textos y cifras son colocados en un mismo nivel, debido a que ambos son capaces de producir metáforas y ficciones. La fiesta del centenario permite ensamblar el rompecabezas. Un ritual de afirmación de la comunidad nacional (unanimidad) y de separación de las identidades sociales (diferencias). El capítulo describe las “líneas circulares” que conectan realidades generales y parciales, nacionales y extranjeras, astronómicas y mundanas.

El cuerpo ocupa un lugar central en los capítulos siguientes. Allí, se rastrea la construcción discursiva de la cultura física en relación con valores nacionales y productivos. El compás del trabajo y la brújula de la reforma moral trazaron los contornos de la corporalidad domesticada. Los higienistas la imaginaron como un *motor-humano*, la pensaron como una totalidad orgánica jerarquizada, que representaba la riqueza última de la nación y el poder de una maquinaria sólida. Preservar esos tesoros equivalía a evitar la fatiga, lo que implicaba reducir y racionalizar la jornada de trabajo. El adiestramiento era capaz de posponer el agotamiento y modificar el habitus de los sectores populares. A través de los músculos, los tendones y los nervios humanos, se ramificaron los umbrales de inteligibilidad disciplinarios y biopolíticos. Dispositivos espaciales y prácticas puntuales fueron diseñados con esos propósitos. Así, emergieron los polígonos de tiro para fabricar soldados, el estadio municipal para el cultivo físico masivo y las colonias de vacaciones para robustecer a los niños débiles. En esas plazas de ejercicio, se encarnaron los discursos sobre la perfectibilidad del *motor-humano*, el entrenamiento como encausamiento nacionalizador y la cultura física como artefacto (re)vitalizador.

Posteriormente, llega el turno del espacio urbano y el texto indaga sobre las relaciones sociales que operaron sus construcciones. Se investigan las condiciones de posibilidad de un parque central y el proceso de ampliación de sus usos y usuarios. Paralelamente, se rastrean las relaciones sociales y político-institucionales que permiten la multiplicación y descentralización de parques, plazas y balnearios. La narración intenta mostrar las disonancias entre la planificación y los usos sociales de la ciudad. Datos e interpretaciones evidencian que la creación de espacios verdes fue, en gran medida, consecuencia de las inquietudes de la sociedad civil. El municipio accionó una apropiación de esas demandas, las transformó en un “programa coherente”, olvidando y borrando que sus orígenes fueron otros. Luego, el capítulo sobre los barrios y las viviendas se ocupa centralmente de la segregación urbana, de la construcción de una periferia y de la formación del vecinalismo. Los tres problemas son tratados integralmente, pero el último quizá sea el único bien resuelto. Mientras, los otros

dos no pasan de ser contextualizaciones abocetadas que aguardan por mejores estudios. La cuestión de la habitación, la carestía de los alquileres, las políticas públicas de vivienda, los servicios urbanos y las estrategias vecinales conforman un conjunto posiblemente demasiado complejo para este texto.

Luego, las prácticas irrumpen sobre las páginas, se analizan los procesos de aparición y desplazamiento del deporte (fútbol), la cultura libresca (bibliotecas populares) y la imagen-movimiento (cinematógrafo). La popularización del fútbol es un fenómeno constatado. Aquí, se lo estudia evitando ofrecer una perspectiva de resultados, se ensayó presentarlo a partir de las agencias, gramáticas, juegos y estrategias que hicieron posible su difusión social. La narración recoge las secuencias de ampliación a partir de indicios múltiples, esa (re)construcción desestima la continuidad y la ausencia de conflictos socioculturales. Enfrentamientos y luchas pueden rastrearse en los mismos partidos y en las discusiones sobre la profesionalización. El objetivo fue representar la complejidad de la secuencia entrecortada y polimorfa que (des)vincula el exclusivismo británico con el espectáculo masivo.

Los capítulos dedicados a las bibliotecas populares y los cines de variedades componen un díptico que en una versión anterior del texto se titulaba los *dilemas del iluminismo*. Los reveses del discurso letrado frente a la industria cultural y la cultura de masas forman sus episodios centrales. Las bibliotecas se especializaron en la cultura ilustrada y en la educación del pueblo, pero los requerimientos de su (re)producción material, las obligaron a transitar otros caminos. En los años 1920s., sus anaquelos alojaron fundamentalmente una literatura de aventuras y evasión. Y en la década siguiente, esas instituciones nómicas y avaras hibridaron sus actividades con bailes y campeonatos de fútbol, en aras de lograr subsistir materialmente. El “optimismo iluminista” se enfrentó con los límites que le impuso una cultura popular que abrazaba la industria cultural, transformándose en cultura de masas. Los cinematógrafos se mostraron igualmente poco instructivos. Sus propulsores soñaron con proyecciones sanas que contribuyeran a elevar el nivel de la educación popular, unas expectativas que tan sólo fueron salvaguardadas por la censura. El control de las cintas fue una forma de tutela que se basó en fabricar clasificaciones sobre fracciones del público, a las que se condenó a la incapacidad para desarrollar un juicio crítico ante el verosímil fílmico (niños, mujeres y sectores populares). Se construyeron mecanismos convergentes para recortar las cintas y para disciplinar al público. No obstante, las lógicas de la naciente masificación del mercado de bienes culturales y la incipiente burocracia de inspección municipal hicieron ingobernables tanto las penumbras de los cines como las proyecciones cinematográficas.

El cierre interpreta el sentido de prácticas que fueron etiquetadas como *(in)cultura*. Las interacciones entre la cultura dominante y la cultura subalterna fraguaron estereotipos. Para “desexotizar” y restituir el sentido a esas prácticas se efectuó una lectura hermenéutica de las estrategias de (de)codificación de la identidad social en

procesos de interacción dinámica. La propuesta intenta comprender las formas activas de la cultura popular, entendiendo a la (*in*)cultura como un ritual de afirmación de una identidad deteriorada y deshonrada.

Finalmente, el libro retorna al principio, para reescribirlo. El centenario, la fiesta oficial de la patria, es contrapesado con el carnaval, la fiesta popular por antonomasia. Las influencias sociológicas, antropológicas y de los estudios culturales que atraviesan una trama basada en materiales históricos se actualizan y ganan visibilidad. También, las últimas páginas son un homenaje a la obra Ricardo Falcón. Intentan completar y debatir su trabajo extendiendo el análisis a una duración mayor y utilizando sus propias reflexiones sobre el carnaval. Sin alcanzar su originalidad, se discuten las ideas del carnaval como ritual de inversión y de la normalización de los festejos como un proceso de disciplinamiento “exitoso”. A esas imágenes se opone una concepción del carnaval como ritual de autoafirmación y de inversión por imposición de constricciones externas. La *pacificación* de esas fiestas dependió del pasaje del *disciplinamiento* a la *seguridad*. En ese proceso se evidenció, además, la reconfiguración de la ciudad, las transformaciones de las políticas locales y la disolución de los agentes que protagonizaron las primeras *batallas por el carnaval*.

A grandes trazos, este es el recorrido que muestra el libro. No soy capaz, ni deseo establecer una visión final de la construcción y la reconstrucción de una cultura de los sectores populares. Esto demandaría estudiar con mayor profundidad sus complejos enlaces con el proceso de masificación social de gran alcance, cuyo movimiento el libro alcanza a captar sólo en fragmentos y a grandes trazos. El aporte de *La invención de las masas* es provisorio y parcial, pero sus intereses no se recortan sobre un objeto local o puntual sino sobre problemas muy generales. Tan solo se trata de un artefacto textual que ensaya reflexionar sobre la ciudad, la sociedad de masas, los cuerpos, las poblaciones y la cultura popular a partir del observatorio que brinda el pasado posiblemente no demasiado peculiar de Rosario.

Reconocimientos

Deseo agradecer a Cecilia Pascual, Darío Barrera, Griselda Tarragó y Diego Mauro por leer y comentar con entusiasmo y rigor, algunas de las muchas versiones que tuvo el manuscrito de este libro. A Andrés Bisso por criticar con justeza, claridad y meticulosidad una de las últimas versiones y aligerar con su mirada ciertas obsesiones injustificadas del texto. A Jorge Morales Aimar y a José Tranier por alentar algunos fragmentos y compartir muchos momentos de trabajo. A Pablo Scharagrodsky por comentar con interés las cuestiones relacionadas con la historia de los cuerpos, las corporalidades y la historia de la cultura física. En el mismo sentido, también quiero mencionar algunos intercambios con Juan Branz, Julio Frydenberg, Martín Scarnatto, Javier Chapo, Franco Reyna y Fernando Palazzolo. A los directores de la tesis en la que el libro se basa: Marta Bonaudo y Darío Barrera por recibir, aceptar, conducir e impulsar con cariño y dedicación un proyecto bastante improbable y difícil. Al jurado de la defensa: Andrea Reguera, Sandra Gayol y Oscar Videla. Sobre todo a Sandra que escudriñó y criticó con ojo entrenado y quirúrgico algunos tramos del texto que quizá nunca podré mejorar. Al Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas por financiar casi por completo todo el trabajo y el esfuerzo que hay volcado sobre estas páginas. A mis antiguos compañeros del desaparecido Club los Unidos que ha sido sustituido por el flamante edificio del Distrito Oeste, a mi padre por conducirme con pasión unidimensional bajo sus arcos y a mi madre por evitar que me quedara demasiado tiempo con los guantes puestos. A Clemente Cordero por enseñarme los secretos del césped húmedo, las pelotas gigantes y las disciplinas del cuerpo flexible. A Loïc Wacquant y Javier Auyero por mostrarme las “conexiones carnales” y “las invisibles” que trazan las fatigas del entrenamiento y el habitar de los espacios. A Carmen, a Claudio, Soledad, Mara y Luciano por los momentos de esa extraña comunicación “con la verdad que está prendida en una esquina, igual que un farolito en la vereda”, como canta Tabaré Cardozo.

